



LAS ÚLTIMAS
SOMBRAS

Mariah Evans



**LAS ÚLTIMAS
SOMBRAS**

Mariah Evans

Primera edición en digital: Septiembre 2016

Título Original: Las últimas sombras

©Mariah Evans, 2016

©Editorial Romantic Ediciones, 2016

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Zdenek Kintr, Goldmund Lukic

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

ISBN: 978-84-945813-4-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

The logo for Romantic Ediciones features a stylized, ornate letter 'R' in a dark grey color. To the right of the 'R', the word 'Romantic' is written in a large, elegant serif font, and the word 'ediciones' is written below it in a smaller, simpler sans-serif font. The entire logo is rendered in a light grey color.

ÍNDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Dedicada a todos los lectores.
¡Ya ha llegado el final de la serie!
Y espero que la disfrutéis mucho.

Naomi Hunt colocó su mechón castaño claro tras su oreja, mientras observaba el despacho de su jefe e iba dando unos golpecitos impacientes con el bolígrafo en la mesa. Estaba nerviosa. No podía evitarlo.

Hacia menos de cuatro meses que trabajaba en el *Brooklyn Royal*, diario de actualidad política y que cubría todos los grandes eventos de Nueva York. Era una suerte haber conseguido ese puesto, aunque realmente lo que sería una suerte era que le renovasen el contrato una vez finalizase el contrato de seis meses.

Le habían hecho cubrir eventos, fiestas... situaciones que al principio le habían entusiasmado. Debía describir lo que había ocurrido, el ambiente, el lugar, los invitados... pero tras el cuarto evento aquello había comenzado a parecerle un trabajo mediocre. Ella quería dedicarse al periodismo de investigación, quería indagar, y de esta forma no lo iba a conseguir nunca. Miró de nuevo hacia el teléfono, aún golpeando suavemente su bolígrafo sobre el escritorio y desvió su mirada durante unos segundos a sus compañeros de redacción.

¡Se veía tan joven comparada con algunos! Al menos, podía presumir de estar trabajando allí, en un diario de tanto renombre en aquella ciudad.

Suspiró y volvió la vista al teléfono de nuevo. Las doce del mediodía y no llamaba.

Stephen Arwell, su jefe de redacción, le había dado la maravillosa oportunidad de demostrar su calidad como periodista, de poder demostrar que valía para ello, pero era complicado cuando no colaboraban con ella.

Le había solicitado, incluso rogado que le diese aquel tema, que no le decepcionaría, pero una semana después de que hubiese logrado hacerse con aquella investigación no había sacado nada en claro. La muerte de cinco jóvenes, hacía un mes escaso en una urbanización tranquila a las afueras de Brooklyn había llamado su atención. Los medios de comunicación no se habían hecho prácticamente eco de ello, lo cual le indicaba que aún podía investigarse mucho más. Tanto el informe del forense sobre las víctimas como el escrito del fiscal coincidían en que había sido un ajuste de cuentas, lo cual debería ocasionar que se abriese una investigación policial, en una instrucción de sumario puesto que se trataba de cinco asesinatos, pero por lo que ella sabía, el fiscal había archivado el procedimiento.

Suspiró y se pasó la mano por la frente intentando calmarse. Llevaba una semana entera llamando al doctor Sean Coleman, forense que había emitido el informe, intentando concertar una cita con él para que le explicase las causas de la muerte de esos muchachos, pero le era imposible, por más que hablase con la administrativa, por más que dejase recados, la llamada nunca se realizaba. Lo peor de todo era que comenzaba a pensar que su trabajo aquellas últimas semanas había descendido. No daba la imagen que estuviese al cien por cien, y eso, para una joven de veintiocho años que quería labrarse una buena carrera como periodista no era un buen augurio, o al menos, no estaba proyectando la imagen que quería dar delante de su jefe.

Se giró de golpe cuando notó la mano en su hombro y miró a su compañero, Wayne Solssen, el cual se había colocado detrás de ella. Al menos, aquel muchacho parecía haberse apiadado un poco de ella y comprender su nerviosismo. Había sido agradable descubrir que en aquella redacción había buen ambiente, excepto por Christina, la joven secretaria rubia, alta, con un tipo increíble que le encantaba lucir y de carácter poco afable. Pensaba, sinceramente, que estaba mucho más ocupada en decidir el modelito de ropa que llevaría aquel día que en realizar de una forma eficiente su trabajo.

Naomi sonrió hacia Wayne.

—Hay reunión. —Le indicó con un ligero movimiento de cabeza hacia el despacho del jefe.

Naomi suspiró y miró dudosa a Wayne mientras se levantaba y apagaba la pantalla plana de su ordenador.

Comenzó a caminar a su lado.

—¿Te ha llamado ya? —preguntó Wayne pasándose la mano por su cabello rubio. Ni siquiera sabía su edad, aunque intuía que debía tener unos pocos años más que ella, quizás por eso había congeniado tan bien con él desde un principio.

—¿A ti qué te parece? —bromeó.

—Me parece que no.

Naomi resopló.

—No sé. Tampoco cuesta tanto devolver una llamada, ¿no? —preguntó molesta.

Wayne le sonrió con ironía, la típica sonrisa de “*qué novata eres*”. Naomi arqueó una ceja en su dirección y suspiró. Vale, aquella mirada se lo había dicho todo. Ya lo había comprendido. No solían responder. Pero ella lo necesitaba, necesitaba poder hacer un buen artículo para conservar el puesto de trabajo.

Pasó bajo el marco de la puerta del despacho que su jefe, el Sr. Arwell, mantenía abierta.

Dentro ya se encontraban la mayoría de sus compañeros, sentados en aquellas incómodas sillas duras, con los brazos cruzados o bien apoyados sobre la enorme mesa rectangular de cristal.

La sede del *Brooklyn Royal* era bonita. Luminosa. Un edificio de diez plantas, de las cuales, ella trabaja en la cuarta. Las mesas se distribuían ordenadas por aquella planta, rodeada de enormes cristalerías que dejaban entrar mucha claridad. Las paredes, pintadas de un color amarillo claro no sostenían ningún cuadro, excepto un gran poster enmarcado, cerca del despacho del jefe. La primera portada del *Brooklyn Royal* con fecha uno de septiembre del dos mil. Hacía ya varios años que se encontraban en funcionamiento, y era una fuente de información con buena reputación y fiable.

Fue hacia su silla, situada entre Wayne y Gregor y se sentó algo tensa. Ahora trabajaba allí, lo había logrado, podía convertirse en una buena periodista, pero necesitaba tener algo de suerte o colaboración.

—Wayne —comenzó su jefe—. ¿Cómo va el tema?

—Ya lo tengo casi acabado. Esta misma mañana lo dejo en tu mesa. —Luego hizo un gesto burlón—. El partido fue entretenido.

El señor Arwell aceptó con su rostro y miró a Gregor. Oh, odiaba aquello, cuando de una forma deliberada comenzaba a preguntar cómo iban los temas que les habían encargado. Lo detestaba en sobremanera, y más, cuando el tema por el que tanto había luchado no avanzaba. Sin poder evitarlo se mordió el labio y se hizo un poco más pequeña en la silla.

—¿Cómo va el tema de las elecciones?

Gregor sonrió.

—Estoy en ello. Mañana se hará un mitin e iré a cubrirlo, intentaré tener una entrevista con él.

—¿Rose? —preguntó esta vez mirando hacia el otro extremo de la mesa, hacia aquella mujer mayor de pelo blanco, con las gafas casi en la punta de su nariz.

—Se lo he dejado sobre la mesa esta mañana —explicó como si aquello le disgustase.

El señor Arwell pareció quedarse en shock durante unos segundos y después se movió incómodo.

—Ah, sí, muy bueno. Mándalo a la sexta.

Una bonita forma de decir: saldrá en el número siguiente, mándalo para que lo publiquen.

—¿Naomi? —preguntó esta vez elevando la ceja hacia ella. Y no supo porqué pero aquel gesto le intimidó y se hundió un poco más en el asiento.

—Estoy en ello.

Stephen Arwell la miró intrigado.

—¿Qué significa eso? —preguntó extendiendo una mano hacia ella—. ¿Lo estás redactando? ¿Tienes la información? ¿Tienes una entrevista?

Oh, oh, no le gustaba el tono impaciente de su jefe. Sabía que en cierto modo estaba justificado, era el jefe y debía sacar aquel diario adelante. Tragó saliva y lo miró nerviosa.

—Tengo una entrevista —acabó respondiendo con un hilo de voz, e incluso ella misma se sorprendió. No pudo evitar abrir los ojos sorprendida por lo que acaba de pronunciar sin siquiera pensar. Mierda. Ni siquiera había logrado hablar con el forense. Pero todos hacían tan bien su trabajo, a todos se les veía tan responsables... no quería ser menos, y tampoco quería acabar despedida.

—¿Con quién? —preguntó sin moverse.

—Con el forense.

En ese momento notó la mirada confusa de su compañero Wayne.

Stephen puso las manos sobre la mesa, ignorando las huellas que marcaba sobre el cristal y aceptó.

—¿Para cuándo podrás tener el artículo?

Notó cómo su corazón se disparaba e incluso tuvo que esconder las manos bajo la mesa, intentando que no detectase cómo temblaban.

—¿Para la semana que viene? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Me lo preguntas o me lo afirmas?

Inspiró nerviosa.

—Lo tendrá la semana que viene, señor —acabó diciendo con la mirada firme y la voz segura, intentando encontrar el valor suficiente para pronunciar aquellas palabras sin pestañear.

Stephen la señaló y sonrió.

—Perfecto. —Luego chasqueó los dedos—. Intenta tenerlo para el lunes. Si es bueno irá en portada.

Intentó crear una sonrisa en su rostro, aunque lo único que consiguió es que sus labios temblasen un poco más, así que se limitó a afirmar con su rostro.

Stephen se volvió un segundo para ir hacia la fotocopidora y coger unos documentos, momento que aprovechó Naomi para girar su rostro hacia Wayne que la observaba fijamente con una extraña sonrisa en sus labios. Oh, detestaba que hiciese eso.

—Naomi —pronunció su jefe volviéndose hacia ella—. Necesito que cubras otra noticia.

Ella lo miró sorprendida, apartando la mirada de su compañero.

—Claro.

Stephen se acercó y depositó un documento delante de ella, sin siquiera mirarla. Ella lo cogió leyéndolo.

—¿Una entrega de medalla honorífica? —preguntó enarcando una ceja hacia él.

Avanzó deprisa hacia su mesa, esquivando a sus compañeros de trabajo y notando a un Wayne muy sonriente y bromista caminar a la misma velocidad que ella, siguiéndola.

Nada más llegar a la mesa se fijó en su sofisticado teléfono. El botón rojo no parpadeaba, síntoma de que no tenía ningún mensaje en el contestador.

—Mierda —susurró enfadada. Se mordió el labio y miró a su alrededor, topándose con la mirada divertida de su compañero—. Cállate. —Le reprendió con su mano

—. No quiero ni oír una palabra —dijo apartando la mirada de él, aun así pudo observar cómo negaba con un rostro sonriente.

Maldito fuese Sean Coleman, necesitaba aquella entrevista, y ahora de verdad.

¿Por qué había tenido que decir aquello? Lo sabía. No quería quedar como una inútil delante de sus compañeros y de su jefe. Todos respondían afirmativamente, cubrían todas las noticias de una forma eficaz y ella... ella estaba atascada en aquella noticia importante, la primera gran noticia que le daban para cubrir.

Suspiró y se pasó un mechón de cabello castaño por detrás de la oreja. ¿Qué iba a hacer? Aquel estúpido forense se lo estaba poniendo difícil. No pudo evitar imaginar aquel opulento doctor, forense de Brooklyn, con su barba blanca, su barriga rechoncha y sus ojos escondidos tras unas grandes gafas de pasta. Seguro que debía ser un antipático.

Iba a protestar en voz alta cuando su compañero se apoyó contra la mesa de brazos cruzados. Elevó su mirada hacia él. Wayne aún tenía aquella sonrisa traviesa en sus labios.

Volvió a suspirar y apartó su mirada de él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wayne. Luego llevó su tono hasta el susurro—. Podrías haberle dicho que no te coge el teléfono —comentó esta vez con un tono más dulce.

—¿Y que no me renueve el contrato? —preguntó molesta.

Él se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan —explicó—. A mí no me han cogido el teléfono un montón de veces. —Se encogió de hombros.

Volvió a resoplar y esta vez lo miró con una mirada cargada de fuerza, tanto que Wayne pareció asustarse y se levantó de la mesa. Naomi cogió su abrigo negro, decidida.

—¿Qué haces? —preguntó sin comprender.

—Voy a ir a ver a ese tal Sean Coleman. —Se puso el abrigo y cogió su pequeño maletín donde introdujo una grabadora, un bolígrafo y unas cuantas hojas en blanco.

—¿Al instituto forense? —volvió a preguntar sorprendido mientras le observaba cerrar el maletín.

Naomi se puso firme.

—Sí. A mí este no se me escapa.

—No te dejarán entrar.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo quedarme quieta —susurró a su lado—. Necesito algo, y este estúpido forense no me hace ni caso. Si no viene él a mí, iré yo a él.

Sean Coleman cerró la puerta de la cámara frigorífica donde había introducido el último cadáver que habían recibido aquella mañana. Hombre de setenta y ocho años, antecedentes de alcoholismo y tabaquismo. Muerte por infarto coronario. Su familia lo había encontrado en el suelo sobre las cinco de la madrugada.

El diagnóstico había sido sencillo. Se quitó los guantes blancos arrojándolos en la papelera y fue hacia el ordenador para completar el informe sobre la última muerte.

Al menos había tenido suerte. En este último mes habían hallado solo dos cadáveres asesinados por vampiros. Aquello implicaba que Samantha había tenido razón, y un par de ellos habían escapado de las bombas.

Cuando había llegado al distrito de Brooklyn hacía ya casi dos años, no habían esperado que el sitio estuviese tan infectado como lo estaba. La división DAE del Pentágono había hecho lo correcto enviándolos allí. Habían logrado acabar primero con el jefe de los vampiros, creando una revuelta entre ellos y descubriendo así que eran muchos más de lo que podían esperar. Posteriormente, había encontrado su guarida, una cueva escondida, y no habían dudado en destruirla. El problema había surgido cuando vampiros y hombres lobos se habían aliado contra ellos, haciendo resurgir una alianza que había sido extinguida desde hacía siglos. La alianza de la muerte. Hombres lobos y vampiros se habían unido para luchar contra ellos, lo cual había sido un grave problema. Pero al menos, habían conseguido destruir hacia poco más de un mes el último escondite de ellos y liquidar a bastantes hombres lobos, lo cual había hecho que los asesinatos descendiesen mucho en el último mes, pero todos sabían que un par de vampiros seguían vivos. Los últimos dos cadáveres que habían aparecido hacía escasas dos semanas presentaban los mismos síntomas, muerte por infarto, dos pequeñas señales en su cuello o bien en muñecas y ni una sola gota de sangre en todo su cuerpo.

Samantha había tenido razón en todo, un par de ellos habían escapado al derribo del edificio que habían usado como último escondite, pero lo peor de todo, es que no sabían si entre ellos habría alguna hembra. Ese era el verdadero problema. No se reproducían a menudo, pero cuando lo hacían podían incluso llegar a poner cincuenta o más huevos. Necesitaban asegurarse que ninguna hembra seguía viva, y si por suerte, no había, destruir a los pocos que quedasen.

Respecto a los hombres lobos, los vampiros se habían encargado de acabar casi con ellos, pero sabían que todavía alguno seguía vivo, entre otros el profesor Donovan. Este hombre era realmente esquivo. Por más que habían aumentado su vigilancia por la universidad y por las noches aquellas intentando encontrar a los vampiros y a los hombres lobos supervivientes, les era imposible encontrarlo.

Se alegraba que en cierto modo no quedase casi actividad paranormal en Brooklyn, pero por otro lado, era mucho más complicado encontrarla y acabar con ellos de esta forma. Parecía que habían extremado su seguridad, lo cual era lo más lógico teniendo en cuenta que quedaban tan pocos.

Acabó de pulsar las teclas del ordenador y le dio a imprimir. Miró el reloj que colgaba de la pared y observó con sorpresa que marcaban casi las dos del mediodía. Se le pasaban rápido las horas cuando tenía trabajo.

Había sido captado por el Pentágono con trece años, cuando había sido consciente de sus preciadas habilidades. Una alta velocidad, gran fuerza y regeneración. Había

disfrutado en sus clases en el Pentágono, pero desde pequeño había querido estudiar medicina. Así que, cuando cumplió la mayoría de edad, se apuntó a la facultad. Le había sido extremadamente fácil la carrera, teniendo en cuenta que en el Pentágono ya había estudiado medicina como parte del aprendizaje que debía tener. Con veinticuatro años había acabado su carrera con un brillante expediente, y ahora, varios años después gracias a ello y al Pentágono, era el nuevo forense de Brooklyn en sustitución de Sussane por una baja de maternidad. Se encontraba a gusto ejerciendo esa parte de la medicina, y aparte, podía camuflar y esconder las pruebas sobre la existencia de hombres lobos y vampiros. Realmente, para toda la división era un lujo poder contar con él.

Se pasó la mano por su cabello negro despeinándose un poco y salió de la consulta en dirección al mostrador, donde la administrativa le esperaba con una agradable sonrisa.

—Doctor Coleman —pronunció soltando su vaso de café—. ¿Ya se marcha a casa?

Sean se observó a sí mismo. Aún llevaba la bata blanca puesta.

—Sí, ya me marcho. Pero necesito que envíes el informe al juzgado de guardia.

La administrativa lo tomó.

—Claro. Ahora lo envío.

Sean volvió a la consulta y se quitó la bata colgándola en el perchero que había al inicio de la enorme sala. Debía estar agradecido de estar trabajando allí, de que el Pentágono hubiese confiado en él para aquel puesto de trabajo, pero lo mejor de todo era su horario. Había días que ni aparecía por ahí, cuando su jefe, Josh, necesitaba que fuesen a patrullar por la noche, pero intentaba siempre hacer acto de presencia, y más con el horario de verano, en que se incorporaba a las diez y acababa a las dos. Aquello era todo un lujo. Si no perteneciese a la división y no disfrutase tanto de una buena batalla con un vampiro o un hombre lobo, le hubiese gustado dedicarse por entero a la medicina forense.

Salió de la sala apagando las luces y cerró la puerta con llave. La guardó en su pantalón negro y se colocó el cuello de la camisa azul correctamente.

Volvió a pasar por delante de la administrativa dirigiéndose al ascensor.

—¿No te marchas ya? —preguntó Sean deteniéndose junto al ascensor.

—Sí. Estoy pasando el informe al juzgado —comentó mientras pulsaba unos botones del fax. Se giró y le saludó con un movimiento alegre de la mano—. Nos vemos mañana, doctor Coleman. —Se despidió al verlo subirse en el ascensor.

—Hasta mañana.

Mientras el ascensor descendía, llevó la mano hasta el bolsillo de su abrigo y buscó las llaves de su vehículo. Aquello era otra de las cosas por la que merecía la pena trabajar para el Pentágono, pensó con una sonrisa. Vehículos deportivos, una lujosa nave industrial donde vivía con sus compañeros y las novias de ellos, un fantástico gimnasio, tecnología punta y todos los lujos que quisiese gracias a su generoso sueldo.

No podía quejarse de nada. Aquello le hizo arrugar un poco su frente mientras veía aparecer los números del ascensor según bajaba las plantas. Lo cierto es que todos sus compañeros habían encontrado a una mujer a la que querían con locura. Primero había sido Josh, luego Brad, le había seguido Ryan y Jason y hasta Nathan la había encontrado. Sinceramente, no le preocupaba la idea. Se consideraba joven y lo que menos necesitaba era una mujer controlando sus movimientos. Una sonrisa extraña apareció en su rostro. Las novias de sus compañeros eran fantásticas, sin excepción ninguna. Las apreciaba a todas sin condición. Ellos habían tenido suerte, habían encontrado una mujer a la que querer y con la que sentirse queridos, que les aceptaban tal y como eran.

Las puertas del ascensor se abrieron y comenzó a caminar por el extenso recibidor acristalado, con la llave del coche en la mano y observando que hacía buen día. Pero se detuvo de inmediato cuando el guardia de seguridad le llamó y se dirigió a él.

—Doctor Coleman —pronunció en un tono bajo, lo cual le alertó.

Sean se giró algo preocupado. El muchacho era bastante joven. Llevaba menos de un mes con ellos. Debía ser su primer trabajo como guardia de seguridad ya que se le veía extremadamente joven y con poca decisión.

—Dime —susurró.

El muchacho llegó hasta él y pareció recuperar el aliento durante unos segundos. Pues vaya guardia de seguridad, pensó.

—Hay una muchacha que dice que tiene una visita con usted.

Sean lo miró descolocado y desvió la mirada hacia el final de la sala donde una joven muchacha permanecía apoyada contra el mostrador, observándolos con cautela. Llevaba una falda corta, un poco por encima de las rodillas, una camisa blanca y un abrigo medio abierto.

Sean miró de nuevo al guardia.

—No tenía visitas hoy —dijo volviendo a observarla, y esta vez pudo ver cómo la mirada de aquella muchacha se estrechaba, como si lo estuviese investigando.

—Es lo que le he dicho —explicó el guardia de seguridad—. Pero dice que es una periodista que...

—Oh, no —gimió Sean y al momento resopló. Mierda. Había recibido durante la última semana innumerables llamadas de una periodista que le solicitaba amablemente una hora para poder hablar con él. Pensaba que el hecho de no contestar las llamadas daba por sentado que no estaba interesado en hacer ningún tipo de entrevista. Sean ladeó su cuello en dirección a la muchacha, la cual lo miraba con intensidad. Suspiró y miró de nuevo al guardia de seguridad—. Ni hablar. Dígame que me pondré en contacto con ella cuando tenga tiempo libre —dijo acelerando el paso. Lo que menos necesitaba era una periodista pesada ametrallándole a preguntas y además, ¿para qué quería hablar con él?

Aceleró el paso y se giró un segundo para observar, antes de salir por la puerta, cómo el guardia de seguridad se dirigía hacia ella, la cual aún seguía contemplándole fijamente.

Naomi salió de la estación de tren observando las calles. Había preferido dejar el vehículo aparcado en el *Brooklyn Royal*, sabía el tráfico que podía haber, y dado que se había decidido a hacer aquello lo que menos necesitaba es no encontrar un lugar donde aparcarlo.

Colocó su mano a modo de visera y se abrió el abrigo. Hacía un día caluroso para la época del año en la que se encontraban.

Anduvo por la calle sujetando con fuerza el maletín, intentando hallar el valor suficiente para lo que iba a hacer. Sabía que tenía todos los números para no conseguir nada, pero si no lo intentaba no lo sabría. Debía ser más decidida. Su puesto de trabajo dependía de ello.

Giró la esquina y divisó al final de la calle el enorme instituto forense de Brooklyn. No lo pensó dos veces y caminó con determinación en aquella dirección. Si quería permanecer en aquel puesto de trabajo necesitaba algo, aunque fuese unas simples palabras del forense. Esperaba poder tener algo más de colaboración en aquel asunto.

Subió los escalones del instituto forense y cuando se halló frente a la puerta inspiró intentando calmarse. Vamos Naomi, tú puedes. Total, ¿qué puede ser lo peor que ocurra? ¿Que digan que no había visita concertada? Suspiró de nuevo, se colocó un mechón de cabello tras la oreja y empujó la puerta hacia ella para pasar al interior, donde el clima era algo más cálido.

El distribuidor era enorme. El mármol oscuro del suelo brillaba. Las puertas de cristal y las grandes ventanas dejaban entrar una gran luminosidad que se reflejaba en sus paredes totalmente blancas.

Miró hacia el final donde observó un guardia de seguridad tras un mostrador. ¿No había administrativa? Normalmente, las veces que había llamado siempre le había atendido una administrativa o administrativo. Miró su reloj y vio que eran cerca de las dos de la tarde, seguramente habrían salido a comer, pero aquello hizo que su alarma comenzase a sonar. ¿Y si había llegado muy tarde? ¿Y si el doctor Coleman no se encontraba para atenderla? Hizo un gesto negando, de todas formas, su mente iba a demasiada velocidad, primero tenía que conseguir saber si se encontraba allí, y segundo, y lo más importante, intentar hablar con él. Rogaría, suplicaría, incluso lloraría si fuese necesario.... Imaginaba que debía ser un hombre mayor, a punto de ser abuelo. Suponía que una muchacha joven con ganas de labrarse un buen futuro y pidiéndole de forma educada su ayuda causaría alguna mella en el, o al menos, eso esperaba.

Agarró su maletín con fuerza y caminó con paso decidido, haciendo que su tacón chocase con fuerza contra el mármol y el ruido se expandiese por aquel enorme recibidor. Intentó no parecer vacilante cuando llegó hasta el mostrador, donde el guardia de seguridad no había dejado de observarla ni un segundo desde que había entrado por la puerta.

—Buenas tardes —pronunció sonriente depositando el maletín sobre el mostrador.

—Buenas tardes.

—Tenía visita con el doctor Coleman —dijo con la mirada fija en el muchacho, consciente de que lo que estaba diciendo no era cierto, pero ¿qué más daba? De todas formas las cosas no podían ir peor.

—¿Con el doctor Coleman? —preguntó confuso mientras observaba unos documentos.

—Sí, con el forense —explicó, a lo que el muchacho le respondió con una mirada de “ya sé quién es el doctor Coleman”. Naomi miró de un lado a otro nerviosa. El recibidor estaba totalmente vacío, detrás del mostrador no había nadie. —He hablado esta mañana con la administrativa —continuó rápidamente, intentando desviar la atención del joven guardia de seguridad, el cual parecía estar revisando una lista donde no aparecían nombres—. Me ha comentado que viniese sobre las dos.

El muchacho siguió mirando los documentos.

—¿Cómo se llama?

—Naomi Hunt. —Se mordió el labio y lo miró con suspicacia—. Soy periodista.

El guardia negó con su rostro.

—Lo siento señorita, pero su nombre no aparece en la lista. De todas formas el doctor Coleman hoy no tenía ninguna entrevista programada —explicó depositando los documentos en el mostrador.

Bueno, de perdidos al río.

—¿Cómo? —preguntó molesta—. Verá, su compañera me ha dicho que podía hablar con él sobre las dos —pronunció subiendo más el tono, cosa que pareció tomar por sorpresa al vigilante—. ¿Me está diciendo que su compañera me ha hecho venir para nada? —Cogió el maletín con fuerza—. Esto es indignante. He tenido que tragarme una hora de metro para estar aquí a tiempo... ¿y ahora usted me dice que no tengo una hora concertada?

El muchacho la miraba sorprendido.

—Lo siento... —balbuceó—. Pero es que no aparece en...

—¡Ya le he dicho que ha sido su compañera la que me ha dicho que viniese a las dos! ¿Pero a qué narices juegan ustedes? —preguntó realmente molesta—. ¿Cree que no tengo otra cosa que hacer que pasearme por la ciudad?

—Lo siento, pero yo no soy el encargado de...

—Mire, da igual. —Le cortó—. ¿Puede avisar al doctor Coleman y decirle que estoy aquí? Por favor.

Al menos, así sabría si se encontraba en el instituto. Había tenido suerte de haber topado con un novato, pensó para sí misma.

—Sí —comentó nervioso cogiendo el teléfono—. Ahora le aviso.

—Bien —contestó con fuerza en su voz, cruzándose de brazos.

El muchacho comenzó a pulsar los botones de una extensión pero al momento se detuvo colgando el teléfono y mirando al frente. Naomi miró en su dirección algo indignada porque colgase el teléfono.

Un hombre extremadamente joven, de poca edad más que ella, avanzaba por el distribuidor jugando con las llaves de un vehículo en su mano.

—Disculpe, un segundo —le dijo el guardia de seguridad pasando por su lado.

Iba a contestarle de nuevo pero el muchacho salió a gran velocidad hacia ese hombre.

Naomi observó cómo se acercaba a él y comenzaba a charlar en susurros. Mierda, ¿quién era ese? Ahora que estaba a punto de lograrlo. Solo esperaba que no fuese alguien de seguridad, lo que menos necesitaba es que la echasen del instituto forense por mentirosa. Tragó saliva y observó cómo aquel muchacho la miraba algo confuso.

El guardia se giró hacia ella un momento señalándola y luego el joven muchacho tras inspeccionarla negó con su rostro como si estuviese molesto.

Oh, no. ¿Sería capaz? ¿Era posible que él fuese el doctor Coleman? ¿Pero qué narices? ¡Si solo debía tener un par de años más que ella! No, no podía ser... se afirmó a sí misma mientras lo inspeccionaba de arriba abajo. Llevaba un abrigo negro largo, un pantalón negro y una camisa azul. Lo cierto es que le sacaba prácticamente una cabeza al guardia de seguridad, se le veía atlético. Coincidió la mirada con ella de nuevo un segundo y después volvió a mirar al guardia de seguridad negando con su rostro.

Que la matasen si ese era el forense... dios mío, era totalmente contrario a lo que había imaginado. Su mente había creado un forense similar a un hombre parecido a Santa Claus. Un hombre mayor, de mejillas sonrosadas, pelo canoso y algo de barba blanca en su rostro. Ese hombre era totalmente contrario. Alto, un cuerpo de escándalo, pelo corto oscuro y unos ojos... que aunque no podía determinar su color desde ahí parecían brillantes.

Tragó saliva mientras observaba la imagen. No, no podía ser... Ese chico no llegaba ni a los treinta años de edad, y para ser forense necesitaba la carrera de medicina, una especialidad... pero... ¿Por qué hablaba tanto el guardia con él? ¿Y por qué parecía aquel muchacho tan atractivo estar molesto?

De repente, aquel hombre volvió a negar con su rostro. Naomi aguantó la respiración mientras lo veía de nuevo observarle, luego miró directamente al guardia y de nuevo susurró algo hacia él mientras iba hacia la puerta. No pudo escucharlo pero sí llegó a entender unas palabras.

—Ni hablar. Dígame que me pondré en contacto con ella cuando tenga tiempo libre.

Notó cómo el corazón se le disparaba. ¿Podía ser cierto aquello? ¿Ese era el forense? ¿Ese era el doctor Coleman? Lo había escuchado con claridad... “me pondré en contacto con ella cuando tenga tiempo libre”. ¡Era él! No había duda.

Cogió su maletín sin pensarlo dos veces cuando lo vio salir del edificio.

—Lo siento, pero me ha dicho que no tenía ninguna visita programada con...

Ni siquiera se detuvo a escuchar al guardia de seguridad que iba hacia ella.

—No se preocupe, no pasa nada —gritó hacia él mientras corría por el enorme distribuidor haciendo que el ruido de sus tacones al chocar contra el suelo hiciese eco

—. Gracias.

—Espere —le gritó el guardia de seguridad—. Pero no puede...

No acabó de escuchar su frase. Abrió la puerta con todas sus fuerzas y salió al exterior donde el sol le cegó momentáneamente.

Volvió a colocarse la mano a modo de visera mientras con su otra mano sujetaba con fuerza el maletín mirando de un lado a otro, histérica.

Aquel muchacho bajaba el último escalón observando las llaves de su coche y caminando con cierta urgencia. Oh, no, esta vez no, doctor Coleman. Esta vez no se le iba a escapar.

—¡Disculpe! —comenzó a gritarle mientras bajaba los primeros peldaños de las escaleras—. ¡Doctor Coleman!

En aquel momento el joven se giró y la miró boquiabierto. ¿Pero qué estaba haciendo aquella muchacha?

La observó bajar los escalones con rostro serio y su mano elevada como si intentase llamar su atención, automáticamente se dio la vuelta y continuó caminando como si no la hubiese escuchado.

—Joder —susurró mientras agarraba la llave de su vehículo con fuerza y aceleraba su paso.

—¡Doctor Coleman! —gritó de nuevo la muchacha—. ¡Doctor Coleman! ¡Espere! Sean, sigue adelante, se ordenó a sí mismo. Por dios, lo único que quería era llegar a casa y comer, estaba hambriento.

—¡Doctor Coleman! —volvió a gritar—. ¡Doctor... ahhhhhh!

Sean se giró movido por aquel grito. Buscó a la muchacha en aquellas escaleras pero no estaba. ¿Dónde se había metido? Su mirada bajó hacia esa joven tendida sobre la acera intentando levantarse.

—Mierda —comenzó a caminar hacia ella algo acelerado.

Por suerte había caído de rodillas y había podido detener el golpe colocando sus manos en el suelo. ¡Por Dios! —pensó mientras miraba de un lado a otro. Algunas personas que paseaban por la calle la habían visto caerse. Menudo ridículo. Suspiró y cogió el zapato que había caído a poco menos de un metro de ella, aún de rodillas por el suelo. Miró su maletín y lo cogió con la otra mano.

—Lo que me faltaba —susurró mientras se ponía en pie—. ¡Ayyy! —gimió al observarse la rodilla con una herida. Era pequeña, y parecía que al menos no sangraba mucho. Lo que le faltaba. Suspiró y cogió su maletín con las dos manos abriéndolo y buscando un paquete de pañuelos de papel. Vamos, sabía que tenía por ahí. Siempre llevaba.

—¿Está bien? —Escuchó una voz masculina frente a ella.

Naomi suspiró mientras seguía buscando su paquete de pañuelos, sin elevar la vista hasta que lo halló, extrajo uno y guardó el resto de nuevo en el maletín.

—No, no lo estoy —protestó molesta elevando su mirada mientras llevaba su mano hacia la rodilla. Al momento se quedó extasiada observándole. El hombre al que perseguía. ¿Ese sería el doctor Coleman? Desde luego con la cercanía mejoraba. Tenía el pelo brillante y casi negro. Su piel estaba dorada por el sol y sus ojos eran de un marrón claro, o al menos, eso le parecía, pues el sol le daba directamente de cara. Era mucho más atractivo de lo que le había parecido en un momento.

—¿Se ha hecho algo más que una herida en la rodilla? —volvió a preguntarle con voz firme.

Ella negó cohibida mientras se miraba la palma de la mano rascada. Menuda forma de encontrarse con él, aunque, bien visto, si con eso había conseguido que ese hombre dejase de huir de ella, bendita fuese la caída.

—¿Usted es el doctor Coleman? —preguntó doblando el pañuelo de nuevo y volviéndolo a situar sobre su rodilla.

Sean la miró fijamente y arqueó una ceja.

—Depende.

—Así que es usted —comentó con alegría en su voz mientras una sonrisa surgía en sus labios.

Sean la observó. Tenía los ojos de un color miel claros, prácticamente ámbar, y contrastaba con unas cejas y cabello algo más oscuros. Tenía una sonrisa tierna, incluso después de haber caído de aquella forma tan tonta.

—¿Y usted es...? —le preguntó Sean.

Naomi acabó de ponerse erguida, fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel hombre le sacaba más de una cabeza. Vaya, era alto y... observó su figura... y atractivo, muy atractivo.

—Naomi Hunt —se presentó observándole de arriba abajo. Intentó recomponer su compostura y quitarse aquel tono carmín de sus mejillas por su torpeza—. Soy periodista. Le he dejado unos cuantos mensajes para intentar ponerme en contacto con...

—Ya lo sé. —Le cortó.

Ella lo observó inquieta.

—Esperaba que respondiese a mis llamadas —se quejó.

Él pareció suspirar.

—Señorita Hunt, soy un hombre muy ocupado.

Naomi lo miró irritada pero intentó disimular aquello. ¿Y ella no? De todas formas tenía justo delante al hombre al que había buscado durante aquella última semana. Debía aprovechar el momento.

—No ocuparé mucho de su tiempo. Serán solo diez minutos... —Pero Sean ya estaba negando con su rostro—. ¿No? —preguntó indignada—. ¿Por qué no?

—No creo que pueda ayudarle —comentó observando cómo sujetaba de forma delicada el pañuelo sobre su rodilla, después la observó fijamente a los ojos, con una seguridad y determinación que hicieron que Naomi se quedase totalmente quieta—. Presione la herida con fuerza y cuando llegue a casa lávela con agua y jabón. —Automáticamente comenzó a darse la vuelta—. No le iría mal desinfectarla.

Ella observó su espalda, aquella enorme espalda alejarse de ella. Oh, no, ni hablar... había mentido a su jefe, su trabajo dependía de ello, había echado una bronca a un inocente guardia de seguridad y había sufrido una caída por las escaleras. Iba a conseguir aquella entrevista, tanto si quería aquel doctor como si no.

Agarró el maletín con más fuerza y se quitó el pañuelo de su rodilla comenzando a caminar detrás de él, aunque observó que su paso era un poco estrambótico y le costaba mantener el equilibrio. ¿Pero qué ocurría? Miró su zapato y observó que parte del tacón había quedado suelto.

—Oh, mierda —susurró, aunque volvió a fijar su objetivo hacia ese hombre que ya se había alejado unos cuantos metros y caminaba a paso firme en línea recta. Comenzó a cojear hacia él. —Maldito zapato —murmuró mientras intentaba alcanzarle. Cuando se hubo aproximado un poco extendió la mano hacia él sin tocarle—. Por favor —gimió en tono de súplica hacia él.

Sean se giró sorprendido al escuchar aquella palabra. Se detuvo y la observó. Tuvo que contener su sonrisa al ver a aquella muchacha caminar hacia él con una pequeña herida en la rodilla y cojeando sin poder colocar el zapato correctamente en el suelo. Se mantuvo quieto observándola hasta que de nuevo llegó hasta él.

Bueno, bien, al menos parecía que la estaba esperando. Naomi llegó hasta él y lo primero que hizo fue coger su zapato roto con cara de enfado con la mano. Total, ya le había visto caerse por las escaleras, ¿qué más le daba si tenía que caminar cojeando con aquel caro zapato en la mano?

—Oiga, se lo pido por favor —suplicó moviendo el zapato roto de un lado a otro—. Hace poco que trabajo en el *Brooklyn Royal* y si no consigo una entrevista me despedirán —acabó gimiendo—. Por favor. —Sean la observó fijamente y arrugó su frente hacia ella. Bueno, aquel era buen síntoma, al menos parecía escucharla y no salir corriendo de nuevo—. Serán solo diez minutos... son unas tonterías de preguntas. Para usted son muy sencillas pero a mí me pueden salvar la vida —siguió suplicando al ver que Sean parecía conmoverse un poco por ella. Sean miró de un lado a otro y suspiró, luego extendió su brazo hacia ella como si diese su brazo a torcer.

—¿De qué asunto se trata?

Al momento se sorprendió cuando la muchacha pareció suspirar aliviada y hacer un gesto gracioso con sus pies, como si diese unos saltitos. Colocó su zapato roto

bajo su brazo sujetándolo, y llevó su mano hasta su maletín abriéndolo con una gran sonrisa, hecho que le hizo sonreír a Sean. Aquella muchacha tenía unas facciones realmente dulces, era hermosa, más cuando sonreía y su rostro se iluminaba, aparte... era bastante graciosa, pensó mientras la veía contorsionarse e intentar hallar algo dentro de aquel maletín sin dejar caer el zapato.

—Serán solo unos minutos —pronunció sacando unas hojas en blanco y un bolígrafo.

En ese momento Sean arqueó una ceja hacia ella. ¿Papel y bolígrafo?

—¿Va a tomar nota? —preguntó sorprendido.

Ella le devolvió la mirada inquieta, como si no esperase esa reacción de él.

—¿Le importa?

Sean se mantuvo callado unos segundos y la miró de nuevo fijamente.

—¿Qué quería preguntarme, señorita Hunt?

Ella tragó saliva y aceptó.

—Verá, hace poco más de un mes usted emitió un informe forense sobre la muerte de cinco muchachos en una vivienda a las afueras de Brooklyn. En su informe determinó que seguramente se trataba de una pelea entre bandas pero...

—Disculpe —le interrumpió algo tenso—. Pero ese tema es confidencial. —Le cortó con voz seca.

¿Pero qué estaba investigando aquella muchacha? Sabía de sobras a lo que se refería. Recordaba ese momento. Habían seguido a la banda de lobos hasta una vivienda en una urbanización tranquila. Se habían llevado a Samantha, pero cuando habían llegado los vampiros habían acabado con muchos de aquellos lobos y se habían llevado a Sam. Él había estado allí. Él se había encargado de aquel informe forense y él, junto al Pentágono, habían logrado que el fiscal archivase la causa. ¿Por qué narices esa muchacha le preguntaba sobre ello?

—Sí, lo sé —reaccionó con una sonrisa—. Pero solo quería saber su impresión sobre...

—Señorita Hunt —volvió a interrumpirla con un tono cortante—. El fiscal archivó la causa.

—Lo sé —respondió enfadada porque le interrumpiese todo el rato—. Por eso mismo me sorprende. ¿Cinco muchachos asesinados y se archiva la causa? —preguntó con voz sorprendida—. ¿No le parece extraño?

Sean la miró fijamente, con actitud realmente seria.

—Eso no es asunto mío, sino del fiscal.

—Ya, pero usted emitió el informe. ¿Piensa que pudo ser un suicidio entonces? ¿Por qué cree que el fiscal ha archivado la causa cuando usted mismo hizo un informe forense en el que...? —Pero tuvo que callarse cuando Sean se acercó a ella en actitud intimidante.

—Eso no es competencia mía, sino del fiscal y el juez. No entro a hacer juicios de valor.

Ella lo miró fijamente y tragó saliva. Por dios, aquel hombre era realmente atractivo, pero a la vez podía dar miedo. Aquella mirada cargada de fuerza le hizo notar que su corazón comenzaba a bombear más fuerte.

—En... entonces... —Tuvo que carraspear mientras daba un paso hacia atrás intentando alejarse de él—. Usted está de acuerdo con el archivo del procedimiento que hizo el...

—No voy a responder a esas preguntas —acabó cortándole de nuevo.

Ella lo miró con cierta furia.

—¿Por qué? —se quejó, dejando caer el documento en blanco.

—Porque no es mi competencia. Yo simplemente emití un informe. Punto.

—De acuerdo —continuó acercándose—. ¿Y en ese informe qué ponía? ¿Por qué si realmente usted puso que se trataba de un ajuste de cuentas entre...?

—No, señorita Hunt. Yo simplemente redacté un informe sobre el estado de los cuerpos, sobre lo que les causó la muerte, nada más. —La observó de nuevo y vio cómo ella daba otro paso hacia atrás. ¡Vaya! ¿La intimidaba? Se puso erguido del todo, manteniendo aquella mirada fría y dura hacia ella—. Lo siento, pero ya le he dicho que no podía ayudarla. —Se giró y comenzó a caminar, pero suspiró y volvió a darse la vuelta cuando notó su presencia detrás, siguiéndole. ¿Aquella muchacha no se cansaba?

Aunque no debería de estar investigándolo, era peligroso adentrarse en aquel mundo, por esa misma razón el Pentágono había archivado ese caso. La miró con dureza.

—¿Y eso no le molesta? —preguntó dejándolo confuso con aquella pregunta, pero reaccionó rápidamente.

—No voy a contestar ninguna pregunta sobre este asunto. —Vio que ella emitía una mueca de desesperación—. ¿Tiene alguna pregunta que no sea relacionada con ese caso?

—¡No! —gritó desesperada—. Lo único que necesito es que me diga si está conforme con el archivo de la causa... por qué piensa que el fiscal pudo haberlo archivado... qué decía su informe forense sobre las causas de la muerte de esos chicos inocentes... —Pero Sean de nuevo negaba con su rostro.

—Lo siento —se disculpó de nuevo, esta vez con un tono de voz algo más tranquilo, como si se compadeciese de ella—. No puedo ayudarla. Me sabe muy mal por su trabajo, pero yo no tengo nada que ver con lo que decida un fiscal. —La observó fijamente y se giró de nuevo—. Buenas tardes, señorita Hunt. —Ella observó cómo comenzaba a avanzar de nuevo, aunque luego se giró como si se quedase pensativo y una nueva esperanza se dibujó en el rostro de la muchacha. Sean la observó de arriba abajo pensativo—. Haga lo que le he dicho y límpiese la herida. Se le puede infectar.

Dicho esto se giró y avanzó entre el resto de la gente dejando a una Naomi totalmente indignada sobre la acera, con el zapato en una mano y una pequeña herida en la rodilla.

Sean giró la calle a la izquierda, internándose en el polígono industrial donde se encontraba la nave donde vivía junto al resto de sus compañeros. Aquella periodista le había puesto en tensión. Sabía que los periodistas investigaban, que podían ser pesados... por eso mismo no había devuelto sus llamadas. No quería tener que inventarse respuestas, y mucho menos quería dar pie a que el caso se abriese. Aquel procedimiento se había archivado por propia seguridad. Maldita fuese aquella muchacha. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que estaba intentando investigar. Era peligroso.

Se pasó la mano por el cabello revolviéndolo con ansiedad mientras pulsaba el mando a distancia para que la puerta del garaje de su nave se abriese.

Sabía que Naomi no podía investigar nada sobre ello, por esa parte estaba tranquilo, jamás podría saber lo que había ocurrido en realidad, y así era mejor para ella. No pudo evitar que su mente recordase cuando hacía pocos minutos la había visto caer por las escaleras, aquella rodilla herida, su gesto sonriente cuando le había dicho que colaboraría con ella... era una chica preciosa, aunque entrometida. ¿Y qué esperaba? Era periodista. Solo deseaba que al no ayudarla dejase de investigar el caso. Aunque estuviese indignada con él, era una forma de protegerla el no darle información. Ella no lo valoraría de aquella forma, seguramente en estos momentos estaría maldiciendo su nombre, pero al menos, estaría a salvo.

Aparcó el deportivo en su plaza mientras observaba cómo la puerta del garaje se bajaba. Bajó y se encaminó hacia el ascensor. Las dos y media. Tenía un hambre impresionante.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el suave olor a sopa y carne inundó sus sentidos y estuvo a punto de suspirar. Ni siquiera fue a su habitación. Se dirigió directamente al comedor arrojando el abrigo sobre el sofá e incrementando el paso hacia la mesa donde todos colaboraban para acabar de ponerla.

—Buenas —saludó sonriente mientras cogía unas cuantas patatas de bolsa y se las llevaba a la boca.

—¿Mucha hambre? —preguntó Evelyn mientras le pasaba la olla llena de sopa a Samantha.

—Demasiada.

—Es lo que tiene trabajar rodeado de cadáveres, ¿no? Abre el apetito —ironizó Ryan colocándose a su lado, pero al momento recibió la mirada de desagrado de todo el grupo—. Bueno, bueno... era una broma de muy mal gusto, ya lo sé. —Se disculpó.

Sean golpeó el hombro de Ryan y fue hacia su asiento, frente a Nathan y Samantha. Se sentó y cogió la botella de vino que acababa de descorchar Brad y había colocado sobre la mesa.

Nathan arqueó una ceja hacia él.

—¿Un mal día? —preguntó situándose frente a él.

Sean hizo un movimiento extraño con su cuello, como si no supiese si afirmar o negar con su rostro.

Josh se acercó en actitud preocupada.

—¿Ha llegado algún nuevo cadáver?

—No, no —respondió después de dar un buen sorbo a su vino—. Bueno, ha llegado uno, pero su diagnóstico no ha sido muerte por lobo o vampiro —bromeó—. Ha sido un infarto de miocardio.

Josh aceptó no muy convencido.

—Entonces todo bien, ¿no?

Sean volvió a dar otro sorbo a su vino mientras Samantha le echaba amablemente algo de sopa en el plato hondo.

—Bueno, tengo una periodista entrometida pegada al culo —comentó sonriente hacia Samantha y luego desvió la mirada de nuevo hacia su jefe el cual lo miraba atento.

—¿Entrometida en qué sentido?

Él se encogió de hombros y cogió su cuchara removiendo la sopa.

—Me ha preguntado por el asesinato de los lobos.

Brad se acercó a él con gesto preocupado.

—¿De los lobos? ¿Lo sabe?

—¡No! —gritó él. Suspiró y volvió a coger unas cuantas patatas de la bolsa. Si se metía la sopa en la boca en aquel momento acabaría con la lengua chamuscada, y aunque pudiese regenerarse rápidamente prefería esperar un poco—. Me preguntó si sabía las causas por las que el fiscal había archivado el caso.

—¿Y? —preguntó Josh aún delante de él.

—Le dije que eso no era mi competencia. Tranquilo, jefe. —Se giró hacia él y sonrió—. Sé arreglármelas.

—No lo dudo —comentó cogiendo la botella de vino y llevándolo al otro extremo de la mesa. Cogió la copa de su reciente esposa, Sarah, y la llenó hasta la mitad, luego fue siguiendo con la de cada compañero—. ¿Crees que puede ser un problema?

Sean lo miró fijamente.

—¿La periodista? —le preguntó sorprendido. Josh aceptó—. No, qué va —respondió desviando su mirada hacia la sopa de nuevo—. Me explicó que si no le ayudaba con la entrevista la despedirían del trabajo. —Luego hizo un gesto de desagrado, pero acabó encogiéndose de hombros—. Me sabe mal por la muchacha, pero es lo que hay.

—¿Y qué hacen investigando eso? —preguntó Jason echándose también sopa en el plato.

—Yo qué sé. Supongo que no habrá muchas noticias morbosas últimamente e intentan tirar de algo. —Lo observó un segundo y volvió a mirar la sopa. Joder, no se enfriaba y se moría de hambre. A la mierda. Agarró su tenedor y pinchó un trozo de lomo de la enorme bandeja de carne. Se lo llevó directamente a la boca y comenzó a masticarlo—. De todas formas el caso está archivado, así que dudo que pueda hacer mucho. —Se encogió de hombros y se metió en la boca el resto de carne que le quedaba pinchada en el tenedor—. Mmmm... Evelyn... —comentó con la boca llena, tapándose la con la mano—. Pásame una servilleta, por favor. —Le señaló al montón de servilletas de papel que estaban a su lado, pero contrariamente a lo que esperaba la servilleta comenzó a volar hacia él suavemente. Sean la observó asombrado hasta que la servilleta topó con su rostro y tuvo que quitársela de la cara. Evelyn rio por la broma—. Veo que has mejorado, ¿eh? —comentó enarcando una ceja hacia ella.

—Sí. Samantha me ayuda.

Miró a Samantha la cual permanecía totalmente sonriente por lo que Evelyn acababa de hacer.

Sean se apoyó contra el respaldo observando a todos sus compañeros y a sus novias y finalmente miró a Evelyn, la cual parecía estar riendo aún por haber estampado la servilleta en su cara. Sean suspiró y ladeó su cuello hacia ella.

—Pues qué bien —acabó diciendo mientras cogía la copa de vino.

Eran justo las cuatro de la tarde cuando Naomi entró por la puerta del *Brooklyn Royal*. Aquello había sido un desastre. Había tenido el tiempo suficiente para llegar a su piso, cambiarse de ropa, curarse la herida y volver al trabajo, pero lo peor de todo es que no había logrado sonsacar nada a aquel doctor Coleman. No tenía nada, absolutamente nada para poder elaborar un artículo. Cero.

Corrió hacia el ascensor y se introdujo justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse. Al menos podría haberle hecho un pequeño favor y decirle qué es lo que había puesto en el informe, cuáles eran las causas de la muerte de aquellos jóvenes... se lo había suplicado y le había explicado el problema que tenía sobre conservar su puesto de trabajo, pero nada, aquello no había servido. Aquel hombre no tenía corazón ninguno.

Resopló y se adentró en la redacción pasando al lado de la mesa de sus compañeros, algunos de los cuales aún no habían llegado.

Observó hacia el despacho de su jefe, estaba vacío, aún no había llegado. Quizás sí debería hablar con él. Explicarle lo que había ocurrido. Decirle que el tema estaba archivado y que tanto en el juzgado como el mismo forense se negaban a darle información, pero claro... eso era lo más normal, en eso consistía el periodismo, en investigar, en moverse... aunque estaba claro que ella aún no sabía realmente cómo hacerlo o no disponía de los suficientes contactos.

Iba a llegar a su mesa, inmersa en sus pensamientos, cuando Wayne se cruzó en su camino con una pequeña taza de café en cada mano.

—Wayne —susurró deteniéndose justo a tiempo de no chocar con él. Pero al momento su rostro se suavizó cuando le pasó una de las pequeñas tazas—. Gracias —dijo pasando por su lado sin muchas ganas de conversación.

Wayne comenzó a caminar a su lado entre las mesas, rumbo a las suyas.

—¿Has conseguido algo?

Ella lo miró de reojo y finalmente suspiró mientras su rostro se entristecía.

—Nada —comentó llegando a su mesa y depositando la taza de café sobre ella—. Es decir... —continuó—, he conseguido dar con él, incluso he hablado, pero no quiere colaborar. —Hizo una mueca de disgusto—. Le he hecho unas cuantas preguntas pero no me ha querido responder a nada. —Acabó sentándose en su silla y miró el ordenador, pero algo le llamó la atención, un pequeño paquete situado justo al lado del ordenador.

—Un hueso duro de roer —apuntó Wayne.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiendo el paquete.

Wayne lo miró. Era un paquete pequeño, de correos. Naomi observó que iba dirigido a ella pero no ponía remitente.

Wayne se encogió de hombros y miró hacia detrás, observando que el jefe hacía acto de presencia en la oficina en ese momento.

—No tengo ni idea. —Luego le miró algo sonriente intentando infundirle algo de ánimo—. No te preocupes. Todos hemos tenido huesos difíciles. —Le guiñó el ojo y fue directo hacia su mesa, al otro lado del pasillo.

Naomi le correspondió con una sonrisa mientras mantenía en sus manos el pequeño paquete. Lo giró repetidas veces y finalmente se decidió a abrirlo.

El paquete estaba forrado en papel marrón. Cuando lo rompió, apareció ante ella una pequeña caja de cartón. La observó por todos los lados intentando adivinar de qué se podía tratar o de dónde provenía. Al ver que no había nada escrito abrió la tapa y miró en su interior.

Se quedó sorprendida y tomó en su mano el contenido. Parecía un carrete de fotos para revelar. Se quedó extrañada y miró de nuevo en la caja. Había una pequeña nota. La cogió en sus manos y observó que era una letra de caligrafía impecable.

“Si está interesada, póngase en contacto conmigo”.

Debajo, había un número de teléfono.

Naomi observó con curiosidad el carrete de fotos. Aquello era extraño, jamás había recibido algo así.

Cogió de nuevo el papel que envolvía la caja y se aseguró de que iba dirigido a ella. Sí, no había duda, pero lo extraño era que no había remitente, y lo más curioso de todo era aquel carrete de fotos. Se levantó de inmediato guardando la nota en el bolsillo de su tejanos.

Caminó con algo de urgencia hacia Christina, situada al final de la enorme sala y la cual se encontraba sentada a una mesa observándose las uñas rojas recién pintadas.

—Buenas tardes, Christina.

—Hola —respondió sin siquiera mirarla, más atenta al resultado que aquel rojo chillón producía bajo la luz de los fluorescentes.

—¿Has dejado un paquete encima de mi mesa esta mañana?

Christina elevó su mirada y emitió aquella falsa sonrisa suya.

—Sí. Pero no estabas en la mesa.

Naomi omitió aquel comentario y el tono con el que lo había dicho. ¿Quién se había creído que era?

—¿Sabes quién lo ha traído?

—Correos —dijo apartando de nuevo la mirada de ella hacia las uñas.

—¿Y correos no te ha mencionado quién lo envía? No tiene remitente —acabó diciendo con algo de malos modos.

Christina volvió a observarla, como si su presencia allí le molestase.

—Pues no. No lo sé. —Se encogió de hombros y volvió a ignorarla.

Naomi volvió a observar el carrete de fotos recordando la nota. “Si le interesa...” ¿Sobre qué podía ir aquello?

Fue directa hacia su asiento y cogió su bolso y el abrigo. Automáticamente, se giró hacia Wayne el cual le observaba desconcertado.

—Tengo que salir.

—¿Y tu café? —preguntó observando la pequeña taza depositada sobre su mesa.

—Oh, sí —dijo cogiéndola y tomando su contenido de un sorbo. Luego le sonrió mientras se ponía el abrigo con algo de prisa—. Muchas gracias. Al próximo invito yo.

—¿Dónde vas?

—Tengo que salir. Mañana te lo cuento. —Pasó por su lado con una sonrisa y fue directa hacia el ascensor introduciendo el carrete de fotografías en su bolso.

La verdad es que aquella nota le había intrigado. Cerró su bolso y notó cómo el corazón se le aceleraba. Esa adrenalina recorriendo su cuerpo por lo desconocido. Puede que fuese una simple broma, algo que no obtuviese su interés, pero lo cierto es que le había intrigado. No era muy común recibir un carrete de fotos para revelar con una nota aún más misteriosa.

Se dirigió a la calle, internándose entre aquella multitud de gente que corría de un lado a otro. Se sentía algo nerviosa y expectante.

Llegó a su vehículo, entró en él, y depositó el bolso sin mucho miramiento en el asiento del copiloto. Cogió su móvil conectando el manos libres y buscó el número de su amiga Carla en la agenda. Cuando dio el primer tono encendió el vehículo. Lo había comprado hacía menos de un año, un Peugeot doscientos seis de segunda mano, de un rojo chillón. El vehículo era pequeño y le permitía moverse por la ciudad sin problemas, aunque no lo utilizaba muy a menudo, prefería el transporte público, mucho más rápido en aquella ciudad atestada de vehículos y personas.

Cuando dio su cuarto tono la voz de su amiga sonó divertida.

—Dichosos los oídos —contestó Carla.

—¡Hola! —respondió en el mismo tono—. ¿Qué tal?

—Bien, trabajando un poco. —Rio—. Tengo que ganarme la vida.

—Eso está bien.

—¿Y tú?

Naomi miró por el retrovisor poniendo el intermitente y se incorporó cuando pudo a la carretera.

—¿Estás en casa ahora? —preguntó ignorando su última pregunta.

—Claro.

Había conocido a Carla con cinco años de edad. Su antigua vecina. Desde pequeñas habían sido inseparables. Aún recordaba cuando sus padres se habían mudado a

aquella enorme casa a las afueras de New York y Carla y su madre se habían presentado en su nueva vivienda para darles la bienvenida con un pastel de manzana. Desde ese momento se habían hecho íntimas amigas. Habían crecido juntas, prácticamente como hermanas. Habían incluso planeado estudiar periodismo juntas, pero posteriormente, Carla, había cambiado su afición y se había vuelto una amante de la fotografía.

Había estudiado fotografía durante varios años y había abierto su propio negocio en su vivienda. Acudía a bautizos, bodas, incluso a veces la habían contratado algún periódico para cubrir un evento. Lo cierto es que no podía quejarse, no le faltaba trabajo. Era realmente buena tomando fotografías.

—Necesito un favor.

Carla parecía entretenida en algo.

—¿De qué se trata?

—Necesito revelar una fotografías —explicó mientras se incorporaba al carril de la izquierda para así girar unas calles más abajo.

—Entonces estás llamando a la amiga indicada —bromeó—. ¿Son tuyas?

—Pues... —En aquel momento dudó—, la verdad es que no sé de quiénes son. He recibido un carrete de fotos misterioso en el trabajo —explicó, poniendo algo de misterio en su voz.

—¿En serio? —Notó cómo Carla parecía cobrar interés.

—Sí. Ahora te lo contaré.

—Qué emocionante. —Naomi escuchó algunos sonidos de movimiento, como si cogiese unas bandejas y las depositase en otro lugar—. Pues tráeme el carrete y miramos de qué se trata.

—De hecho, estoy de camino a tu casa.

Carla se echó a reír.

—¿Pues si vienes para aquí, para qué me llamas?

—Para asegurarme de que estás en casa... —Aunque luego adoptó también su tono bromista—. Y para asegurarme de que no te pilló en una situación comprometida con Aaron.

—Ja, ja, ja —bromeó Carla—. Aaron está trabajando, así que no te preocupes por eso. —Volvió a mover algo de lugar y luego suspiró—. ¿Cuándo llegas?

—Tardo un cuarto de hora.

—De acuerdo, estoy en el cuarto oscuro. Hazme una perdida cuando estés aquí y te abro. Desde esta habitación no escucho el timbre.

—Perfecto.

—Y si no encuentras sitio para aparcar dímelo. Aaron se ha llevado el coche así que el garaje está libre.

—De acuerdo. Hasta ahora —acabó canturreando.

Apagó el manos libres y se descubrió con una sonrisa en su rostro. Después de la decepción que se había llevado aquella mañana con el doctor Coleman parecía que la emoción y la intriga que estaba viviendo en aquellos momentos le habían dado algo de vida.

No te hagas ilusiones —se dijo a sí misma—. Puede que el carrete esté vacío, o simplemente que no sea nada. Ya. —Le dijo de nuevo aquella voz en su interior—. Pero entonces no tendría sentido aquella nota. Debía ser algo importante pero ¿sobre qué?

Naomi pulsó el botón de llamada en su móvil, colocándose al lado de la puerta del piso de Carla. Sin poder evitarlo llevó su mano hasta el bolsillo asegurándose que llevaba la nota que había recibido y su mirada volvió al bolso localizando el carrete de fotos.

Al momento la voz de Carla le llegó a través del interfono.

—¿Naomi?

—Sí. Ya estoy aquí.

—Has tardado —se quejó—. Ya te había dicho que si no encontrabas sitio para aparcar me llamas —le riñó de forma tierna.

—No pasa nada. Vamos, abre. —Le animó con expectación en la voz.

Al momento la puerta hizo un sonido y se desencajó permitiéndole el acceso. Fue directa al ascensor con el carrete de fotos en su mano y pulsó la segunda planta.

El edificio era antiguo. Lo habían comprado hacía aproximadamente un año, junto a Aaron. Habían tenido suerte. Lo habían reformado y les había quedado un piso amplio y acogedor, muy contrario al suyo el cual constaba de un simple comedor cocina, una habitación y un aseo, pero con eso ella ya tenía suficiente, ¿para qué quería más? Vivía sola, hacía lo que quería y era fácil de limpiar y arreglar. Se sentía orgullosa de su piso, aunque el de Carla era el doble que el suyo.

Cuando el ascensor abrió su puerta se encaminó hacia la tercera puerta donde Carla la esperaba con una gran sonrisa. Llevaba su media melena rubia recogida en una coleta con varios pasadores. Un pantalón de chándal y una camiseta blanca.

Se abrazó a su amiga unos segundos y entró al piso donde hacía bastante calor. Al momento se quitó el abrigo.

—Dame —dijo Carla cogiéndoselo—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó cerrando la puerta.

—No, gracias.

Carla puso cara de disgusto y se dirigió a través del largo pasillo hacia el enorme salón. Habían decorado el piso de forma bastante moderna. No lo tenían muy cargado, solo lo esencial. Un enorme sofá, un mueble donde había una inmensa televisión pantalla plana y una pequeña mesa situada al otro lado del salón con cuatro sillas. De esta forma el piso se veía mucho más espacioso. Ni siquiera habían puesto ningún color en las paredes. Era totalmente blanco, aunque el blanco se rompía con algunas fotografías enmarcadas de Carla.

No pudo evitar mirar de nuevo aquella fotografía tan conocida para ella. Los sobrinos de Aaron de dos y cuatro años de edad jugaban sobre el césped. Era preciosa, tierna y divertida. El niño mayor sujetaba en su mano una manguera con la que apuntaba al pequeño, el cual lo miraba sorprendido.

Naomi no pudo evitar sonreír al ver aquella fotografía, la verdad es que Carla si se caracterizaba por algo es porque sabía escoger el momento oportuno para hacer la foto.

—Me encanta esta foto. —Señaló hacia ella.

Carla depositó su abrigo con cuidado en el sofá y le sonrió.

—Ya lo sé. Siempre me lo dices. —Le sonrió colocándose algunos pasadores correctamente, sujetando los mechones de su flequillo. Fue hasta ella observando la fotografía y se cruzó de brazos.

—Qué monos estaban ahí. —Suspiró—. Se podrían haber quedado así —bromeó. Naomi la miró de reojo y sonrió—. Explícame. ¿Qué es lo que ha pasado?

Naomi le mostró el carrete de fotografías entregándoselo.

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros—. Esta mañana he salido por un asunto de la oficina. Cuando he vuelto al mediodía he encontrado un pequeño paquete sobre la mesa. No tenía remitente y en su interior había este carrete y una nota.

Carla miró el carrete y arqueó una ceja hacia ella.

—¿Y qué decía en la nota?

—Que si estaba interesada llamase a un número de teléfono que hay apuntado.

Carla la miró confundida.

—Qué raro. ¿Iba dirigido a ti?

—Sí, sí.

Carla se encogió de hombros y luego la miró sonriente.

—Vaya, pues qué emocionante —comentó contagiándose del entusiasmo que demostraba su amiga—. Vamos a ver qué contiene —dijo animándole con la mano para que le siguiese.

Atravesaron el comedor y se introdujeron en un pasillo hasta el final de este, donde se encontraba su estudio de trabajo.

La verdad es que el denominado cuarto oscuro se ganaba su nombre.

—¿Te he dicho alguna vez que esta habitación parece un puticlub? —preguntó Naomi cerrando la puerta tras de ella.

Carla rio mientras encendía otra luz roja para obtener un poco más de claridad.

—Siempre que vienes. —Le señaló un pequeño taburete—. Siéntate ahí —comentó mientras ella se sentaba en otra silla y comenzaba a manipular el carrete de fotos que le había entregado.

Naomi recorrió con su mirada aquel pequeño cuarto poco iluminado. Tenía varias bandejas sobre una mesa, cubiertas de líquido, varias pinzas, un montón de maquinaria que no tenía ni idea de para qué servía y al final unos pequeños cables de donde colgaban unas cuantas fotografías. En una de ellas podía verse claramente una pareja de recién casados.

—¿Estos son los que se casaron el otro día? —preguntó levantándose y acercándose a la foto.

Una chica joven, con un precioso vestido blanco se encontraba apoyada contra un frondoso árbol. Llevaba el cabello rubio recogido en un enorme moño de donde surgía un velo. Al otro lado del árbol, apoyando también contra él, había un chico que le sacaba una cabeza, cruzado de brazos y con un esmoquin impecable.

—Qué guapos —susurró.

—Sí. Si me caso alguna vez quiero llevar un vestido parecido a ese.

—A ver si Aaron se decide de una vez —pronunció mientras volvía al taburete—. Quiero ir de despedida de soltera.

—Tú lo que quieres es un boy, que lo sé yo —bromeó mientras seguía manipulando el carrete de fotos.

Naomi se encogió de hombros mientras se sentaba de nuevo en el taburete y observaba a su amiga.

—¿Qué crees que puede ser? —preguntó Carla observando el carrete.

—No tengo ni idea.

—Quizás sean algunas fotografías pornográficas de algún político. —Rio, mientras llevaba su mano al interruptor. La observó durante unos segundos—. Apago la luz un momento.

—¿Para?

—Sí no, se velarán.

—Ah.

Al momento se quedó totalmente a oscuras. La verdad es que no veía nada de nada.

—No entiendo cómo puedes trabajar así, sin nada de luz.

—Tengo visión nocturna —bromeó.

Naomi escuchó cómo manipulaba algo y al momento volvió a encender la luz.

—¿Ya está? —preguntó encogiendo un poco los ojos.

—Solo he metido el carrete en la espiral. —Señaló hacia un hueco—. Bueno, bueno... —dijo cogiendo un bote con una sustancia líquida—, primero hay que trabajar el carrete para poder hacer el revelado.

—¿Y cuánto tarda?

—Pues un ratito —respondió mientras vertía el revelador en el tanque. Cerró la tapa y al momento comenzó a agitar el tanque suavemente—. ¿Ves qué divertido? —bromeó de nuevo.

—Ya veo, te lo pasas pipa.

—Con música es mucho mejor. —Continuó agitando el tanque suavemente como si se tratara de una maraca y luego dio unos cuantos golpes en la mesa—. Una noche más... uooo... quisiera sentir tu pasión... una noche más... uooo... —Canturreaba mientras agitaba el tanque.

—No me extraña que te dediques a la fotografía.

Dejó el tanque sobre la mesa y se giró para observarla.

—Es mi profesión frustrada.

—¿Cantante?

—Aaron dice que lo hago muy bien.

—Aaron es tu novio, sabe que tiene que tratarte bien y tenerte contenta.

Carla se encogió de hombros con una sonrisa y volvió a agarrar el tanque agitándolo cada minuto. Posteriormente, después de un tiempo, introdujo el tanque en el agitador durante un minuto más.

Naomi observó cómo introducía otros líquidos y cómo iba trabajando según pasaba el rato.

—Pues no sabía que revelar unas fotos tuviera tanto trabajo.

Carla cogió el tanque y con cuidado extrajo el carrete levantándose de la silla y acercándose al fregadero.

—Ahora con las cámaras digitales es mucho más fácil, pero igualmente, yo soy de las que creo que una fotografía con cámara de carrete tiene más encanto. —Fue hasta el fregadero y colocó el carrete bajo el agua limpiándolo suavemente—. Acércame esa bandeja —dijo señalándole una pequeña.

Naomi se acercó y Carla colocó el carrete dentro de aquel líquido.

—Agua normal y corriente —le explicó.

—¿Ah, sí?

—Para eliminar las sales de plata del negativo —explicó.

—Me quedo igual.

Ella le sonrió.

—Lo imaginaba. —Movié un poco la bandeja haciendo que el carrete flotase en ella y miró a su amiga—. Hay que esperar quince minutos ahora. Vamos a tomar algo.

—¿Quince minutos? —preguntó asombrada.

—Sí, y luego hay que secarlo con el secador —comentó ya alejándose de ella, caminando hacia la puerta—. A veces pienso que más que un estudio de fotografía tengo una peluquería montada.

El proceso de revelado de fotografía era más complejo de lo que había podido imaginar. Carla se lo había explicado varias veces, pero jamás había estado delante cuando había revelado algún carrete.

Dio un sorbo a la lata de Coca-Cola y observó cómo Carla seguía moviendo la fotografía en aquel líquido. Tal y como había explicado, había secado el carrete y luego le había ido comentando los pasos que seguía, aunque realmente no había prestado atención. Estaba nerviosa por lo que aquellas fotos pudiesen revelar.

—Son solo tres —le informó Carla moviendo de nuevo las fotografías en el líquido.

—¿Ya? —preguntó levantándose, con la lata de Coca-Cola agarrada y observando cómo en aquel papel comenzaba a aparecer una imagen. Naomi estrechó los ojos intentando analizar y descifrar la imagen que comenzaba a aparecer, aunque aún era poco clara—. ¿Adivinas qué es?

—Ni idea, pero esta... —comentó señalándola— parece un poco oscura, como si la hubiesen tomado de noche.

Ella se movió algo incómoda por la tensión que llevaba acumulando aquella última hora.

—¿Si no se viese bien podrías hacer algo?

Carla se encogió de hombros mientras cogía las fotografías y las colgaba con cuidado con unas pequeñas pinzas del cable.

—Algo se podría hacer. Se le puede dar más luminosidad. También tengo una ampliadora —explicó sonriente—. Aunque bueno, tú también con un buen programa de escáner puedes hacer muchas cosas.

—Ah —respondió embobada, mirando la fotografía. ¿Pero qué narices era aquello?

En la primera de todas, la cual ya comenzaba a dibujar unas imágenes, le parecía observar una carretera, era de noche, y se veían unos cuantos vehículos, similares a unos todoterrenos.

—¿Pero esto qué es? —preguntó molesta.

—Deja que se acabe de dibujar —protestó Carla observando cómo la imagen cada vez era más nítida—. ¿Parecen unos todoterrenos?

Naomi observó la fotografía con los ojos entreabiertos, de brazos cruzados.

—Eso parece. —Observó la fotografía—. ¿Eso son árboles?

Carla se acercó un poco más para verla más de cerca.

—Parece que sí. Oye, ¿esta no es la facultad de historia del arte? —preguntó algo sorprendida.

—No tengo ni idea —respondió sin mirarla.

—Sí, eso parece. Hice unas asinaturas de fotografía ahí —comentó en un susurro, sin dejar de observar la fotografía cada vez más nítida—. Pero sigo sin entender nada.

—Pues anda que yo —respondió mirando la siguiente fotografía, aunque la imagen aún era demasiado borrosa como para adivinar algo. Volvió a la primera y observó que ya se distinguían claramente dos todoterrenos. Se acercó un poco más intentando hallar algo en la fotografía que le resultase familiar o le diese a entender el por qué se las habían enviado, pero nada.

—La foto fue tomada de noche, con un flash. Por eso la imagen es poco clara —le explicó Carla—. ¿Te dicen algo?

—Nada de nada —susurró centrándose ya en la siguiente fotografía donde comenzaba a detallarse una imagen. Parecía de nuevo otro todoterreno, pero comenzaban a difuminarse unas siluetas alrededor. ¿Pero de qué iba todo esto? No entendía nada. Miró la siguiente foto, la última que había colocado Carla a secar y donde una imagen borrosa también comenzaba a aparecer en aquel papel.

Suspiró y miró de nuevo la segunda fotografía.

—Parece el mismo todoterreno de antes —comentó Carla.

Naomi miró la primera fotografía y la segunda, comprobando que ella tenía razón. Parecían el mismo tipo de todoterreno, aunque en la primera fotografía había dos todoterrenos y en la segunda uno, pero algo le llamó la atención.

—¿Qué narices...? —preguntó acercándose a la segunda fotografía. Comenzaba a identificar la silueta de varias personas alrededor del todoterreno, pero lo que más le llamó la atención, era que parecían haber varios cuerpos en el suelo—. Mira, mira... —dijo a su amiga, la cual se colocó rápidamente a su lado.

La imagen iba tomando claridad por momentos.

Sí, había un todoterreno en medio de la calle, aunque bastante lejos, y se intuían personas alrededor de este, pero lo que más le llamaba la atención es que una de estas siluetas cogía a otra tendida en el suelo, y un poco alejado del todoterreno otra silueta permanecía tumbada sobre el asfalto.

—Joder —susurró Carla que parecía nerviosa—. ¿Crees que puede ser un asesinato o una banda callejera?

—No tengo ni idea —respondió Naomi mirando atentamente la segunda foto, observando cómo esta iba perfilando la imagen poco a poco. ¿Pero qué era aquello? Notó cómo su amiga se movió hacia la siguiente foto observándola. ¿Quiénes eran aquellas personas? Estaba claro que se trataba del mismo tipo de todoterreno. En la primera fotografía aparecían dos todoterrenos en circulación, según Carla en la facultad de historia del arte. En la segunda aparecía el mismo todoterreno en medio de una calle oscura junto a unas siluetas a su alrededor y otras tendidas sobre el asfalto. ¿Serían cadáveres? ¿El que le había mandado aquellas fotografías le estaba mostrando la escena de un asesinato? Notó que la piel se le erizaba y un escalofrío recorría todo su cuerpo.

—¡Naomi! —gritó Carla a su lado—. Joder, joder... —continuó gritando, separándose de la tercera fotografía.

Su mirada voló de inmediato hacia el rostro blanquecino de su amiga, la cual observaba la tercera fotografía con ojos muy abiertos. Giró su cuello directamente hacia la tercera fotografía y notó cómo su corazón se disparaba, cómo incluso le costaba respirar.

Al menos cinco cuerpos, con partes amputadas permanecían tirados sobre el suelo de una vivienda.

—Joder —gritó acercándose a la fotografía—. ¿Pero qué narices...?

La imagen era clara, ahí había luz suficiente. Varios muchachos yacían sobre el suelo de parqué. A uno de ellos le faltaba una pierna, a otro una mano... otro estaba abierto prácticamente en canal.

—Joder, joder... —Notó cómo su estómago se revolvió y tuvo que apartar la mirada.

—¿Pero qué es esto? —gritó Carla a su lado.

—No lo sé —gritó ella también, atacada de los nervios, pero de repente su mente de periodista se iluminó. ¿Podía ser cierto? Aguantó la respiración mientras intentaba volver a observar las fotografías sin sentir arcadas—. Por Dios... —susurró pensativa—. Creo que sé de qué se trata. —Carla la miró fijamente, sin poder decir nada, como si estuviese en un estado de shock—. Sabes que hace un mes hubo un asesinato de un grupo de jóvenes en una vivienda... —Carla seguía observándola con ojos muy abiertos, no dijo nada pero afirmó con su rostro—. El fiscal archivó el caso... —continuó hablando sin apartar la mirada de la fotografía—. Estoy investigando el caso —informó acercándose a la segunda fotografía, donde observaba aquel grupo de siluetas arrastrar a otras sobre el asfalto.

—¿Crees que se trata de ese asesinato?

—Estoy segura —comentó observando la tercera fotografía donde podía verse los cuerpos desgarrados de aquellos jóvenes—. Fue en una urbanización a las afueras de Brooklyn. Cinco cuerpos.

Carla permaneció callada, sin poder observar la tercera fotografía aún, notando cómo su cuerpo temblaba.

—¿Y las otras dos fotografías? —acabó susurrando.

Naomi se acercó y descolgó las dos primeras, observando aquel todoterreno y las siluetas de aquellos hombres en la oscuridad.

—Ni idea.

—¿Crees que pueden ser los asesinos? —preguntó alarmada.

Ella las observó durante unos segundos y luego desvió la mirada hacia su amiga.

—Es posible —susurró con la mirada de nuevo perdida en las fotografías—. Dios mío, esto es muy gordo, Carla. —Dejó caer su mano y observó que la tercera fotografía ya había perfilado totalmente la imagen en el papel. La cogió y la observó, notando cómo de nuevo su estómago se revolvió—. Llevo una semana investigando el caso, tenía que escribir un artículo...

—Y te envían estas fotos —pronunció con terror—. ¿Quién ha sido?

Ella la miró asustada.

—No lo sé —gimió al borde de la desesperación, aunque luego recordó la nota:

“Si está interesada, póngase en contacto conmigo”.

Notó de nuevo cómo su corazón se aceleraba más. ¿Lo estaba? ¿Estaba interesada?

Por Dios, seguramente la fotografía que tenía en sus manos era del asesinato que en principio debía investigar, sobre el que tenía que escribir una noticia. Pasó su mano por su frente, notando cómo los nervios habían dibujado unas gotas de sudor frío en ella. ¿Estaba preparada para ello? ¿Para investigar realmente aquella masacre?

Quien le hubiese enviado aquellas fotografías había sido testigo de aquello, por eso se ponía en contacto con ella, pero ¿quién era esa persona? Y lo peor aún, ¿cómo sabía que ella era la encargada de investigar aquello?

Cerró la puerta de su apartamento y no pudo evitar echar la llave. Todavía notaba su corazón acelerado, aún le costaba mantener una respiración uniforme. Encendió la luz y se apoyó contra la puerta como si estuviese agotada. Aquellas imágenes le habían inducido a un shock que le había durado varios minutos. Echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Había conducido hasta su piso sin ser consciente de ello, únicamente con aquellas imágenes en su mente. Los todoterrenos, la facultad de historia del arte, aquel callejón donde habían varios cuerpos en el suelo, aquella masacre con jóvenes amputados... aquello era horrible.

Tragó saliva y caminó por el pequeño distribuidor hasta el comedor, dejando el abrigo sobre el sofá y echándose posteriormente.

Intentó adoptar una postura cómoda. Se quitó los zapatos ayudándose de los propios pies y se tumbó en el sofá. Su piso era pequeño, pero muy acogedor y bastante recargado.

Tenía un comedor totalmente equipado. Un enorme sofá color marrón chocolate justo frente a una televisión plana de treinta y siete pulgadas colgada sobre la pared. Varias estanterías a los lados con sus películas favoritas y música, y unas cuantas figuras y fotografías que se había hecho con sus amigos y con Carla en alguno de los viajes que habían hecho años atrás.

El aseo era pequeño, con una pequeña bañera, y la habitación consistía en un armario empotrado y una enorme cama que ocupaba prácticamente toda la habitación, aunque en un pequeño lateral se había montado un escritorio donde había unos cuantos libros, su ordenador portátil, impresora y un escáner.

Era su maravilloso y pequeño refugio en medio de aquella enorme ciudad.

Echó mano al bolso y lo puso encima de su barriga introduciendo su mano y extrayendo las fotos. Volvió a dejar el bolso en el suelo y se colocó en una posición fetal observándolas.

¿Cómo debía sentirse ante aquello? Jamás había vivido algo así. Tragó saliva y volvió a observarla a conciencia. Aquellas fotografías le asustaban, le hacían sentir vulnerable. Alguien se las había enviado porque sabía que estaba investigando justo ese caso, pero... ¿por qué razón? ¿Quería que las publicase? Cogió la fotografía donde se veían varias siluetas y la acercó hacia ella. Al menos había cinco siluetas erguidas. Por su fisonomía parecían hombres, ya que eran altos, aunque prácticamente no podía apreciar nada de ellos. ¿Por qué narices no le enviaba unas fotos más de cerca?

Sabía lo que intentaban hacer. Le estaban poniendo el caramelo frente a sus narices. Ahora, esa era su decisión. La nota lo dejaba muy claro, si estaba interesada debía llamar. ¿Lo estaba?

Observó unos segundos más la fotografía y la dejó por encima de la cabeza quedándose pensativa. Aquello era a lo que quería dedicarse, al periodismo de investigación, pero ¿podía fiarse de aquella persona? ¿Cómo sabía que el que se las había enviado no era uno de los que había masacrado a esos jóvenes?

Aquello no tendría sentido. Aquella persona no enviaría esas fotos si fuese él, el causante. Se las enviaba porque le estaba pidiendo su ayuda.

Aquella persona debía tener información importante que deseaba compartir con ella, ahora bien, ¿ella estaba preparada para algo así?

Se incorporó en el sofá y se sentó con movimientos ágiles. Sacó la nota de su pantalón y la observó mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Esa era la oportunidad de su vida. Quizás jamás tuviese una oportunidad así. Lo que le había ocurrido a aquellos jóvenes era imperdonable. El fiscal había archivado el caso. Sí, aquellos jóvenes merecían justicia, y enviándole aquellas fotografías le estaban pidiendo su ayuda.

Cogió el bolso y buscó su móvil. Debía hacerlo. Ella podía conseguir que se reabriese la investigación, que los asesinos de aquellos jóvenes se pudiesen en la cárcel. Se arrepentiría el resto de su vida si no lo hacía... pero, por otro lado, ¿en qué posición la colocaba a ella en todo esto? Si esos asesinos estaban libres... si sabían que ella estaba investigando aquello... Aquello le hizo aguantar la respiración unos segundos.

No, le habían llegado aquellas pruebas, ¿no se convertiría en parte de aquel asesinato si no ayudaba a aquellas personas? Obviamente una de las fotografías mostraba un grupo arrastrando lo que parecían cadáveres. ¿Eso no sería omitir unas pruebas de un delito?

Tomó aire y miró la nota con determinación.

No lo pensó más y marcó el número de teléfono que ponía en la nota, notando cómo sus dedos temblaban sobre cada tecla. Marcó el número y aguantó la respiración mientras llevaba su mano a la tecla con el botón verde de llamada.

Se puso directamente en pie cuando escuchó el primer tono al otro lado de la línea. Fue hacia la ventana y corrió la cortina, como si así estuviese más protegida. Se pasó la mano por el brazo nerviosa mientras escuchaba el segundo tono. Su corazón latía con fuerza. Se llevó la mano al estómago e intentó controlar su respiración, si no se calmaba acabaría sufriendo un ataque de ansiedad.

Estuvo a punto de dar un grito cuando escuchó una voz varonil y grave al otro lado de la línea. Se quedó muy quieta, escuchando incluso los propios latidos de su corazón.

—Señorita Hunt, veo que ha recibido mi regalo —dijo aquella voz extremadamente grave.

Aguantó la respiración unos segundos y dio unos pasos nerviosos por su piso, agarrándose a una de las sillas.

—Sí —acabó pronunciando, aunque su voz casi sonó a un susurro. Carraspeó y tragó saliva—. ¿Quién es usted?

Al otro lado de la línea se escuchó una respiración algo acelerada.

—Alguien que quiere que los que hicieron esa masacre lo paguen.

Naomi tragó saliva y volvió a moverse nerviosa, esta vez hasta la siguiente silla, sujetándose.

—Se trata del asesinato que hubo hace un mes en la urbanización a las afueras de Brooklyn, ¿verdad?

Su respuesta fue rápida.

—Sí.

Naomi tragó saliva y se giró hacia la ventana. Automáticamente, fue hacia ella y echó un poco a un lado la cortina para mirar a través de ella. Eran las ocho y media de la tarde, pero hacía más de una hora que era noche cerrada. Miró de un lado a otro, desde su piso situado en la tercera planta.

—¿Por qué me ha enviado esas fotos? —preguntó nerviosa.

—Usted es periodista —dijo a modo de explicación, con una voz excesivamente tranquila en comparación con la suya—. Y además, usted está investigando este caso, ¿no es cierto?

Volvió a aguantar la respiración y echó de nuevo la cortina.

—¿Cómo lo sabe?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es... ¿hasta dónde está dispuesta a llegar para que la verdad salga a la luz?

Aquella pregunta la dejó sin respiración, notando de nuevo cómo todo su cuerpo comenzaba a temblar por el nerviosismo. Se pasó la mano por la frente echando hacia atrás un mechón de cabello y caminó de nuevo hacia la silla sujetándose a ella.

—¿Usted sabe quiénes son los asesinos? —preguntó sentándose lentamente.

La respuesta tardó un poco más de lo que esperaba en llegar, aunque no era lo que esperaba oír.

—Piense, el fiscal de Brooklyn ha archivado un procedimiento por asesinato, ¿no le parece realmente extraño?

—Sí, me lo parece, y mucho —respondió con algo más de convicción.

—Entonces, ¿está dispuesta a ayudarme, señorita Hunt?

Notó de nuevo cómo el vello se le erizaba.

—Ni siquiera sé quién es usted.

—Soy amigo de las personas a las que asesinaron —contestó rápidamente. Ella tragó saliva—. Necesito que me ayude.

Naomi pasó de nuevo su mano por su frente, notando cómo la boca se le había quedado totalmente seca.

—Puedo intentar publicar las fotografías si es lo que quiere —acabó diciendo—. Quizás de esta forma puedan reabrir el caso.

—No —respondió contundente.

—¿No? —Esta vez su voz mostró sorpresa.

Entonces, ¿qué quería?

—Podría mandarle muchas más fotografías, fotografías incluso de los asesinos. Tengo cientos de ellas.

Naomi notó cómo su corazón se aceleraba cada vez más.

—¿Por qué no va a la policía? —preguntó sorprendida.

—Porque la policía no me creería. Verá, señorita Hunt, esto es más complicado de lo que usted cree —le explicó aquella voz.

Naomi inspiró, intentando mantener un tono de voz tranquila. No quería que su voz expresase el nerviosismo y el miedo que sentía en aquel momento.

—¿Qué quiere que haga? —acabó preguntando con voz firme.

La voz masculina pareció meditar aquella pregunta, como si estuviese sopesando diversas opciones.

—¿Qué le parece si habla con el forense de Brooklyn?

Aquello le cogió de improviso.

—¿Con el doctor Coleman?

—Sí.

—Ya he hablado con él. Esta mañana —respondió rápidamente.

—Sí, lo sé. —Y esta vez, Naomi, pudo detectar una extraña sonrisa en la voz de aquella persona—. Pero quizás debería hablar de nuevo. Sabe más de lo que le quiere hacerle creer. —La voz permaneció varios segundos en silencio—. Hable con él, y si está interesada puedo enviarle muchas más fotografías. —Dicho esto colgó el teléfono.

Ni siquiera tuvo tiempo a preguntar nada más. Ahora quería saber. Necesitaba saber. Respuestas. Le había dicho que sabía quiénes eran esos asesinos. ¿Por qué no lo iba a denunciar? ¿Qué había detrás de todo aquello para que no se atreviese a ir él mismo a la policía? ¿Quiénes eran aquellos asesinos para que no se atreviese a denunciarlo?

Aquello le hacía estar en tensión. Sin duda, era uno de los casos más importantes que tendría en su vida, y ahora, parecía que alguien estaba dispuesto a ayudarle, aunque no supiera quién era. Podía hacer carrera con ese reportaje, con aquella investigación, y a la vez podía conseguir que unos asesinos obtuviesen su merecido.

Estuvo tentada de marcar de nuevo aquel teléfono, de decirle que le enviase más fotografías, que le explicase todo lo que sabía, que le ayudaría, pero necesitaba tiempo, tiempo para pensar y ordenar sus ideas.

Cogió las fotografías que había dejado sobre el sofá y fue directa hacia su habitación sentándose en su pequeño escritorio. Encendió el ordenador y esperó a que este se iniciase. Lo primero de todo era hacer copias de seguridad de todas ellas. No quería perderlas.

Cuando se encendió el ordenador fue escaneando cada una de aquellas fotografías guardándolas en una carpeta nueva.

Abrió el cajón y buscó un pendrive. Escogió uno amarillo fosforito y guardó también la documentación en él.

Lo depositó sobre la mesa y abrió la primera fotografía digitalizada en el ordenador, donde se veían los dos todoterrenos. La fotografía estaba bastante oscura. Sabía que había buenos programas informáticos que le harían sacar mucho más rendimiento a aquellas imágenes. Intentó ampliar la primera pero se pixelaba demasiado. Mañana hablaría con Wayne, seguro que conocía algún programa informático que recomendarle.

Pero primero, lo que haría nada más levantarse sería ir a ver a aquel doctor. Aquella voz tras el teléfono había sido clara: Hable con el doctor Coleman, sabe más de lo que dice, ¿qué estaba ocultando?

No pensaba rendirse hasta descubrirlo. Sin poder evitarlo comenzó a buscar por Internet las noticias sobre aquel asesinato. La verdad es que eran muy pocas, y había escasa información en ellas. Estaba claro que después de aquella llamada algo se estaba intentando ocultar, algo realmente gordo.

Tras más de una hora de búsqueda por Internet decidió que ya era hora de descansar la mente, debía intentar relajarse y prepararse para mañana.

Guardó las fotografías en un pequeño sobre y lo introdujo en un cajón del comedor bajo unos álbumes de fotos. Apagó el portátil y cogió el pendrive en su mano.

Tenía las fotografías en papel, en el ordenador y en un pendrive. Miró de un lado a otro. Lo guardaría a conciencia. Abrió un cajón del comedor y miró en su interior, estaba prácticamente vacío. Se giró y observó la nevera. Quizás fuese un buen sitio para guardarlo.

La abrió y miró en su interior. Estaba bastante vacía. Tenía que ir a hacer la compra en breve. Abrió el cajón de la verdura y colocó el pendrive dentro de la primera hoja de la lechuga. Solo esperaba que cuando fuese a cortarla se acordase de que se encontraba en su interior.

Una vez concluida la primera parte de su plan pensó en cocinarse algo, pero la tensión que había vivido durante aquellas últimas horas le habían cerrado el estómago y además, la habían dejado totalmente exhausta.

Fue hacia el aseo, se dio una ducha rápida y aún con el cabello mojado se echó sobre la cama con su pijama amarillo recién sacado de la secadora. Aún estaba calentito.

Se sorprendió a sí misma con los ojos como platos, rememorando una y otra vez aquellas fotografías y recordando en su mente la conversación que había mantenido tanto con aquella voz tras la línea del teléfono como con el doctor Coleman aquella mañana, y sin poder evitarlo sintió cierta emoción por tener que ir de nuevo en busca de aquel doctor. Recordó aquella mirada, aquel rostro varonil, su altura, su cuerpo... lo cierto es que era un hombre digno de admirar, a la vez que inteligente, lo cual debía tenerse muy en cuenta y sobre todo, escondía algo, o al menos, eso le había dicho aquella voz. Pero ella estaba dispuesta a averiguarlo. No pensaba parar hasta descubrir lo que estaba ocurriendo.

Sean cogió su maletín del asiento trasero del coche deportivo y cerró la puerta con un portazo. Le había costado un poco conciliar el sueño. Sabía que él no era el responsable del trabajo de los demás, de que una periodista estuviese investigando aquello. Realmente era lo más normal, era a lo que se dedicaban los periodistas, a meterse en todo, pero aquello era grave. Si llegasen a descubrir lo que en realidad ocurría el mundo entraría en un caos, y qué decir de ellos, personas con habilidades muy superiores al resto de los humanos.

Sabía que aquella periodista, sin su ayuda, no podría descubrir nada. Lo sentía por ella, la acabarían despidiendo, pero es lo que debía ocurrir, por mucho que la muchacha le hubiese parecido encantadora y preciosa no podía hacer más que aquello, incluso la protegería no dándole aquella información.

Aquella muchacha no estaba preparada para saber la realidad. Ninguna persona estaba preparada para ello. Vampiros, hombres lobos... todos viviendo juntos, mezclados con los humanos y librando una batalla entre ellos. Y en medio de aquel caos, su división, intentando poner paz y que hubiesen las mínimas bajas humanas. El mundo enloquecería si supiese aquello, se propagaría una histeria colectiva y contra eso era mucho más difícil luchar.

Se abrochó el primer botón de su americana y comenzó a caminar hacia el instituto forense.

Esperó a que el semáforo se pusiese en verde para los peatones y se dirigió a paso lento hacia el edificio. Miró su reloj; las diez menos diez. Al menos hoy era jueves, mañana ya sería viernes y comenzaría el fin de semana. Tenía ganas de relajarse viendo alguna película o saliendo a correr. Se alegraba de que al menos, los nuevos miembros de la división, se encontrasen allí. Sus compañeros de siempre tenían pareja y aunque estaba muy cómodo con ellos comprendía que querían su espacio. Al menos Adrien, Christopher, Nicholas y Taylor estaban solteros. Era agradable compartir las tardes de los fines de semana con ellos en el gimnasio o ir a correr todos juntos como habían hecho el fin de semana anterior.

Caminó hasta su edificio cuando algo le llamó la atención. Una pequeña figura sentada sobre uno de los escalones de la larga escalera que subía hasta la puerta de acceso del instituto forense. Se encontraba sentada en el segundo escalón, con su cabello recogido en una cola alta, unos tejanos oscuros y un fino abrigo negro, entre abierto, y donde podía observar su camisa totalmente blanca.

Gruñó en cuanto la reconoció y durante unos segundos se quedó estático mientras observaba cómo Naomi miraba de un lado a otro como si buscase a alguien. ¿Le estaría buscando a él? Lo que le faltaba. Intuía que esa muchacha estaba allí por él y lo peor de todo, que era una muchacha muy persistente y no pararía hasta que pudiese hablar con él. Se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado y comenzó a caminar hacia ella. Pudo observar cómo ella seguía observando a todas las personas que entraban y salían del edificio hasta que su mirada coincidió con la suya.

Sean avanzó con paso despacio hasta donde se encontraba, sujetando su maletín algo fuerte, sin perder el contacto visual con ella, contrariamente a lo que estaba esperando la muchacha no se movió, seguía sentada sobre el escalón, pero con su mirada totalmente fija en él.

Sean se situó frente a ella mientras guardaba las llaves de su coche en el bolsillo de su pantalón negro y la miró, pero se sorprendió al ver su rostro. Parecía algo más demacrado que el día anterior. Recordaba que ayer, aquella muchacha, había sido toda vitalidad, que aquellos ojos habían bailado de alegría cuando lo había reconocido,

ahora sus ojos estaban algo más oscuros y preocupados y sus mejillas tenían un tenue color blanquecino como si estuviese agotada.

—Usted no se rinde, ¿verdad?

Ella lo observó y chasqueó la lengua. Comenzó a ponerse en pie mientras sujetaba su propio maletín y se cruzó de brazos. Bueno, al menos desde ese escalón le sacaba una cabeza ella a él, pero... ¿cómo podía ser tan atractivo aquel hombre? Era como si con su mirada pudiese leer su mente, aunque aquellos labios inclinados levemente en un gesto de disgusto por encontrarla allí le hicieron temblar un poco las piernas.

—No —acabó susurrando mientras lo retaba con la mirada. Sean arqueó una ceja hacia ella. Naomi se cruzó de brazos y lo miró con un poco de altanería—. ¿Entra a trabajar ahora? Un poco tarde, ¿no?

Sean entornó los ojos y desvió la mirada hacia la puerta por aquel comentario. Suspiró y haciendo caso omiso a sus últimas palabras subió el escalón pertinente colocándose a su lado. Oh, sí... ahora era él quien le sacaba una cabeza a ella y Naomi no pudo evitar echar un paso hacia atrás. ¿Estaba intentando intimidarla? ¿Por eso se acercaba tanto?

Sean desvió la mirada de nuevo hacia ella y esta vez sonrió levemente.

—¿Cuánto rato lleva esperando? —La contempló de arriba abajo. El abrigo era un poco fino y aquella mañana refrescaba un poco.

—Llevo desde las ocho aquí —contestó de mala gana.

Sean la miró y esta vez sonrió más.

—Siendo usted periodista debería saber que mi horario comienza a las diez.

—Sé que el instituto forense abre a las diez para el público, pero pensaba que usted comenzaría antes a trabajar —continuó de mal humor.

Sean arqueó de nuevo una ceja hacia ella mientras la observaba fijamente. La verdad es que no tenía muy buena cara.

—¿Ha dormido bien?

Naomi lo observó impresionada por la pregunta. Lo cierto es que había pasado mala noche. No había dejado de dar vueltas en la cama. Las imágenes de las fotografías se repetían una y otra vez en su mente junto a aquella voz grave y perturbadora preguntándole hasta dónde estaba dispuesta a llegar para saber la verdad. Se había mantenido despierta casi toda la noche, ansiando el momento de salir de su piso para seguir con la investigación.

—No he pasado muy buena noche.

Sean aceptó contemplándola, como si así confirmase sus sospechas.

—¿Y la rodilla?

—Bien —susurró desconcertada por las preguntas.

Sean suspiró y finalmente desvió la mirada de ella, reflexivo.

—De acuerdo, pues ya le dije ayer, señorita Hunt que no puedo ayudarla. Siento mucho lo de su trabajo, pero le agradecería que a partir de ahora no me molestase más. —Sus palabras salieron con un tono bastante amargo en comparación con el que había usado anteriormente. Menudo cambio de humor.

Ella lo miró sin inmutarse. ¿Qué le estaba molestando? No había hecho nada más que comenzar.

Sean desvió su mirada directamente hacia la puerta y suspiró.

—Que tenga un buen día. —Comenzó a subir las escaleras sin mirar hacia atrás.

Naomi observó su espalda mientras subía.

—Tengo que hablar con usted, doctor Coleman —pronunció seriamente, pero Sean ni siquiera se giró, siguió caminando, subiendo aquellos escalones sin echar la vista atrás, como si no hubiese escuchado su comentario—. Si dispone de unos minutos me gustaría...

—Soy un hombre muy ocupado —comentó llegando a la puerta. En ese momento se giró y oh, madre mía... no quería tener que pelearse con aquel hombre, era como si estuviese guardando toda su paciencia y estuviese a punto de estallar. Aquella mirada algo sombría le echó un poco más hacia atrás.

Ella titubeó un poco pero finalmente respiró algo profundo. Se pasó la mano por el brazo acariciándolo en actitud tímida, incluso apartando la mirada unos segundos de él.

—Es importante —acabó diciendo.

—Lo dudo —respondió con algo de burla.

Ella hizo sus manos puños y los apretó. Sean pudo detectar cómo su mandíbula parecía contraerse, como si quisiera soltarle un par de insultos y estuviese aguantando, aquello le hizo en cierto modo gracia. Sabía que la muchacha tenía temperamento, pero no podía imaginar que fuese tan fácil de provocar.

Finalmente Naomi pareció reunir el valor suficiente y subió los escalones hasta la puerta, donde él aún se encontraba con la mano en la barra para empujarla y poder entrar. Se situó frente a él y miró de un lado a otro como si fuese a hacerle una confidencia.

—Verá doctor Coleman, tengo indicios suficientes para creer que usted sabe más de lo que dice saber...

—Soy el forense, es lo más lógico —respondió sin darle importancia.

—Ya, pero... no me refiero a cosas sobre los cadáveres, sino sobre el caso en sí —acabó diciéndole con la mirada fija en la suya. Sean la contempló seriamente, como si la retase con la mirada. ¿Pero que estaba diciendo aquella muchacha?—. Ayer recibí una llamada que me dijo que debía hablar con usted.

Sean sonrió levemente, incrédulo con lo que estaba diciendo.

—¿Una llamada? ¿De quién? —preguntó aún sonriente, incrédulo ante lo que decía.

—No lo sé.

Sean suspiró y se pasó la mano por el cabello oscuro en un acto de impaciencia, como si aquella conversación le estuviese agotando.

—Verá, no sé a lo que juega... pero comienza a agotar mi paciencia, y no le recomiendo que lo haga. Estoy intentando ser educado con usted, pero si no me queda otro remedio tendré que llamar a seguridad para que...

—Me enviaron unas fotografías. —Le cortó con semblante serio, y esta vez notó un ligero temblor en su voz.

Sean se quedó callado al momento, observándola de arriba a abajo, con un gesto más preocupado.

—¿Fotografías de qué?

Ella miró de un lado a otro como si estuviese nerviosa.

—¿Quiere hablar o no? —preguntó sin mirarle, observando el resto de la calle y las personas pasar.

Sean observó su perfil. Parecía estar alerta. La contempló y finalmente suspiró.

—Está bien. Tiene diez minutos —acabó diciendo. Abrió la puerta y le hizo un gesto con su rostro para que entrase primera—. Vamos.

Sean salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron. Naomi no había vuelto a pronunciar palabra mientras lo seguía por el pasillo. Caminaba justo detrás de él, ni siquiera se había molestado en girarse para asegurarse de si le seguía, era como si no estuviese. Lo cierto es que, a pesar de que era realmente atractivo, su presencia le imponía, era como si tuviese que guardarle respeto. Alto, con un cuerpo de escándalo bien trabajado pero sin marcar excesivamente los músculos, el cabello castaño oscuro cayendo en unos mechones sobre esos ojos marrones, un par de tonos más claros que su cabello. Una mandíbula bien definida, ensartada por unos labios carnosos y apetecibles. No pudo evitar que su mirada descendiese hasta el final de la americana de su traje. Era un poco larga, pero podía intuir que debía tener un trasero bien trabajado.

Se detuvo frente a una puerta y se giró hacia ella sin previo aviso. Naomi se forzó a mirar hacia arriba, hacia aquellos ojos que seguían observándola con cautela. Tenía una mirada realmente intimidante. Llevó la mano hasta su bolsillo del pantalón y extrajo una pequeña llave introduciéndola en el pomo.

Entró sin decir nada. Dentro había bastante claridad. Se trataba de un despacho enorme. A cada lado había una estantería decorada con libros de medicina, alguna planta y figuras que sujetaban los enormes manuales. En medio de la sala una enorme mesa ovalada donde podían sentarse ocho personas y al final, junto a la ventana, una mesa algo más pequeña pero con todo el mobiliario de oficina necesario. Ordenador, grapadora, lapiceros... y unos cuantos expedientes.

Sean depositó el maletín sobre la mesa y cogió los expedientes ante la atenta mirada de Naomi. Aquel silencio comenzaba a incomodarla. Nunca le habían gustado las pausas cuando estaba en compañía. Tragó saliva y desvió la mirada intentando concentrarse en algo para mitigar sus nervios. Giró su rostro y dio unos pasos hacia la estantería observando los manuales de medicina forense distribuidos por el estante.

Sean fue hacia un archivador y guardó los expedientes por orden alfabético. Lo cerró con cuidado y cuando se giró observó directamente a Naomi. Se encontraba de perfil a él, varios metros separada y concentrada en la estantería, como si estuviese leyendo los títulos de los libros.

La muchacha era realmente preciosa. Piernas largas, cadera estrecha, barriga y estómago planos y por lo que le parecía con unos hermosos pechos, aunque estos permanecían escondidos bajo su abrigo. Suspiró y sonrió levemente.

—¿Ve algo que le interese? —bromeó al observarla tan concentrada.

Ella se giró de repente, como si acabase de despertar de sus pensamientos, pero contrariamente lo observó un segundo y luego miró hacia el otro lado. Oh, conocía aquella mirada, la mirada de una periodista captando y empapándose de todo lo que le rodeaba.

—¿Este es su despacho?

Sean pasó por su lado, dirigiéndose a un perchero colocado al lado de la puerta donde reposaba una bata blanca.

—Aquí solo realizo los informes y reviso expedientes clínicos. Mi lugar de trabajo está un par de salas más al fondo, aunque dudo que quiera ir allí —dijo mientras se ponía la bata—. Iba a explicarme algo, ¿no?

Ella volvió a reaccionar y aceptó mientras depositaba su pequeño maletín sobre la mesa ovalada. Pareció quedarse unos segundos pensativa hasta que finalmente se mordió el labio y volvió a girar su rostro hacia él.

—Cuando llegaron los cadáveres, ¿cómo se encontraban?

Sean permanecía totalmente quieto, esperando a que comenzase a explicarle pero aquella pregunta le pilló de improviso. Elevó una ceja hacia ella y dio unos pasos acercándose.

—Creo que me he explicado con claridad —insistió colocándose justo frente a ella y echando su bata blanca hacia atrás para introducir ambas manos en su bolsillo. Oh, sí, ahí estaba de nuevo aquella mirada y gestos tan intimidantes. Naomi dio un paso hacia atrás—. No ha venido aquí a hacerme preguntas. —Inspiró aire como si de nuevo estuviera intentando controlar su paciencia—. Me ha dicho que le enviaron unas fotografías, ¿sobre qué?

Ella lo contempló seriamente, con un gesto algo tímido. Realmente aquel hombre intimidaba. Bien, estaba claro que no diría nada por su propia cuenta, pero quizás... y solo quizás si le enseñaba las fotografías pudiese ver su reacción y le explicase algo más.

Suspiró y aceptó con su rostro girándose levemente hacia su maletín. Lo abrió y fue mirándole de reojo mientras rebuscaba en su interior.

—Ayer, cuando llegué por la tarde al trabajo... —explicó buscando en el interior del maletín—, me encontré un paquete sobre la mesa. —Cogió un sobre y volvió a cerrar el maletín. Se giró hacia él con el sobre en la mano y esta vez su mirada se volvió desconcertante—. En su interior había una pequeña nota y un carrete de fotos para revelar. —Se encogió de hombros—. Tengo una amiga que es fotógrafa, así que reveló las fotos.

—¿Y? —preguntó aún sin comprender.

Ella suspiró y le pasó el sobre.

—Véalo usted mismo. —No sabía si estaba haciendo lo correcto, no sabía si hacía bien enseñándole aquellas fotografías. Notó cómo sus piernas temblaban levemente y se apoyó de forma disimulada contra la mesa. Había visto aquellas fotos durante horas en la última noche, y aún no se acostumbraba a ello—. No sé qué significa.

Sean se había quedado observándola. Parecía nerviosa, como si estuviese asustada. Inspiró aire un tanto fuerte y abrió el sobre extrayendo las tres fotografías. Observó la primera y notó que el corazón comenzaba a dispararse. Lo reconoció al momento. ¿Pero qué era aquello? Recordó cuando les tiraron aquella fotografía. Había sido tomada hacia varios meses, cuando los lobos los habían atacado junto a los vampiros y le hirieron, tuvo que administrarse una dosis de antídoto para no acabar convertido en un hombre lobo. ¿Pero qué...? ¿Cómo era posible que tuviese esas fotografías?

Ascendió la mirada hacia ella, impresionado. Naomi permanecía mirando hacia el suelo, en actitud intimidada, mordiéndose el labio.

Volvió la mirada a la fotografía rápidamente. Al menos no había mucha luz y solo se detectaban sus siluetas y él ni siquiera se encontraba allí, recordaba que sus compañeros de división habían dicho que les habían tirado una fotografía justo cuando lo habían logrado introducir en el todoterreno.

Pasó a la siguiente fotografía, intentando hacer gestos naturales, que no se notase su nerviosismo en aquel momento. La siguiente fotografía estaba tomada hacia menos tiempo, apenas unas tres semanas. Se veían los dos todoterrenos en la facultad de historia del arte, cuando habían ido a buscar al profesor Donovan. Por suerte, la fotografía se había tomado de noche y no se apreciaban las matrículas, pero si era una chica lista, como a él le parecía, podría observar que tanto el todoterreno de la primera fotografía como los otros dos que aparecían en la segunda, eran el mismo modelo. ¡Joder! Recordaba también cuando la habían hecho.

Pasó rápidamente a la tercera y notó que el corazón se le disparaba. Aguantó la respiración durante unos segundos cuando observó aquella masa de cadáveres, algunos con partes del cuerpo amputadas. Reconoció a los hombres lobos que habían matado los vampiros para llevarse a Samantha. La observó durante varios segundos, asegurándose de que en aquellas fotografías no hubiese nada que pudiese delatarlos y finalmente elevó la mirada hacia ella de forma lenta. ¿De dónde había sacado esas malditas fotografías?

Naomi se pasó la mano por el brazo en actitud tímida.

—La última creo que es del asesinato que hubo a las afueras de... —comenzó a susurrar.

—¿Quién se las ha enviado? —preguntó Sean seriamente, en un tono de voz más brusco de lo que hubiese querido.

Ella lo miró sorprendida y paseó la mirada nerviosa por la sala.

—No... no lo sé. Ya se lo he dicho. Encontré el paquete en mi mesa. No sé quién me lo ha enviado.

Sean se acercó un paso más hacia ella.

—Ha dicho que iba acompañada de una nota —le recordó.

—Sí. En la nota ponía un número de teléfono y decía que si estaba interesada que llamase.

Sean arqueó una ceja y la observó fijamente.

—¿Y llamó? —preguntó casi asustado.

Ella abrió los ojos de forma desmesurada y sorprendida por su reacción.

—¡Pues claro que llamé! —Señaló hacia las fotografías que aún sujetaba Sean en su mano—. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Se trata del caso que estoy investigando!

—¿Quién es? —preguntó de forma intimidatoria, acercándose aún más y haciendo que Naomi chocase contra la mesa.

Ella lo miró temerosa. Por Dios, aquel hombre comenzaba a darle miedo.

—No... no me dio ningún nombre —titubeó.

—Enséñeme la nota.

Ella lo miró fijamente e hizo presión entre sus labios. Lo contempló de forma seria, intentando reunir el valor suficiente para hacerle frente.

—No —acabó diciendo dando un paso hacia él—. No revelo mis fuentes.

A Sean no pareció gustarle aquella respuesta. Colocó una mano en el estómago de ella y la impulsó hacia detrás haciéndola chocar de nuevo contra la mesa y acercándose en actitud provocativa. Se sintió acorralada al momento.

—¿Quién era? —volvió a preguntar con los ojos llenos de ira.

Ella aguantó la respiración intentando mantener la mirada fija en él, pero tal era la fuerza que transmitía Sean con su mirada que finalmente se obligó a apartarla y desviarla hacia un lateral.

—Ya le he dicho que no lo sé —contestó secamente.

Sean la contempló durante varios segundos más y finalmente dio un paso hacia atrás apartándose de ella, aun así, su tono seguía siendo autoritario, exigiendo respuestas.

—¿Qué le dijo?

Ella lo miró enfadada. ¿Pero quien se había creído este hombre? ¿A qué venía esa actitud?

—Me dijo que debía hablar con usted. Fue lo único que me dijo. —Y en ese momento notó cómo los ojos de Sean la investigaban, como si aquello le pusiese alerta. Dio un paso hacia él—. Dígame, doctor Coleman, ¿por qué recibo estas fotografías y a la vez me dicen que debo hablar con usted? —preguntó en tono acusador.

Él seguía fulminándola con la mirada. Desde luego, si las miradas matasen, ella estaría bajo tierra hacía un buen rato, pero había aprendido a lidiar con aquellas muestras de desprecio, era una gran parte de su profesión.

—Obviamente, señorita Hunt, porque soy el forense.

—No —dijo ella cruzándose de brazos, y esta vez dio un paso de nuevo hacia él ganando terreno—. Ayer le dije a mi fuente que ya había hablado con usted y esa persona me insistió en que le enseñase las fotos y volviese a preguntarle.

Sean mantenía su mirada fija en ella, sin pestañear siquiera, con gesto totalmente serio. La observó de arriba abajo al ver que era ella la que ahora intentaba intimidarle, intentando sacarle algo de información, aunque bien pensado le sacaba más de una cabeza así que aquella forma de intimidar no surgía mucho efecto en él.

—Esta foto se corresponde al asesinato que usted está investigando —acabó diciendo Sean mostrándole la foto—. ¿Sabe lo que eso significa? —Esta vez fue ella la desconcertada—. Significa que la persona que tomó esta fotografía estaba en el lugar de los hechos, seguramente pueda ser el asesino.

—Vuelve a equivocarse —le rectificó con una sonrisa triunfal, como si ahora fuese ella la que mandase allí, la que llevase las riendas en aquel momento—. Me dijo que esas personas eran sus amigos y que lo único que quería era que se supiese la verdad.

Notó el mismo momento en que la mandíbula de Sean se tensó. Aquella muchacha no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Por otro lado, quedaba totalmente claro que la persona que hubiese tomado aquellas fotografías sabía perfectamente que él era uno de los miembros de la división, por eso la enviaba a ella. Conocía sus identidades. Estaba intentando hacer presión, ponerlos entre la espada y la pared.

Sean la seguía observando con furia. Maldita fuese. Se estaba metiendo en un terreno muy peligroso y ni ella misma lo sabía. Por otro lado, había comentado que aquella persona le había dicho que volviese a hablar con él. Sean moderó un poco su mirada y esta vez se tornó algo más preocupada.

—La han estado siguiendo —susurró.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Me ha dicho que cuando habló con su fuente le dijo que ya sabía que había hablado conmigo ayer. La han estado observando.

En ese momento Naomi notó cómo una corriente de electricidad atravesaba toda su espina dorsal. No había pensado en aquello. Sean pudo detectar el reciente nerviosismo de ella.

—Eh, eh —dijo intentando tranquilizarla, lo que menos necesitaba es que sufriese una crisis nerviosa en ese momento—. Enséñeme la nota —dijo esta vez con tono calmado.

Pero ella parecía ser consciente de todo lo que había pronunciado él en aquel momento. Lejos de hacerle caso se distanció de él apartándolo con un ligero movimiento de mano y se movió algo nerviosa por la sala.

—Naomi. La nota —insistió intentando hacerle entrar en razón.

Ella se giró y lo fusiló con la mirada, bajó sus manos hacia abajo convirtiéndola en puños.

—¿Qué me está ocultado? —preguntó de forma siniestra—. ¿Por qué me han enviado esas fotos? ¿Por qué me dicen que tengo que hablar con usted? ¿Por qué me siguen? —acabó gritando de forma nerviosa.

Sean inspiró aire un tanto fuerte.

—Deme la nota ahora mismo —pronunció perdiendo la paciencia.

Ella lo fusiló con la mirada.

—Dígame por qué me insiste en que hable con usted —gritó de nuevo.

Ambos se quedaron mirando fijamente, mientras sus pechos subían y bajaban acelerados por una respiración nerviosa, como si hubiesen acabado una lucha. ¿Ese doctor no iba a decir nada más? Estaba claro que no podría sacarle ni una palabra. Se retaron con la mirada durante varios segundos hasta que Naomi se movió nerviosa, dio unos pasos enfurecida hacia él, e intentó agarrar las fotografías que Sean sujetaba, pero este esquivó su mano rápidamente.

—¿Qué hace? —preguntó molesta. Sean inclinó de nuevo la ceja hacia ella. Naomi apretó los labios con furia—. Devuélvame las fotografías ahora mismo —volvió a gritar mientras volvía a intentar quitárselas. Sean volvió a esquivar su mano y la agarró rápidamente del brazo conduciéndola de nuevo hacia la pared y apoyándola contra ella con poca delicadeza.

—Estas fotos me las quedo yo.

—¿Por qué? ¿Está interesado en destruirlas? —Luego fue ella quien enarcó una ceja—. ¿Hay algo en esas fotos que sea de importancia para usted? —preguntó escudriñándolo con la mirada.

—Son las fotos de un asesinato —acabó susurrando contra ella.

Se miraron de nuevo fijamente hasta que con un mal gesto consiguió liberarse de la mano que aún sujetaba su brazo y volvió a empujarlo hacia detrás.

—¿Las quiere? Quédeselas —pronunció con desprecio—. No soy tan idiota como para no haber hecho copias y no guardarme los negativos.

Sean la observó de nuevo. ¡Joder! Esas fotos... Tenía que hacerlas desaparecer, podían meterse todos en un buen lío.

—¿Pretende publicar algún artículo con este material? —preguntó como si le estuviese acusando.

—Lo que yo haga o deje hacer con este material es solo asunto mío. ¿O no? —volvió a retarle.

—Se trata de información confidencial.

Ella le sonrió, aún molesta por la forma en la que la había arrastrado contra la pared y la forma que tenía de provocarla.

—Pues que sepa, doctor Coleman que mi fuente está dispuesta a darme muchísimas más fotografías, y sí... escribiré un artículo tanto con su ayuda como sin...

¡Ahhh! —acabó gritando cuando de nuevo la empujó contra la pared, pero esta vez, lejos de soltarla, la apretó con fuerza contra ella. Si esa era su forma de intimidarla desde luego lo conseguía. Notó cómo su corazón se aceleraba, cómo su respiración se tornaba agitada, sobre todo cuando notó que inclinaba su cuello acercándose a su rostro y lo ladeaba para llegar a su oído.

—Señorita Hunt, no le aconsejo que haga eso —pronunció en un susurro, pero de una forma tan intimidatoria que notó cómo todo su vello se ponía de punta—. No sabe lo que está haciendo. Le aconsejo que vuelva a su casa y olvide todo lo que ha visto.

Ella se apartó un poco de él, con movimientos desconcertados, pero logró inclinar su rostro lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Está intentando disuadirme —susurró.

Él la contempló, muy cerca, excesivamente cerca. Paseó sus ojos por los suyos y luego por todo su rostro.

—Es peligroso —acabó pronunciando.

—¿Peligroso para quién?

—Para usted.

Ella tragó saliva e intentó calmar su respiración.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

Sean la siguió contemplando durante unos segundos. La chica parecía tener valor, demasiado valor en una chica joven, y demasiadas ganas de triunfar.

Soltó su mano de su brazo y dio un paso hacia atrás separándose de ella sin perder el contacto visual.

—Olvidese de todo esto —volvió a insistirle.

Naomi permaneció aún varios segundos apoyada contra la pared hasta que consiguió erguirse del todo y mantenerse firme. Todo su cuerpo temblaba, realmente no esperaba que las cosas saliesen así. Esperaba que el doctor Coleman le explicase algo. ¿Pero qué había pensado? ¿Que iba a sincerarse? ¿Que iba a revelar algún dato nuevo? Estaba claro, ahora más que nunca, que ese hombre le estaba ocultando algo.

Consiguió dar un paso al frente, notando cómo él recorría todo su cuerpo, sin siquiera darle mucho espacio para poder relajarse. Aquellas últimas palabras no sabía cómo interpretarlas. ¿La estaba amenazando? ¿Estaba intentando prevenirla? No lo sabía, pero había conseguido intimidarla, y mucho.

Dio los pasos pertinentes hasta la mesa y cogió su maletín asegurándose de que estaba cerrado, lo cogió con la mano y se mordió el labio.

Sean la observaba moverse, con aquellos movimientos algo forzados por los nervios, pero era lo que debía hacer, si no era por las buenas sería por las malas, asustándola, aquella muchacha podía meterse en un buen jaleo, si es que ya no lo estaba. Alguien la había estado siguiendo, conocía sus pasos, y obviamente esa persona era la misma que había fotografiado los cadáveres, que le había hecho las fotos, y que ahora, a ciencia cierta, sabía que podría identificarlos. Lo mejor era intentar alejarla de todo aquel mundo, o podía acabar muy mal.

La siguió con la mirada mientras avanzaba hacia la puerta con movimientos sigilosos, realmente parecía asustada por su reacción. Mejor así. Jamás se había considerado una persona agresiva, pero en esa situación lo requería y... por si había alguna duda...

—Señorita Hunt —pronunció Sean totalmente erguido, con voz grave. Naomi se giró en cuando salió de la sala—. Haga lo que he le dicho y olvide todo esto —continuó con voz autoritaria.

Ella no dijo nada, simplemente aceptó con su rostro y cerró la puerta sin decir nada más.

En cuanto Sean se quedó solo suspiró y fue hacia su mesa. ¿Pero qué mierda estaba pasando? Sabía que les habían tirado fotografías, pero no esperaba algo así. Las colocó frente a él y volvió a observarlas. Recordaba cada uno de estos momentos. Esa persona decía que tenía más fotografías, solo esperaba que esa periodista le hiciera caso y no contactase más con aquella fuente, aunque algo en su interior sabía que no lo haría. Resopló y se pasó la mano por el rostro angustiado.

Buscó en la agenda del móvil el teléfono de Josh y lo marcó. No tardó más de tres tonos en cogerlo.

—Josh.

—Hola jefe —le saludó mientras colocaba ante él la fotografía de los cadáveres—. ¿Te pillo durmiendo?

—No. Me he levantado hace media hora. Dime.

Sean guardó la fotografía en el sobre y lo introdujo en el maletín.

—¿Están todos allí?

—Creo que Brad y Ryan han salido a comprar, ¿por?

—Tenemos problemas —dijo mientras cerraba su maletín—. Y de los gordos. —Suspiró y se pasó una mano por el cabello removiéndolo con cierto nerviosismo—.

Convoca una reunión urgente con todo el equipo para esta tarde. Que vengan también los nuevos.

Eran las seis de la tarde cuando toda la división se reunió en la planta alta. Había pasado toda la mañana y parte de la tarde abstraído en sus pensamientos. No había querido nombrar nada de aquello durante la comida ya que estaban todas las chicas, no quería asustarlas, se mantuvo cauteloso e intercambiando miradas furtivas con su jefe.

Josh entró el último en la oficina y cerró la puerta. Automáticamente, buscó con la mirada a Sean que seguía pensativo. No había querido preguntarle tampoco nada durante todo ese rato, pues sabía que algo serio había ocurrido. Si por algo se destacaba Sean era por su paciencia y calma, y aquellas últimas horas lo había visto demasiado abstraído y con la mirada perdida, bastante nervioso.

Fue hasta la mesa principal y se apoyó cruzándose de brazos.

—¿A qué se debe esta reunión exprés? —preguntó Adrien colocando sus manos tras su cabello rubio, con una gran sonrisa dejando ver sus dientes blancos totalmente alienados.

Josh chasqueó la lengua.

—Yo no la he convocado. Ha sido Sean.

Todas las miradas fueron hacia él. Sean resopló mientras se pasaba la mano por la frente como si estuviese agotado. Suspiró y se puso en pie con actitud seria, fue hacia Josh, el cual lo observaba expectante y se apoyó contra la mesa cruzándose también de brazos.

—Tenemos problemas —pronunció en un tono totalmente serio, haciendo que las sonrisas de sus compañeros desapareciesen—. Y muy graves. —Inspiró y mostró un sobre al resto de sus compañeros, automáticamente se lo pasó a Josh—. ¿Recordáis que ayer os dije que tenía una periodista pegada al culo?

—La periodista entrometida —le recordó Brad con un ligero tono de burla.

—La misma.

Josh miró el sobre y luego ladeó su rostro hacia Sean.

—¿La misma que no nos iba a dar problemas? —preguntó también con burla mientras descendía de nuevo la mirada a ese sobre.

Sean suspiró e intentó sonreír de forma burlona.

—Sí, esa misma. —Miró a sus compañeros—. Pues parece que nos lo va a dar. Unos grandes problemas. —Acabó señalando el sobre para que Josh lo abriese.

Josh abrió el sobre y extrajo su contenido. Al momento su gesto cambió y la preocupación invadió su rostro.

—¡La madre que la trajo! —gritó pasando las tres fotografías rápidamente. Al momento, el resto de sus compañeros entraron en tensión—. ¿De dónde cojones ha sacado las fotografías?

Sean lo miró seriamente y se las quitó de las manos pasándoselas a Christopher para que las observase y las fuese pasando al resto de sus compañeros.

—Por lo visto ayer recibió una caja con unos negativos y una nota. Cuando reveló las fotografías se encontró con esto.

—Joder —gritó Ryan cuando le llegaron las fotografías—. ¡Pero si somos nosotros!

—¿No me digas? —le gritó Sean con burla, automáticamente se pasó de nuevo la mano por su rostro como si aquello le desquiciase. Colocó las manos en su cintura y miró a sus compañeros—. Por lo visto el carrete iba acompañado de una nota, la nota no la he visto, no ha querido dejármela.

—Espera, espera —interrumpió Nathan observando las fotografías—. ¿Por qué ha ido a entregártelas a ti?

Sean se cruzó de brazos y se apoyó de nuevo contra la mesa.

—Por lo visto, en la nota ponía un número de teléfono para que llamase si las fotografías le interesaban. Ese contacto le dijo que tenía que hablar conmigo.

Jason se puso en pie.

—Esa maldita zorra, la muy cabr...

—¡Eh! —le gritó Sean señalándole con el dedo—. ¡Ella no tiene ni idea de nada! —Automáticamente resopló y volvió a apoyarse contra la mesa, intentando calmar los nervios que había acumulado durante las últimas horas. Miró a Josh el cual lo observaba pensativo—. La están usando contra nosotros. La chica es joven, acaba de comenzar su carrera profesional y tiene ganas de triunfar. Le asignaron que investigara este caso, de lo que no tiene idea ninguna. El problema es que la persona que ha hecho las fotografías sabe que ella va a mover cielo y tierra por conseguir una noticia o si no la despedirán.

—¡Pues que la despidan! ¡Joder! —volvió a gritar Jason pasándole las fotografías a Nicholas.

—Espera —continuó Sean con paciencia—. Ella, como he dicho, no tiene ni idea de nada, pero existe otro problema. —Todos pusieron la espalda recta—. Por lo visto han estado siguiendo sus pasos. Sabían que había hablado conmigo ayer y le insistieron con que volviese a hablar conmigo y me enseñase las fotografías y...

—Nos están intentando chantajear —interrumpió Nicholas observando las fotos.

—Déjame que acabe, por favor.

—¿No habías dicho que era un solo problema? —preguntó Brad.

Sean chasqueó la lengua.

—El problema es que por lo que me ha dicho ella existen más fotografías. —En ese momento unos cuantos de la división se pusieron en pie movidos por los nervios.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ryan.

—Me ha dicho que su fuente le dijo que si estaba interesada podía enviarle muchas más.

Josh se pasó la mano por el cabello angustiado y se separó un poco de la mesa dando unos pasos al frente. Se giró hacia Sean, el cual permanecía de brazos cruzados, observándole.

—¿Va a escribir un artículo mostrando las fotografías?

Sean chasqueó la lengua.

—No lo sé. —Movié su rostro pensativo—. La he intentado persuadir para que deje de investigar.

Josh lo interrogó con la mirada.

—¿Que has hecho qué? —preguntó alterado.

—¿Qué querías que hiciese? —gritó hacia él extendiendo los brazos—. ¿Que la animase? ¿Que siga investigando? —Josh resopló y se giró algo alterado—. Por dios, la están siguiendo y no dudo que estas personas vayan con tonterías.

Josh se giró de nuevo hacia él.

—¿Cómo la has persuadido? —preguntó con un tono de voz algo tirante.

—He intentado acojonarla. —Josh abrió los ojos por la sorpresa, quedándose totalmente clavado en el mismo sitio. En ese momento Sean arqueó una ceja hacia él, pero que había pensado su jefe?—. Serás cerdo —se burló hacia él—. No acostumbro a persuadir mujeres tirándomelas —le reprendió.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Christopher poniéndose en pie para entregarle las fotografías de nuevo a Sean.

—Yo no me fiaría mucho. —Dejó de un golpe las fotografías sobre la mesa—. Esa niña no sabe dónde se está metiendo —acabó explotando—. Ya no solo porque si publica un artículo con estas fotografías van a rodar nuestras cabezas, sino porque su vida corre peligro.

Josh aún permanecía estático en el mismo sitio.

—¿Has dicho que en esa nota se facilitaba un número de teléfono? —preguntó pensativo.

—Sí. Pero no me la ha enseñado. La señorita protege muy bien sus fuentes. —Se burló—. Idiota, a saber quién es ese tío —acabó susurrando.

Josh fue rápidamente hacia él moviendo el dedo señalándole.

—¿Cómo se llama?

—¿Ella?

—Claro.

Sean suspiró.

—Naomi Hunt.

Josh se giró hacia Adrien y Brad y los señaló.

—Buscadla en la base de datos. —Se levantaron y fueron a un ordenador—. Quiero ver qué teléfonos tiene y las últimas llamadas que ha recibido o ha hecho en las últimas veinticuatro horas.

Sean fue directamente hacia el ordenador donde Brad se había sentado y se apoyó en la mesa de atrás observando la pantalla.

Al momento el resto del equipo los rodeó.

Josh colocó una mano sobre el hombro de Adrien.

—¿Crees que sería posible pinchar las llamadas que tuviese de ahora en adelante?

Adrien sonrió y al momento crujió sus dedos como si fuese a realizar una dura misión.

—Claro jefe, en cuanto sepamos los teléfonos que tiene, te los tengo pinchados en media hora.

—Perfecto —dijo dando una palmada en su hombro.

Nathan se puso recto y se colocó al lado de su jefe.

—Oye Adrien, ¿también puedes pinchar un ordenador?

—¿Hackearlo? —preguntó girándose hacia él.

Sean se encogió de hombros y miró hacia el resto de sus compañeros.

—Lo digo por si escribe algún artículo. Para tenerla controlada.

—Buena idea —dijo Josh pensativo.

—Necesitaría que estuviese conectado a Internet y el IP. Media hora —concluyó.

Sean chasqueó la lengua como si recordase algo en ese momento.

—También me dijo que tenía más copias de las fotografías y los negativos.

—¿Te dijo eso? —preguntó Josh sorprendido.

—Sí, cuando le quité las fotos. Se me puso algo subida de tono —acabó medio burlándose.

Cuando el ordenador se encendió Brad colocó su mano sobre el ratón accediendo a la base de datos del Pentágono.

—Naomi Hunt —pronunció mientras tecleaba el nombre—. Supongo que le pararías los pies, ¿no?

—Puedes contar con ello —respondió Sean mientras se arrojaba a la pantalla.

Al momento la web se abrió y la fotografía de Naomi apareció en la pantalla.

—¡Guau! —comenzaron a exclamar algunos de sus compañeros mientras Sean ponía cara de disgusto.

—Pesada de las narices —susurró hacia la foto.

—Joder, esta buenísima —susurró Adrien—. Yo voto por seguirla para ver sus movimientos y si es necesario... me ofrezco voluntario para proteger a este bombón.

Sean giró su rostro lentamente hacia Adrien, encolerizado por lo que acababa de decir, el cual coincidió la mirada divertida con él, aunque al momento borró la sonrisa y lo miró asustado.

—Que alguien llame a un exorcista. Sean acaba de ser poseído —bromeó ante la atenta mirada de todos.

Sean intentó respirar de forma calmada volviendo la mirada hacia la pantalla. ¡Joder! La verdad es que esa chica era preciosa. Tenía el cabello suelto, liso con algunas ondas al final, cayendo junto a su pecho. Tenía unos ojos enormes color miel.

—Menudos ojazos —susurró Christopher acercándose a la pantalla. Sean se mordió el labio y se puso erguido sin decir nada al respecto, pero al momento volvió a fusilarlo con la mirada cuando Christopher le dio una palmada en la espalda—. Eh, colega... no te quejes tanto. Seguro que es mejor así a que sea un periodista barrigudo y con barba. —Se rio.

—Yo tengo una duda... —intervino Ryan mirando hacia Sean seriamente, se cruzó de brazos y respiró hondo como si estuviese pensativo. Ascendió su mirada hacia Sean y ladeó su rostro—. ¿Cómo puede ser que prefieras intimidarla acojonándola a tirártela? —Acabó con una sonrisa.

Sean puso los ojos en blanco y prefirió no decir nada al respecto. Conocía demasiado bien a sus compañeros y sabía lo que pretendían. Lo mejor era guardar silencio y no hacer comentario ninguno acerca de lo espectacular que era la muchacha.

—Por si no lo sabéis, ella es la causa de que seguramente nos vayan a descubrir —dijo de mala gana.

—¿Esta cosita? —siguió con la broma Adrien—. Qué va, si es todo dulzura y amor.

Sean estuvo a punto de plantar una colleja en el cogote de Adrien pero se contuvo y se cruzó de brazos para intentar retener el impulso.

Josh sonrió ante aquello pero volvió a apoyarse contra la mesa y miró de reojo a Brad.

—¿Salen los números de teléfono?

Brad movió su ratón hacia un apartado y al momento hizo una palmada un tanto sonora.

—¡Bingo! Teléfono fijo de su piso y teléfono móvil.

Josh volvió a ponerse erguido.

—Adrien, tu turno.

Adrien desplazó con un ligero movimiento de pierna la silla de ruedas de Brad separándolo del ordenador y se colocó él en su posición.

—Vamos bonita... —susurró mirando la pantalla, comenzando a teclear compulsivamente—. Déjame pincharte —bromeó.

Todos sonrieron ante aquello, excepto Sean. No le hacía ninguna gracia todos aquellos comentarios sobre Naomi, y no sabía si era porque estaba tan enfadado con ella o porque de verdad no quería que sus compañeros dijese aquello sobre ella.

—Brad —comentó Josh señalándole—, apunta donde se encuentra su domicilio. —Se giró hacia Sean y se cruzó de brazos—. Supongo que las copias de las fotografías y los negativos los tendrá guardados allí.

Sean se acercó un poco más a él y arqueó una ceja hacia él.

—¿Quieres entrar en su domicilio? —preguntó asombrado—. Quizás lleve los negativos encima.

Josh se encogió de hombros aunque luego se le iluminó su rostro. Oh, oh, no no... sabía lo que eso significaba. Sean comenzó a negar con su rostro mientras su jefe sonreía más al ver la reacción de Sean. Y eso que aún no había dicho nada.

—¿Sabes?, creo que iría bien vigilarla. Seguir sus movimientos.

—No estás hablando serio —dijo Sean quedándose de piedra.

Josh fue hasta él y colocó una mano en su hombro.

—Yo siempre hablo en serio, querido amigo. —Acabó sonriendo hacia él, dio una palmadita en su hombro y fue hasta Adrien, el cual tecleaba el ordenador como un verdadero poseso—. ¿Existe alguna forma de tenerla controlada con los radares?

Sin poder evitarlo Sean se llevó la mano al pecho y suspiró. Por un momento había pensado que le harían hacer de niñera.

—Bueno, podríamos colocarle un pequeño GPS móvil.

—¿Cómo? —preguntó Josh.

Adrien se encogió de hombros sin apartar la mirada de él.

—Quizás en un abrigo tuyo, en alguna joya, en su bolso... pero algo que vaya a llevar siempre encima.

—La joya está bien. —Automáticamente giró de nuevo su mirada hacia Sean, aun así aquellas palabras no iban dirigidas hacia él—. Oye Nathan, coméntale a Samantha si puede ir con alguna de las chicas al centro comercial a comprarle una joya, ¿de qué tamaño sería necesario?

—Creo que un colgante iría bien, o unos pendientes, un anillo... Da igual, tú tráeme lo que sea que te lo instalo en un periquete.

Sean aún seguía con la mirada clavada en su jefe, y de nuevo volvió a sonreír. Oh, no, ya estaba allí de nuevo. Caminó lentamente hacia él.

—Sean... —comenzó diciendo con una sonrisa.

—No, ni hablar.

—Es necesario.

—La muchacha me acribillará a preguntas —reaccionó hecho una furia—. Tú no sabes cómo es... se mete en todo.

—Pues no contestes a las preguntas y ya está. —Seguía sonriente al ver la reacción de su amigo.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Hoy he sido bastante arisco con ella.

—Y nada como una joya para arreglar las diferencias —intervino Brad mientras se levantaba y se dirigía de nuevo hacia el ordenador de Adrien.

—O un buen polvo. —Rio Ryan.

Sean desvió la mirada hacia Ryan negando con su rostro, como si no creyese lo que acababa de decir, pero Josh volvió a captar su atención.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó esta vez seriamente.

Sean resopló y finalmente aceptó no muy convencido.

—Ya improvisaré algo —dijo de mala gana.

—Perfecto. —Se giró rápidamente y llamó la atención de Nathan, el cual abría la puerta para ir en busca de Samantha—. Nathan, no les expliques lo que ocurre. No quiero que se preocupen.

—Claro —respondió mientras cerraba la puerta.

Josh se giró de nuevo hacia Sean.

—¿Sabes dónde trabaja?

—¿Naomi? —Josh afirmó—. En el Brooklyn Royal.

—De acuerdo. —Fue hacia Adrien observando la pantalla del ordenador—. ¿Podrías tener el dispositivo montado para mañana?

—Claro.

—Perfecto. —Al momento levantó los brazos hacia arriba como si fuese a celebrar algo—. Mañana tenemos noche de acción. Iremos al piso de Naomi y buscaremos los negativos y las copias.

—¡Espera! —le cortó Sean—. Mañana es viernes, puede que no tenga planes y se quiera quedar en casa.

Josh volvió a sonreír de aquella forma tan maléfica. Ladeó su rostro hacia él mientras enarcaba una ceja.

—Apuesto a que le surge un plan —dijo muy sonriente.

Sean lo observó fijamente.

—Joder, no —volvió a susurrar y moverse nervioso por la oficina—. Me cago en... si es que ya lo sabía yo... lo sabía... me iba a tocar de niñera. —Pero una idea atravesó su mente—. ¿Y si no quiere? Os lo digo en serio... me he sobrepasado un poco con ella.

—Tú puedes ser realmente encantador —apuntó Ryan—. Demuéstraselo. Apuesto a que puedes conseguir llevártela a cenar —se burló. Luego giró su rostro borrando la sonrisa de su rostro—. O eso o el cloroformo, tú decides. —Sean chasqueó la lengua—. Y respecto a lo de las fotografías, creo que deberíamos ir con más cuidado a partir de ahora. —Desvió la mirada hacia Sean, el cual aún parecía estar algo disconforme con la situación.

—Ya he pensado en eso —intervino Josh—. Creo que tenemos pasamontañas en el almacén, ¿verdad?

Había pasado la tarde abstraída en su ordenador. Aquella mirada la había dejado en un estado de shock. ¿Asustada? No, tampoco era eso, pero sí intranquila. Ya no era solo por el hecho de recibir fotografías sobre un asesinato, ser consciente de que habían seguidos sus pasos y le habían estado observando, no, no era solo eso, era Sean Coleman. Había algo oscuro en él. ¿Por qué había reaccionado así? Cualquier persona se hubiese preocupado por cómo se encontraba tras recibir aquellas fotografías, pero él, lejos de eso, parecía haberse puesto hecho una furia y la había intentando intimidar y persuadir para que dejase el caso. Quizás fuese realmente lo mejor pero... si no entregaba un artículo sobre aquello no creía que le renovasen el contrato. Había pasado toda la tarde y parte de la noche dándole vueltas a ese pensamiento. ¿Y si Sean únicamente la estaba previniendo porque en realidad tenía información confidencial? Obviamente aquel hombre sabía algo, era el forense, el que había examinado los cuerpos, el que habría examinado el lugar de los hechos. Debía saber algo seguro, ¿pero qué?

Las frases se repetían en su mente “es peligroso” “olvidese de este asunto” ¿Y si tenía razón? La habían estado vigilando, aquello ya era un claro síntoma de que allí había algo que no querían sacar a la luz. ¿Estaría preparada para seguir con la investigación?

Había dado vueltas casi toda la noche en la cama, pero finalmente había conseguido dormirse unas pocas horas. Al sonar el despertador se había dado una ducha y había acudido a su puesto de trabajo.

Las horas habían pasado de forma lenta, más lenta de lo que ella quería. Tenía ganas de llegar a casa y meditar sobre la situación en silencio, en calma. Ella quería dedicarse a eso, al periodismo de investigación. ¿Y ahora al primer obstáculo ya se echaba atrás? No. Debía ser fuerte. Debía aceptar ese reto, sin embargo, las palabras del doctor Coleman no dejaban de sonar en su mente: “es peligroso”, “olvidese de este asunto”.

—¿Cómo fue ayer? —Aquella voz le distrajo y le hizo alzar la mirada. Wayne se había sentado sobre su mesa y sujetaba un gran tazón de café en cada mano.

Ella le medio sonrió y volvió a mirar la pantalla del ordenador donde había abierto varias webs sobre la entrega de premios que se daría la semana que viene y a la que debía acudir. Una medalla honorífica. No era lo que más le gustaba. Ella siempre había sido una chica de acción, aunque debía admitir que después de aquellas últimas horas necesitaba relajarse y algo de paz.

—Bien. —Se encogió de hombros.

Wayne soltó uno de los tazones de café caliente sobre su mesa.

—Creo que lo necesitas.

Ella volvió a desviar la mirada hacia él mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de su ser y acabó sonriendo a su compañero.

—¿Tanto se me nota que necesito un café?

Wayne dio un sorbo al suyo y se encogió de hombros.

—Llevas más de tres horas ensimismada mirando la pantalla del ordenador. No te he visto levantarte ni para desayunar... ni siquiera para ir al aseo.

Ella lo miró con burla.

—¿Me estás vigilando? —Se rio.

Él dio otro sorbo a su café y se acomodó más sobre la mesa mientras ella lo observaba divertida. Llevaba unos pantalones claros y una camisa blanca recién planchada. Le correspondió a la sonrisa pero no respondió a la pregunta.

—¿Ocurre algo? ¿Algo que te tenga preocupada?

Naomi cogió un bolígrafo y lo paseó entre sus dedos. Finalmente se apoyó contra el respaldo de la silla como si estuviese abatida y lo contempló. Negó con su rostro.

—¿Revelaste las fotografías?

Notó de nuevo cómo el corazón se le aceleraba y se removió en el asiento de su silla. Cogió su café y le dio un sorbo.

—No —mintió sin mirarlo. No quería revelar aquella información sin estar segura de continuar con la investigación. Cuando decidiese qué hacer ya hablaría, o bien para elaborar el artículo o bien para ceder las fotografías a otro compañero para que lo escribiese—. Se me complicó la tarde. Ya iré esta semana.

Wayne la miró sorprendido.

—Vaya, ayer estabas entusiasmada con la idea.

—Y lo estoy —aseguró, luego señaló la pantalla—. Pero la semana que viene tengo que cubrir la entrega de medallas y no tengo ni idea de qué va. No quiero fastidiar dos temas, así que prefiero al menos llevar bien preparado este.

Wayne no pareció muy conforme con la respuesta pero finalmente se encogió de hombros.

—Bueno, oye —pronunció esta vez más animado—, cuando salgamos de aquí vamos a ir a comer unos cuantos compañeros, ¿te apuntas?

Aquello sí le cogió por sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí, Alex, Diana, Rose, Frank y yo. Iremos al bar de enfrente. Preparan unas excelentes hamburguesas, ¿las has probado? —Ella negó divertida—. Pues son las mejores. —Colocó una mano en la espalda como si la animase—. Vamos, será una comida rápida y luego todos a disfrutar de la tarde del viernes libre —acabó diciendo.

Ella lo observó y finalmente aceptó. De todas formas le iría bien salir, podría despejarse e intentar desconectar. Necesitaba olvidar durante unos minutos el incidente de ayer, distraerse.

—De acuerdo —dijo Wayne saltando de la mesa—. Nos vemos luego para comer. —Se giró un segundo y le señaló—: Pero tómate ese café, por favor —bromeó.

Ella lo cogió y lo alzó hacia él como si hiciera un brindis.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Volvió su mirada hacia la pantalla y suspiró. Aquello era realmente aburrido, al menos ya tenía planes para el mediodía, podría estar entretenida. Así al menos dejaría de pensar en el doctor Coleman. ¡Oh, por dios! ¿Por qué no podía sacárselo de la cabeza? Quizás fuese por lo que había ocurrido el día anterior, sí, aún estaba muy reciente, pero... ¿para qué iba a engañarse? Desde que lo había visto por primera vez en la entrada del instituto forense no había podido sacárselo de la cabeza. Aquellos ojos, aquellos labios, aquella voz grave... Se pasó la mano por la frente y se riñó a sí misma. Naomi, olvídale, ayer se portó mal contigo. ¿Se portó mal? ¿Realmente se portó mal? ¿O solo la estaba advirtiendo? ¡Oh, deja de pensar en él y concéntrate en el trabajo!

Se forzó a mirar la pantalla plana de su ordenador y comenzó a leer el siguiente párrafo. Iban a entregar una medalla honorífica a Adam Boyle por sus años de servicio y entrega al cuerpo policial. Resopló y volvió a coger el gran tazón de café dándole un sorbo. Se quedó pensativa mirando la pantalla hasta que una idea cruzó su mente.

Minimizó la web y abrió el buscador de Internet. Miró durante unos segundos a ambos lados, comprobando que todos sus compañeros permanecían entretenidos hablando entre ellos o concentrados en su pantalla del ordenador y en los documentos que esparcían sobre la mesa.

Llevó sus manos al teclado y tecleó: “Doctor Sean Coleman” al momento se desplegó un índice con todas las webs que contenían esos nombres, pero tras observar varios minutos se dio cuenta de que en ninguna de esas webs contenía el nombre completo del doctor Sean Coleman. La mayoría se habían abierto por la palabra doctor, algunas otras por el nombre y otras por el apellido, pero en ninguna coincidía las tres palabras.

Bien, probemos otra vez. “Forense Doctor Sean Coleman”. De nuevo, un montón de links que le conducirían a una web donde aparecería alguna de aquellas palabras pero por lo que podía leer en el pequeño resumen debajo de los títulos, ninguna hablaba del doctor que ella buscaba.

Miró de nuevo al frente, observando cómo Wayne sorbía su café mientras con su otra mano movía el ratón compulsivamente. Suspiró y volvió su atención a la pantalla.

De acuerdo. Llevó de nuevo sus manos hasta el teclado: “Organización Instituto Forense de Brooklyn”. Pulsó el intro y como primera opción apareció la web oficial.

Pulsó directamente y comenzó a leer:

Organismo técnico al servicio de la administración de justicia... bla bla bla. Aquello no era lo que buscaba. Eso ya lo sabía.

Leyó los diferentes apartados, buscando un organigrama en el que viniese su nombre y poder saber un poco más de él, pero no había nada.

Resopló y cerró la web maximizando de nuevo la de la entrega de medallas honorífica. Aquello no era justo. Ni siquiera pertenecía a una red social donde poder investigar un poco y ver el círculo de amigos que lo rodeaba. Nada. Era como si fuese invisible. De todas formas había gente que no usaba nunca Internet. Parecía que Sean Coleman era uno de ellos.

Suspiró y cogió de nuevo su tazón de café dando un sorbo cuando escuchó un murmullo detrás de ella que captó su atención. Desvió la mirada unas mesas más adelante, donde Christina, la administrativa que lucía cada día un modelito nuevo, se había detenido a hablar con un par de chicas que sonreían sin parar, incluso una de ellas se reía de una forma un tanto extraña, como si estuviese acalorada.

Christina intercambió unas rápidas palabras con una, algo como “no lo sé” y se sorprendió cuando la miró fijamente a ella. Comenzó a caminar de forma rápida hacia ella, con su particular balanceo de caderas y sus brazos un poco alzados. Se detuvo frente a su mesa y apoyó sus brazos inclinándose hacia abajo, luciendo su prominente escote.

Naomi la observó sin comprender.

—Cariño, tienes visita —dijo con una sonrisa en un rostro algo acalorado.

¿Cariño?

Ella la miró sin comprender.

—¿Tengo una visita?

—Sí, cielo —dijo elevándose un poco más. Pero había algo que no entendía. ¿Por qué sonreía tanto? Definitivamente, aquella mujer estaba trastornada—. Desde luego, qué bien te los buscas, no sabía que tenías novio. —Río, incluso nerviosa.

Naomi inclinó su ceja hacia ella comprendiendo cada vez menos la situación. Christina giró su rostro para mirar al final de la sala, Naomi siguió la mirada de ella. Estuvo a punto de pegar un bote en su silla y esconderse debajo de la mesa. ¿Pero qué estaba haciendo él allí? ¿Sean? ¿Sean Coleman? ¿El doctor Sean Coleman?

Sus ojos parecieron salirse de sus órbitas y se removió nerviosa en el asiento.

—Mierda... —susurró haciendo un gesto como si se escondiese tras la pantalla del ordenador—. ¿Pero qué está haciendo aquí? —preguntó asustada.

—No sé chica, pero de verdad tienes un novio que... —Automáticamente comenzó a abanicarse con la mano como si tuviese un ataque de calor.

Naomi se asomó por el lateral de la pantalla. Sí. Allí estaba Sean Coleman, con su gran porte y bastante sonriente. ¿Pero qué narices estaba haciendo ahí? Miró de un lado a otro nerviosa mientras se mordía el labio.

—¿No vas a ir? Te está esperando —continuó Christina sorprendida al ver sus gestos.

Se levantó a disgusto de la silla con la mirada fija en él, el cual cuando coincidió la mirada con ella pareció responderle con una sonrisa, una sonrisa realmente encantadora. Pudo escuchar de fondo cómo las mujeres de la oficina respondían con suspiros. Miró a los lados de forma acusadora y acabó conduciendo aquella mirada justamente al sujeto que estaba haciendo que todas las mujeres levantasen la mirada de su ordenador.

—Maldito sea... ¿pero qué esta...? —Luego se dio cuenta de que Christina aún permanecía a su lado, así que se calló en seco.

—Si mi novio viniera a visitarme al trabajo así vestido sería la mujer más afortunada del...

—Oh, cállate —le reprendió de los nervios—. Y no es mi novio —informó de mala gana, alejándose de ella, aunque pudo detectar cómo Christina ponía la espalda recta ante semejante dato.

Avanzó entre las mesas y en ese momento Sean comenzó a avanzar unos pasos hacia ella. La verdad es que iba guapísimo, pantalones negros, una camisa azulada y una chaqueta que llevaba colgada de su brazo. Desde luego, menudo porte tenía aquel hombre. Observó de reojo cómo las mujeres con las que Christina había hablado miraban de reojo hacia ella.

Se colocó ante él intentando aguantar la compostura y se cruzó de brazos.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó en un tono bajo.

—He venido a verla —respondió con una medio sonrisa.

Ella se removió incómoda, notando cómo las miradas de muchas se posaban en su espalda. Inspiró aire intentando relajarse.

—¿Para qué? —su voz sonaba realmente seca—. Creo que ayer ya quedó todo claro.

Pero Sean la miró fijamente y un ligero brillo comenzó a inundar sus ojos. Miró de un lado a otro y finalmente le dedicó otra encantadora sonrisa.

Naomi miró hacia un lateral donde una de sus compañeras se había quedado mirando fijamente y se había golpeado contra una mesa produciendo el sonido de un golpe sordo y luego un “ayyyy”.

—Quería disculparme por cómo me comporté ayer —acabó diciendo mientras metía la mano en su bolsillo. Ella lo miró asombrada. ¿Disculparse? Eso sí que no se lo

esperaba—. Ayer me comporté de una forma un tanto... mmmm...

—¿Ruda? —preguntó ella como si le ayudase a acabar con la frase. Sean inclinó una ceja—. ¿Insoportable? —Rio ella—. ¿Amenazante? —continuó—. ¿Insufrible? ¿Irritante? ¿Molesto?...

—Mmmmm... —gruñó.

—Oh, no, espere... —siguió bromeando ella—, quizás esos calificativos no sean los adecuados. Inaguantable, sí, creo que ese sí le pega.

Sean la miró con un gesto divertido, como si aceptase de buen grado la crítica, y finalmente suspiró.

—De acuerdo, ¿ya está? —preguntó lentamente. Ella se encogió de hombros mientras comenzaba a dar pequeños golpecitos con el pie en el suelo por la impaciencia. Sean llevó la mano hasta su pecho y aceptó—. Me lo merezco, lo reconozco. Mi actitud ayer no fue muy adecuada.

—¿Que no fue...?

—Shhhh... eh... he venido a disculparme.

Ella se removió nerviosa. La verdad es que le había pillado con la guardia algo baja. ¿Y ahora qué se suponía que debía decir ella? La verdad es que ni siquiera comprendía qué hacía aquel hombre ahí.

—De acuerdo, pues disculpas aceptadas.

Él aceptó con una sonrisa mientras la contemplaba fijamente. Su cabello caía hacia un lado en una perfecta cascada lisa color chocolate. Aquellos pantalones negros eran algo más ajustados que los de ayer y la camiseta rosada con unas pequeñas piedras brillantes se ajustaban más a su cuerpo. Llevaba las caderas rodeadas con un cinturón ancho que le hacían lucir un mejor tipo aún si podía.

—De acuerdo. Gracias —acabó diciendo. Se forzó a apartar la mirada un segundo de ella y miró hacia los laterales. Finalmente volvió a observarla, ella permanecía estática, con los brazos cruzados y una mirada interrogante—. ¿Podríamos hablar un momento a solas?

Notó cómo la espalda de ella se ponía más recta, como si aquello también la hubiese pillado de improviso. Lo interrogó con la mirada y finalmente dejó caer los brazos a los lados como si se rindiese. Demasiada tensión acumulada aquellos últimos minutos. Miró de un lado a otro, coincidiendo con la mirada de algunas compañeras sorprendidas y miró hacia una de las salas donde se reunían cada mañana. Lo mejor sería apartar de la vista a todas aquellas mujeres de aquel hombre, o mañana la imprenta no tendría nada que editar.

Se encogió de hombros y aceptó.

—De acuerdo, por aquí.

Cerró la puerta de forma delicada mientras Sean observaba toda la sala. Una larga mesa ovalada de madera en el centro, varias estanterías a los lados, un par de portadas enmarcadas de su diario y unas cuantas plantas en los rincones que le daban algo de vida y alegría. La estancia tenía grandes ventanas al final por donde podía verse parte de la ciudad y entraba una gran claridad.

Naomi se giró y se cruzó de brazos. Parecía encontrarse en la misma situación que ella ayer en su puesto de trabajo, observando y examinándolo todo.

—Bien, ¿de qué quiere hablar?

Sean se giró y volvió a sorprenderle con una atractiva sonrisa. ¿Por qué tenía que sonreír de aquella forma? La verdad es que le cambiaba todo el rostro. Ayer daba realmente miedo cuando le había hecho la visita por la mañana y ahora... ahora era realmente encantador.

Se dirigió a una silla, como si disfrutase de todo el tiempo del mundo y se acomodó mientras le ofrecía la silla de al lado a Naomi, la cual se sorprendió por aquel gesto. Arrugó su frente pero hizo lo que él le pedía. Estaba intrigada. ¿De qué quería hablar? Una idea fugaz pasó por su mente. ¿Estaría tan arrepentido como para concederle una entrevista? Notó cómo el corazón se le agitaba, cómo sus manos temblaban... ¡Oh! Aquello sería fantástico, conseguir finalmente la entrevista del forense que había llevado el asesinato más espeluznante de los últimos años, sin duda aquello mejoraría mucho su currículum.

Colocó las manos sobre la mesa e intentó adoptar una postura tranquila, intentando no parecer ansiosa. Sean la observaba apoyado en el respaldo de su silla, pero finalmente se incorporó colocando los brazos sobre la mesa. ¿Qué estaba ocurriendo ahí? ¿No iba a decir nada? ¿Se iba a limitar a observarla fijamente durante un rato?

—Doctor Coleman, tengo trabajo —le recordó haciendo un ligero movimiento de cabeza indicando hacia fuera de la sala.

—Ya. —Al momento se incorporó un poco en la silla y extrajo un pequeño sobre del bolsillo de su americana. Lo movió delante de ella y lo colocó sobre la mesa arrastrándolo hacia ella—. Son las fotografías que le quité ayer.

¿Qué?

Ella abrió los ojos de forma desmesurada. Se quedó durante unos segundos totalmente parada y finalmente cogió el sobre abriéndolo de inmediato. Las extrajo observándolas, sin saber cómo reaccionar ante aquello. Era lo último que esperaba, que le devolviese las fotografías, las daba por perdidas. ¿Significaba que iba a colaborar con ella? ¿Que la iba a ayudar?

Depositó las fotografías sobre la mesa y elevó su mirada hacia él.

—¿A qué se debe esto? —Le sonrió sin dar crédito.

Sean se apoyó de nuevo contra el respaldo, cruzando una pierna por encima de la otra y colocando cada brazo en el apoyabrazos. Finalmente se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que ayer me sobrepasé. No suelo comportarme así. —Ella seguía mirándolo asombrada. Sean suspiró y de nuevo volvió a apoyarse sobre la mesa—. Tampoco quiero interferir en su trabajo, señorita Hunt. Pero debo admitir que ayer tuve un día muy duro y supongo que lo pagué con usted. No era mi intención. — Luego sonrió de una forma más diabólica—. Aunque también deberá usted admitir que fue muy persistente.

Ella aceptó lentamente con su rostro, intentando ordenar en su mente todo lo que había dicho y comprenderlo.

—Ya —dijo cogiendo las fotografías de nuevo—. Pues gracias. —Se quedó mirándolo fijamente, con una extraña sonrisa en sus labios, una sonrisa de escepticismo—.

¿Esto era lo que quería decirme?

Sean sonrió más abiertamente y negó con su rostro.

—No —comentó entrelazando sus manos. Inspiró y paseó la mirada por la sala—. Verá, he pensado en lo que me comentó ayer —dijo volviendo a mirarla—. En la nota que me dijo que había junto al carrito de fotos. ¿Cree que podría dejármela?

Ella borró la sonrisa de su rostro.

—¿Para qué?

Él inspiró aire un tanto fuerte.

—Trabajo en el instituto forense, tengo muchos amigos que trabajan en la policía científica, podría pedir que mirasen si hay alguna huella. —Ella lo miró de nuevo sorprendida por su respuesta—. Si esa persona estuvo en el lugar de los hechos, creo que sería bueno contactar con él, quizás podría arrojar algo de luz al asunto. — Acabó mintiendo.

Ella no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿En serio? ¿Haría eso?

—No veo porque no. —Se encogió de hombros—. También es una forma de asegurarnos de que no se trata de un maniaco depravado. Al fin y al cabo le ha estado siguiendo, recuérdelo.

Ella incrementó más su mirada sorprendida. Lo miró realmente con los ojos como platos y luego su rostro se transformó en un interrogante.

—No haga como que ahora le importa mi seguridad —contestó riendo por el asombro.

—Siempre me ha importado su seguridad, por eso mismo le pido que me entregue la nota para que pueda enviarla a la policía científica, y por eso mismo también, ayer, le pedí que abandonase la investigación.

¿Aquello estaba ocurriendo de verdad? No, no podía ser. Ayer casi le había dado un patatús cuando había visto las fotografías, se había vuelto medio loco. No, por mucho que sonriese y en ese momento fuese encantador aquella persona con la que había hablado por teléfono, su contacto, le había dicho que hablase con él, que él sabía mucho más de lo que aparentaba.

Naomi lo interrogó con la mirada.

—He tirado la nota —mintió. Sean suspiró y entrelazó de nuevo sus manos con la mirada fija en aquellos ojos. Naomi ladeó su rostro hacia él y se mordió el labio—.

Lo siento.

Él aceptó y volvió a recorrer la sala con la mirada.

—¿Ha vuelto a contactar con él?

—No.

—Pero su teléfono si lo tiene, ¿verdad?

Ella inclinó su ceja hacia él. ¿Y pensaba que realmente había ido a disculparse? Le estaba haciendo un interrogatorio en toda regla. Sean detectó el mismo momento en que Naomi comenzaba a enfurecerse. Se levantó algo mosqueada y se cruzó de brazos.

—¿Para eso ha venido? —preguntó sorprendida—. ¿Para sacarme información? —Se removió incómoda—. Doctor Coleman, una periodista jamás revela sus fuentes. Jamás —enfaticó esa palabra—. Además, si esa persona recurrió a mí será por algo.

Contrariamente Sean permanecía impassible ante lo que decía y elevó las manos hacia ella en actitud inofensiva.

—Solo estaba intentando ayudarla —susurró con voz lenta—. Creía que le interesaría saber quién era esa persona. Para estar más tranquila. Quizás con el número de teléfono la policía pudiese localizarla.

Aquella respuesta la dejó de nuevo aturdida y volvió a removerse incómoda. Quizás se estaba precipitando al juzgarlo. Quizás solo quisiese ayudar, pero de nuevo recordó lo que le había dicho aquella voz, él sabía más de lo que aparentaba, y era justamente lo que le había parecido ayer. Si le entregaba ese número de teléfono posiblemente sí investigaría, pero dudaba de que le diese aquella información a ella. Seguramente lo único que intentaría era descubrir quién había hecho aquellas fotografías pero ¿con qué intención? Oh, ¡menudo lío! ¿Le estaba intentando ayudar? ¿O le estaba intentando sonsacar información? Lo interrogó con la mirada.

Quizás lo mejor sería seguir con la investigación sin comentarle nada más. Estaba claro que si él se tomaba tantas molestias en intentar averiguar quién era esa persona era porque realmente aquel dato importaba.

—Se lo agradezco mucho. Pero no hará falta —respondió con la voz más suave. Luego se encogió de hombros—. De todas formas, he hablado esta mañana con mi jefe y ya no llevo la investigación —mintió.

Esta vez fue Sean el que la miró asombrado. Aquello sí que no se lo esperaba.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y quién la lleva?

Ella volvió a encogerse hombros.

—No lo sé. Seguramente al final no se escriba ningún artículo sobre eso. —Sean inclinó una ceja hacia ella algo dudoso—. ¿Ya está más tranquilo?

Sean la miró de forma interrogante, sin fiarse mucho.

—No del todo —acabó susurrando. La verdad es que no se fiaba un pelo de ella. Por lo que le había demostrado ayer no era una chica que se rindiese así como así ¿Le estaría diciendo aquello para que la dejase tranquila? Podía apostar a que sí—. Bien —dijo intentando poner un tono de voz algo más desenfadado—, entonces supongo que podemos dejar de hablar de trabajo —continuó con aquel tono de voz más seductor, aquello sorprendió a Naomi—. Ahora que parece que no hay trabajo de por medio y que usted no necesita entrevistarme... —Se llevó la mano al bolsillo y le mostró una pequeña caja. Ella lo miró interrogante—. Ya se lo he dicho antes, pero lo cierto es que me siento muy mal por lo de ayer, así que le he comprado un pequeño detalle. —Ella se quedó de piedra. Sean alargó su mano para entregárselo pero ella permanecía con los brazos cruzados. ¿Que le había comprado algo?

Se removió de nuevo incómoda.

—No, si no hace falta —dijo realmente tímida, notando cómo sus mejillas se ponían coloradas.

—Vamos, es una tontería —volvió a animarle, pero al ver que ella no cogía la caja la abrió él mismo y se lo mostró. Era una pequeña cadena de plata con un pequeño elefante colgado de ella—. El primer día que nos vimos me dijo que si no conseguía la entrevista la despedirían. —Luego hizo un gesto bromista—. Dicen que los elefantes con la trompa hacia arriba son pequeños amuletos para atraer el trabajo y el dinero. —Acabó sonriendo dejando entrever unos dientes extremadamente blancos y bien alineados—. Dicen que no hay que quitárselo —continuó sacándolo de la caja. Notó la piel suave de Naomi en su muñeca, incluso cuando pasó sus dedos sobre su piel fina notó un pulso algo acelerado. Le hizo abrir la palma y depositó el pequeño colgante en ella—. Por favor, acéptelo. Me sentiría mucho mejor.

Ella lo contemplaba totalmente extasiada y no solo por aquellas palabras, por aquella mirada, por la delicadeza con la que sujetaba su muñeca. Oh, por Dios, aquel hombre podía acelerarle el pulso con una simple caricia. Notó cómo la piel se le ponía de gallina y se obligó a apartar su mano de él antes que se le notase.

—No tenía por qué, pero muchas gracias. Es muy bonito —susurró mientras abría su mano y lo observaba. La cadena era muy simple, diminutas anillas ensartadas unas con otras, unidas por un enganche que se abría con facilidad para colocarlo. En el centro había una pequeña figura de un elefante con la trompa hacia arriba.

Sean depositó la pequeña caja sobre la mesa acercándose un paso hacia ella.

Naomi contuvo la respiración durante un segundo al notar su presencia más cercana y desvió la mirada hacia la caja intentando distraerse de su cercanía. Plata de ley. ¿Plata?

Sean sonrió al ver lo que estaba observando.

—Espero que no sea alérgica.

Ella lo miró de nuevo impresionada, algo intimidada por la situación. ¿Cómo había podido pasar de un estado de nervios, enfado e inseguridad a un estado en el que Sean comenzaba a producirle un extraño mareo?

—No, no lo soy —susurró.

Sean dio un paso más hacia ella.

—¿Le ayudo a ponérselo? —preguntó con voz sensual, cogiendo algo más de confianza.

Ella apartó la mirada de inmediato. Aquel hombre le estaba haciendo acelerar el corazón y tener más calor de la cuenta.

—No, no hace falta —dijo con rapidez, movida por los nervios que iban creciendo a cada segundo. Se colocó el colgante en un momento, aunque sus manos temblaban levemente—. Ya está. —Acabó sonriendo y finalmente lo observó, pero al momento tuvo que descender la mirada. ¿Por qué tenía una sonrisa tan seductora? ¿Por qué era tan atractivo? ¿Por qué la miraba con aquella mezcla de dulzura y pasión? ¿O eran imaginaciones suyas?

—Le queda muy bien —dijo divertido. Colocó sus manos en su cintura y siguió observándola—. ¿Puedo invitarla a cenar?

Ella estuvo a punto de atragantarse, incluso tuvo que llevarse la mano al pecho durante unos segundos. ¿Pero qué estaba ocurriendo ahí? Ese era el doctor Sean Coleman, el mismo forense al que ayer había acudido a interrogar y el mismo que había sido tan intimidante, pero quizás... ¿quizás solo lo hacía para protegerla?

Finalmente lo miró con una mezcla de sonrisa, asombro e incredulidad en su rostro.

—¿A cenar? —preguntó sorprendida.

Sean se encogió de hombros.

—No veo por qué no.

—Bueno, yo... no sé... es que... —Parecía aturdida. Bueno, aquello parecía que funcionaba, su plan estaba dando resultado.

Sean inclinó una ceja hacia ella, esta vez impresionado por sus movimientos nerviosos. ¿Estaba algo sonrosada o solo se lo parecía? Sí, Naomi estaba realmente tímida desde que le había enseñado el colgante, aquella actitud era incluso tierna, pues hacía escasos minutos se había levantado enfadada de aquella silla, y ahora, se encontraba con las mejillas sonrosadas por la timidez, balbuceando y moviéndose algo nerviosa por su petición.

—Le estoy pidiendo únicamente una cena —comentó divertido por su reacción. Luego ladeó su rostro en actitud graciosa hacia ella—. Vamos, nos divertiremos. No nos vendrá mal relajarnos después de estas últimas horas, ¿no cree?

—Ah, pues... la verdad es que no sé si...

Sean adoptó una postura algo más seria y movió su rostro hacia abajo buscando su mirada mientras se cruzaba de brazos. Cuando finalmente consiguió captar su atención sonrió de nuevo. ¡Maldito doctor! La desarmaba con aquella sonrisa.

—¿A las ocho le va bien? —preguntó directamente.

Ella se mordió el labio y finalmente suspiró mirando a su alrededor.

—De acuerdo —acabó susurrando.

—¿Quiere que pase a buscarla por algún sitio?

Ella seguía mordiendo el labio y entrelazando las manos en actitud tímida.

—Podemos quedar aquí.

—Está bien. —Sonrió tras unos segundos, algo más relajado porque ella finalmente hubiese aceptado. Al menos, el plan le estaba saliendo a pedir de boca. Cogió su cartera y extrajo una tarjeta—. Aquí están mis datos y mi número de teléfono. Cualquier cosa avíseme, si no estaré aquí a las ocho.

—De acuerdo.

Sean se quedó contemplándola durante unos segundos, viendo cómo cogía la tarjeta y la observaba atentamente. La verdad es que sus compañeros de división no habían exagerado cuando habían dicho que era preciosa. Tenía unos rasgos dulces, tiernos, y si lo mezclaba con la actitud tímida y algo avergonzada de aquellos últimos minutos la convertían en algo realmente hermoso. El verla en aquella actitud le había hecho sentir algo especial, por nada del mundo hubiese pensado que ella pudiese reaccionar de aquella forma, como si el hecho de coquetear con ella en realidad surgiese un efecto positivo en Naomi. Le había sorprendido bastante. Realmente estaba flirteando con esa mujer para un propósito, tenerla controlada y sacarla de su vivienda aquella noche, pero no podía negar que cuando no estaba enfadada era encantadora.

—Pues nos vemos luego —le susurró acercándose algo más, muy sonriente.

—Sí —pronunció ella elevando levemente la mirada hacia él, sin atreverse del todo.

Una última sonrisa y Sean fue directo hacia la puerta. La abrió y salió de la sala dejando a una Naomi intranquila en aquella habitación, sin dar crédito a lo que había ocurrido. Aquel hombre podía ser extremadamente peligroso y extremadamente encantador, sensual, provocador... y esa mezcla la había dejado en un pequeño estado de shock. Jamás había visto una mirada tan provocativa, una sonrisa tan sensual... y tenía una cita con él aquella noche. ¿Una cita?

Inclinó su rostro hacia la puerta y lo vio desaparecer tras las puertas del ascensor. Y había venido simplemente hasta allí para disculparse, entregarle el detalle y

pedirte una cita. ¡Aquello era increíble! Aunque... no podía hacerse ilusiones. No sabía si podía fiarse de él. Sabía que algo ocultaba, la actitud que había demostrado ayer podía interpretarla como que estaba intentando protegerla, pero también podía interpretarla como un mecanismo de defensa hacia él, como si no quisiese que descubriese algo y por eso había intentado persuadirla para que abandonase el caso, realmente... ¿No debería intentar que se supiese la verdad?

Suspiró y sin poder evitarlo cogió el pequeño colgante entre sus dedos.

Bien, pues solo había una forma de asegurarse...

Cogió su móvil y buscó entre las llamadas que había realizado ayer. Allí estaba, el número de su contacto. La persona que le había enviado aquellas fotografías y que le habían conducido de nuevo hacia el doctor Sean Coleman. Solo había una forma de solucionar aquello.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron Sean se llevó la mano a la frente y la arrastró por todo su rostro. ¿Pero qué estaba haciendo? ¡La había estado seduciendo! ¡Sí! Eso mismo, había intentando seducirla, y lo peor de todo es que creía que había funcionado. Jamás había tenido que hacer algo así, intentar conquistar a una mujer simplemente por el hecho de sacarla de su hogar.

Se removió incómodo por el ascensor hasta que llegó a la planta baja y las puertas se abrieron. ¿Para qué se iba a engañar? Le había gustado ver que aquella hermosa joven se rendía a sus encantos.

Había acudido a su puesto de trabajo mentalizándose de que tenía que hacerlo por el bien de la división y el de ella misma, pero se había sorprendido a sí mismo cuando le había pedido aquella cita casi instintivamente. ¡Estaba deseando quedar a solas con esa mujer! Podía intentar engañar a sus compañeros de división, pero no podía engañarse a sí mismo. Naomi era una mujer preciosa y hasta ese momento le había sacado de quicio, pero debía reconocer que después de ver cómo había reaccionado cuando le había pedido la cita algo dentro de él se había despertado.

Adrien había colocado un pequeño dispositivo en aquel colgante que le había regalado y otro en el pequeño sobre en el que había incluido las fotografías. De esta forma la tendrían controlada, podrían seguir sus movimientos, y por otro lado, aquella noche cuando el resto de la división fuese a su piso podría encontrar aquellas fotografías sin problemas.

Miró de un lado a otro y comprobó que era prácticamente la una del mediodía. Caminó por la calle internándose entre toda aquella multitud de gente mientras extraía su móvil. Se detuvo en un semáforo en rojo y buscó en la agenda el móvil de su jefe. Pulsó la tecla de llamada y llevó el móvil a su oído esperando a que el semáforo se pusiese en verde para los peatones. Había aparcado el deportivo un par de manzanas alejado del *Royal Brooklyn*.

—Dime, Sean, ¿cómo ha ido? —preguntó la voz de su jefe.

El semáforo se puso en verde y cruzó.

—Bien. El piso estará libre a partir de las ocho.

—¡Perfecto! —Reconoció la voz de Ryan. Debía haber puesto el manos libres—. Ya sabía yo que eras todo un don Juan.

Sean resopló y se pasó la mano por la frente mientras giraba la calle a la derecha rumbo a su vehículo.

—Se ha puesto también el receptor de GPS y tiene ya las fotografías.

—¡Adrien! —gritó Josh—. Ya lo tiene puesto. Inicia el seguimiento.

—Voy —contestó.

Sean buscó las llaves en su bolsillo y las extrajo.

—Vamos a ver... ojitos dulces... —Escuchó que decía Adrien, a lo que Sean puso los ojos en blanco mientras descendía el ritmo de sus pasos a medida que se acercaba al deportivo—. Vamos a ver dónde te encuentras.

—Adrien —pronunció Sean con voz seria. Se aclaró la voz con un carraspeo e intentó bajar un par de tonos su voz—. El ordenador de trabajo es de torre. Lo he contactado y desde el inicio de la puerta de entrada está en la tercera fila, asiento segundo comenzando desde la izquierda, ¿crees que puedes hackearlo?

Escuchó cómo se pulsaban varias teclas.

—Sacaré un mapa del edificio. Cuando vengas me aseguras cuál es su asiento y lo hackeo en un momento.

—¿Vienes ya hacia aquí? —preguntó Josh.

—Sí, tardo veinte minutos en llegar —respondió mientras abría la puerta del coche y se subía. Se sentó, cerró la puerta e introdujo la llave en el contacto—. ¿La has localizado ya?

Adrien tardó unos segundos en responder.

—Sí, ya está fichada. Ya no tienes escapatoria. —Se rio.

De repente se escuchó un pitido.

—¿Qué es eso? —preguntó Sean poniendo el intermitente e incorporándose a la carretera.

—Está realizando una llamada.

—¿Una llamada? ¿Quién? ¿Naomi?

Escuchó un murmullo y al momento quitó el manos libres. Josh debió llevarse el teléfono al oído porque su voz llegó fuerte y clara en aquel momento.

—Sean, hablamos cuando llegues.

—¿Pero está realizando una llamada ella? ¿A quién?

—Ahora hablamos cuando llegues. —Le cortó—. Adrien... localiza ese número... — En ese momento la llamada finalizó.

Sean suspiró mientras agarraba el volante más fuerte.

—Joder —gritó golpeándolo un poco. Los nervios iban a matarlo. ¿Estaba realizando una llamada? Intentó relajarse, quizás solo fuese una llamada de trabajo o a alguna amiga, aunque algo le decía que no era así. Él acababa de salir de su trabajo tras insistirle en la nota, en que le facilitase aquel número de teléfono. Podía apostar a que estaba intentando contactar con su fuente.

Josh colgó el teléfono mientras Adrien conectaba unos cables a una especie de altavoz. Todos rodearon la mesa donde estaba sentado Adrien tecleando el ordenador.

—¿Puedes localizar adónde llama? —preguntó Christopher situándose al lado.

—En cuanto descuelguen el teléfono aparecerá el número. Luego puedo redireccionarlo por GPS.

Al momento un tono de llamada saliendo de aquel altavoz inundó la habitación.

—Oye, ¿esto ya es legal? —susurró Nathan.

Todos se encogieron de hombros.

—Hacemos más cosas ilegales que legales —bromeó Brad también en un susurro.

Adrien se giró hacia ellos con una sonrisa.

—¿Por qué susurráis? No puede oírnos —medio gritó.

Al momento una voz masculina inundó la habitación. Todos se colocaron erguidos y cruzados de brazos, excepto Adrien que permanecía sentado tecleando de nuevo compulsivamente.

—Señorita Hunt, qué alegría volver a saber de usted —dijo aquella voz grave y masculina.

Todos pudieron escuchar cómo Naomi dudaba un poco, como si estuviese cohibida de hablar o algo temerosa.

—Hola —acabó susurrando. Todos pudieron detectar que estaba nerviosa.

—¿A qué se debe el placer de esta llamada? ¿Ha reconsiderado mi oferta?

Todos se aproximaron al altavoz, intrigados.

—¿Tienes el número de teléfono? —preguntó Josh colocando una mano en el hombro de Adrien. Tecleó unas cuantas teclas más y sonrió.

—Lo tengo. —Automáticamente comenzó a teclear de nuevo—. Vamos a ver dónde se encuentra esta persona. —Todos miraron la pantalla donde Adrien abrió una pequeña ventana con un mapa de Estados Unidos—. Tardará al menos un minuto en localizar dónde se encuentra el terminal.

—Puede —contestó Naomi. Escucharon un suspiro y finalmente pareció recobrar un poco la compostura—. ¿Qué puede ofrecerme?

—¿Hasta dónde está dispuesta a llegar? —preguntó rápidamente aquella voz.

Nicholas se movió nervioso.

—Hijo de puta —susurró.

—¿Está dispuesta a llegar hasta el final, señorita Hunt? Dígame. —Ella no contestó—. ¿Está preparada para saber toda la verdad? —preguntó con voz excesivamente grave.

Naomi tardó varios segundos en responder.

—Sí.

Aquel hombre pareció emitir un suspiro de admiración.

—De acuerdo. Escúcheme atentamente. No vuelva a llamarme a este número. Quedamos mañana a las once de la noche bajo el puente de Brooklyn, ¿de acuerdo?

—Espere, espere... —dijo con voz impaciente—. ¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

Adrien miró a todos sorprendido.

—Chica lista.

La voz masculina pareció sonreír al otro lado de la línea.

—Le daré todas las fotografías que tengo y se lo explicaré todo, pero debe prometerme que escribirá un artículo.

Todos se movieron nerviosos por la sala.

—Será cabronazo —pronunció Brad—. El cabrón nos va a delatar.

—Hijo de la gran...

Josh miró nervioso la pantalla del ordenador.

—¿Lo has localizado?

—Veinte segundos —respondió Adrien rápidamente.

Todos observaron la pantalla donde el mapa se iba reduciendo, como si hiciese una búsqueda.

—Está en New York —comentó Adrien observando el mapa.

El mapa se hizo más pequeño a medida que la cuenta atrás se reducía, acotando la zona.

—De acuerdo —susurró—. ¿Cómo lo reconoceré?

—Por eso no se preocupe. Hasta mañana —dijo la voz con algo de rapidez.

—De acuerdo. Hasta mañana. —Al momento Naomi colgó.

Adrien se pasó la mano por la frente agobiado.

—Joder, ¡diez segundos!

—¿No lo has localizado? —preguntó Josh nervioso.

Pero algo les llamó la atención, aún podían escuchar una respiración rápida y agitada a través del teléfono. Todos se miraron nerviosos y sus miradas volaron al altavoz, de donde salía aquella respiración.

—No ha colgado —susurró Adrien nervioso, automáticamente miró la cuenta atrás de su ordenador—. Seis segundos —pronunció nervioso mientras el mapa se ajustaba más aún, pero de repente todos volvieron la vista de nuevo hacia el altavoz.

—Sé que estáis ahí —pronunció con voz grave, y al momento colgó el teléfono.

Todos se quedaron helados al escuchar aquello. Se miraron contrariados y con el rostro desencajado.

—¿Pero qué cojones...? —comenzó a gritar Jason.

Josh le señaló con el dedo para que se callase.

—¿Lo has localizado? —preguntó hacia Adrien, acelerado.

—No jefe, al menos no del todo. Tenemos un perímetro de treinta kilómetros cuadrados —dijo señalando el recuadro que se había quedado fijo en la pantalla del ordenador.

Brad se sentó al lado de Adrien con movimientos urgentes.

—¿Pero quién es este tío? —gritó de los nervios—. Mira a ver si el teléfono pertenece a alguien, si está asociado a alguna compañía.

Adrien comenzó a teclear mientras todos se movían nerviosos por la sala.

—Es un número de prepago —respondió a disgusto.

—Joder —comentó levantándose llevándose las manos a la cabeza. Bufó y luego miró a Josh—. Al menos sabemos dónde va a quedar mañana.

—¿De verdad crees que va a quedar ahí? —le preguntó pensativo—. Lo ha dicho claramente, sabe que tenemos pinchado el teléfono de ella.

—¿Y cómo narices lo sabe? —preguntó Christopher hacia Adrien.

—Y yo qué sé. —Se encogió de hombros este.

Josh rodeó la mesa colocándose al otro lado para observar a todos sus compañeros de frente.

—Al menos tenemos el GPS de Naomi. La tendremos localizada y podremos seguirla. —Se pasó la mano por el rostro agobiado—. Tenemos que coger a este tío.

—¿Cogerlo? —preguntó Taylor sorprendido—. Hay que acabar con ese cabronazo. Va a delatarnos. Le entregará nuestras fotografías.

—Eh, calma —intervino Josh. Luego se quedó pensativo. Miró hacia Adrien y colocó sus manos en su cintura—. ¿Crees que si llamamos al teléfono podrías localizar

dónde está?

—Si lo coge y aguanta un minuto sí, pero el problema es que este tío sabe que lo estamos vigilando. Sabe que tenemos controlada a Naomi.

—El muy capullo —protestó esta vez Ryan—. Por eso la mandó a hablar con Sean. Sabe nuestras identidades.

—Las usa en nuestra contra —comentó Josh de nuevo pensativo. Volvió a mirar a Adrien—. De acuerdo, ¿pero si solo tenemos ya el perímetro de treinta kilómetros cuadrados no será más rápido encontrarlo?

—Este programa no funciona así. Se tiene que iniciar desde el principio puesto que el sujeto puede haberse movido. El margen de error es cero, pero debe iniciarse desde el inicio la búsqueda.

Josh se quedó pensativo y luego una idea atravesó su mente. Miró directamente hacia Ryan y Nathan durante unos segundos y después miró a Adrien.

—¿La conversación está grabada?

—Sí.

Automáticamente hizo un gesto con su rostro hacia Ryan y Nathan para que le siguiesen.

—Brad, Adrien —comentó mientras se dirigía hacia la puerta de la oficina seguido por sus dos compañeros—. Mirad la zona del perímetro, a ver a qué se corresponde y si conocemos a alguien de por ahí.

—Claro —respondieron ambos.

Josh se apartó para dejar pasar a sus dos compañeros y cerró la puerta automáticamente cruzado de brazos.

—Las chicas —susurró hacia ellos—. Quizás Evelyn y Samantha podrían localizarlo. Ya localizaron un edificio, quizás puedan localizar esto —siguió hablando en un tono bajo, pues aunque todos sabían que Samantha era un potenciador preferían mantener en secreto, solo para los de su división, los dones de Evelyn.

Nathan inclinó una ceja hacia él.

—No creo que funcione, jefe —respondió en el mismo tono. Luego se movió incómodo—. Evelyn necesitaría pensar en esa persona, ponerle cara supongo.

—Pero tenemos la voz —le recordó.

Ryan resopló.

—No lo sé. —Luego se encogió de hombros—. Pero supongo que no pasa nada por intentarlo. —Luego lo miró dudoso—. Entonces, ¿les explicamos lo que está ocurriendo?

Josh los miró fijamente.

—Solo a ellas dos, y porque no nos queda otro remedio —acabó pronunciando con desagrado. Luego miró de reojo la puerta que había cerrado de la oficina—. Id y explicádselo. En cuanto se vayan los nuevos que suban y escuchen la grabación, a ver si así lo consiguen.

Ryan y Nathan aceptaron con su rostro y fueron hacia el ascensor, pero justo cuando iban a pulsar el botón, la puerta se abrió. Sean permanecía con los brazos cruzados y una mirada enfurecida.

Elevó la mirada hacia los dos y después salió del ascensor clavando la mirada directamente en su jefe.

—Me has colgado —protestó enfurecido mientras caminaba hacia él, ignorando a sus dos compañeros.

Josh colocó una mano a cada lado y se encogió de hombros.

—Lo siento. —Luego ladeó su rostro hacia él cuando lo tuvo justo enfrente—. La cosa se ha complicado.

—¿A qué te refieres?

Sean se giró hacia sus dos compañeros para observar cómo se cerraba la puerta del ascensor con ellos en su interior. Escuchó el suspiro de Josh y volvió su rostro hacia él.

—Naomi ha llamado a su contacto.

Sean lo observó algo petrificado mientras se cruzaba de brazos. Incrédulo.

—¿Que ha hecho qué? —gritó.

—Ha quedado con él mañana por la noche. —Luego su voz se volvió algo más áspera—. Ese tío va a entregarle todas las fotografías que tiene y va a explicárselo todo.

Sean apretó los labios para no comenzar con la retahíla de insultos. Se pasó la mano por el cabello oscuro, revolviéndolo, y finalmente se giró hacia la pared tomando impulso con su brazo para dar un puñetazo aunque finalmente se controló y se limitó a dar una vuelta sobre sí mismo mientras Josh lo observaba atentamente.

—La muy... —Se acercó a Josh rápidamente apuntándole con el dedo, como si estuviese totalmente encolerizado—. Me ha dicho que había abandonado la investigación.

—Pues te ha mentido —le respondió con algo de burla.

Sean resoplaba, aún moviéndose nervioso.

—Cuando la pille esta noche...

—Eh —dijo, previniéndole con el dedo—, ni se te ocurra. —Lo siguió observando y finalmente emitió otro suspiro—. Eso no es lo peor...

Sean giró su rostro hacia él.

—¿Hay algo peor que el hecho de que nos vaya a delatar? ¿De que esa persona conozca nuestras identidades?

Josh se encogió de hombros buscando las palabras adecuadas, parecía que su amigo estaba totalmente atacado de los nervios.

—La conversación está grabada —acabó diciendo.

Sean lo miró fijamente y fue hacia la puerta para abrir pero en ese momento se detuvo.

—¿Qué es lo peor? —preguntó en un susurro—. ¿Le ha dicho algo de mí?

—No. —Josh se pasó la mano por el cabello, alterado—. No es eso. Es simplemente que ese tío nos tiene bien pillados. Sabe que tenemos pinchado su teléfono, y por lo que tú dijiste la ha tenido vigilada. Ha quedado con él mañana en el puente de Brooklyn, a las once, pero dudo que vaya a quedar realmente ahí, jugará al despiste con nosotros.

Sean aún mantenía su mano en el pomo, pero no abría la puerta, escuchaba atentamente a su jefe. Se quedó pensativo e intentó calmar su respiración.

—¿Y cómo lo sabe?

—No tenemos ni idea. Pero no estamos tratando con ningún idiota. Sabe muy bien lo que hace.

Sean resopló.

—Supongo que si lo sabe también se imaginará que hemos puesto un GPS a Naomi para controlarla.

—Supongo —afirmó observándolo fijamente.

Sean se pasó de nuevo la mano por el rostro, algo agobiado.

—Parece peligroso... —pronunció pensativo. Conocía sus movimientos, sabía que la estaban vigilando, que habían pinchado sus teléfonos y seguramente también sabría que le habían instalado el GPS—. Quizás sería mejor que...

—Sean —le cortó Josh al ver por dónde iba—, necesitamos dar con él.

—Ya, ¿pero vamos a arriesgar la vida de la muchacha? —preguntó incrédulo.

Josh suspiró y luego miró de un lado a otro, inseguro.

—Ryan y Nathan están hablando con Evelyn y Sam, en cuanto el grupo nuevo se marche intentarán localizarlo igual que hicieron con la última guarida de los vampiros. —Se pasó la mano por la barbilla y chasqueó la lengua—. Pero si no funciona lo único que podemos hacer es tenerla vigilada. Tenemos que cogerlo, y la única que nos puede llevar hasta él, es ella.

Sean movió su rostro no muy seguro. Aunque aquella muchacha les estaba causando verdaderos problemas no podía evitar recordar la forma en la que se había comportado hacía escasa media hora con él, aquel rubor en sus mejillas, su tímida sonrisa. Finalmente apretó el pomo de la puerta.

—Creo que lo mejor sería usar el cloroformo como dijo Ryan y dejarla dormida durante unos cuantos días. Así nos evitaríamos todos los problemas —bromeó al final mientras hacía que la puerta cediese y entraba en la sala donde estaban el resto de sus compañeros.

—Ya estás aquí —dijo Brad con una sonrisa, aunque al momento volvió a ponerse serio—. Y por tu cara de pocos amigos deduzco que Josh te ha explicado lo que ha ocurrido.

Sean chasqueó la lengua y fue hacia la mesa con paso decidido.

—Esa periodista se está buscando la ruina —comentó con gesto preocupado. Apoyó las manos sobre la mesa y suspiró—. La muy idiota —continuó agachando la cabeza y cerrando los ojos, como si se quedase pensativo unos segundos. Luego ascendió la mirada hacia todos, los cuales le observaban—. ¿Sabemos algo de su fuente? Adrien puso cara de disgusto.

—Solo el número de teléfono, y es de prepago, así que no podemos saber a quién pertenece.

Sean se puso recto finalmente.

—¿No lo habéis logrado localizar?

—El muy cabrón colgó segundos antes de poder hacerlo —le explicó Christopher.

—Tenemos un perímetro de treinta kilómetros cuadrados —volvió a explicar Adrien.

Sean resopló y se pasó la mano por los ojos, agotado. Colocó las manos en su cintura y se giró hacia Josh.

—Podríamos dar un rodeo por esa zona.

—Es muy grande y no sabemos ni cómo es. Sería como buscar una aguja en un pajar —respondió su jefe.

Sean se mordió el labio y se removió incómodo, finalmente suspiró.

—Bien, he quedado con ella hoy a las ocho. ¿Iréis a su piso?

—Sí —contestó Josh.

—¿Cuál es el plan para mañana?

Josh se apoyó de nuevo contra la mesa cruzándose de brazos.

—Lo más seguro es que al saber que estamos vigilándola, la fuente cambie el lugar de encuentro, la hora... todo. Hay que tenerla vigilada veinticuatro horas al día. No se la puede escapar. —Miró a sus compañeros—. Haremos turnos todos durante los próximos días, hasta que logremos dar con él. —Miró hacia Sean—. En cuanto al GPS que le has puesto, no podemos contar con él. Nos va bien para hacer seguimiento mientras tanto, pero no nos podemos fiarnos mucho. Ese tío sabe demasiado.

—Hay otro tema —recalcó Sean—. Naomi tiene los todoterrenos fotografiados. Ya sé que es complicado y puede que no los reconozca, pero creo que deberíamos usar las motos y los deportivos. Está claro que el que nos tiró las fotografías sabe que siempre vamos con los todoterrenos.

Josh lo señaló con el dedo dándole la razón.

—Pediré al Pentágono un cambio de matrícula también para los todoterrenos —comentó.

Sean aceptó y se quedó pensativo varios segundos.

—Bien, Adrien —dijo finalmente—. ¿Puedes ponerme la grabación para que la escuche?

Adrien aceptó y tecleó en el ordenador pero justo en ese momento un pitido volvió a alertarlos.

—¿Otra vez? —preguntó Sean.

—Está recibiendo una llamada —comentó Adrien rápidamente mientras conectaba de nuevo los cables al altavoz. Todos se incorporaron rodeando de nuevo la mesa.

Josh se colocó detrás de Adrien para observar la pantalla del ordenador.

—¿Es del mismo número de antes?

—No, es otro.

—Localízalo.

Al momento el tono de llamada inundó la habitación, tardó un par de tonos en cogerlo, pero finalmente todos reconocieron la voz de Naomi.

—Hola, Carla —pronunció lentamente.

—Hola, ¿te pillo en buen momento? ¿Puedes hablar?

Brad miró hacia Sean y le susurró.

—¿Quién es Carla?

Sean se encogió de hombros.

—Yo qué sé, será una amiga.

—Callaos, joder —intervino Christopher.

—¿Qué tal estás? —preguntó Carla—. ¿Va todo bien?

Naomi tardó un par de segundos en responder.

—Sí, todo bien... más o menos —acabó titubeando un poco.

Pudieron escuchar el suspiro de Carla al otro lado de la línea.

—Oye —acabó diciendo con voz grave—. ¿Sabes algo de las fotos?

Todos se miraron sorprendidos.

—Me dijo que tenía una amiga fotógrafa. La que le había revelado el carrete. Debe ser esta —indicó Sean al resto de sus compañeros, los cuales afirmaron intranquilos.

Naomi suspiró y pudieron escuchar como si se moviera, pues las voces de compañeros de oficina se iban difuminando, como si se alejasen. Finalmente llegó a un lugar más silencioso.

—¿Naomi? —preguntó de nuevo al ver que no contestaba.

—Sí, sí... estoy aquí. No quería hablar delante del resto —acabó susurrando, y al momento se escuchó cómo se cerraba una puerta.

—¿Y bien? ¿Llamaste al final a tu fuente?

Naomi suspiró.

—Sí, pero no me dijo nombre ni nada...

—¿Pero entonces son las fotos del asesinato?

Todos se removieron incómodos de nuevo.

—Todo apunta a que sí —acabó diciendo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Carla más alterada—. ¿Se lo has comentado a tu jefe ya?

—No, aún no. —Luego se quedó pensativa unos segundos—. Se lo comentaré en cuanto tenga algo más de información. —Luego aguantó un segundo la respiración, como si no estuviese segura de lo que iba a decir—. He quedado mañana con él.

Carla tardó un poco en contestar.

—¿Con quién? ¿Con tu fuente?

—Sí.

—Naomi —dijo alterada—. ¿Estás segura? Ni siquiera sabes quién es, ¿vas a ir sola?

—Sí, me ha dicho que tengo que ir sola. Me dará más fotografías y me explicará lo que ocurrió.

—No vayas sola —le previno preocupada.

Sean se removió incómodo.

—Está claro que su amiga tiene dos dedos de frente —intervino de nuevo.

—Eh, tranquila —intentó calmar a su amiga—. No pasará nada. Quedaremos, me dará lo que tenga y me explicará su versión.

Sean chasqueó la lengua.

—Ella está claro que no —añadió Taylor.

—¿A qué hora has quedado con él?

—A las once, en el puente de Brooklyn —le informó.

Podían notar que Carla parecía nerviosa.

—¿Necesitas que te acompañemos? Podríamos quedarnos algo alejados. No sé, no me da buena espina, ¿Y si es un loco?

—Carla... cálmate... me ha pedido que escriba un artículo. Un loco no haría eso.

—O sí —comentó Adrien alterado.

—No me gusta la idea de que vayas sola, de verdad... —insistió.

—Eh, no pasará nada. Llevaré mi espray de defensa —bromeó para intentar calmar a su amiga. Lo que hizo que todos se mirasen de reojo y emitiese un bufido.

—De acuerdo, pero ¿me llamarás?

—Claro, te llamaré antes de llegar y cuando acabe la reunión. ¿Cómo está Aaron? —cambió de tema.

—Trabajando, no llega hasta las ocho de la tarde. —Suspiró—. Oye, ¿te quieres venir a cenar?

Naomi titubeó de nuevo.

—No puedo, estaré ocupada —respondió mientras se escuchaba cómo se abría una puerta y se cerraba.

—¿Ocupada? ¿Un viernes por la noche?

—Sí.

Al momento escuchó una risa traviesa por parte de Carla.

—¿Con quién has quedado? —preguntó emocionada—. Oh, dime que es ese compañero de trabajo tuyo... Wanda, Walter....

—Wayne —le corrigió su amiga divertida.

—Eso, Wayne, ya sabes lo mala que soy para recordar los nombres.

Sin poder evitarlo todos miraron hacia Sean.

—Parece que tienes competencia —pronunció Nicholas a lo que Sean resopló.

—Pues no, no he quedado con él —continuó Naomi.

—¿Y quién es el afortunado?

Sean se removió algo incómodo contra la mesa y al final optó por ponerse de pie con los brazos cruzados, alterado por el camino que estaba tomando la conversación.

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó divertida—. No lo conoces.

—Oh, va... no te hagas la remolona. Dime, ¿quién es? Porque es un chico, ¿verdad?

—Sí. —Luego escuchó cómo Naomi emitía una pequeña risa, lo cual hizo que Sean volviese a removerse incómodo. Alzó la mirada y comprobó que varios de sus compañeros le miraban con una sonrisa.

—Quizás deberíamos apagar... esto ya es personal, no tiene nada que ver con el tema —intervino nervioso.

—Qué va, súbele el volumen. —Rio Christopher hacia Adrien—. Esto es más entretenido.

Adrien rio pero para desgracia de Sean lo hizo y subió el volumen bastantes decibelios. Sean se pasó la mano por su rostro agobiado para después fusilar con la mirada a Adrien por lo que acababa de hacer.

—Bueno... —siguió Naomi—. Se llama Sean...

—Bonito nombre.

Adrien sonrió.

—Un nombre precioso —comentó hacia él con una sonrisa traviesa.

—Cállate —le amenazó Sean.

—Y dime... —continuó Carla—. ¿Es compañero de trabajo?

—No, no... —respondió rápidamente—. Es el forense de Brooklyn.

Carla aguantó la respiración.

—¿El forense? —preguntó sorprendida—. ¿Y qué haces quedando con un forense? Buff... qué grima.

Sean arqueó una ceja al escuchar aquello, ¿grima?

—Pues resulta que lo conocí el otro día, cuando fui a preguntarle justamente por el caso.

—¿Y está bueno?

Todos centraron la mirada en Sean, el cual parecía estar aguantando la respiración de los nervios.

—Bueno... mmm... no está mal —acabó admitiendo como si no le diese importancia—. Es bastante atractivo, sí.

—¡Genial!

Todos comenzaron a reír.

—Eh, a la chica le pareces atractivo —dijo Brad mientras daba un golpe en su espalda como si le felicitase.

—Eh, vamos —insistió Sean alterado mientras se dirigía al altavoz para desenchufar los cables—. Quita esto ya.

Pero al momento Jason le agarró la mano.

—Ni se te ocurra desconectarlo. —Le amenazó con una sonrisa—. Ni un paso más.

—Pero es un completo idiota —acabó diciendo Naomi. Sean abrió excesivamente los ojos.

—¿Que soy un idiota? —susurró alterado mirando el altavoz.

—¿Te lo puedes creer? —continuó Naomi explicando a su amiga—. Fui a preguntarle, para que me ayudase con la investigación y no respondió a ninguna de mis preguntas. Ayer... —siguió intensificando más su voz—, fui a enseñarle las fotografías, por si podía aclararme algunos asuntos y se puso de lo más insoportable.

—¿A qué te refieres?

—¡Se puso como loco! Me medio arrinconó contra la pared diciéndome que abandonase el caso... madre mía... por un segundo pensé que me estaba amenazando y todo...

Al momento todas las miradas se centraron en Sean, el cual se encogió de hombros como si no supiese qué decir.

—Tampoco fue como ella dice —dijo mirando a su jefe, el cual lo miraba con una ceja alzada—. ¡Oh! ¡Vamos! Es una exagerada.

—¿Y qué haces quedando con ese idiota? —preguntó su amiga alterada.

—Bueno... —pronunció adoptando un tono de voz más calmado—, hace un rato ha venido a verme, me ha pedido perdón por el comportamiento que tuvo ayer y me ha invitado a cenar.

—Vaya tela que tienes. Así que un chico medianamente atractivo te pide una cita y tú...

—No es medianamente —le corrigió su amiga.

Carla tardó un segundo en responder.

—Pero a ver, ¿en qué quedamos? Me has dicho que no estaba mal, que era atractivo... entonces: ¿O está bueno? ¿O está muy bueno?

—Mmmmm...

Nicholas comenzó a aplaudir como si animase a Naomi.

—Vamos... vamos... decidete... —comenzó a reír mirando el altavoz—. Venga... —comentó impaciente mientras Sean cada vez estaba más alterado.

—Bueno, igualmente ese no es el tema... —acabó diciendo Carla al ver la duda de su amiga—. El tema es que dices que te notaste amenazada y, ¿ahora te vas a cenar con él? Desde luego cómo te va el peligro.

—Olvidas una cosa... —le recordó rápidamente—, es el forense de Brooklyn, y por lo tanto el que llevó el caso. Tiene información que puede interesarme.

Sean abrió los ojos de nuevo con exageración e incluso se le desencajó un poco la mandíbula.

—Ahhhh... Debías haber comenzado por ahí. —Rio su amiga—. Así que vas a intentar sonsacarle información eh... —

—Bueno, en realidad es un hueso duro de roer.

—¿Qué método vas a usar? Guarrillaaaaaaa... —

Todos comenzaron a reír cuando escucharon aquellas palabras. Sean optó por inclinar su rostro finalmente y bufar. La que se le venía encima con sus compañeros, todos estaban riendo de lo lindo y él no le encontraba la gracia a la situación por ningún lado.

—Qué mal pensada eres, Carla. —Luego adoptó un tono de voz gracioso—. Simplemente le intentaré sacar el tema, a ver si dice algo.

—Ya, pero dices que está bueno, ¿no?

Naomi rio divertida.

—Bueno, oye, te dejo... llevo ya mucho rato en el aseo escondida. Hablamos más tarde.

—Está bien, infórmame de cómo va la cita con el idiota buenorro del forense.

—Ja, ja, ja. Mañana te llamo.

—De acuerdo. Que vaya bien.

—Adiós.

Automáticamente la transmisión se cortó. Sean permaneció varios segundos observando aquel altavoz hasta que notó cómo uno de sus compañeros le daba una palmada en la espalda. Se giró y observó a Jason con una gran sonrisa.

—Mira qué bien. Quizás hoy tengas un arrumaco con la periodista.

—Es bastante excitante, ¿verdad? —pronunció Nicholas divertido.

Sean le señaló con el dedo primero a él y luego a cada uno de ellos.

—No me toquéis los huevos —reaccionó enfadado—. Nada de eso va a pasar...

—Y si pasa ya nos enteraremos —comentó Adrien dando un golpecito al altavoz.

—Arghhhhh —acabó rugiendo Sean totalmente desesperado. Aquella conversación le había alterado, ya no solo por ver cómo la muchacha se ponía en peligro ella misma, sino por lo que había dicho. ¿Que era un idiota? ¿Que intentaría sacarle información? ¿Su amiga proponiendo un encuentro sexual para conseguir que él cantase? Aquello era surrealista. Bien, se iba esa noche. Ya veríamos quién reía el último. Miró a Adrien aún enfadado, sin un ápice de humor en su rostro—. Me pones la grabación de antes, ¿o no? —cambió de tema dando por finalizado el anterior.

Sean giró el volante y tomó la calle a la derecha. Miró el reloj digital en el salpicadero de su deportivo. Las siete cuarenta y cinco. Avanzó por la calle hasta que encontró un hueco lo suficiente grande como para que el vehículo cupiese. Sabía que Naomi había salido de su vivienda hacia media hora, pues el resto de la división y la había avisado y esperaban que él se encontrase con ella para poder entrar en su hogar.

Aparcó el automóvil y se quitó el cinturón de seguridad. Aún no se imaginaba lo que iba a hacer. Tenía que cenar con ella y en ese momento lo que menos ganas tenía era de verla. Y pensar que se había sentido mínimamente atraído por ella aquel mediodía, cuando había ido a visitarla al trabajo. No, aquella muchacha tenía un rostro dulce, hermoso... pero su comportamiento distaba mucho de ser el correcto. ¿Que iba a intentar sacarle información? ¿Que era un idiota?

Vale, de acuerdo... sabía que su comportamiento el día de ayer no había sido muy caballeroso y educado pero, lo había hecho por ella. Resopló y salió del vehículo. Se colocó una chaqueta negra de entretiempo sobre su fino jersey color azul y cerró el vehículo. Aquella chica, definitivamente, le ponía de los nervios. No le gustaba. Se había ilusionado incluso con la cita de aquella noche, pero tras escuchar la conversación que había mantenido con su amiga Carla lo que más ganas tenía era de estrangularla. Si no fuese necesario que el grupo entrase en su vivienda para buscar las fotografías y alguna pista, la hubiese dejado plantada. Oh, sí, eso le hubiese gustado, hubiese sido todo un escarmiento, aunque en ese mismo momento tenía otra cosa en mente... sería un idiota, como ella decía, pero también había dicho que era un idiota atractivo. Sí, aquella muchacha se iba a arrepentir de lo que había dicho.

Avanzó hacia la puerta del *Royal Brooklyn*, situado unas manzanas más adelante. El ambiente era más fresco que durante el día, y prácticamente había anochecido.

Cogió su móvil y fue esquivando a las personas que venían en sentido contrario. Una vez localizó el número de su jefe marcó y esperó a que contestase.

—Dime —la voz grave de Josh llegó algo distorsionada, de nuevo debía haber puesto el manos libres.

—Ya he aparcado.

—¿Estás con ella? —Reconoció la voz de Nicholas.

Debían haber vuelto a dividirse en dos grupos.

—Si estuviese con ella no llamaría —pronunció de mala gana. Luego suspiró mientras se detenía en un semáforo en rojo para peatones—. Estoy a una manzana de donde he quedado. Enviadme un mensaje cuando os vayáis a marchar del piso.

—Claro —contestó Josh, luego carraspeó un poco—. Escucha... —continuó algo dudoso—. Vamos a simular un robo en la vivienda.

Sean chasqueó la lengua y en cuanto se puso el semáforo en verde cruzó por el paso de peatones. Se pasó la mano por el cabello agobiado. Ya suponía que harían algo así. Sería demasiado obvio que solo desapareciesen las fotografías del piso, demasiado extraño.

—¿Forzaréis la cerradura?

—Sí.

—Supongo que tendrá seguro —apuntó Adrien.

Josh intervino antes de que Sean pudiese contestar.

—Así que luego acompaña la al piso, tampoco es plan de que le dé un ataque de pánico a la chica.

Estuvo a punto de aportar que aquello sería una buena idea, pero se contuvo.

Se detuvo en la acera y observó hacia la puerta del *Royal Brooklyn*. Naomi permanecía allí quieta, sujeta a su bolso, con una cazadora negra algo larga. Llevaba unos tejanos claros y unos zapatos negros bastante altos. Su cabello estaba suelto, moviéndose hacia atrás por la fina corriente de aire. Pudo observar cómo miraba de un lado a otro y luego echaba mano a su muñeca para observar su reloj.

Sean se sorprendió observándola de arriba a abajo, era preciosa.

—¿Estás ahí? —preguntó Josh al no recibir respuesta.

Sean movió su rostro como si despertase de un sueño.

—Sí, perdona jefe. La acompañaré, tranquilo.

—Yo estaré en comisaría por si quiere poner una denuncia.

—Está bien. Os dejo. Tenéis vía libre, está a unos metros por delante de mí.

—¿Ya está ahí? —preguntó Adrien rápidamente.

—Sí.

—¿Y qué lleva puesto? —se apresuró a preguntar.

Sean se apartó el móvil del oído mirándolo confundido. Desde luego ese Adrien estaba como una regadera. Colgó directamente mientras escuchaba cómo algunos de sus compañeros reían de fondo. Guardó el móvil en su pantalón tejanos e inspiró intentando calmarse. Aquella muchacha despertaba demasiadas emociones en él, ternura, odio, ganas de abrazarla, ganas de estrangularla...

La observó de nuevo, diciéndose a sí mismo que él solo se encontraba allí para entretenerla mientras el resto de la división fingían un robo en su piso, pero a medida que avanzaba hacia ella no podía evitar recorrer sus largas piernas, su estrecha cadera, su pequeña cintura, aquel rostro angelical, hasta que de nuevo las palabras: “es un idiota” y “voy a intentar sacarle información” volvieron a su mente. ¡Maldita muchacha!

Naomi tuvo que intuir que alguien la observaba porque giró su rostro hacia Sean directamente cuando aún le quedaban unos cuantos metros para llegar hasta ella. Naomi, al momento, realizó una gran sonrisa hacia él, como si el hecho de que hubiese acudido a la cita le produjese tranquilidad. ¿Acaso no tenía claro si él iba a acudir? Pero sin poder evitarlo Sean devolvió aquella tierna sonrisa con otra. Al momento se rió a sí mismo. “No bajas la guardia” “Recuerda lo que ha dicho de ti” “Esa chica solo quiere sacarte información”.

—Hola. —Caminó hacia él risueña.

—Hola —respondió amablemente.

Ambos se quedaron unos segundos mirando sin saber bien qué decir.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Sean.

—No, apenas cinco minutos —respondió sonriente, como si estuviese feliz de que hubiese venido. No te dejes llevar por esa sonrisa, pensó Sean. Sabes lo que va a intentar, sabes que quiere sacarte información y sobre todo sabes lo que piensa de ti. Sean intentó mantener la sonrisa mientras todos aquellos pensamientos rondaban su mente—. No sabía si al final vendrías.

—¿Por qué no iba a venir? Te lo propuse yo mismo —respondió sorprendido.

Ella se encogió de hombros y miró de un lado a otro mientras se mordía el labio en actitud tímida. Pasó varios segundos más sin fijar la vista en él hasta que se cambió el bolso de hombro y volvió a mirarle sonriente.

—Bueno, ¿y qué te apetece hacer?

Él introdujo las manos en los bolsillos y le sonrió.

—¿Vamos a cenar? ¿O no tienes hambre aún? —preguntó.

Ella le sonrió.

—Tengo hambre.

—Perfecto. —Miró a ambos lados como si tratase de ubicarse—. Conozco un restaurante a unas manzanas de aquí que está muy bien.

—De acuerdo —dijo girándose hacia donde indicaba Sean. Comenzó a caminar a su lado en silencio, lo cierto es que aquel hombre era realmente atractivo, se había quedado corta con el calificativo que le había dado a Carla sobre él. No pudo evitar contemplarlo con cierto disimulo. ¡Madre del amor hermoso! Ese hombre parecía estar hecho con un molde, prácticamente era perfecto. Alto, musculoso pero sin abusar, un cuerpo bien trabajado, unos enormes ojos marrón claro, un pelo oscuro corto, una mandíbula fuerte y un rostro recién afeitado. ¡Oh, madre mía!, y olía divinamente, ¿qué perfume debía usar?

—¿Dónde has aparcado? —preguntó volviendo su mirada hacia ella.

—No he venido en coche. No me gusta conducir por la ciudad. He preferido coger el metro.

Sean aceptó mientras se detenía a su lado esperando a que el semáforo se pusiese en verde para los peatones.

Ahí la tenía, la excusa perfecta para poder acompañarla después a su piso, pensó. —La verdad es que es horrible conducir en las horas punta —afirmó.

—Sí. —Sonrió de nuevo sin saber qué decir.

—¿Ha ido bien el resto de la tarde? —preguntó con voz grave volviendo de nuevo la mirada hacia ella.

Ella intentó no abrir en exceso los ojos. Lo cierto es que era bastante sorprendente que intentase darle un tipo de conversación más animada.

Se encogió de hombros.

—Sí. Bueno, siempre hay trabajo y así estoy entretenida. —Sonrió al final—. Ahora estoy con un tema de una entrega de medallas de la semana que viene. Una medalla honorífica.

—Interesante.

Ella puso cara de fastidio y luego se quedó pensativa.

—La verdad es que no. —Acabó riendo y luego adquirió un tono más animado—. Es un rollazo. Que si tal persona logró esto, que si este es el motivo por el que le dan la medalla... —Sean la miraba divertido por ese cambio de humor—, que si él vestía un hermoso traje, que si su mujer vestía un vestido a la última moda... brindaron con vino... bla bla bla... —Luego lo miró y le sonrió de forma tierna—. No es lo que me gusta. —Suspiró y se encogió de hombros—. Pero no me queda otra.

Soy una principiante, así que es lo que me toca.

Sean la observaba divertido.

—Bueno, trabajas en un prestigioso diario de Brooklyn, no todas las muchachas de veintiocho años pueden decir eso.

Pero ella en ese momento inclinó una ceja hacia él.

—¿Cómo sabes mi edad? —preguntó asombrada.

Sean puso cara de asombro también y miró hacia un lado de reojo.

—Soy médico forense —respondió—. Sé esas cosas. —Mejor decir eso que decir que había mirado su expediente—. Apostaría a que mides un metro sesenta y siete y pesas....

—Eh —le interrumpió señalándole con el dedo—. De acuerdo, pero eso prefiero guardármelo para mí. Ya has acertado dos de dos. —Rio—. ¿Tú qué edad tienes?

Él inclinó una ceja hacia ella mientras se detenía frente a la puerta de un restaurante.

—¿Qué edad me echas?

—Yo no me dedico a eso.

—Pero sí a investigar —apuntó risueño.

Naomi resopló y se cruzó de brazos mientras lo observaba interrogante.

—¿Treinta?

—Treinta y tres —apuntó. Luego chasqueó la lengua y le miró con una sonrisa realmente atractiva, lo cual hizo que Naomi tuviese que apartar la mirada de él, cohibida—. ¿Entramos?

Aceptó y entró en el restaurante mientras Sean mantenía la puerta abierta.

El restaurante era bastante lujoso. Ya había comido un par de veces allí con Wayne al mediodía, cuando hacían menú y salía bastante más económico que la cena. Una camarera se acercó de inmediato.

—¿Desean cenar?

—Sí —se adelantó Sean colocándose al lado de Naomi—. Mesa para dos, por favor.

La camarera les condujo a una al final del amplio salón. Aquel lugar le gustaba. Las veces que había comido allí había estado muy bien. Se quitó la chaqueta y la depositó sobre la silla.

Sean se dio cuenta al momento. Llevaba el colgante que le había regalado. Bien, buena chica, pensó.

La mesa estaba decorada con un pequeño mantel azulado y en el centro tenía una vela introducida en un pequeño recipiente de cristal. Las mesas no estaban muy juntas, lo cual daba algo de intimidad dentro de lo concurrido que estaba aquel restaurante una noche de viernes. Las paredes estaban decoradas con una cenefa azulada, y de ahí bajaban tablas de madera. La parte alta de la pared era un color verde manzana que le daba un aspecto juvenil. Tenía buena iluminación y unas cuantas plantas bien cuidadas en algunas esquinas del restaurante que le daban aún más color.

Se sentaron y al momento la camarera dio una carta a cada uno. Naomi la cogió mientras pronunciaba un sutil *gracias* y la abrió, pero algo le llamó la atención. La camarera llevó su mano al bolsillo, extrajo un mechero y cogió la vela encendiéndola.

¿Iba a encender la vela? La verdad es que aquello resultaba algo romántico y le hacía sentir bastante incómoda. ¿Velas? ¿Una cena en un restaurante? ¿Un hombre apuesto? Se removió en la silla hasta que la camarera depositó la vela y los dejó para que mirasen la carta. Fue entonces cuando ascendió la mirada hacia Sean. Nada, no parecía sentirse incómodo para nada. Al contrario, parecía estar bastante concentrado en la carta.

Volvía a descender la mirada y leyó los platos que había. Aquello lo detestaba, tener que elegir entre tanta comida, ensalada, pasta, pescado, marisco, carne... suspiró y se decantó por un pescado. Sería lo mejor después de ver que ese hombre podía adivinar edad, altura... y peso.

Cuando escogió, depositó la carta sobre la mesa y se colocó la servilleta sobre las piernas. Se cruzó de brazos y se limitó a observar cómo Sean hacía prácticamente lo mismo.

—Bien —comentó ladeando su rostro hacia él—. ¿Por qué me has invitado a cenar?

Sean inclinó una ceja hacia ella en actitud divertida.

—¿Por qué has aceptado venir? —Ella carraspeó un poco ante su respuesta. Sean suspiró y la miró algo más serio—. Ya te lo comenté antes. Lo cierto es que me sentía fatal por cómo te traté ayer. No suelo comportarme así.

Ella apretó los labios y se removió de nuevo incómoda. Suspiró y finalmente le miró sonriente, intentando transmitir al menos la mitad de tranquilidad de la que transmitía él.

—No importa lo de ayer —acabó susurrando—. La verdad es que yo también fui bastante pesada, así que en parte me lo merecía. —Luego sonrió más—. Los periodistas podemos llegar a ser muy pesados —admitió—. Así que de verdad, perdona si te hice sentir incómodo, no es lo que pretendía —acabó susurrando con algo de timidez.

Sean la miró asombrado, no esperaba que ella fuese a disculparse, ni aquel derroche de sinceridad.

—Comprendo que es tu trabajo. —Luego, para sorpresa de ella, pasó su mano por encima de la mesa y se la ofreció—. Hagamos una tregua —le propuso—. Nada de hablar de trabajo.

Ella miró su mano, y durante unos segundos le pareció que tenía la mirada dudosa, pero finalmente aceptó y tendió su mano hacia él.

—Trato hecho —dijo mientras se estrechaban la mano sonriente. Tenía una mano firme, fuerte... Notó cómo el rubor subía a sus mejillas y durante unos segundos tuvo que esconder su rostro hacia abajo, disimulando que colocaba correctamente la servilleta que había depositado sobre su regazo—. Bien, y dime... ¿cómo un chico de veintiocho años puede convertirse en el forense de Brooklyn? —preguntó divertida.

Automáticamente Sean frunció su ceño.

—Mmmm... creo que la tregua que acabamos de firmar es referente a que no se habla de trabajo —le recordó con cierta gracia.

—Esto no es trabajo —apuntó ella—. No te estoy preguntado por... —dijo, chasqueando la lengua—, por lo que te pregunté ayer, sino cómo llegaste a convertirte en el forense de aquí. Eres muy joven. ¿Dónde estudiaste?

Sean dudó unos segundos y finalmente suspiró. Se apoyó contra el respaldo de la silla y ladeó su rostro con una medio sonrisa.

—Oxford —mintió. Aunque realmente poseía un título de esa universidad las clases las había cursado en el mismo Pentágono.

—¿Y tú?

—Columbia.

En ese momento la camarera se presentó ante ellos.

—¿Han decidido ya?

—Sí. —Y automáticamente interrogó a Naomi con su rostro, la cual afirmó. Le señaló con un movimiento de mano para que pidiese primero.

—Lubina al horno.

—¿Prefiere verduras a la plancha o ensalada de guarnición?

—Verduras a la plancha, gracias —respondió de forma amable.

—Yo sabía, con verdura también. Y traiga algo para compartir —dijo agarrando la carta para observarla rápidamente—. La ensalada... —Miró el apartado de entrantes atentamente—, y los dedos de queso, ¿te parece bien?

Naomi aceptó con su rostro sin decir nada.

—¿Qué querrán de beber?

Sean volvió a observarla.

—¿Vino? —Naomi volvió a encogerse de hombros—. Un vino blanco.

—Claro, señor —Se despidió con un movimiento de rostro y los abandonó.

Sean se echó hacia delante apoyando sus brazos en la mesa.

—¿Por dónde íbamos? Estudiaste en Columbia, ¿y luego?

Ella se mordió el labio.

—Hice un máster en técnicas de investigación —respondió con una sonrisa—. Estuve un par de meses trabajando para una revista de deportes.

—¿Ah, sí? —preguntó asombrado.

—Sí. Me sé la alineación de la mayoría de equipos de fútbol europeos, equipos de baloncesto americanos... —Acabó riendo—. Pero no me gustaba, así que cuando vi que se pedía un periodista en el *Royal Brooklyn* envié mi curriculum. Si te soy sincera aún no me creo que trabaje ahí. —Sean sonrió ante aquella sinceridad—. En realidad buscaban una periodista joven para poder cubrir las noticias de menos importancia, estaba claro que un periodista con carrera o de renombre no iba a hacer el trabajo sucio.

—¿Cuántos meses llevas trabajando ahí?

—Casi cuatro meses. Tengo contrato de seis —respondió a disgusto.

Sean se quedó observándola pensativo. En cierto modo sentía lástima por ella, parecía que le entusiasmaba su trabajo, que disfrutaba con él, que quería labrarse un buen futuro, pero él no podía ayudarle en ese sentido. Sabía que aquella noticia que tanto ansiaba y por la que le había preguntado era su trampolín para poder conseguir un puesto seguro. Tampoco le podía culpar por ello, por intentar hacer bien su trabajo.

—Siento no poder ser de más ayuda —respondió sinceramente.

Ella se encogió de hombros.

—Da igual, ya lo he asimilado —acabó diciendo con cierta lástima—. Si me despiden ya buscaré otro trabajo, aunque la cosa está difícil.

En ese momento Sean la miró interrogante. Que le explicase la pasión que sentía por su trabajo, su forma de actuar... hasta ahí lo comprendía, pero que se hiciese la víctima cuando le estaba engañando vilmente quedando con su fuente mañana y diciéndole que había abandonado la investigación cuando era falso.... Aquello ya no le gustaba tanto.

—Ya —contestó serio—. Bueno... —continuó con tono algo tirante—, supongo que una buena periodista nunca deja de investigar sobre lo que realmente le interesa.

Aquello la dejó un poco descolocada.

—Ya, pero si no tienes medios y alguien que te respalde, no puedes hacer correctamente tu trabajo —le susurró como si fuese una confidencia.

Él la miró de nuevo de forma inquisidora y luego una sonrisa algo diabólica inundó su rostro.

—Y dime... ¿cuál es la mayor locura que has hecho para conseguir una información? —Acabó realmente muy sonriente, incluso en cierto modo una sonrisa un tanto lasciva.

Ella lo miró sorprendida más que por la pregunta por el tono que había usado.

—Obviamente, presentarme con unas fotografías ante el forense que llevaba el caso —le dijo de mala gana.

Sean iba a responder justo cuando el camarero llegó con la botella de vino. Colocó un cubo con cubitos sobre la mesa y depositó la botella en él mientras la abría.

—¿Quiere probarlo el señor?

—No, gracias —contestó rápidamente sin mirarle, observando directamente a Naomi.

El camarero tuvo que captar el tono de aquellas palabras porque los dejó solos de nuevo. Bien, aquello se podía poner muy interesante. Cogió la botella, la rodeó con una servilleta para no mojarse la mano con la que la sujetaba y con la otra sujetó la copa de ella para llenarla.

—Así que lo calificas como una locura. Al menos, lo has comprendido —se atrevió a decir.

Naomi entrecerró los ojos, observándolo de forma inquisidora.

—Es una locura porque no me sirvió de nada —apuntó ella.

Sean la observó un segundo pero al momento volvió a desviar de nuevo la mirada esta vez hacia su copa.

—Al menos vamos a tomarnos una copa de vino y vamos a darnos una buena cena. De algo sirvió —acabó diciendo. Acabó de llenar un cuarto de su copa y volvió a depositar la botella ante la mirada atenta de ella.

No sabía cómo interpretar todo aquello. ¿Bromeaba? ¿Se insinuaba? ¿Coqueteaba? ¿Estaba enfurecido?

Cogió su copa de vino y dio un pequeño sorbo. Quizá no hubiese sido tan buena idea aceptar la cena. Depositó la copa con cuidado sobre la mesa y colocó sus manos sobre sus piernas, entrelazando los dedos en actitud inquieta.

—¿Vives sola? —Aquella pregunta le pilló de improviso.

Sean ya lo sabía, pero igualmente quería darle conversación.

—Sí. Alquilé un piso hace poco más de un año.

—¿Y tienes familia aquí?

—Sí, me crie aquí. —Vaya, bastante escueta—. ¿Y tú?

—Crecí en Washington. Luego me mudé a Brooklyn.

—¿Cuánto hace? —preguntó apoyando sus manos sobre la mesa.

—Sobre un año y medio.

—¿Y te gusta la ciudad? —preguntó esta vez más amistosa, lo cual hizo sonreír a Sean.

Se encogió de hombros y ladeó su rostro hacia ella mientras le sonreía.

—Sí, estoy muy a gusto aquí.

Ella lo miró de nuevo algo inquieta. Vaya, mantener una conversación con aquel hombre era bastante complicado, sobre todo cuando sonreía de aquella forma.

—Y... ¿vives solo?

—No. —Luego se pasó la mano por el cabello. Sin poder comprenderlo Naomi notó que se le aceleraba el corazón—. Vivo con unos compañeros de piso —acabó diciendo. Y ella extrajo el aire que había acumulado en sus pulmones.

Por arte de magia apareció el camarero a su lado, tan concentrados parecían estar el uno en el otro que ni siquiera se habían fijado en el que camarero se acercaba hasta el momento en que depositó los entrantes sobre la mesa.

—Gracias —susurró Naomi antes de que se fuese. Observó la ensalada y medio sonrió—. Tiene buena pinta.

En ese momento Sean se llevó la mano de inmediato al bolsillo, había notado la vibración de su móvil. Lo extrajo y observó. Un mensaje de Brad.

“Estamos dentro. Un piso muy acogedor”.

Sean chasqueó la lengua mientras leía el mensaje en actitud enfadada.

—¿Problemas? —preguntó ella al ver su gesto preocupado.

Sean desvió la mirada hacia ella y se guardó el móvil automáticamente en el bolsillo.

—No —contestó cogiendo el tenedor.

—¿Es por trabajo? —preguntó algo inquieta—. No será otro cadáver, ¿verdad? —su tono había sonado asustado.

Sean la miró fijamente y volvió a ladear su rostro hacia ella.

—Nada de hablar de trabajo, Naomi. Respetemos el trato que hemos hecho.

Ella se mordió el labio y finalmente afirmó con su rostro.

—Claro —acabó susurrando. Llevó su mirada hacia abajo observando la ensalada. Había algo que le intimidaba en él. Removió el tenedor, como si no supiese qué hoja de lechuga pinchar y finalmente ensartó una, aun así, no se la llevó hacia la boca—. Bueno, y... no me has dicho aún como llegaste a ser el forense de Brooklyn.

Sean la observó fijamente durante unos segundos, como si la estudiase.

—Presenté mi currículum y me cogieron.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Pero no hay que hacer oposiciones o algo así?

—Estoy de sustitución —acabó diciendo—. La forense va a dar a luz en breve. Tiene la baja de maternidad. —Sean contempló cómo se quedaba pensativa—. ¿No lo sabías?

Ella parecía estar interna en sus pensamientos. Finalmente lo miró como si recapacitase sobre algo.

—Por eso no aparecías en Internet —susurró.

Sean ladeó su rostro hacia ella.

—¿Me buscaste en Internet?

Ella chasqueó la lengua.

—Cuando estaba intentando contactar contigo y no hacías caso a mis llamadas —improvisó con voz suave. Luego entornó hacia él la mirada al observar que la miraba fijamente, como si estuviese impresionado—. Soy periodista, ¿recuerdas?

Sean ladeó su rostro hacia ella y finalmente sonrió.

—No puedo dejar de recordarlo —pronunció casi en un susurro, lo cual hizo que Naomi notase que el vello se lo ponía de punta. Por Dios, aquel hombre era realmente atractivo, sus gestos, aquella sonrisa. Notó cómo el corazón se le disparaba y tuvo que bajar su rostro, pues notaba su nerviosismo al intentar aguantarle la mirada.

Cogió su copa de vino y dio un buen sorbo antes de que el camarero volviese a acercarse con los platos.

Sean cogió la cuenta y extrajo su cartera rápidamente.

—No. Espera —comentó Naomi agarrando su bolso.

No dijo nada, simplemente la observó un segundo y dio su tarjeta de crédito al camarero.

—No hace falta. Ese era el trato. Me ofrecí a invitarte. —Tenía la voz algo autoritaria.

—Ya —pronunció sin saber cómo reaccionar—. Pero tampoco tenías por qué hacerlo. Ya me regalaste un colgante.

Él le sonrió y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—¿Lo llevas puesto?

Ella pasó su mano por el cuello y se lo mostró.

—Es muy bonito. Y como me has dicho que daba suerte con el trabajo no pienso quitármelo —bromeó.

Él sonrió ante aquellas palabras.

—Espero que funcione.

El camarero se acercó con el datáfono y la tarjeta de crédito introducida en él. Se lo aproximó.

—Necesito que ponga el número secreto, señor.

Sean desvió la mirada hacia el camarero y aceptó mientras llevaba su mano hasta los botones pulsando la combinación secreta.

Naomi se levantó.

—Voy un segundo al servicio —dijo cogiendo su bolso.

Sean aceptó sin levantarse de la silla y la vio alejarse hacia la otra punta del restaurante, donde un pequeño letrero indicaba los aseos.

Era espacioso. Al final de este había un enorme cristal sobre la pica, con tres enormes grifos y un secador de manos atornillado en la pared. Al lado izquierdo había tres aseos, cada uno individual.

No tenía ganas de ir al aseo, pero sí necesitaba un segundo de calma. ¿Qué le estaba pasando? Aquel hombre estaba comenzando a nublar su mente. No podía evitar notar que su corazón palpitaba más rápido de lo normal y sus mejillas se encendían cuando coincidía la mirada con él. Era realmente atractivo, demasiado atractivo como para fijarse en ella pero entonces, ¿qué estaba haciendo llevándola a aquel restaurante? ¿Regalándole aquel colgante?

Sabía que se había portado mal con ella, que estaba intentando enmendar su comportamiento, ¿era realmente necesario? Quería decir, ¿un hombre se tomaría aquellas molestias con una mujer que no le interesase? Podía apostar a que no, y más Sean Coleman, el cual seguro que estaría harto de que las mujeres le persiguiesen.

Abrió el grifo hundiendo sus manos bajo el agua templada. Debía intentar permanecer calmada, no parecer nerviosa cuando la mirase fijamente. ¿Por qué tenía que tener aquella mirada tan penetrante? ¿Tan inquisidora? Aquel hombre le gustaba, y mucho.

Naomi, ¡reacciona! —se dijo a sí misma—. Puede que no vuelvas a verlo, que no quiera saber nada más de ti después de esta noche. —Aquello le hizo morderse el labio y mirarse fijamente en el espejo—. Fíjate en ese rostro, en esos ojos, esos labios, su cuerpo... ¿por qué iba a fijarse en una chica como tú? Ese hombre podría estar con la mujer que quisiese.

Se miró en el espejo y se llevó la mano hacia la mejilla realizando pequeños pellizcos para darse algo de color. Fue a través del reflejo del cristal cuando observó que la puerta de entrada se abría lentamente. Se quedó contemplando, pues no aparecía nadie empujando aquella puerta.

Se giró y no pudo evitar sonreír cuando observó un niño bajo el marco de la puerta. Debía tener unos seis años y la miraba fijamente. Tenía los ojos de un azul claro y su cabello muy corto, marrón oscuro. Tenía una mirada traviesa, que aumentaba cuando te fijabas en su rostro algo pecoso.

Naomi le sonrió y miró hacia los tres aseos, los cuales estaban vacíos. Volvió la mirada hacia él.

—¿Buscas a alguien? —preguntó en tono cariñoso, dando un paso hacia él.

—¿Eres Naomi Hunt? —preguntó cerrando la puerta tras de sí.

Ella lo miró fijamente y al momento borró la sonrisa de su rostro algo extrañada. Dio un paso más hacia él.

—¿Nos conocemos?

El niño avanzó hacia ella decidido, con una sonrisa en su rostro y le mostró un papel que llevaba en su mano.

—Es para ti. —Rio.

—¿Para mí? —preguntó asombrada mientras cogía el papel que aquel niño le ofrecía.

El niño volvió a reír y acto seguido se dio medio vuelta y salió corriendo hacia la puerta. En cuando la puerta se cerró, Naomi contempló aquel papel. Estaba doblado en cuatro veces. Aquello era extraño. Muy, muy extraño.

Lo abrió y se sorprendió al ver que era una carta.

“Señorita Hunt:

Cambio de planes. Siga mis instrucciones. Mañana no nos veremos bajo el puente de Brooklyn. Haga exactamente lo que le voy a explicar o no obtendrá lo que desea. Se vestirá con unos tejanos, un jersey, un abrigo y unas botas, nada de ropa que haya usado durante esta última semana. Llevará un bolso que tampoco haya usado durante esta última semana e introducirá únicamente unas gafas de sol y el monedero. A las seis de la tarde pedirá por teléfono un taxi para que la vaya a recoger a su piso. Debe ir en ese taxi hasta la parada de metro de la cuarta avenida. Una vez allí no irá a la estación. Se meterá en el centro comercial que le queda a mano derecha. Tomará un café en el Starbucks. Irá a una tienda y comprará un gorro, una bufanda y un nuevo abrigo. Tras efectuar las compras irá a un aseo cercano y allí se pondrá la nueva ropa que ha adquirido, se recogerá el cabello y se pondrá las gafas de sol. Una vez haya hecho esto saldrá y tomará el metro en la estación hasta la calle treinta y seis. Una vez allí saldrá de la estación. Frente a la salida hay una parada de autobús. Espere allí.

No lleve nada que haya usado durante la última semana y haga exactamente lo que le he dicho. Puede que le sigan.

Memorice lo que le he dicho y destruya esta carta”.

¿Pero qué? Observó la carta de nuevo, intentando comprender algo. Sabía a lo que se refería. Sabía quién se la enviaba. Su fuente. ¿Pero cómo sabía que se encontraba allí? Miró de un lado a otro nerviosa, moviéndose compulsivamente y notando cómo su respiración se aceleraba. ¡El niño! ¡El niño podía darle respuestas!

Corrió hacia la puerta y la abrió sin contemplaciones observando de un lado a otro, nerviosa. Avanzó unos pasos hacia delante observando el amplio restaurante. Los camareros iban con sus bandejas repletas de sabrosos platos entre las mesas, las parejas cenaban tranquilamente ajenas a todo lo que le estaba ocurriendo, y al final de este amplio comedor Sean se ponía en pie y se ponía el abrigo lentamente. Mierda. ¡Sean!

Durante unos segundos se quedó paralizada observándole, sujetando aún en sus manos temblorosas aquella carta. Se giró de inmediato antes de que pudiese observarla y se encerró de nuevo en el aseo, pero esta vez se introdujo en uno de los individuales cerrando la puerta con pestillo. Se sentó, intentando calmar su respiración. ¿Pero dónde se había metido aquel mocoso? Necesitaba preguntarle quién le había entregado aquella carta. Era como si se hubiese esfumado de aquel restaurante.

Intentó calmarse de nuevo y abrió la carta contemplándola.

“Señorita Hunt:

Cambio de planes”.

¿A qué venía aquello? ¿Era posible que la estuviesen observando? Obviamente así era, si no, no le hubiese hecho llegar aquella carta. Aquella idea le asustó. La observaban. La estaban vigilando, ¿pero quién? Se detuvo durante unos segundos en leer de nuevo aquella carta, en memorizar todo lo que decía mientras su mente divagaba. Aquello podía ser más peligroso de lo que había imaginado en un principio. Ya no era solo quedar a solas con una persona que no conocía de nada y que le iba

a dar una información vital sobre uno de los mayores asesinatos que había ocurrido en la última década en la ciudad, sino que además, para conseguir aquella información, parecía que debía escapar de alguien. Durante unos segundos se planteó seriamente comentarle aquello a Sean. Seguro que podría ayudarla, y realmente parecía buena persona, pero... el recuerdo de lo que había ocurrido hacía pocos días en su consulta le hizo desechar la idea. Él no quería que investigase aquello, se lo había dejado muy claro. Si se lo decía echaría toda su carrera por alto. ¿Pero qué iba a hacer?

Contempló la carta seriamente y suspiró.

—Nadie te dijo que fuese a ser fácil —susurró mientras observaba la carta. Pero es peligroso, demasiado peligroso. Quizás Sean tuviese razón. Quizás por eso mismo le había pedido que dejase la investigación.

La duda la mantuvo varios segundos en blanco. No podía dejar escapar una oportunidad así. No tenía por qué ocurrir nada. Simplemente debía despistar a quien fuese, o quizás, su fuente simplemente quería asegurarse de que nadie la seguía, era así de fácil. Era para tranquilidad de su fuente, se dijo a sí misma intentando calmarse. Esa fuente era la primera interesada en que todo saliese a la luz, no tendría sentido que le hiciesen daño.

Leyó la carta memorizando todo lo que decía en ella y auto convencióse de que aquello era lo correcto, que aquellas muertes se merecían una respuesta, que el culpable cumpliera condena. Rompió la carta en varios trozos tal y como le había ordenado y la arrojó a una pequeña papelera.

Cuando salió del aseo se contempló de reojo en el espejo. Tenía un tono más blanquecino, como si los nervios que estaba pasando en aquel momento le hiciesen tomar a su vez un tono encienita.

Se colocó el cabello tras la oreja y respiró profundamente mientras se colocaba de nuevo el bolso en el hombro.

Salió del aseo y se sorprendió al ver que Sean le esperaba a pocos metros de allí con su chaqueta colgada del brazo. Apartó la mirada de él rápidamente, pues sabía que por mucho que se esforzase su rostro debía denotar nerviosismo.

—Comenzaba a preocuparme —comentó sonriente mientras abría la chaqueta de ella y la colocaba abierta para ayudarla a ponérsela. Naomi lo observó un segundo y medio sonrió mientras pasaba un brazo por la chaqueta—. Si llegas a tardar un poco más me hubieses encontrado en el aseo. —Acabó sonriente mientras ella ya se giraba hacia él y acababa de colocarse el cuello de la chaqueta sonriente.

—Perdona —susurró sin mirarle, abrochándose los botones de la chaqueta.

Sean ladeó su rostro y se aproximó un poco más a ella, esta vez adoptando una postura algo preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó introduciendo las manos en sus bolsillos, acercándose a ella de una forma algo intimidante.

Ella volvió a respirar profundamente, intentando armarse de valor y no explicarle todo lo que había ocurrido. Apretó sus labios y finalmente reunió el valor suficiente para hacerle frente.

—Sí.

—Estás algo pálida —dijo cogiéndole del codo—. ¿Seguro que estás bien?

Naomi lo observó sorprendida.

—Sí, sí... Debe ser la luz del restaurante. Me encuentro perfectamente —respondió sonriente. Luego miró hacia su brazo, el cual era agarrado suavemente por la mano de Sean—. De verdad —susurró.

Sean la observó unos segundos más con rostro preocupado y finalmente aceptó mientras soltaba su codo.

—¿Vamos? —preguntó Naomi caminando hacia la puerta sin siquiera esperarle.

Sean la vio alejarse unos pasos hacia delante, intentando parecer tranquila, pero sabía que no lo estaba. Podía ver claramente que sus manos temblaban ligeramente, la fama en la que le esquivaba la mirada, su tono blanquecino... algo le ocurría.

Avanzó hacia ella y la interceptó justo para abrirla la puerta y permitirle el paso. Caminaron sobre la acera notando el viento frío y finalmente se giró para observarla.

Le sacaba un poco más de una cabeza, se le veía tan frágil, tan tierna en esos momentos, sobre todo con aquella mirada algo perdida.

—No es la luz del restaurante.

—¿Qué?

—Que no es la luz del restaurante lo que te hace estar pálida.

Ella lo observó levemente y luego giró su rostro hacia el otro lado, se encogió de hombros y sonrió sin mirarle.

—Me encuentro perfectamente, aunque algo cansada. —Finalmente le miró mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo—. Caray, cómo ha refrescado.

—Sí.

Aquella mirada la mataba, era como si la inspeccionara de arriba abajo, como si estuviese intentando leer su mente para adivinar lo que le ocurría.

—Oye, si... si no es mucha molestia y no te importa... —Tragó saliva mirando de un lado a otro, sin poder quitarse aquellas palabras de la carta de su mente “puede que te estén vigilando”—, has venido en coche, ¿no? Y yo...

—Te llevaré a casa encantado —respondió ladeando su rostro hacia ella.

Se quedaron mirando fijamente unos segundos y finalmente Naomi aceptó.

—Gracias.

Naomi miró el GPS donde Sean había puesto la dirección que ella le había dicho. Se había quedado impresionada con el coche. Aquel deportivo tenía todos los lujos que se pudiese desear.

Se había mantenido callada la mayoría del trayecto, con aquella carta rondando su mente. Aquella era una oportunidad única, con aquello podía dar un giro a toda su carrera periodística y convertirse en una de las grandes, aunque presentía que entrañaba un gran riesgo. Lo que estaba claro es que su fuente sabía en todo momento dónde se encontraba. Aquello le asustaba, la vigilaban, la seguían, pero lo peor de todo era aquella advertencia. ¿Quién podía seguirle para que ella tuviese que hacer todo aquel rodeo para encontrarse con él?

Notó que tenía su boca seca, los nervios la estaban consumiendo. Jamás se había sentido tan vulnerable. Giró su rostro levemente para observar a Sean, el cual parecía respetar su silencio, pues se había mantenido callado desde que había comenzado a conducir. No sabía por qué, pero el sentirse en su compañía le hacía sentirse más segura en aquel momento.

Sean debió captar su mirada porque torció su rostro hacia ella un segundo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Ella aceptó sin pronunciar palabra y volvió a mirar el GPS, el cual marcaba la distancia que quedaba para llegar a su piso. Aquellos últimos días su vida se había vuelto emocionante, demasiado emocionante para su gusto.

—Hemos llegado —le informó Sean aparcando el coche en batería.

Ella le sonrió tímidamente y se quitó el cinturón de seguridad torpemente, pues sus manos aún le temblaban.

Sean salió del vehículo y ella hizo lo mismo pero para cuando ella comenzaba a cerrar la puerta, él ya se encontraba allí y fue quien la cerró.

Naomi se colocó correctamente el bolso en su hombro y esquivó su mirada mientras observaba el portal de su piso.

—Lo he pasado muy bien —susurró observando su bolso. Lo abrió y comenzó a buscar las llaves de su piso en su interior—. Gracias por la cena.

—No hay de qué —pronunció muy próximo a ella, demasiado próximo.

Naomi lo miró de reojo y luego sonrió tímidamente mientras cogía las llaves de su piso y volvía a colocarse el bolso en su hombro.

Se quedaron mirando durante unos segundos. Notó cómo su corazón se aceleraba. Por Dios, cada vez que lo miraba se daba más cuenta de lo realmente hermoso que era aquel hombre.

Sean apoyó su brazo en el coche inclinándose hacia un lado, ladeó su rostro y sonrió de forma atractiva.

—Quizás podamos repetirlo otra vez.

Ella lo miró como si estuviese sorprendida, aunque luego intentó disimular. ¿Realmente aquel hombre quería volver a verla?

—Claro —contestó nerviosa—. Bueno, muchas gracias por todo y buenas noches.

Pasó por su lado pero al momento se detuvo cuando notó que la mano de Sean la cogía de nuevo de su brazo. Se giró sorprendida.

—¿Quieres que te acompañe a tu piso? Estás muy pálida aún —dijo observándola.

Le costó un poco reaccionar.

—Tranquilo, estoy bien. Es cansancio. —Volvió a encogerse de hombros, pero Sean no le soltaba.

—No te marearás ni te desmayarás, ¿verdad?

Ella no pudo evitar sonreírle de forma más abierta.

—No, te aseguro que voy a ir directa a la cama.

Volvió a observarla de arriba abajo y finalmente la soltó mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

—Está bien, pero si te encuentras mal o necesitas algo, llámame.

—Claro —comentó jugando con las llaves en su mano. Lo observó por última vez antes de girarse y le susurró—. Buenas noches.

—Buenas noches —comentó dirigiéndose a la puerta del conductor.

Le costó más de lo que le había gustado abrir la puerta del portal, pues sus manos aún temblaban, aunque esta vez ya no era solo por los nervios de la carta, sino por la proximidad de Sean. Aquel hombre le intimidaba, quizás era su envergadura, quizás su forma de hablar un poco autoritaria, pero notaba que cuando estaba a su lado su vello se erizaba. Podríamos repetirlo otro día. Aquellas palabras retumbaron en su mente mientras subía al ascensor. Oh, quería volver a verla. Quizás pudiese llamarle o enviarle un mensaje mañana para agradecerle la cena de hoy, pero ¿eso no quedaría de ser muy lanzada? No, mejor esperaría a que le llamase él.

Se apoyó contra la pared del ascensor mientras este subía. Quizás perdía su oportunidad, al fin y al cabo él había tenido el detalle de regalarle aquel colgante, el detalle de sacarla a cenar... quizás le tocaba mover ficha a ella ahora pero... ¡Oh! ¡Jamás se le habían dado bien aquellas cosas!

Las puertas del ascensor se abrieron y caminó hacia su piso con las llaves en su mano.

Se colocó frente a su puerta e intentó introducir la llave en la cerradura pero la puerta se abrió de inmediato. ¿Pero qué...? Se quedó paralizada al observar cómo la puerta se abría lentamente, como si le invitase a entrar. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Dio un paso hacia atrás chocando con la pared contraria y entonces se fijó. Habían forzado su cerradura. Notó cómo su corazón comenzaba a trotar en su pecho y su respiración se entrecortaba.

La puerta se detuvo en un determinado momento sin acabar de abrirse. Las luces del piso estaban totalmente apagadas, no podía ver nada en su interior. Solo sabía que habían forzado su cerradura, aún podía haber alguien dentro. Se movió hacia el lateral, totalmente inconsciente de lo que hacía, pues el terror había nublado su mente. ¿Pero qué estaba pasando allí? ¿Habían entrado ladrones o...? La idea de lo que le había sugerido la carta de que le seguían amartilló su mente, pero lo que le hizo comenzar a correr fue pensar que aún, alguien, podía estar en su interior esperándola.

Corrió hacia las escaleras y comenzó a descender los escalones rápidamente mientras buscaba en su bolso el teléfono móvil. Estuvo a punto de tropezar varias veces pero se agarró a la barandilla lo suficientemente rápido para no resbalar y caer por las escaleras. Se llevó la mano al oído con su móvil mientras bajaba las escaleras de forma desesperada hasta que escuchó el primer tono.

—Cógelo Sean, por favor cógelo —susurró al borde del llanto al notar el miedo que iba apoderándose de ella.

Sean la observó subir al ascensor y se introdujo en su coche. ¿Qué le ocurría a Naomi? No había podido evitar tener ganas de besarla. ¿Se había vuelto loco o qué? Él no podía permitirse amar a alguien, no con ese trabajo. Todos sus compañeros habían sucumbido a ello, se habían enamorado y vivían con ellas. Pero eso no era el estilo de vida que él quería. Él vivía para su trabajo, le gustaba tal y como estaba todo, pero aquella muchacha. ¡Oh! Aquella muchacha era realmente preciosa, y sabía que bajo aquel genio se escondía una mujer apasionada y noble.

Se pasó la mano por los ojos como si estuviese cansado y automáticamente llamó a su jefe, pues sabía lo que ocurriría en breves minutos. La división había entrado en su piso para intentar hallar aquellas fotografías. Solo esperaba que lo hubiesen dejado todo más o menos en orden.

—Josh —respondió como siempre.

—Está subiendo al piso —dijo directamente, pues todos ya sabían a lo que se referían.

—¿Sigues ahí?

—Sí, me he quedado abajo, esperaré unos minutos por si ve algo raro. ¿Tú dónde estás?

Hubo un silencio, como si meditase la respuesta.

—Ya... mmm... voy a la comisaría. —Sean arqueó una ceja. ¿Su jefe titubeando?—. Respecto a lo que dices de algo raro...

—¿Qué?

—Mmmm...

En ese momento un pitido le alertó.

—Espera —comentó apartando el móvil de su oído y mirando la llamada entrante. Naomi le estaba llamando—. Josh, luego hablamos, Naomi me llama.

—Ya, pero oye... hemos tenido que... —Automáticamente colgó dejando a su jefe con la palabra en la boca.

Observó el móvil y pulsó la tecla para coger la llamada.

—Hola, Naomi —respondió con sorpresa, como si no esperase su llamada.

Al momento pudo escuchar su respiración acelerada.

—Sean, Sean —gimió—. ¡Han entrado en mi piso!

—¿Han entrado en tu piso?

—¡Sí! —gritó de nuevo—. ¿Estás por aquí?

—Sí —respondió mientras abría la puerta de su coche para bajar—. Aún no me he marchado. —Al momento la vio abrir la puerta del portal con nerviosismo y mirar de un lado a otro—. Naomi —dijo mientras bajaba el teléfono de su oído.

Naomi lo observó y automáticamente echó a correr hacia él, lo que no se esperaba es que se abalanzase abrazándolo. Se quedó petrificado durante unos segundos mientras se abrazaba a él, como si así se sintiese segura, pero luego descendió rápidamente sus manos hacia su cintura abrazándola.

—¿Qué ha pasado?

Notaba cómo temblaba entre sus brazos. Ella tardó unos segundos en responder, como si estuviese recuperando el aliento.

—La puerta... la puerta está forzada —gimió sin alejarse de él, agarrándose a sus hombros—. Creo que hay alguien en mi piso. —Acabó llorando.

—Eh, eh —pronunció colocando una mano en su cabello—. Tranquila. —Notaba que respiraba demasiado acelerada—. Shhhh... Cálmate. —Distanció su rostro un poco y colocó una mano en su mejilla haciendo que le mirase fijamente. Naomi tenía de nuevo su tez blanca y los ojos llorosos, la contempló varios segundos, incrédulo ante lo que sentía al tenerla así entre sus brazos. Sin poder evitarlo acarició su mejilla, tenía la piel suave y una lágrima resbalaba por ella. Realmente estaba sufriendo un ataque de ansiedad—. Intenta respirar tranquila —le susurró mirándola fijamente. Ella pareció hacer unos cuantos pucheros más y finalmente aceptó con su rostro—. No ha pasado nada, cálmate. —Continuó acariciándola intentando que se relajase.

Ni por asomo pensaba que pudiese afectarle aquello así, había imaginado que se asustaría, que gritaría histérica... pero para nada que correría a sus brazos clamando su protección. ¿Protección? Joder, aquella idea le hizo sentir culpable. Era su propio equipo el que había causado aquello, y ahora, ella corría a los brazos del hombre que la había mantenido distraída mientras todos sus compañeros rebuscaban en su piso.

Contempló sus ojos color ámbar y sin poder evitarlo su mirada voló hacia sus labios, aquellos labios entreabiertos luchando por respirar.

—Shhhh... —volvió a repetir mientras pasaba esta vez su mano por su cabello. La mantuvo sujeta contra él, pues le parecía que todo su cuerpo temblaba y con un ligero movimiento abrió la puerta de su coche y la ayudó a sentarse. Cogió su mano y se colocó de rodillas frente a ella. No pudo evitar llevar sus manos hasta su muñeca y contar sus pulsaciones durante unos segundos. ¡Por Dios! Le estaba dando una crisis de ansiedad en toda regla—. Eh, eh... Naomi... —le dijo colocando una mano a cada lado de su rostro y haciendo que le mirase fijamente—. Respira tranquila, cálmate, no ha pasado nada —susurró intentando que se calmase.

Las lágrimas bañaban su rostro. Observó cómo se mordía el labio y luego pasó su mano libre por su mejilla limpiándose unas cuantas lágrimas.

—Me he asustado —gimió intentando recuperar el aliento.

—Ya lo sé. Dime lo que ha ocurrido. —Colocó de nuevo una mano en su cabello y le obligó a mirarle.

Ella se quedó varios segundos observándole hasta que finalmente pareció despertar.

—He subido hasta mi piso y... —Tragó saliva y respiró profundamente. Sean colocó una mano en su hombro acariciándola, como si le animase a seguir hablando—, y cuando he ido a meter la llave la puerta se ha abierto, me he fijado en que la cerradura está forzada.

Sean la observó fijamente.

—¿Has visto algo más?

Ella negó.

—Las luces estaban apagadas. No he visto nada. Ni siquiera sé si hay alguien dentro —acabó gimiendo.

—De acuerdo. —La observó unos segundos y luego miró su mano—. ¿Son las llaves de tu piso? —Ella lo observó secándose otra lágrima y afirmó. Sean agarró su mano con delicadeza y le quitó las llaves. Se puso en pie lentamente—. Quédate dentro del coche. Voy a echar un ojo.

Naomi abrió los ojos como platos y se puso en pie de inmediato.

—No, no. —Lo cogió rápidamente del brazo—. No vayas. Llamaré a la policía. No sé si puede haber alguien dentro...

—No creo que haya nadie dentro —le contestó intentando calmarla.

—Eso no lo sabes —respondió aún sujetándolo.

La miró con ternura, obviamente tampoco esperaba que se preocupase tanto por él.

—Naomi, normalmente cuando entran en una casa atrancan la puerta desde atrás para que no se note —le explicó—. Si está abierta es porque ya no están dentro. —Caminó de nuevo pero ella volvió a retenerle.

—Por favor —gimió de nuevo—. Llamemos a la policía. —Apretó más su brazo—. No vayas, no hace falta...

Realmente estaba nerviosa. Sean la observó y esta vez se acercó a ella cogiéndole por los brazos con delicadeza.

—Confía en mí —le susurró—. No pasará nada. Miramos si han robado algo y luego te acompaño a poner una denuncia si es necesario. —Pero ella seguía mirándole confusa, asustada—. Créeme. No pasará nada. Sé cómo funciona esto —intentó calmarla.

Claro, ¿cómo no iba a saberlo? Era el forense de Brooklyn. Llevaba temas de asesinatos, homicidios, violaciones... Sabía perfectamente cómo actuaban los criminales.

—Espérame en el coche —insistió soltándose de su brazo con delicadeza.

—No. Espera. Voy... voy contigo. —Automáticamente tragó saliva.

Sean la observó de arriba abajo y aceptó con su rostro. Sabía que no había nadie en el piso, así que ella no correría riesgo y al menos, cuando viese que no había nadie en su interior quizás se calmase un poco.

—Está bien —comentó no muy convencido. Le hizo un gesto con su rostro para que le siguiera y abrió la puerta del portal de nuevo.

Fueron hasta el ascensor y subieron a él. Naomi se pasaba las manos por los brazos, como si se intentara infundir calor. Podía ver cómo su respiración se aceleraba, pues su pecho ascendía y descendía rápidamente. Esperaba que se calmase cuando se diese cuenta de que no había nadie.

El ascensor se detuvo y Sean salió primero. No tuvo que preguntarle qué piso era, pues la puerta estaba ligeramente abierta. Caminó hacia allí y echó la vista atrás un segundo observando que Naomi iba unos pasos por detrás de él, encogida de miedo y caminando casi de puntillas.

Sean llegó hasta la puerta y se colocó frente a ella. Observó cómo Naomi lo miraba medio asombrada, medio asustada, y automáticamente dio un golpe a la puerta y entró decidido en el piso, palpando en la pared.

—¿Sean? ¿Sean? —gritó ella asustada.

—Espera —dijo buscando a ciegas el interruptor para encender la luz. Lo palpó en la pared y se encendieron unos ojos de buey en el techo. Sean se giró hacia atrás directamente y se quedó paralizado con lo que observó—. Joder —susurró mirando de un lado a otro.

Cuando pillase a sus compañeros se iban a enterar. ¿De verdad era necesario aquel estropicio? Había varias figuras rotas de porcelana por el suelo, una mesa pequeña volcada, libros por el suelo, incluso una lámpara de cristal rota. Sabía que debían simular un robo pero ¿debían hacerlo tan realista?

Sean avanzó entre los cristales y la porcelana rota por el suelo, con cuidado de no pisar ninguna. Los cajones de los muebles estaban casi todos abiertos y revueltos. Desde luego... cuando los viese se iban a enterar.

Avanzó por el comedor y se giró para observar que Naomi le miraba desde debajo de la puerta, recorriendo el comedor con ojos llorosos y abrazándose a sí misma.

Le hizo un gesto con su mano indicándole que permaneciese fuera del piso mientras él recorría el resto de las habitaciones simulando que inspeccionaba el domicilio.

Anduvo por un pequeño pasillo y entró en el aseo. El cepillo de dientes y el peine estaban tirados en el suelo, los cajones y las puertas de un pequeño armario abiertos. Se agachó y colocó ambos utensilios sobre el mármol.

Fue hacia la siguiente habitación y observó que debía ser la de ella. Realmente parecía que habían estado hasta dando saltos en la cama, pues la colcha estaba totalmente arrugada. El armario se encontraba revuelto y habían dejado varias ropas tiradas por el suelo, pero algo le llamó la atención, un sujetador rojo colgaba de la mesita de noche. Sean arqueó una ceja automáticamente y se pasó la mano por los ojos. Podía apostar a que ese había sido o Ryan o Adrien. Sin poder evitarlo notó cómo una furia se iba apoderando de su interior. ¡Serían cerdos! Pero estuvo a punto de gruñir cuando observó que en la otra mesita habían dejado a la vista varias bragas de encaje. Resopló justo cuando escuchó unos pasos tras de él. Se giró rápidamente y encontró a Naomi petrificada, con sus dos manos en la boca y mirando de un lado a otro angustiada.

—Eh —comentó cogiéndola por los hombros—. Te dije que esperases fuera.

Pero ella se movió apartándose de su contacto y observó su habitación, totalmente petrificada.

—Lo han destrozado todo —gimió al borde del llanto.

Sean la observó de reojo y suspiró.

—Solo hay rotas algunas figuras en el comedor, el resto es desorden... —dijo, como si así justificase en algo a sus compañeros.

—Y una lámpara. —Acabó llorando.

Esta vez fue Sean el que se mordió el labio, intentando controlar la culpa que sentía. Intentó respirar tranquilo, manejando la situación sin dejarse llevar por los sentimientos y colocó sus manos en los bolsillos.

—Mira si te han robado algo —pronunció saliendo de la habitación—. Voy a hacer una llamada un segundo.

Acto seguido salió de su habitación dejando a una Naomi consternada con lo que había ocurrido. Mejor poner distancia entre ella y esa enorme cama o acabaría lanzándola sobre ella. ¿Cómo podía afectarlo tanto haberla tenido entre sus brazos? Moviò su rostro compulsivamente intentando despejarse.

Echó mano a su bolsillo y cogió el móvil. Malditos compañeros suyos. Buscó el teléfono de su jefe y llamó.

Se giró desde el comedor para observar cómo Naomi se movía lentamente por la habitación observándolo todo y luego desaparecía de su vista. En cuanto su jefe descolgó el teléfono comenzó a hablar, Josh no tuvo tiempo a pronunciar siquiera su nombre a modo de saludo.

—¿Estáis locos o qué? —susurró mientras salía del piso para asegurarse de que ella no lo escuchase—. ¡Se os ha ido totalmente la cabeza!

—Eh, tenía que parecer un robo de verdad. —Escuchó la voz de Josh—. ¿Qué querías que hiciésemos?

Sean se movió algo nervioso y se asomó al interior del piso un segundo para asegurarse de que ella aún se mantenía en su dormitorio.

—No teniais por qué romper cosas —le reprendió.

—¿Conoces a algún ladrón cuidadoso?

—Arggggg. —Dio unos pasos rápidos hacia fuera del piso de nuevo y se giró hacia los lados observando que no hubiese ningún vecino fisgón. Suspiró y se pasó la mano por el cabello despeinándolo—. Al menos conseguisteis las fotos, ¿no?

—Mmmmmmm...

—¿Qué significa ese *mmmm*? —preguntó sofocado.

—Las fotos y algo más.

Sean se detuvo en seco.

—¿Algo más? —preguntó sin comprender.

—¡Sean! —Escuchó la voz de Naomi que le llamaba. Se giró y la observó ir corriendo nerviosa hacia el comedor, comenzando a abrir cajones. Abrió posteriormente la nevera y luego fue hacia otro mueble corriendo—. Sean, ¿dónde...?

—Estoy aquí —respondió mirándola, luego torció su rostro de nuevo hacia el móvil—. Sí, agradecería que viniese un cerrajero lo antes posible —disimuló mientras se alejaba un poco más de la puerta.

—Ahora mismo te lo mando —respondió Josh.

—Y... ¿qué más? —continuó Sean alejándose un poco más de la puerta.

Josh sabía a lo que se refería.

—Ya... mmm... tráetela a comisaría, yo acabo de llegar. Que ponga una denuncia por un ordenador...

—¿Qué? —medio gritó, aunque luego se controló.

—Unos pendientes, un colgante...

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntaba realmente impresionado, incrédulo ante lo que escuchaba.

—Una cámara de fotos digital...

—Joder.

—Y doscientos dólares que Nicholas ha encontrado en un cajón de la mesita de noche.

—¡Joder!

—Necesitamos ver la información que contiene en el disco duro del ordenador y en la cámara digital —le explicó.

—Eso puedo comprenderlo... ¿pero lo otro? —preguntó mosqueado mientras se giraba para observar cómo Naomi se movía por el piso rebuscando.

—Agradece que haya frenado a Adrien. Si te fijas en el comedor hay una foto de ella en un marco plateado, sale muy mona. Quería llevársela.

—Será cabr...

—Bueno, ¿venís? —le cortó.

—Qué remedio —suspiró resignado.

—De acuerdo, pues pregunta por mí, os espero aquí. —Luego suspiró—. Tendrás el cerrajero allí en cinco minutos.

Acto seguido colgó. Se mantuvo unos segundos en el pasillo intentando calmarse. Sabía que lo que habían hecho sus compañeros era necesario, pero verla así le enloquecía. Se giró y la observó rebuscando por los cajones, pero lo que le llamó la atención fue ver cómo se limpiaba las lágrimas.

Guardó el móvil en su bolsillo y entró de nuevo al piso.

—He hablado con un amigo, trabaja en comisaría. —Ella seguía buscando por todos lados frenéticamente—. En cinco minutos vendrá el cerrajero y te acompañaré a poner una denuncia, así el seguro cubrirá los desperfectos.

Pero Naomi no le miraba, se limitaba a seguir llorando desconsoladamente mientras buscaba por los cajones.

—Naomi —susurró con ternura, acercándose.

—Me han robado —gimió. Sean tragó saliva y puso una mano en su hombro—. El colgante y los pendientes de mi abuela... —Lloró desconsoladamente. Se pasó la mano por la mejilla secándose las lágrimas—. Era el único recuerdo que tenía de ella —dijo cerrando el cajón y abriendo otro.

Sean suspiró y se pasó la mano por el cabello desquiciado con la situación.

—¡Mi ordenador! Se han llevado también mi ordenador y una cámara de fotos... —siguió hablando.

—Lo siento —susurró él.

Ella negó con su rostro y se agachó para abrir el último cajón y buscar en él.

—¡Joder! —acabó gritando—. Las fotos. —Se puso en pie y finalmente se giró hacia él—. Se han llevado las fotografías que te enseñé, la de los asesinatos... ¿Pero qué...? —acabó diciendo—. ¿Para qué iban a llevarse esas fotos?

Naomi giró sobre sí misma observando aquel alboroto, se pasó las manos por su rostro como si estuviese agotada y se dirigió al amplio sofá sentándose. Apoyó los codos en sus piernas y echó parte de su cuerpo hacia delante cubriéndose su rostro con las manos. Sean observó cómo comenzaba a llorar desconsolada, extrayendo todos los nervios que había sentido aquellos últimos minutos.

Fue hacia ella y se sentó al lado, pasó una mano por su cabello acariciándola y luego finalmente la acercó a él abrazándola, ofreciéndole el consuelo que necesitaba en aquel momento.

—¿Por qué han tenido que robar eso? —sollozó.

—No sé, supongo que les resultaría interesantes esas fotos.

Ella se incorporó de inmediato mientras se secaba una lágrima y lo miró confusa.

—No me refería a las fotos, de las fotos tengo copias, me da lo mismo —gimió, luego se pasó de nuevo la mano por los ojos sin poder advertir la cara de asombro de Sean.

—¿Tienes copias?

Ella volvió a mirarle confusa.

—¡Pues claro! —dijo sin prestar atención—. Lo que me duele de verdad son las joyas de mi abuela... —pronunció volviendo a recostarse sobre él.

—Ya —respondió no muy seguro mientras la acogía de nuevo en su regazo. ¿Copias? ¿Que tenía más copias? ¡La madre que la trajo!—. Bueno, puede que la policía logre recuperar esos objetos —iba diciendo mientras mantenía su mente en el asunto de las fotografías. De acuerdo, tenía copias, recordaba que el día que se había presentado en el instituto forense se lo había dicho cuando se las quitó, pero no esperaba que aquello fuese verdad. Miró de un lado a otro, ¿dónde las tenía?

—Lo dudo mucho. Son de oro y brillantes —comentó apoyando su rostro en su pecho—. Seguro que lo venden por ahí.

—Ya, y... lo que dices del ordenador, la cámara... ¿tenías algo personal ahí?

—El ordenador lo uso para el trabajo, y en la cámara... bueno... tenía fotografías mías y con una amiga y su prometido —dijo pasándose la mano por los ojos.

—¿Y las copias que dices que tienes de las fotografías? —preguntó con suavidad.

—Las tenía escaneadas en el ordenador y también las tengo guardadas en un pendrive.

—Ah —respondió inquieto.

Ella se incorporó de nuevo y lo observó fijamente.

—Sé hacer mi trabajo.

Sean arqueó una ceja hacia ella observándola, puso su espalda recta haciendo que ella se incorporase más aún, pero no retiró el brazo de sus hombros, manteniéndola muy próxima.

—Haces tu trabajo —pronunció pensativo—. ¿No me dijiste que habías abandonado la investigación?

Ella lo contempló fijamente y se apartó de su brazo. Sean la contemplaba sin darle tregua, de hecho sabía que le había mentado sobre eso, lo había escuchado de sus propios labios en la conversación telefónica. Sabía que mañana iba a verse con la fuente bajo el puente de Brooklyn. Quizás, después de todo esto confiase un poco más en él y le diese algún dato más sobre esa enigmática persona.

Naomi lo miró con ojos llorosos, pensativa, como si se debatiese durante unos segundos.

—Y así es —acabó susurrando mientras apartaba la mirada de él. ¿Así que ese era el típico gesto que hacía ella cuando mentaba? No podía mirarle a los ojos—. Pero eso no implica que no guarde esas fotografías por si las necesito en un futuro —acabó diciendo, aunque luego notó cómo se ponía más tirante y lo miró directamente, con miedo en sus ojos—. ¿Crees que el que hayan entrado en mi piso puede tener que ver con el caso?

Sean se encogió de hombros y luego suspiró.

—No lo sé. Se han llevado más cosas —acabó diciendo.

—Ya, pero... esas fotografías, ¿por qué un ladrón iba a querer esas fotografías?

Sean la contemplaba fijamente. ¿Por qué no le decía que había quedado al día siguiente con la fuente? ¿Es que acaso no se daba cuenta de que aquello era peligroso? ¿Ni siquiera, en estos momentos después de un presunto robo en su domicilio se negaba a confiar en él?

—Te dije que te alejases de todo eso, Naomi —susurró lentamente y llevó su mano hasta la de ella cogiéndosela—. Este caso es más complicado de lo que crees. —Ella lo miró fijamente, impresionada por aquel gesto y por el tono de preocupación con el que dotaba sus palabras—. Es peligroso, y no quiero que te veas involucrada en él.

—Pero involucrada... ¿en qué sentido? —preguntó intrigada, incluso algo asustada.

Sean apartó la mirada de ella y observó su piso lentamente, las figuras rotas sobre el suelo... los cristales rotos de la lámpara... y finalmente se topó con la fotografía que Josh le había dicho. Se encontraba en un marco plateado, sobre una estantería. Aparecía con un vestido rojo, tenía el cabello un poco más largo que ahora y sonreía hacia la cámara, una sonrisa realmente tierna. Estaba preciosa, no le extrañaba que Adrien hubiese querido llevarse aquella fotografía.

Suspiró y finalmente se acercó un poco más a ella. Esperaba que al menos así la muchacha entrase en razón. Sabía que mañana se encontraría con el hombre que enviaba fotografías sobre ellos y aunque le preocupaba que ella pudiese descubrir su verdadera identidad lo que más le preocupaba era su seguridad, que pudiesen hacerle daño.

—Naomi, hazme caso, por favor. —Y esta vez colocó su mano en su mejilla—. Aléjate de todo eso —susurró acariciándola.

Notó cómo su vello se ponía de punta, aquel hombre la desmontaba totalmente. La acariciaba con una ternura que jamás hubiese podido llegar a imaginar que alguien la pudiese acariciar. Parecía preocupado por su seguridad, como si intentase protegerla. Realmente le habían quitado las fotografías, algo muy extraño como decía él. ¿Era posible que lo que decía su fuente en la carta sobre que la seguían fuese cierto?

Naomi cogió su mano levemente y se mordió el labio. ¿Qué iba a hacer? Por un lado tenía a Sean, el cual parecía preocupado por su seguridad, por otro lado estaba aquella fuente que iba a entregarle una información muy valiosa. Ahora lo veía todo claro, aquella fuente le iba a entregar a los asesinos en bandeja, seguramente aquel robo hubiese sido sobre todo por las fotografías, perpetrado por aquellas personas que pretendían mantener oculta su identidad. Ella podía desenmascararlos. Solo ella podía conseguir que aquellas personas obtuviesen su castigo por lo que habían hecho.

Cogió un poco más fuerte su mano y la apartó de su mejilla.

—Tranquilo. Estoy fuera del asunto, ya te lo dije. —Y automáticamente miró hacia el comedor.

Sean observó de nuevo cómo le esquivaba la mirada y suspiró. Aquella muchacha, definitivamente, le iba a llevar por el camino de la amargura.

Pero de repente Naomi se levantó de inmediato.

—La mesita de noche —susurró, y salió corriendo hacia su cuarto.

Sean se puso en pie y la siguió a paso lento. Para cuando llegó, ella rebuscaba en su mesita de noche.

—¿Qué ocurre?

Naomi puso su espalda recta y lo miró esta vez algo enfadada.

—¡Perfecto! Encima me han robado doscientos dólares.

Naomi volvió a mirar a Josh Gallagher pulsar las teclas del ordenador. Al momento, la impresora emitió un sonido y fue imprimiendo la denuncia que había realizado. Sean se levantó un segundo, le pasó la denuncia a Josh el cual la observó un segundo y la puso frente a ella.

—Esta es la denuncia que usted ha realizado. —Le indicó con el dedo—. Léasela y si le parece bien, firmela.

Naomi la cogió y la leyó atenta.

Sean aprovechó para echar una mirada furtiva a Josh inclinando su ceja. Josh le observó un segundo e hizo el mismo gesto que él al principio, aunque luego la miró a ella, sonrió, y volvió a mirar a Sean aceptando con su rostro. Sean lo fusiló con la mirada y resopló, lo cual atrajo la mirada de reojo de Naomi.

Sean coincidió la mirada con ella y al momento se acercó mirando la denuncia.

—¿Está todo correcto?

Naomi aceptó tímidamente con su rostro.

Josh le entregó un bolígrafo.

—Firme en la primera hoja en el lateral y en la segunda al final de todo. —Ella hizo lo que le pedía, aunque Sean y Josh pudieron observar el temblor de su mano. Una vez la firmó, Josh cogió la denuncia y la puso en la fotocopidora. Hizo una fotocopia para Naomi y se la entregó—. Señorita Hunt, entréguela a su compañía de seguros de hogar y correrán con todos los gastos. —Ella aceptó mientras doblaba la denuncia y la guardaba en su bolso. Josh volvió a sentarse y miró de nuevo a Sean. —Verá, señorita Hunt, últimamente hay muchos robos. —Sean lo miró intrigado—. ¿Sería posible que enviase una patrulla de la policía científica a buscar huellas?

Ella lo miró asombrada.

—Claro, no habría problema. Al contrario, lo agradecería mucho.

Sean respiró algo fuerte. Comprendía lo que quería hacer. Le había dicho a su jefe que Naomi tenía una copia de las fotografías, estaba claro que quería investigar de nuevo el piso. Sean miró fijamente a Josh mientras sonreía diabólicamente.

—¿Podría enviarlos mañana por la tarde? —preguntó Sean.

Notó cómo Naomi lo observaba de reojo. Sean contemplaba fijamente a Josh, quizás de esta forma lograrían que Naomi no quedase con la fuente.

—Es que mañana por la tarde tengo un compromiso importante —pronunció ella algo tímida. Sean y Josh se miraron, pues Josh sabía lo que Sean intentaba hacer—.

Pero por la mañana me iría bien. La verdad es que cuanto antes lo hagan mejor, ¿no?

Josh aceptó ante la mirada negativa de Sean.

—Claro, si no le importa mandaré una patrulla a primera hora de la mañana.

Sean se echó hacia atrás negando con su rostro.

—Por la tarde, por la tarde —le decía en mímica Sean.

Josh estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Sobre qué hora? —preguntó Naomi.

—¿Sobre las diez?

Ella se quedó pensativa unos segundos, ajena a que Sean no paraba de negar con su rostro y simular las palabras “por la tarde” hacia su jefe.

—De acuerdo. ¿Tardarán mucho en hacer el proceso?

Sean parecía cada vez más enfadado. ¿Es que su jefe se había vuelto loco? Bastaba con que dijese que tenía que ser obligatoriamente por la tarde para que ella no acudiese a ver ese hombre.

—No, es un registro rápido.

Sean puso los ojos en blanco y se pasó la mano por su rostro como si estuviese agotado.

Josh se levantó y le tendió la mano hacia ella estrechándosela.

—De acuerdo. Pues mañana irá una patrulla y si tenemos noticias de algo nos pondremos en contacto con usted.

Ella se levantó y Sean hizo lo mismo de mala gana.

—Muchas gracias.

Sean parecía nervioso y molesto, y cada vez que coincidía la mirada con su jefe lo fusilaba. Maldito fuese.

—Naomi, ahora te llevo a casa. —Ella iba a interrumpirle pero él no le dejó—. ¿Puedes esperar fuera un segundo? Tengo que hablar con él.

Ella le miró de forma interrogante pero salió de la salita donde le habían tomado la denuncia y cerró la puerta tras ella. Ambos observaron cómo se sentaba en unos asientos al final del pasillo, hasta que finalmente, Sean, colocó sus manos en los bolsillos y se giró con rostro enfadado hacia su jefe.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó en un susurro indignado.

—Es la excusa perfecta para buscar las copias en su piso —explicó sentándose tranquilamente.

—Eso ya lo sé. —Se reclinó sobre la mesa de trabajo de Josh—. ¿Pero por qué no has insistido en que fuese por la tarde? Ya sabes que mañana queda con esa fuente para que le dé información sobre nosotros. Nos podríamos ahorrar muchos problemas.

—Ya, pero hay que pillar a ese tío —acabó diciendo.

Sean ladeó su rostro hacia él y luego colocó su espalda recta. Se giró hacia donde estaba Naomi sentada, con su rostro agachado y las manos entrelazadas sobre sus piernas. Se la veía tan pequeña, tan vulnerable e inocente. Notó cómo su corazón se aceleraba por lo que su jefe pretendía hacer y aquello hizo que su rostro se pusiese tenso. Se giró hacia Josh y lo miró fijamente.

—Quieres usarla —susurró.

—Solo ella nos puede llevar hasta ese hombre.

Sean volvió a recostarse sobre la mesa.

—Pero es peligroso. ¿Es que no te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta —respondió de forma acelerada—. Pero hay que hacerlo. Igualmente estaremos allí. —Luego suavizó su mirada y ladeó su rostro hacia él—. No le ocurrirá nada. Estaremos allí para protegerla.

Sean lo miró fijamente unos segundos y luego suspiró, se pasó la mano por el cabello y puso sus manos en los bolsillos.

—No me gusta tu plan —admitió enfadado, lo que hizo que Josh enarcase una ceja hacia él—. Ese tío ha estado en los mismos sitios que nosotros, ha tirado fotos, sabe quiénes somos... puede ser peligroso. Vete a saber lo que quiere, lo que puede entregarle o lo que puede hacerle.

Josh se sentó lentamente en su asiento.

—Sean, la seguiremos y cuando ese tipo aparezca lo atraparemos.

Él se movió intranquilo por la sala.

—¿Y qué pasa con ella? ¿Estará en medio de toda la operación? —preguntó nervioso.

—Sean, sean... cálmate.

—No quiero calmarme —protestó.

—Piénsalo —insistió acercándose a él—. Necesitamos cogerlo.

—¿Pero a qué precio? ¿Arriesgando la vida de Naomi?

Josh se pasó la mano por el cabello, se cruzó de brazos y se sentó sobre la mesa.

—Nadie va a poner su vida en peligro —le explicó—. No la perderemos de vista. Aparte, piensa que ese tío es el primero que está interesado en que ella escriba un artículo, en entregarle las fotografías o documentos. A ella no le hará daño.

—Eso no lo sabemos al cien por cien.

—Pero es lo más lógico. Igualmente, sabes que ella no sufrirá ningún daño. — Colocó una mano en su hombro y apretó ligeramente—. No lo permitiremos, así que no te preocupes. Pero tenemos que llegar hasta él, que salga a la luz, y solo ella puede hacerlo.

Sean suspiró y aceptó preocupado.

—¿Y cómo lo haremos?

—Esperaremos a que se reúnan e intervendremos.

Sean resopló y no pudo evitar observarla. Suspiró y aceptó finalmente.

—De acuerdo.

—Tranquilo. Realmente sabes que no le ocurrirá nada.

Sean negó con su rostro y se alejó un poco de él.

—Realmente no lo sé, Josh. —Puso sus manos en los bolsillos y caminó hacia la puerta—. Voy a acompañarla a su piso. Después nos vemos.

Josh aceptó y lo vio dirigirse hacia ella, con rostro serio. Contempló cómo se colocaba frente a Naomi y pronunciaba alguna palabra, automáticamente Naomi afirmaba con su rostro y se levantó a su lado.

Sabía lo que le estaba ocurriendo a Sean y no le parecía extraño. Era una chica preciosa, pero ella era la clave para poder atrapar a aquellos que les seguían.

Sean volvió a echar la llave en el piso de Naomi, le había ayudado a recoger todo el estropicio que habían montado sus compañeros y había barrido el comedor para quitar los cristales rotos.

—La cerradura está perfecta —comentó pasándole la llave. Naomi la cogió y la dejó sobre una pequeña mesita.

—Muchas gracias por todo. —Se encogió de hombros y sonrió tiernamente hacia él—. La verdad es que no sé qué hubiese hecho si no fuese por ti. —Seanladeó su rostro hacia ella—. Has sido muy valiente entrando al piso. —Automáticamente desvió la mirada hacia un lado, observando cómo había quedado su piso después de aquella intrusión—. Yo no me hubiese atrevido.

—No ha sido nada. —Se acercó un poco más a ella, lo cierto es que desde que la había tenido entre sus brazos lo único que le apetecía era aquello, acariciarla, abrazarla...—. ¿Quieres que me quede un rato?

Ella lo miró pensativa, como si evaluara aquella opción. Aquellas últimas horas habían sido horribles, si no hubiese sido por él se hubiese desmoronado. El niño que había entrado en el aseo del restaurante dándole una carta, ser consciente de que la seguían, que la vigilaban, el robo en su piso... Si Sean no hubiese estado allí no sabía qué hubiese hecho.

—No te preocupes. Ya es tarde y mañana trabajo.

—Son solo las doce. —Luego inclinó una ceja hacia él—. ¿Mañana irás a trabajar? Es sábado. Y además has quedado en que vendría la policía científica.

—Sí, sí, lo sé... he pensado que podría darle las llaves a mi vecina. No quiero faltar mañana al trabajo. Hacemos guardia cada uno, una vez al mes, por si se tiene que cubrir algo. Mañana me toca a mí. —Sean la observó y finalmente aceptó—. Mañana llamaré a primera hora a comisaría para hablar con el señor Gallager y decirle que...

—No te preocupes, ya se lo digo yo. Es amigo mío.

—Ah, ya me parecía a mí. —Acabó sonriendo, a lo que Sean arqueó más su ceja hacia ella como si no la comprendiese—. Las miradas entre vosotros, la forma de hablaros...

—Ya. —Acabó sonriendo—. Lo conozco hace varios años. Es un buen amigo. —Miró el piso y se puso las manos en la cintura—. No te preocupes, además tengo que hablar con él por un tema de trabajo a primera hora, así que se lo diré. —Volvio a mirarla y esta vezladeó su rostro hacia ella con una mirada tierna—. ¿Estás segura de que no quieres que me quede un rato? —Ella aceptó con algo de rubor en sus mejillas—. ¿Seguro?

—Sí, tranquilo. —Sonrió ella.

—¿Estarás bien?

Naomi rio finalmente apartando la mirada de él.

—Sí, no pasa nada, de verdad.

Sean la observó de nuevo mientras sonreía también y finalmente aceptó con su rostro.

—De acuerdo. Tienes mi número, cualquier cosa que necesites o si te asustas, avísame.

—Claro.

Se acercó y la besó en la frente sin previo aviso. Naomi se quedó estática ante aquel gesto, incluso Sean se quedó consternado por lo que había hecho involuntariamente. Naomi notó cómo el corazón se le aceleraba. Aquella proximidad, aquel ligero contacto con sus labios. ¡Oh! Los tenía suaves y calientes.

Sean separó su rostro de su frente sin saber cómo reaccionar. Era un idiota, había sido un tonto... pero lo cierto es que le había salido de forma espontánea. Debía ser consciente de lo que hacía.

La miró fijamente a los ojos. Ella lo contemplaba también sin saber cómo reaccionar.

Finalmente, Sean hizo un gesto algo acelerado y colocó sus manos en los bolsillos ante la atenta y confundida mirada de Naomi.

—Buenas noches —acabó diciendo. Por Dios, tenía todos los músculos de su cuerpo tensos. ¿Cómo podía afectarle tanto?

—Buenas noches —respondió ella con un hilo de voz.

Otra mirada confundida entre ambos y finalmente abrió la puerta.

—Echa la llave —dijo ya desde fuera. Observó cómo su rostro aparecía entre el marco de la puerta algo sonrosado y nervioso. Aceptó y lo contempló por última vez antes de cerrar.

Sean esperó a que diese las correspondientes dos vueltas a la llave y entonces comenzó a dirigirse al ascensor.

Se detuvo antes de entrar en el ascensor, observando aquella puerta. Podría volver, podría quedarse con ella, abrazarla, acariciarla.

Hacia tanto tiempo que no compartía algo así con una mujer que casi lo había olvidado. Aquella ternura con la que se había agarrado a él clamando su protección, la forma en la que había apoyado su rostro contra su hombro llorando... aquello había calado en lo más hondo de su ser.

Hasta ese momento la consideraba una mujer hermosa, pero no había notado aquel sentimiento hasta esa noche. Un sentimiento de protección hacia ella, un sentimiento que iba creciendo en su interior aunque se negase a admitirlo. Comenzaba a enamorarse de ella y no sabía si alegrarse o pegar un grito.

Suspiró y bajó hasta la calle.

Condujo tranquilo por las calles de Brooklyn, rumbo a su vivienda mientras las imágenes de aquella noche pasaban por su mente. La forma en la que le había sonreído en el restaurante, la forma en que corría hacia él abrazándole cuando estaba asustada... y ahora, ahora que comenzaba a sentir algo por ella, mañana quedaría con el hombre que quería destruirlos. Sabía que corría un gran peligro, que ella no era consciente de la batalla que se estaba librando cada día en el mundo contra vampiros y hombres lobos, pero esto no era lo que importaba en ese momento. Lo importante era que alguien intentaba sacar todo aquello a la luz, alguien que sabía que ellos se encontraban allí, ¿pero quién? ¿Quién estaba detrás de todo aquello?

Aparcó el deportivo al lado del resto y tomó el ascensor hasta la primera planta, donde nada más abrirse las puertas del ascensor el olor a café le llegó.

Todos se encontraban al final del comedor, en la enorme mesa rectangular.

—Mirad quién ha llegado —pronunció Adrien sonriente—. ¿Cómo ha ido con el bomboncito?

Sean se colocó frente a la mesa y se quitó el abrigo arrojándolo hacia el sofá. Tras fusilar a Adrien con la mirada, el cual no parecía nada intimidado miró hacia el resto.

—¿Os parece normal la que habéis liado en su piso? —preguntó hacia ellos.

—Vamos Sean, sabes que teníamos que hacerlo así... —comentó Nathan.

—No lo hemos disfrutado, si te refieres a eso —continuó Ryan.

—¿Ah, no? —le interrumpió Sean arqueando una ceja hacia él—. ¿Sabes, Evelyn?, a tu querido novio le encanta la ropa interior roja. —Sonrió con malicia hacia la

muchacha.

Evelyn lo miró de reojo y luego sonrió hacia Sean.

—Eso ya lo sé.

Sean puso los ojos en blanco y comenzó a caminar nervioso por el comedor. Josh lo observaba desde la otra punta de la mesa.

—Sean, vamos, cálmate... ya lo hemos hablado antes.

—No, no —le cortó rápidamente—. No me parece nada bien lo que se ha hecho. — Miró directamente hacia su jefe—. ¿Dónde está el ordenador? ¿Y la cámara de fotos?

—Nicholas y yo los estamos investigando —le informó Brad—. Están arriba.

—¿Y los colgantes y los pendientes? —preguntó nervioso.

—En esa caja de ahí. —Señaló Josh—. Junto a los doscientos dólares.

Sean fue hacia la pequeña caja y la abrió. Efectivamente, los pendientes y el colgante estaban allí. Los cogió y los observó. Los pendientes eran pequeños, dos pequeños brillantes ensartados en oro, con forma de rombo. El colgante era igual que los pendientes, colgado de una cadena también de oro.

—Eran de su abuela, es el único recuerdo que le queda —dijo, depositándolos de nuevo en la caja.

Josh se puso en pie.

—Se los devolveremos, no te preocupes.

Sean cerró la caja de nuevo y se giró hacia ellos. Todos le miraban atentos.

—Respecto a lo de mañana...

Josh le interrumpió de nuevo.

—Ryan, Nicholas y Adrien irán a su piso por la mañana. Buscarán el pendrive. Ya lo hemos hablado.

Sean miró hacia sus compañeros.

—También se lo vais a quitar.

—No —comentó Ryan—. Simplemente borraremos la información.

Sean se pasó la mano por el cabello y se lo removió nervioso.

—Me ha dicho que mañana estará trabajando. Le dejará las llaves a la vecina para que podáis entrar al piso.

—Perfecto.

—Pero con lo de mañana no me refería a eso —acabó diciendo mirando a su jefe de nuevo. Sean se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas—. No me gusta la idea de dejarla que se reúna con ese loco, no sabemos quién es, ni sus intenciones reales.

—Sean —volvió a repetir Josh armándose de paciencia—. Estaremos ahí, la mantendremos vigilada desde por la mañana.

—¿Por qué no vamos directamente bajo el puente de Brooklyn? Podríamos coger a ese tío antes de que quedase con ella.

—Puede que envíe a un mensajero o algo... no podemos exponernos —explicó Jason—. Hay que asegurarse de que es él.

—Ya, y para eso ponemos en peligro la vida de una inocente, ¿no? —continuó Sean cogiendo la tetera con café. Samantha le acercó un vaso y la tetera con leche, Sean le respondió con una medio sonrisa—. No creo que sea necesario que corra ese riesgo.

—¿Qué ha quedado de no quiero ser la niñera de nadie? ¿Esa mujer me pone de los nervios? —Comenzó a reír Nicholas.

Sean lo fusiló con la mirada.

—No me toques los huevos, Nick. No tiene puñetera gracia —acabó diciendo ante la atenta y sorprendida mirada de todos—. Estamos hablando de que vamos a dejar que Naomi se reúna de solas con un lunático, no sabemos si puede ir armado, lo que puede hacer... recordad que ha fotografiado cadáveres. ¡Ese tío está loco!

—No va a estar sola —le recordó Adrien—. Nosotros estaremos allí, y la verdad, somos mucho más rápidos y fuertes que cualquier humano. La chica estará bien protegida, aunque ella no lo sepa.

—Por eso no te preocupes —le comentó Brad—. Montaremos guardia desde temprano.

—He pensado que nos podemos dividir en dos grupos —intervino Josh—. Uno esperará bajo el puente de Brooklyn, vigilando la zona, y otro la seguirá por si cambia de ubicación.

Sean se mantenía callado mientras escuchaba hablar a sus compañeros.

—La tendremos vigilada en todo momento —insistió Nathan a su amigo.

—Además, podemos incluir en el GPS del vehículo el del colgante de ella —dijo Adrien—. Así sabremos dónde está en cada momento.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Josh sorprendido.

—Claro, solo tengo que localizar la señal de su IP e introducirla en el GPS de los vehículos, es sencillo.

—Hazlo a primera hora —indicó Josh, y luego miró hacia Sean, el cual permanecía callado—. Oye Sean, de verdad, no tienes que preocuparte por ella.

—Claro, Sean —comentó Nathan colocando una mano en su hombro de nuevo—. No permitiremos que le ocurra nada a tu periodista favorita. —Luego le guiñó el ojo.

Sean los miró uno a uno y luego sonrió diabólicamente. Dio un sorbo a su taza de café y miró de nuevo a todos ellos, los cuales lo miraban sonrientes.

—Más os vale, porque os aseguro que este plan no me gusta nada y como le ocurra algo a Naomi pienso pegaros tal paliza que desearéis no haberme conocido — pronunció con toda la calma del mundo y luego sonrió hacia todos ellos cruzándose de brazos.

—Caray, sí te ha dado fuerte con la muchacha, ¿no? —bromeó Ryan de nuevo.

—La verdad es que Naomi está muy bien... —continuó Adrien, luego miró hacia Sean—. Tú tranquilo tío, que aquí está Adrien para poner a salvo a tu novia.

Sean casi se atraganta cuando escucha eso.

—No es mi novia.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces está libre? —preguntó riendo. Al momento todos se giraron para observar a Sean, intrigados con la respuesta. El silencio se hizo presente en el comedor, esperando las palabras de Sean.

Sean resopló y se pasó la mano por el cabello.

—Tampoco he dicho que esté libre...

—¡Bum! —gritó Ryan colocando los brazos abiertos—. ¡Y estalló de nuevo el amor!

—Eh, eh —comentó Sean—. Yo no estoy diciendo que... No... —Miraba a sus compañeros los cuales reían y aplaudían como si hubiese explicado una buena historia—. Yo no... —En realidad nadie parecía prestarle atención. ¿Para qué iba a molestarse en rebatir aquello? Iban a seguir con sus tonterías durante toda la noche.

¿Pero acaso no era cierto? ¿Acaso no se estaba enamorando de aquella muchacha? Maldita fuese—. No me hace ninguna gracia.

—A nosotros, sí —comentó Brad.

Sean volvió a suspirar y cogió de nuevo su café.

—Ya lo veo —pronunció seriamente mientras depositaba su taza sobre el pequeño plato. Miró a su jefe, el cual sonreía también—. Quiero ir en el vehículo que la siga.

—Claro, Sean —pronunció aún sonriente.

Ryan volvió a mirar en los cajones del escritorio que tenía en el dormitorio de Naomi. Sacó lo poco que había y rebuscó en su interior. Nada, ahí no había ningún pendrive.

Se giró y miró hacia el armario de nuevo. Había revisado prenda por prenda y no lograba encontrarlo.

Salió del dormitorio y fue hacia el aseo. Abrió el primer cajón y removió entre los cepillos y un espejo de mano. ¿Pero dónde había metido el dichoso pendrive aquella muchacha?

Nicholas apareció bajo el marco de la puerta del aseo, apoyándose en él.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—Nada. —Se puso en pie y cerró el cajón—. Aquí no hay nada de nada. —Se cruzó de brazos y miró a su compañero—. Supongo que tú tampoco has tenido suerte, ¿verdad?

Nicholas negó con su rostro.

Llevaban más de una hora rebuscando por el piso. Habían revisado el comedor de forma exhaustiva, la habitación de Naomi, y Adrien revisaba a conciencia una vez más la cocina.

Ryan suspiró y salió del aseo seguido de su compañero. Adrien se encontraba agachado rebuscando en el último cajón de la cocina. Se levantó y lo cerró con el pie dando un golpe un tanto fuerte. Aquello era desquiciante.

Se giró hacia sus dos compañeros y se cruzó de brazos.

—Creo que esta chica nos ha tomado el pelo a todos —protestó.

Ryan observó todo a su alrededor, lo habían revisado absolutamente todo. Incluso habían echado el sofá a un lado. Suspiró y cogió su móvil buscando en la agenda el móvil de su jefe, una vez lo encontró pulsó el botón y lo llevó a su oído.

—Josh —respondió su jefe.

—Aquí no hay ningún pendrive —comentó molesto.

—¿No lo habéis encontrado?

—¿Tú qué crees si te digo que “aquí no hay ningún pendrive”?

Escuchó el suspiro de su jefe.

Adrien se acercó y se apoyó contra el mármol de la cocina.

—Puede que lo lleve ella encima.

Ryan lo miró y se quedó pensativo.

—Puede ser. Sería lo más lógico. Aquí no hay nada jefe —volvió a decir. Se pasó la mano por los ojos y se giró para observar el comedor—. ¿Está Sean ahí?

—Sí, aquí al lado. ¿Quieres hablar con él? —Automáticamente, puso el manos libres y escuchó más sonidos que antes—. Oye Sean, tu novia nos está tomando el pelo a todos. ¿Seguro que te dijo que tenía una copia?

Sean miró el móvil como si hablase con Ryan y puso los ojos en blanco.

—Pues claro que me lo dijo.

—¿Y no puede que te estuviese tomando el pelo?

Sean se quedó pensativo unos segundos.

—No. Sabía muy bien lo que decía.

—Pues una de dos, o es mentira o lo lleva encima, porque ya te digo que aquí no hay nada.

Sean se removió incómodo en el taburete de la cocina.

—Puede que lo lleve encima.

Escuchó el bufido de Ryan.

—Está bien —continuó Josh—. Nosotros iremos en breve para allí. Quedaos y haced guardia en la puerta de su piso hasta que llegue.

—¡Chicos! —Escucharon el grito de Ryan—. Nos vamos. Adrien devuelve las llaves a la vecina. —Escucharon unos cuantos pasos—. ¿Tardareis mucho?

—Una hora aproximadamente.

Ryan miró su reloj, eran prácticamente las doce del mediodía.

—Traed algo de comida. Me comería ahora mismo un caballo. ¡Ummm! Espera, ¡a ver que tiene en la nevera esta muchacha!

—Ryan —advirtió Sean—. Salid ya del piso, vamos.

Ryan no contestó durante unos segundos.

—Una chica muy sana... Y algo aburrida. Mucha verdura, queso, filetes de pavo...

—¡Eh!

—Lo más divertido que tiene es una Coca-Cola, y encima es light.

Escucharon cómo cerraba la nevera.

—Esperadnos frente al piso. Cuando salgamos hacia allí te llamo.

—Perfecto. —Acto seguido colgó.

Josh guardó el móvil en su bolsillo y miró a Sean, el cual agarraba en cada mano un arma. Las observó y acto seguido las introdujo en la mochila. Llevaban casi un mes sin usar las armas, demasiada tranquilidad, por lo que Josh había ordenado revisar y llenar de nuevo los compartimentos secretos de los todoterrenos donde las guardaban cuando salían de caza.

—¿Has cogido dagas? —preguntó Josh mientras pasaba al lado de ellas.

—Sí, ya las he metido —dijo poniéndose de nuevo en pie. Fue hacia la siguiente estantería y cogió unas cuantas linternas solares, se las mostró a Josh y este aceptó.

—Y bien, dime... ¿Qué hay exactamente entre tú y esa periodista?

—Naomi —le recordó.

—Sí, la misma. —Sonrió mientras se acercaba a él e introducía unos cuantos pasamontañas en otra mochila.

Sean lo miró de reojo y fue hasta la sección de las balas de plata.

—No hay nada, jefe. —Se encogió de hombros—. Simplemente me cae bien.

—¿Solo eso?

Sean agarró unos cuantos cargadores repletos de balas y se giró hacia él. Se agachó para meterlos en la mochila mientras lo observaba de reojo y se puso en pie de nuevo, caminando hacia la estantería para agarrar unos cuantos cargadores más.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó encogiéndose de hombros—. No la conozco tanto.

—Ayer no lo parecía.

—Bueno, escucha... —comentó cogiendo un par de cargadores más con cada mano—, la chica dijéramos que cumple con los requisitos que debe tener una chica para que me guste... es guapa...

—Sí, lo es. Y parece una chica tierna —le comentó—. Al menos me lo pareció ayer cuando le tomaba declaración.

Sean sonrió mientras introducía los cargadores en la mochila y se cruzó de brazos.

—Tiene mucho carácter —admitió riendo, aunque luego borró su sonrisa y lo miró directamente—, pero sí, es buena chica.

—¿Esa es tu forma de decir que te gusta?

—Vamos jefe... —comenzó a reír de nuevo.

—No, si yo me alegro. Todos tenemos pareja, así que... la verdad, me alegro mucho por ti.

—Pero si no es mi pareja —pronunció extendiendo los brazos hacia él.

—Ayer no lo parecía, en comisaría —le recordó.

—Estaba asustada.

—Ya. —Luegoladeó su rostro hacia él—. Claro.

Josh y Sean desviaron la mirada hacia fuera del almacén de donde se escuchaban unos pasos.

Christopher se asomó al almacén.

—Ya hemos acabado.

—¿Y bien? —preguntó Josh girándose hacia otra estantería y cogiendo más armas.

—En la cámara de fotos no hay nada de interés. En el ordenador tiene unos cuantos artículos de trabajo. —Miró a Sean—. Por cierto, la muchacha escribe muy bien.

—Apuntó colocando su dedo pulgar en señal de ok—. Pero nada que sea de nuestro interés. Lo único es que tiene las fotografías escaneadas, las mismas que le quitamos ayer.

—De acuerdo —dijo Josh. Se agachó y cerró la primera maleta. Sean hizo lo mismo y después se la puso al hombro—. Bien, pues vamos a comer algo rápido y nos marchamos. —Salieron del almacén y Sean tecleó la combinación secreta en un panel haciendo que la pared se corriese quedando totalmente oculto. Para el resto de personas que pudiesen ver ese cuarto, era un simple gimnasio, con todos los lujos, claro—. Chris, dile a todos que se pongan los trajes y a Sarah que si no le importa meta algo de comida en tupper. Ryan está que muerde.

—Y todos sabemos lo que pasa si Ryan tiene hambre —comentó Sean mientras salían del gimnasio dirección al ascensor—. Que se pone insoponible.

Naomi se observó de nuevo en el espejo. Había hecho exactamente lo que le decían en esa carta. Había mirado la ropa colgada de su armario y se había puesto unos tejanos negros y un jersey azul claro, algo fino. Le había sorprendido bastante la petición de que se pusiera ropa que no había usado la última semana, pero había decidido hacer lo que decía, ya que iba a hacerlo, lo haría bien. Llevaba el cabello suelto. Se había maquillado un poco, lo suficiente para cubrir las ojeras que habían surgido bajo sus ojos color ámbar. No había podido casi dormir durante la noche. Los nervios la habían mantenido despierta.

Salió del aseo y fue hacia el comedor donde había dejado su bolso. Había incluido en su interior el monedero y unas gafas de sol y tras meditarlo bastante había decidido introducir un spray anti violadores. Sabía que eso no lo ponía en la carta, así que decidió ponerlo en un bolsillo interior. Estaba de acuerdo con lo de la ropa, pero tampoco pondría en peligro su seguridad, bastante le había costado no introducir el móvil en su interior tal y como le había pedido.

Miró el reloj y vio que marcaba las seis menos cinco minutos. Sin poder evitarlo pasó su mano temblorosa por su frente. ¿Se había vuelto loca? Iba a encontrarse con el hombre que le había enviado aquellas fotografías, fotografías sobre cadáveres, asesinatos... y nadie... absolutamente nadie excepto Carla sabía lo que iba a hacer, y ya ni siquiera Carla sabía dónde había quedado, de hecho, para ser sincera consigo misma ni ella misma lo sabía. Las instrucciones la llevaban hasta una estación de autobuses, y allí debería esperar nuevas instrucciones. ¿De verdad todo aquello era necesario?

Pasó la mano por su cuello y notó el colgante. Sin poder evitarlo lo agarró. Era bonito. La imagen de Sean recorrió sus pensamientos. Tampoco podía quitárselo de la cabeza. Quizás debería decirle al menos dónde iba a encontrarse, sin decirle con quién había quedado, quizás así estaría más segura, aunque bien sabía que ese hombre no tenía un pelo de tonto. No, aquello debía hacerlo sola, sin comprometer a nadie más.

Soltó el pequeño elefante y lo introdujo bajo el jersey ocultándolo. Cogió el bolso y sin darle más vueltas a la cabeza sobre lo que iba a hacer, salió de su piso echando la llave y se encaminó hacia el ascensor. Era mejor así, prefería no darle tantas vueltas a aquello o acabaría arrepintiéndose y echándose hacia atrás. Sabía que era temerario, pero ¿acaso no era temerario ser corresponsal de guerra? Y gracias a esas personas el mundo sabía lo que ocurría. Quizás gracias a ella podrían encarcelar de por vida a aquellos asesinos y hacer que los familiares de aquellas víctimas tuviesen algo de paz en sus vidas.

Salió del piso mientras una corriente de aire frío hizo que su cabello se echase hacia atrás. Miró de un lado a otro observando que la calle estaba bastante repleta de gente. Miró su reloj y vio que apenas quedaba un minuto para que marcasen las seis. Justo elevó su rostro para ver que un taxi giraba la esquina y se detenía justo ante ella. Al menos el taxi era puntual.

Respiró profundamente y se introdujo en su interior cerrando la puerta de forma delicada.

—¿A dónde señorita?

—A la parada de metro de la cuarta avenida.

Josh y Sean se habían unido al todoterreno de Ryan, Adrien y Nicholas. El jefe había decidido que el resto del equipo fuese hacia el puente de Brooklyn y cogiese una buena posición, que vigilase a todo el que se moviese por la zona e incluso que tirasen fotografías a los posibles sospechosos. Estaba claro que no le iban a dejar escapar.

Josh bajó el volumen de la radio al escuchar que Adrien tarareaba la canción que sonaba: “*One more time de Britney Spears*”.

—Eres un capullo —dijo subiendo de nuevo el volumen de la radio al darse cuenta de lo que hacía.

Sean se había sentado en la parte de atrás junto a Ryan y Nicholas.

Ryan estiró la espalda y los brazos hacia arriba.

—Esto de las guardias es una mierda —dijo—. Deberíamos instalar alguna televisión portátil, o poner un Dvd, como a los niños, ¿sabéis?

—Entonces perdería la gracia —contestó Josh.

Ryan se removió incómodo en el asiento.

—Me aburrroooooo.

Sean sonrió, desde luego su compañero siempre estaba haciéndoles sonreír.

—Tengo una idea, juguemos a algo —continuó—. Veo, veo... —pronunció Ryan.

—¿Qué ves? —continuó Adrien, el cual estaba al volante y tampoco se quedaba atrás en seguirle el ritmo a Ryan.

—Una cosita.

—¿Y qué cosita es?

Ryan sonreía.

—Empieza por la letra... B.

Todos comenzaron a mirar de un lado a otro.

—Bicicleta —comentó Nicholas.

—No.

—Botella —apuntó Josh.

—No.

—Buenorra. —Río Adrien.

—¿Dónde? —preguntó Ryan acercándose al asiento del conductor desde atrás. Adrien le indicó con un movimiento de cabeza hacia donde se encontraba—. Uf, tienes un gusto pésimo para las mujeres —comentó sentándose de nuevo.

Sean observó la calle y miró hacia las personas que paseaban por la acera. Desde luego, quien se imaginase a una división de cazavampiros letales jugando al veo veo no se lo creería.

—Bolsa —dijo Sean.

—Tampoco.

—¿Te lo estás inventando o qué? —preguntó Adrien girándose hacia detrás.

—¿Os rendís? —preguntó con una sonrisa.

—¿Balcón? —insistió Nicholas de nuevo.

—Sí. —Dio una palmada Ryan—. No era tan difícil, ¿verdad?

Todos se movieron algo incómodos en el coche. Ryan dio un golpe en la espalda de Nicholas como si lo felicitará.

—Te toca. —Señaló.

Nicholas se encogió de hombros.

—Veo, veo...

—Eh, eh —interrumpió Josh, desde el asiento del copiloto—. ¿No es esa Naomi?

Sean se arrojó a la ventana y observó. Se había detenido frente al portal, con un abrigo azul marino, mirando de un lado a otro.

—Sí, es ella.

—Menudo bombón. —Escuchó que susurraba Adrien, lo cual consiguió una colleja de Sean que estaba sentado en la parte trasera del vehículo—. ¡Eh! —le reprendió sonriente—. Era un comentario sin maldad.

—Pues guárdalos para ti —susurró desde detrás sin perder de vista a la muchacha.

En un determinado momento un taxi aparcó ante ella y se subió al mismo.

—¿Coge un taxi? —preguntó Ryan desde atrás.

—Síguela —dijo Josh hacia Adrien que estaba al volante.

Encendió el todoterreno y comprobó que el GPS marcaba con un punto blanco la ubicación del colgante.

—Al menos sabemos que lleva el colgante puesto. —Señaló hacia el GPS.

—Aprovecha entonces para distanciarte un poco —dijo Sean—. En las fotografías salían estos todoterrenos.

—No los identificaré —comentó Nicholas.

—Mejor no exponernos —le dio la razón Josh—. Deja unos cuantos vehículos de por medio.

Se incorporó a la carretera y se colocó en el mismo carril que el taxi que Naomi había tomado, dejando unos cuantos coches entre medias.

Josh cogió su móvil y llamó a Brad. En cuanto contestó puso el manos libres para poder hablar con todos.

—Dime, jefe —contestó la voz animada de Brad al otro lado de la línea.

—Naomi ha salido del edificio. Ha cogido un taxi.

—¿Dónde estáis?

—Aún estamos en su calle. No sabemos hacia dónde se dirige. ¿Vosotros estáis allí ya?

—Sí, hemos dejado los vehículos aparcados a unas cuantas manzanas del puente de Brooklyn. Estamos sobre unas fábricas. Desde aquí no podrá vernos nadie.

Josh indicó con un movimiento de mano que el taxi había girado hacia la derecha.

—Le sigo —comentó Adrien.

—¿Hay mucho movimiento por la zona? —preguntó alzando un poco más la voz.

—La verdad es que bastante. Muchas parejas paseando y algunos haciendo deporte.

—Está bien, os llamamos en cuanto veamos el rumbo que toma.

—De acuerdo.

Colgó y guardó de nuevo su móvil en el bolsillo.

Sean se movió hacia la ventana, siguiendo el taxi que llevaba a Naomi. Desde que la había visto salir por la puerta se le había acelerado el corazón. Tenía la esperanza que la experiencia de ayer la hubiese echado atrás, pero desde luego aquella muchacha era una temeraria, más de lo que hubiese imaginado.

En esos momentos lo único que le apetecía era conducir él, acelerar, echar el taxi a un lado, agarrar a Naomi y echarla sobre sus rodillas. Desde luego necesitaba una buena reprimenda por ponerse en peligro de esa forma, pero por otro lado, deseaba abrazarla, protegerla. Aquellos sentimientos contradictorios le estaban enloqueciendo. Le iría mucho mejor la primera opción para descargar nervios.

Al menos llevaba el colgante que le había dado, de esa forma no se le escaparía.

Giraron de nuevo hacia la derecha y se incorporaron en otra calle.

—Esta calle no se dirige al puente de Brooklyn —informó Adrien—. Va en dirección contraria.

—Habían quedado a las once de la noche —recordó Josh.

—Son las seis y cuarto —indicó Sean desde atrás—. Quizá vaya a hacer recados y después se dirija hacia allí.

Se mantuvieron unos segundos en silencio hasta que Josh se giró hacia Sean, el cual mantenía su rostro pegado a la ventana trasera observando el taxi.

—¿Tienes su número de teléfono?

Sean lo observó y arqueó una ceja hacia él.

—¿Quieres que la llame?

—Dile que quieres quedar.

—¿Ahora? —preguntó nervioso.

—Ahora —ordenó girándose hacia delante.

—Joder —susurró mientras sacaba su móvil del bolsillo nervioso y buscaba en la agenda. Ryan se acercó a él observando la pantalla. Sean se giró para observar que ponía morritos como si fuera a besar a alguien. No dudó en plantar su mano en su cara y echar hacia atrás—. Serás idiota.

Llevó el móvil hacia su oído y esperó a que diese el primer tono. Todos se mantenían en silencio en el vehículo. El móvil dio su primer tono. Sean aprovechó para mirar de nuevo a través de la ventana y controlar dónde se encontraba el taxi. Segundo tono. Estaba unos cuatro coches por delante. Tercer tono. ¿Qué hacía que no lo cogía? Cuarto tono.

—No lo coge —susurró hacia el resto.

Josh se giró de nuevo para observarle.

Quinto tono.

Esperó varios tonos más y finalmente colgó.

—Creo que no lo lleva encima —apuntó apretando el móvil en su puño a punto de hacerlo pedazos.

—¿Y qué hace que no lo lleva? —preguntó Adrien sin comprender.

Sean se removió nervioso en su asiento mientras su respiración se hacía algo más frenética.

—Esto no me da buena espina —susurró—. ¿Pero esta mujer está loca o qué? —acabó gritando de los nervios.

—Quizás lo lleva sin sonido —dijo Nicholas.

—¿Sin sonido? ¿Una periodista? Lo dudo —respondió Adrien.

Sean apretó sus labios intentando controlar los nervios. ¿No llevaba el móvil? Aquello no le gustaba. Había oído la grabación en la que aquella misteriosa fuente les hablaba, les decía que sabía que estaban escuchando, y ahora, justo cuando ella salía de su piso no llevaba el móvil, no había forma de localizar ninguna llamada suya.

—Esto no me da buena espina —dijo hacia sus compañeros.

—Vuelve a intentarlo —insistió Josh desde delante.

Sean volvió a coger el móvil y marcó el número ante la atenta mirada de Nicholas y Ryan. Esperó casi un minuto.

—Nada. No lo coge —dijo pasándose la mano por la frente angustiado.

Ryan se incorporó un poco más mirando a su jefe.

—¿Crees que puede haber quedado con él ahora?

—No ha habido ninguna llamada más —comentó.

Sean se incorporó en el asiento. Lo cierto es que en esos momentos su rostro denotaba una furia capaz de asustar a cualquiera de ellos.

—La llamada no es la única forma por la que puede comunicarse una persona —comentó con voz grave—. Me parece muy extraño que no lleve el móvil, demasiado.

—Quizás lo ha dejado cargando y luego vuelve al piso —sugirió Adrien y aquello pareció calmar un poco los nervios de Sean, el cual suspiró y volvió a echar su espalda sobre el asiento.

—No lo sé, pero no pierdas de vista ese taxi.

Prácticamente media hora después aparcaron el todoterreno tras unos vehículos. El taxi se había detenido en la otra acera.

—¿Va de compras? —preguntó Adrien mientras la observaba bajar del taxi.

Josh se giró hacia detrás.

—Nicholas, Ryan. Seguidla. Vamos —dijo con urgencia mientras observaban que se introducía en el centro comercial.

Ryan y Nicholas bajaron automáticamente del vehículo y cruzaron la calle. Nada más llegar a la otra acera, tuvieron que esquivar a unas cuantas personas para no tropezar con ellas. Había mucha gente entrando y saliendo de aquellos grandes almacenes. Ryan miró a Nicholas, el cual caminaba a poco más de un metro de él sorteando también a la gente y caminando de forma rápida hacia la entrada.

Nada más cruzar la puerta se quedaron paralizados. Estaba a rebosar de gente. El centro comercial tenía varias plantas de altura, todas ellas repletas de tiendas de ropa y restaurantes. Era un bonito lugar para pasar el día, pero estaba demasiado lleno. Se notaba que era sábado, pues parecía que todo Nueva York se había puesto de acuerdo en ir a aquel lugar.

Ryan se giró hacia Nicholas el cual buscaba también compulsivamente a Naomi, girando de un lado a otro su cuello. Se giró finalmente hacia su compañero y se encogió de hombros negando con su rostro.

Ryan comenzó a caminar a su lado mientras cogía el móvil y lo llevaba a su oído. Mientras, esquivaba a todas las personas que caminaban en su dirección.

—Dime. —Reconoció la voz de Josh al otro lado de la línea.

—La hemos perdido. Hay mucha gente.

Escuchó el bufido que debía ser de Sean.

—Espera, espera —dijo Adrien apretando unos botones del GPS. Automáticamente, en la pantalla se dibujó la estructura del centro comercial. Pulsó otros botones introduciendo las coordenadas del GPS de Naomi y un punto blanco apareció en aquella estructura—. Se encuentra en la segunda planta —informó—. Está quieta. Es el tercer local por la derecha.

—¿Qué derecha? —preguntó Ryan enfurecido. Se le notaba que había comenzado a andar rápidamente, pues se le notaba la voz acelerada.

—A tu derecha —contestó en tono burlón—. Derecha e izquierda. ¿No viste barrio sésamo de pequeño?

—Ja, ja. Muy gracioso —contestó en el mismo tono. Se giró hacia Nicholas el cual le seguía justo detrás y le indicó con un movimiento de mano que le siguiera hacia las escaleras mecánicas. A la vez que iba subiendo hacia la segunda planta observaba lo repleto que se encontraba. Todos con bolsas corriendo de un lado a otro, con sus hijos pequeños o tomando algo. Nada más llegar a la segunda planta giró a mano derecha. La primera tienda era de ropa moderna, con varios maniqués de mujeres jóvenes en el escaparate con faldas cortas y tops ajustados. El segundo local era de juguetes, en su interior habían muchas familias con sus hijos pequeños corriendo por dentro, incluso parecía tener un espacio habilitado para que los niños jugaran con los juguetes que vendían en esa tienda. El tercer local era un Starbucks, con una cola enorme de gente esperando a ser atendidos. Se quedó quieto a unos cuantos metros de donde comenzaba la cola—. ¿Sigue en el mismo local? —preguntó mirando todas las personas de la cola.

—Sí, sigue ahí —respondió Adrien a través del teléfono.

Al momento, Nicholas golpeó su hombro y le señaló con un movimiento de rostro hacia delante.

Naomi salía del local con un pequeño vaso de plástico humeante y se dirigía a unas pequeñas mesas que el mismo local había habilitado para que sus clientes tomaran la consumición. Ambos se giraron por inercia, como si pudiesen ser reconocidos. Ryan comenzó a caminar en dirección contraria, seguido de Nicholas, el cual no dejaba de mirar hacia detrás que la muchacha no se moviese de allí.

Rodearon unas cuantas columnas y se colocaron al otro lado, apoyándose sobre una baranda. Desde allí podían vigilarla perfectamente. La tenían en línea recta y podían observar todo el que se acercase, también podían ver las escaleras mecánicas por las que habían subido y toda la planta inferior.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Josh.

—Sí, sí. Ya la tenemos.

—¿Qué hace? —Reconoció la voz de Sean.

Ryan sonrió y miró a Nicholas el cual se apoyaba en la barandilla también, controlando toda aquella zona.

—¿Que qué hace? —Rio Ryan mientras elevaba una ceja hacia Nicholas—. A tu novia le gusta mucho el café —se burló mientras veía cómo Nicholas reía también por su comentario—. Se ha sentado tranquilamente a tomar uno.

—¿Se ha sentado sola? —preguntó su jefe.

—Sí.

—De acuerdo. Vigíladla, que no se os vuelva a perder y si veis que alguien se acerca a ella...

—¿Actuamos? —preguntó con ansias.

—No. Avisadnos.

Nada más decir eso cortó la comunicación. Ryan suspiró y guardó su móvil en el bolsillo mientras se apoyaba correctamente en la barandilla. Parecía que Naomi tomaba tranquilamente su café, pero se dio cuenta de que cada varios segundos recorría intranquila las mesas de los que se sentaban a su lado, el largo pasillo, incluso la cola que se había formado en el local para pedir la consumición.

Nicholas se arrimó un poco más a Ryan.

—¿Te has fijado? No deja de mirar a los lados.

—Sí —susurró Ryan sin quitarle el ojo de encima—. Está nerviosa.

Josh se incorporó de nuevo en su asiento observando la estructura que reflejaba el GPS del vehículo.

—Muy bien hecho, Adrien —le felicitó.

—Gracias jefe. Me licencié en telecomunicaciones. —Acabó sonriendo. No hay ordenador que se me resista.

Josh sonrió y afirmó con su rostro.

—¿Cuándo te licenciaste?

—Hace un par de años.

Adrien sonreía haciendo que sus ojos azules brillasen.

Se quedaron en silencio unos segundos los tres y finalmente Josh se giró hacia detrás para observar a Sean. Tenía la mirada fija en el centro comercial, la mandíbula tensa como si estuviese nervioso y las manos metidas en sus pantalones.

—Adrien, haz el favor, apaga la calefacción, con los trajes de trabajo debajo de esta ropa me estoy asando —pronunció sin apartar la vista de Sean—. Sean —dijo con voz tranquila. Sean se giró y lo miró fijamente. Sí, estaba realmente nervioso—. Cálmate.

No dijo nada y volvió a mirar hacia el centro comercial con la mandíbula apretada.

—Estoy calmado.

—No. No lo estás. —Josh detectó el movimiento incómodo de él colocándose correctamente en el asiento.

—¿Y cómo quieres que esté? —preguntó con voz grave sin apartar la mirada de la ventana.

—La estamos siguiendo. La protegeremos si hace falta.

Adrien se mantenía callado, observando a los dos y de vez en cuando torciendo su rostro hacia el GPS para tenerlo controlado.

Sean resopló y luego negó con su rostro.

—¿Cómo te sentirías si fuese Sarah la que estuviese allí? —acabó preguntando en voz baja pero con voz grave.

Adrien torció su rostro hacia Josh, al cual no pareció sorprenderle aquella pregunta.

—Yo ya estuve en tu lugar —acabó diciendo—. ¿Recuerdas?

Finalmente Sean miró a Josh, iba a decir algo cuando Adrien les interrumpió.

—Se mueve. Se está moviendo —informó mirando el GPS.

Josh se sentó correctamente en el asiento y Sean se acercó hacia ellos. El punto blanco caminaba despacio por la segunda planta del centro comercial. Josh cogió su móvil y volvió a pulsar el número de Ryan.

—Se está moviendo —dijo directamente al notar que Ryan había descolgado.

—La estamos siguiendo, jefe —respondió mientras observaba la espalda de Naomi, unas cuantas personas por delante de ellos.

—¿Va sola? —preguntó Sean algo nervioso.

Josh puso el manos libres en aquel momento.

—Sí, sola —respondió Ryan mientras esquivaba unas cuantas personas que caminaban hacia él—. Acaba de dejar su abrigo en una consigna. —Luego miró preocupado a Nicholas el cual tenía la vista clavada en la espalda de Naomi.

Sean se movió nervioso y miró a sus compañeros, los cuales se habían quedados confundidos por aquello.

—¿En una consigna?

—Sí. Al lado del Starbucks hay una pequeña consigna con taquillas. Ha dejado el abrigo ahí. —Nicholas y Ryan se detuvieron en seco al verla entrar en una tienda—. Se acaba de meter en una tienda.

Adrien miró a sus dos compañeros.

—¿Para qué deja el abrigo ahí? —preguntó confundido.

Ryan se colocó junto a Nicholas apoyado de nuevo contra la barandilla, sin perder de vista la tienda en la que Naomi había entrado.

—No lo sé. —Luego miró a su compañero preocupado—. Pero mientras tomaba el café parecía nerviosa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sean.

—No dejaba de mirar hacia los lados.

Sean se pasó la mano por la frente angustiado y se echó hacia atrás observando el GPS del vehículo, donde aparecía ese punto blanco que representaba a Naomi.

¿Pero qué estás haciendo Naomi? ¿Nerviosa mientras tomabas el café? ¿Dejas el abrigo en una consigna?

Una idea apareció en su mente y se incorporó de nuevo apoyándose en los asientos delanteros donde estaban sus dos compañeros.

—Creo que ha quedado con él ya —dijo nervioso.

Josh le miró preocupado.

—¿Qué?

—Ryan dice que está nerviosa, que tiene una actitud vigilante, luego guarda su abrigo en una consigna...

—Ryan —medio gritó Josh—. Mira a ver si hay alguien con ella en la tienda.

Ryan miró hacia Nicholas y le hizo un gesto con su rostro para que le siguiese, sorteando a todas aquellas personas que caminaban o charlaban animadamente junto a las puertas de las tiendas.

Justo iba a llegar cuando la vio salir de la tienda. Ryan se giró hacia Nicholas deteniéndole con la mano.

—Jefe, acaba de salir. Parece que se ha comprado algo, lleva una bolsa en la mano.

Adrien miró a Josh y Sean y luego señaló hacia el GPS del vehículo.

—¡La chica se ha ido de compras! —pronunció sonriendo a la vez que sorprendido.

Pero Sean lo fusilaba con la mirada.

Ryan y Nicholas comenzaron a seguirla de nuevo.

—Se ha puesto en marcha de nuevo.

—Lo vemos —comentó Josh observando el GPS.

Nicholas y Ryan la seguían a una distancia prudencial. Pudieron observar cómo Naomi miraba de un lado a otro, aquel gesto no le hacía ninguna gracia. ¿Por qué no dejaba de vigilar a ambos lados? Recordaba que había quedado con su fuente a las once de la noche. ¿Por qué se mostraba tan vigilante?

—Esto no me da buena espina —acabó susurrando hacia el teléfono mientras observaba de nuevo a Naomi torcer su rostro hacia un lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sean nervioso—. ¿Qué hace?

Ryan y Nicholas se detuvieron al momento.

—Ha entrado al aseo.

Adrien sonrió de nuevo.

—Eso es el café —bromeó. Automáticamente recibió la mirada de desaprobación de sus dos compañeros—. Vale, ya me callo.

—Está en actitud demasiado vigilante. ¿Normalmente se comporta así? —preguntó Ryan.

Josh y Nicholas miraron directamente a Sean, pues sabía que esa pregunta iba dirigida a él.

—Vigilante no, a la defensiva, sí —acabó diciendo de mal humor.

Ryan y Nicholas se pusieron al lado de los ascensores, desde ahí podían controlar la puerta del aseo. Entraron dos mujeres más y salió otra.

—A la defensiva, sí —repitió Ryan sonriente mientras se acercaba a Nicholas el cual mantenía la mirada clavada en la puerta de aseo para mujeres—. ¿A qué te refieres?

Sean puso su espalda recta cuando sus dos compañeros de coche le miraron de nuevo esperando una respuesta.

—Pues yo qué sé... —comentó extendiendo los brazos hacia ellos—. Es periodista... siempre está haciendo preguntas. —Luego puso cara de asombro—. ¡Estamos en un seguimiento por el amor de Dios!

Escuchó la risa de Ryan a través del manos libres de Josh.

—Me encanta cuando tú te pones también a la defensiva. —Sean inclinó una ceja mirando el móvil desde donde llegaba la voz de Ryan—. La verdad es que la chica es muy mona. Que conste que adoro y estoy profundamente enamorado de Evelyn pero tu chica es muy guapa. Tienes buen gusto.

Sean dejó caer su cabeza en su mano, desesperado, y negó con su rostro ante la mirada divertida de sus dos compañeros, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Te felicito —acabó diciendo Ryan entre risas.

Sean resopló y miró de reojo a su jefe el cual sonreía.

—Haz el favor de concentrarte y vigilar el aseo —acabó diciendo de mal humor Sean.

—¡Eh! Este aseo solo tiene una puerta de entrada y salida. Relájate. Estamos custodiándola. No dejan de entrar mujeres. —Observó cómo entraban un par más y salían otras tantas—. No se nos escapa, tranquilo.

—Se mueve —volvió a decir Adrien—. Ha salido del aseo.

—¿La sigues? —preguntó Josh.

—¿Qué? —preguntó Ryan algo nervioso.

—Se mueve. Va hacia las escaleras mecánicas.

—¿Qué? ¡Joder, si no ha salido del aseo!

—¡Ryan! —gritó Sean—. ¿Dónde está?

—Te juro que no ha salido. ¡Nicholas! —Escucharon que decía Ryan llamándolo.

Ryan comenzó a caminar a paso acelerado seguido por Nicholas dirección hacia las escaleras mecánicas.

—¿Dónde está? —preguntó mirando por encima de las cabezas del resto de gente que iba en dirección contraria.

—Bajando por las escaleras mecánicas —indicó Adrien.

Ryan miró hacia Nicholas.

—Las escaleras. —Señaló hacia ellas. Bajó el teléfono y empezó a correr junto a Nicholas dirección a las escaleras, pero se detuvo un segundo para observar desde allí arriba. Las escaleras mecánicas estaban repletas de gente, y Naomi no parecía encontrarse allí. Llevó su mano hasta su oído de nuevo.

—No la veo. No está en las escaleras —pronunció nervioso.

—¡Está llegando a la primera planta! —le gritó Adrien.

—Joder. —Escucharon que decía Ryan mientras comenzaba a correr de nuevo.

Ambos llegaron hasta las escaleras mecánicas y comenzaron a avanzar entre la gente, apartando de malos modos a algunas personas que se encontraban en su camino.

—No la veo —admitió Ryan.

—Está saliendo del centro comercial —indicó Adrien.

En ese momento Sean se acercó a la ventana observando a toda la gente que salía al exterior. Ninguna de ellas iba vestida con un abrigo azul marino.

—Nicholas, afuera —indicó Ryan mientras comenzaban a correr de nuevo.

—¿Pero a qué está jugando esta muchacha? —preguntó Adrien mientras observaba el GPS y hacia la puerta del centro.

Sean miró compulsivamente, realmente nervioso, todas las personas que salían del centro comercial, vigilando cada una de ellas y entonces lo comprendió, comprendió que no debía buscar a una muchacha con abrigo azul marino.

—Está jugando al despiste —susurró—. Está intentando despistarnos —pronunció alzando la voz mientras se acercaba a los asientos delanteros—. Ha dejado su abrigo en la consigna. No busquéis un abrigo azul. ¿Dónde está? —preguntó acercándose a Adrien.

—Cruzando la calle, pasará por delante de nosotros —indicó Adrien mirando de un lado a otro.

En ese momento observaron cómo Nicholas y Ryan salían al exterior del centro comercial y miraban de un lado a otro nerviosos, pero Sean no los observaba. Miraba a cada una de las personas que se encontraba cruzando la calle en aquel momento. Una chica rubia de pelo corto con un abrigo rojo, una mujer demasiado mayor, una mujer con un abrigo azul marino pero que era demasiado baja para ser Naomi.

—No la vemos —gritó Ryan.

Sean observó cómo se movían frenéticamente observando las puertas del centro comercial y los alrededores.

—Está cruzando —les indicó Adrien—. Dirección a nuestro coche.

Sean seguía observando nervioso todas las personas que cruzaban dirección a donde se encontraban aparcados. El corazón le latía demasiado rápido.

En ese momento observó una muchacha joven, llevaba un abrigo algo fino, color crema, llevaba una bufanda color gris y un gorro en la cabeza. Se acercó a la parte delantera del coche y la observó fijamente. Podría reconocer su silueta en cualquier parte del mundo.

—La chica del abrigo color crema —gritó hacia el móvil de su jefe—. Lleva una bufanda gris y un gorro. Se dirige a la estación de metro —comentó de forma acelerada al verla que llegaba a la acera y giraba a mano derecha para comenzar a bajar los escalones hacia la estación—. ¡Ryan! ¡A la estación! ¡Ya! —gritó.

—¡La madre que la parió! —comentó Josh mientras se ponía el cinturón de seguridad—. ¡Seguidla! ¡No la perdáis! —gritó cuando Ryan y Nicholas comenzaron a cruzar la calle—. Vamos, vamos... —Observaron cómo Ryan y Nicholas corrían por la calle ante la atenta mirada de algunas personas las cuales se sorprendían—. ¡A la estación! Ha ido para abajo.

Nicholas y Ryan llegaron a la otra acera y acto seguido giraron hacia la derecha bajando los escalones dirección al metro.

Josh miró nervioso a Adrien.

—¿Podrás seguir su señal en el metro?

—Espero que sí —comentó Adrien colocándose el cinturón de seguridad arrancando el todoterreno, preparado para moverse si fuese necesario.

Ryan y Nicholas bajaron de forma acelerada los escalones de la estación de metro, apartándose del camino de las personas que subían las escaleras y debiendo esquivar a otras que bajaban tranquilamente.

Justo llegaron abajo cuando vieron que la muchacha del abrigo color crema tomaba las escaleras de la derecha. Ryan llevó su móvil a su oído mientras comenzaba a correr observando la barrera donde debía introducir el *ticket*.

—Va hacia el metro con dirección calle treinta y seis —informó.

Llegó hasta la barrera y la saltó al igual que Nicholas. Varias personas se echaron a un lado y protestaron por la brusquedad de su comportamiento, pero no tuvieron tiempo a disculparse pues en ese momento llegó hasta ellos el sonido del pitido del metro anunciando que este iba a iniciar su marcha.

—Mierda —dijo quitándose el teléfono del oído y corriendo con más fuerzas.

Comenzaron a bajar los escalones de forma acelerada, cuando llegaron a mitad de las escaleras apareció ante ellos la estación. Observó justo cómo la muchacha del abrigo color crema entraba en el tercer vagón. En ese momento las puertas del metro comenzaron a cerrarse.

—No, no —gimió mientras bajaba de forma acelerada las escaleras.

Llegaron al primer vagón del metro justo cuando la puerta se cerraba. Nicholas comenzó a apretar el botón verde de forma compulsiva para que las puertas se abriesen.

—Vamos, vamos... —gritó pulsando con todas sus fuerzas el botón.

—Joder —gritó Ryan dando un golpe a la puerta.

Y en aquel momento la puerta cedió. Las puertas se abrieron facilitando su acceso al primer vagón del metro ante la atenta mirada de algunas personas que habían observado desde aquel vagón cómo bajaban acelerados las escaleras y posteriormente cómo aporreaban la puerta de aquel vagón.

Entraron en su interior y se agarraron a la barra superior mientras suspiraban. Las puertas volvieron a cerrarse y en pocos segundos el metro comenzó su marcha a través del túnel con su característico vaivén.

Ryan se llevó el móvil hasta su oído, aún algo nervioso.

—Lo hemos conseguido. Por los pelos —comentó mirando a Nicholas el cual tenía cara de fastidio.

—¿La tenéis? —la voz de su jefe era igual de nerviosa.

—No, vamos a su vagón ahora —susurró mientras comenzaba a moverse por el vagón observando a las personas que se mantenían sentadas leyendo o dormidas en los asientos—. ¿Este metro va hacia el puente de Brooklyn? —Se giró para observar que Nicholas le seguía. Llegó hasta la puerta y abrió consiguiendo pasar al segundo vagón. Nicholas cerró la puerta y comenzaron a cruzar también dicho vagón.

—No, va en dirección contraria —comentó Adrien.

—Estamos siguiendo el tren —explicó Josh mientras Adrien conducía de forma temeraria por las calles.

Ryan y Nicholas llegaron al final del segundo vagón y abrieron la puerta para entrar al tercero.

—Vas a tener que correr mucho —susurró Ryan.

—Tranquilo, yo controlo —contestó Adrien mientras hacía derrapar las ruedas al tomar el desvío hacia la derecha, haciendo que Josh tuviese que agarrarse a la puerta y Sean saliese disparado hacia un lado.

Nicholas cerró la puerta del vagón y se colocó al lado de Ryan observándolo todo. Miraron a cada una de las personas que iban sentadas en aquel vagón hasta que la reconoció.

Naomi permanecía sentada casi al final, de cara a ellos, quitándose la bufanda y mirando por la ventana.

—La tengo —susurró sentándose en los primeros asientos.

—Menos mal —escuchó la voz de su jefe.

Sean logró ponerse finalmente el cinturón de seguridad, pues con la conducción temeraria de Adrien no lo había logrado hasta ese momento.

—Tu novia es muy escurridiza —volvió a bromear Ryan.

Sean rugió y no pudo evitar echarse hacia delante.

—Ryan, deja de decir tonterías y haz bien tu trabajo —le gritó.

—¡Vaya carácter! —Miró hacia Nicholas el cual se había sentado a su lado y puso los ojos en blanco haciendo que Nicholas sonriese.

—Haz tu trabajo, ¡por los pelos se te escapa!... maldito seas...

—Sean —le recriminó Josh arrastrando las letras de su nombre desde delante mientras se sujetaba a la puerta para no golpearse. Desde luego Adrien conducía como un piloto de rallyes.

—¡Si te hubieses fijado más no se te habría escapado! —seguía echándole la bronca Sean.

—Oye, tu amiguita parece que sabe que podemos seguirla, ¿qué culpa tengo yo de que haya decidido cambiarse de ropa? Yo no conozco tan bien su cuerpo como tú para reconocerla si...

—Serás capullo....

—¿Qué?

—¡Capullo!

—No te oigo Sean. —Rio Ryan.

—Maldito...

—Sean —gritó de nuevo Josh desde delante intentando que se calmase.

—Hay interferencias... os pierdo...

—¡No digas chorradas! —volvió a gritar Sean—. Sabes de sobra que estos móviles no pierden cobertura en un túnel.

—No... te... oigo... —Fingió una interferencia haciendo que Nicholas comenzase a reír ante su ocurrencia.

—Avisanos en la estación que se baje —dijo Sean rápidamente.

—Claro.

—¡Pero vigila que no vuelva a despistarte! —insistió.

—Cla... ro... —Fingió de nuevo. Automáticamente colgó.

Sean se quedó mirando el móvil de su jefe mientras contemplaba el punto blanco en el GPS moverse por los túneles.

—Será idiota —susurró antes de volver a caer bruscamente a un lado cuando Adrien giraba hacia la izquierda.

Ryan y Nicholas dejaron que Naomi se distanciase un poco mientras subía los escalones de la estación de metro hacia la calle. Habían estado más de media hora en aquel metro. La chica no dejaba de mirar por la ventana y de vez en cuando miraba hacia los lados, cualquier persona que se movía por el vagón era objeto de su mirada algo temerosa.

—Sí, en la estación de la calle treinta y seis —repitió Ryan mientras observaba a Naomi salir a la calle. Golpeó la espalda de Nicholas y subieron a paso acelerado las escaleras para no perderla de vista.

—Estamos llegando. Cinco minutos —informó Adrien antes de colgar el teléfono.

Nicholas y Ryan llegaron a la calle donde un viento frío casi les echó hacia atrás. Era noche cerrada, y había poca luz en aquella zona, pues solo se habían encendido unas pocas farolas de la calle. Miraron de un lado a otro, buscándola.

—Eh, ahí está —indicó Nicholas haciendo que Ryan se girase hacia atrás.

Naomi había cruzado la calle y se había sentado en una estación de autobús.

—Joder, ¿y ahora va a coger el autobús? —preguntó distanciándose de la estación de metro—. Esta niña se mueve más que los precios.

Cruzaron la calle y se quedaron a una distancia prudencial de la estación de autobús. Ryan miró de un lado a otro esperando a que sus amigos apareciesen con el todoterreno o les llamasen diciendo dónde debían encontrarse, pero lejos de todo esto ambos dieron un paso hacia delante, aproximándose a ella, cuando observaron cómo un coche color negro se detenía enfrente de Naomi.

—¿Pero qué...?

La puerta se abrió y Naomi se levantó de su asiento hablando con alguien que había bajado la ventanilla de la parte de atrás. Ella pareció dudar unos segundos antes de entrar en el vehículo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nicholas nervioso—. ¿Paramos el coche?

Ryan no contestó, se limitó a extraer de nuevo el móvil de su bolsillo.

—Fíjate en la matrícula —le dijo rápidamente cuando aquel coche arrancó.

Se removió incómodo hasta que su jefe contestó.

—Ya llegamos.

—Joder, ¿se ha largado!

—¿Qué? —gritó Sean.

—Un coche se ha detenido delante de la parada del autobús y se ha subido. —Se giró y observó cómo aquel vehículo giraba la siguiente calle a la izquierda—. ¿Te aparece en el GPS?

—Sí —respondió Adrien.

—Estamos en la parada del autobús, frente a la salida de la estación de metro.

—Os vemos —contestó Josh—. Subid rápidos. Os recogemos. —Acto seguido colgó.

Ryan y Nicholas se giraron para observar cómo el todoterreno frenaba derrapando. Sean abrió la puerta trasera y se echó a un lado para permitir que Nicholas y Ryan entrasen. Adrien ni siquiera esperó a que Ryan pudiese cerrar la puerta, sino que aceleró de nuevo y Ryan tuvo que cerrar la puerta en movimiento.

Nicholas se acercó a los asientos delanteros.

—El coche ha girado esta calle a la izquierda —le indicó a Adrien.

—La tengo en el GPS. Se encuentra a unos quinientos metros por delante.

Sean se incorporó para mirar por encima de Nicholas a Ryan.

—¿Habéis visto el que iba en el coche?

—No. Ha bajado la ventanilla, ha conversado un poco con ella y luego se ha subido directamente.

Sean se movió incómodo y luego rugió.

—Seguro que es él. —Se echó hacia delante y colocó la mano en el hombro de Josh—. Creo que no van a quedar bajo el puente de Brooklyn, llama a Brad y dales nuestra posición.

Josh aceptó y cogió su móvil llevándose el oído. Sean se echó hacia atrás intentando ponerse el cinturón sin perder el contacto visual con el GPS, donde aparecía aquel punto blanco. Menos mal que le había entregado el colgante, si no les hubiese despistado de verdad. ¿Qué hubiese sido de ella? Casi logra despistarlos. Estuvo a punto de golpear el asiento delantero con su puño pero se contuvo. Aquella chica estaba corriendo un riesgo innecesario, y entonces, en ese momento, se dio cuenta de lo mucho que le importaba. Lo único que quería era mantenerla a salvo, costase lo que costase.

—Sí, cambio de planes. —Escuchó que decía Josh hacia el teléfono—. Te paso las coordenadas de nuestro vehículo, venid cagando leches. La chica ha estado a punto de despistarnos. —Se quedó callado unos segundos—. Sí, creemos que está reunida ya con la fuente. —Otra vez silencio—. ¿A qué distancia? De acuerdo. —Automáticamente colgó—. Están a unos veinte minutos. Ya vienen hacia aquí —comentó pulsando unos botones para enviarles la señal de su ubicación a su GPS. Josh se giró hacia atrás y observó a sus compañeros mientras Adrien adelantaba a demasiada velocidad algunos vehículos—. Adrien, baja un poco la velocidad —comentó sin mirarlo, clavando su mirada en la de Sean—. ¿Qué hacemos?

Sean lo miró fijamente.

—¿Y me lo preguntas a mí? —respondió incrédulo—. Por mí, Adrien puede cortar el paso a ese vehículo, así podré sacarla a rastras y darle su merecido por no tener cabeza.

Josh ladeó su rostro hacia él y luego sonrió.

—Esa idea no me vale.

—Lo suponía.

Ryan se incorporó.

—Voto por seguirles a una distancia prudencial.

Sean le miró.

—Puede que en este momento le esté dando fotografías sobre nosotros.

—O puede que aún simplemente esté intentando despistarnos —comentó Ryan.

—Chicos —interrumpió Adrien la conversación—, está tomando el desvío para la montaña.

Sean se colocó correctamente en su asiento.

—¿A cuánta distancia están?

—Unos trescientos metros —contestó Adrien.

—Quédate a esta distancia, no te acerques —pronunció mientras Adrien tomaba el desvío a la derecha.

Sean miró por la ventana cómo salía de la carretera central y se introducían en una carretera secundaria, sin nada de iluminación. Al final comenzaba a intuirse el bosque.

Se giró y observó a través de la ventana trasera del todoterreno. Nadie les seguía, por esa carretera no pasaba prácticamente nadie.

—Se acaba la carretera —explicó Adrien señalando unos metros más adelante.

Todos se incorporaron para mirar. El asfalto se acababa y comenzaba un camino de tierra con bastantes baches.

—Esto no me gusta —susurró Sean—. Adrien, ¿crees que puedes conducir sin luces?

—Sí, pero tendría que ir más despacio. —Automáticamente las apagó. En ese momento fueron conscientes de la oscuridad que había, solo la poca luz que llegaba de

la autopista que acababan de abandonar.

—Sean —continuó Josh—. Saca las armas y unos cuantos pasamontañas.

Sean se quitó el cinturón de seguridad y saltó hacia atrás, al maletero, abriendo la trampilla y comenzando a extraer las armas.

Comenzó a pasar pistolas y balas hacia delante, y Ryan y Nicholas se encargaron de pasárselas a Josh y Adrien, el cual iba al volante.

—¿Dagas también? —preguntó mientras hundía un poco más su brazo en la trampilla.

—Nunca están de más.

Extrajo unas cuantas dagas más para cada uno y las fue pasando hacia delante, pero algo le extrañó, Adrien fue frenando hasta que detuvo el vehículo.

—¿Qué ocurre? —preguntó nervioso.

—Se han detenido —explicó—. Están a unos trescientos metros. Girando un par de curvas.

Josh observó el GPS y señaló un punto.

—Este desvío de aquí —le indicó Josh a Adrien en el GPS.

—Está unos metros por delante.

—Ve por ahí. —Luego giró su rostro hacia detrás—. Los pasamontañas, vamos.

Sean introdujo su brazo en la obertura y buscó a ciegas los pasamontañas que habían guardado. Los pasó hacia delante y cerró la trampilla mientras iba dando botes en el maletero. Aquel camino no estaba nada cuidado y además estaba un poco más empinado de la cuenta.

Sean pasó de nuevo hacia delante y Nicholas le dio las armas que le correspondían a él. Colocó el cargador en cada una y comenzó a quitarse la camisa blanca igual que sus compañeros, dejando su uniforme de trabajo al descubierto. Se movió un poco elevándose y enfundó sus dos armas en el cinturón, posteriormente Nicholas le pasó las dagas, las cuales fue colocando una a una. Finalmente le dio el pasamontañas que colocó sobre su pierna.

Sean aprovechó para mirar por la ventana. Estaban ascendiendo una pequeña colina, hasta que en un determinado momento el camino volvió a hacerse llano.

Estaban un poco elevados y justo frente a ellos había un pequeño terraplén.

—Detente ahí —indicó Josh. Luego miró por su ventana—. Ahí están —dijo, señalando.

Sean pudo observarlo en cuanto se acercaron al pequeño terraplén. Debía haber unos cinco o seis metros de altura. La verdad es que se habían ubicado perfectamente. Miró hacia el cielo y dio gracias de que al menos no estuviese nublado y la luna reflejase una buena luz.

Adrien detuvo el coche y al momento el silencio se hizo.

Josh cogió de nuevo el móvil mientras rebuscaba en la guantera e iba pasando unos prismáticos a cada uno de ellos.

—Brad, ¿dónde estáis? —Se calló de nuevo mientras le pasaba otros prismáticos a Sean—. De acuerdo. Pues apagad las luces en cuanto lleguéis al desvío. —Se llevó los prismáticos a los ojos y observó—. De acuerdo. Hasta ahora. —Guardó de nuevo el móvil en su bolsillo y cogió los prismáticos con las dos manos—. Ya están llegando.

Sean observó a través de las lentes. Un coche estaba detenido a poco más de veinte metros de ellos, cerca de lo que parecía ser una fábrica abandonada, algo en ruinas. Tragó saliva y observó hacia el coche justo cuando una puerta se abría. Pudo identificar la silueta de Naomi.

—Naomi —susurró haciendo que Josh le observase durante unos segundos.

Josh cogió el walkie y lo encendió dejándolo sobre el salpicadero.

—Ya os vemos. —Escucharon la voz de Brad.

Josh cogió de inmediato el walkie.

—Dejad el vehículo ahí y venid caminando hasta aquí. No hagáis ningún ruido. Y... coged las armas y los pasamontañas —acabó diciendo.

—Hecho.

Sean observó un segundo a su jefe antes de volver a mirar por la ventana. Podía distinguirla sin necesidad de usar los prismáticos, pero así podía verla mucho más cerca.

Observó cómo un hombre salía de la parte trasera del vehículo, igual que había hecho Naomi y cerraba su puerta.

Intercambió unas palabras con ella y Naomi señaló hacia un lateral de la industria en ruinas. Ese hombre afirmó y volvió a meterse en el vehículo dejándola a ella sola en ese pequeño descampado.

Pudo ver cómo Naomi miraba de un lado a otro temerosa y luego comenzaba a caminar hacia donde el hombre le había indicado.

Unos golpes le hicieron girarse de inmediato.

Sean chasqueó su lengua algo irritado cuando Nicholas abrió la puerta y vio a sus compañeros. Brad, Nathan, Jason, Taylor y Christopher se apoyaban contra el todoterreno.

—¿La muchacha está ahí? —preguntó Brad en un susurro, introduciendo su cabeza en el interior del todoterreno.

Sean se giró un segundo para observarle.

—Sí, se dirige hacia la nave abandonada.

—¿Entonces se ha reunido con la fuente ya, o no? —preguntó en el mismo tono Nathan.

—Creo que vamos a conocer a esa fuente ahora —respondió Josh desde su asiento delantero.

Sean observó cómo Naomi iba hacia el extremo de la fábrica, mirando de un lado a otro y sujetando el bolso en su hombro. Se acercó hacia los árboles y se quedó allí quieta observando sin dejar de moverse.

Pero en ese momento un pitido proveniente del radar los alertó a todos. Todos se giraron hacia el radar asustados comprendiendo lo que significaba eso.

Tres puntos rojos se acercaban extremadamente rápidos hacia donde estaba el punto blanco. Sean tragó saliva y miró de nuevo a través de la ventana del todoterreno. Naomi miraba hacia el bosque, algo debía haberla alertado.

—Son lobos —susurró Sean entrando en pánico—. Son unos putos lobos.

Todos se movieron rápidamente para salir del todoterreno e ir en busca de Naomi cuando Adrien les llamó la atención de nuevo.

—Eh, se han quedado quietos —les dijo señalando el GPS—. Están totalmente quietos.

Sean salió del todoterreno a toda prisa uniéndose al segundo grupo y se apoyó en el morro del todoterreno para observar a través de los prismáticos.

Naomi permanecía totalmente quieta, observando hacia el bosque. Y en ese momento lo vio, un hombre salió de entre los árboles caminando lentamente dirección a ella. Parecía que llevaba una chaqueta larga y una capucha cubría su rostro.

—Hay un hombre —informó al resto, algunos de los cuales tenían sus prismáticos y otros simplemente se limitaban a observar, pues con la luz de la luna ya les alcanzaba.

Taylor se arrimó a Adrien observando el GPS.

—Es un lobo. Ese jodido tío es un lobo —exclamó en un susurro.

Nathan se arrimó a Sean, el cual miraba atentamente por los prismáticos.

—¿Qué ocurre?

—Está hablando con él —dijo desesperado. Sus nervios no le permitían casi pronunciar palabra alguna. Maldita Naomi, ni siquiera era consciente del verdadero riesgo que estaba corriendo en aquel momento. Bajó los prismáticos lentamente y dio unos pasos hacia atrás—. Voy a ir a por ella. —Pero Nathan le agarró del brazo—. ¿Qué haces? —susurró enfadado—. Suéltame. Ese jodido hombre es un lobo. ¿Sabes lo que puede hacerle?

—Eh, eh —comentó Adrien colocándose al lado con los prismáticos—. Le está entregando algo.

Sean se soltó del brazo de Nathan y miró nervioso a través de los prismáticos, comprobando que aquel hombre le daba un sobre bastante grande.

—Un sobre. Es la documentación —dijo acelerado.

En ese momento el resto del equipo bajó del todoterreno, incluyendo Josh, el cual comenzó a ponerse el pasamontañas.

—Atrapad a ese lobo y conseguir ese sobre. —Acabó de colocarse el pasamontañas y sacó la pistola de su cinturón mientras giraba su rostro hacia sus compañeros —. Hora de actuar.

Naomi miró a través de la ventana de aquel enorme coche. Habían abandonado la autopista y tomado un desvío hacia la derecha, poco después ese desvío se había transformado en un camino de tierra. No conocía el lugar, pero desde luego aquello no le gustaba nada. Miró de nuevo hacia su lado, donde un hombre de unos cuarenta años estaba a su lado. No le había dicho absolutamente nada. Solo había preguntado por su nombre cuando ella aún esperaba en la parada del autobús. No había respondido a ninguna de sus preguntas. ¿Quién es usted? ¿Usted es mi fuente? ¿A dónde nos dirigimos? Nada, ni una sola respuesta había salido de sus labios.

Aquello no le gustaba, quizás debería haberlo pensado mejor. Notó su corazón acelerado y la respiración algo rápida. Sin poder evitarlo abrió lentamente su bolso haciendo el menor ruido posible y buscó con su tacto el espray anti violadores que había escondido en un bolsillo lateral. Lo notó en la palma de su mano y lo cogió.

Si era necesario lo usaría. Otro bache le hizo golpearse contra la puerta. Había sido una ilusa, ni siquiera había cogido su teléfono móvil.

En un determinado momento el vehículo de detuvo. Miró hacia el lateral donde aquel hombre parecía permanecer tranquilo. Vestía con unos tejanos claros y un abrigo negro que llevaba abrochado hasta el cuello, pero una vez más no dijo nada.

Notó cómo sus manos temblaban y asíó más fuerte el espray. Lo usaría. No lo dudaría.

—¿Tengo que salir? —preguntó con un hilo de voz.

El hombre ni siquiera la observó. Naomi miró hacia el conductor, del que ni siquiera había visto su rostro, pues no se había girado en ningún momento, pero intuía que era algo más mayor que el que le acompañaba en la parte trasera del coche, pues tenía todo el cabello blanco.

Coincidió su mirada un segundo en el retrovisor y automáticamente giró su rostro hacia la ventana. No sabía dónde se encontraba, jamás había pasado por allí.

Pudo ver que había un pequeño valle. Justo frente a ella había una empresa en ruinas, faltaba parte de su tejado y algunos trozos de pared, y los que aún se mantenían en pie tenían algunos grafitis.

Un poco más al fondo comenzaba el frondoso bosque. ¿Qué hacía ella allí? Al menos debería haber avisado a Carla de los cambios de planes, decirle que finalmente no había quedado con su fuente bajo el puente de Brooklyn a las once, pero ahora, en aquel momento, estaba totalmente indefensa, nadie sabía que ella se encontraba allí, y peor aún, no había cogido el móvil. Tragó saliva y casi botó cuando el hombre que se encontraba sentado al lado habló:

—Salga —ordenó.

Naomi observó cómo este abría su puerta y salía, pero ella estaba asustada, demasiado asustada. Volvió a coincidir la mirada con el conductor a través del retrovisor y finalmente se armó de valor y abrió la puerta del coche.

Hacia bastante frío, y el abrigo que había comprado era de entretiempo. Tembló un par de veces, aunque debía admitir que no era el frío lo que le hacía temblar de aquel modo.

Se agarró fuerte a su bolso y cerró la puerta del coche. El hombre se acercó a ella y señaló directamente hacia el bosque.

—Él le espera allí. —Naomi lo observó dando un paso hacia atrás, estaba bastante oscuro, pero podía intuir que tenía los ojos claros—. Camine.

Naomi señaló hacia donde indicaba el hombre.

—¿Allí?

—Sí. Nosotros le esperamos aquí —dijo girándose y abriendo la puerta del coche para entrar en su interior.

Naomi lo vio cerrar la puerta del coche y se giró para mirar la dirección que él la había dicho que tomase. Miró a todos los lados, con las piernas temblorosas y la boca seca y comenzó a avanzar a paso lento hacia donde le había indicado, intentando no tropezar con las piedras que había en su camino. Había poca luz, solo la luz de una reciente luna le indicaba aquel camino de tierra dura.

Llevó de nuevo su mano hacia el bolso buscando el espray hasta que lo agarró en su mano, miró de un lado a otro para asegurarse de que nadie la sorprendería por detrás y con un movimiento extremadamente rápido guardó el espray en el bolsillo del abrigo. Cerró el bolso e introdujo su mano en el bolsillo agarrando con fuerza el espray.

Camino con cuidado, despacio, hasta donde aquel hombre le había indicado y volvió a mirar hacia atrás. Aquel lugar le ponía los vellos de punta. ¿Podría haber escogido un lugar más macabro? Si quisiesen hacer desaparecer su cuerpo ese sería el lugar ideal. Aquella idea le hizo acelerar la respiración. Estaba loca. ¡Loca! No debería haber acudido allí, repitió en su mente, debería haberlo pensado mejor. Aquello no le daba buena espina. Miró de nuevo de un lado a otro sujetando con fuerza el espray en su mano hasta que un golpe sordo le hizo girarse de inmediato hacia el bosque. Su respiración era acelerada. Se quedó paralizada observando hacia aquel lugar, de donde había venido aquel golpe hasta que comenzó a intuir una silueta que caminaba hacia ella. Dio unos pasos hacia atrás con el corazón encogido y notando cómo sus piernas temblaban demasiado como para mantenerse mucho tiempo más en pie.

—Señorita Hunt —dijo aquella silueta caminando lentamente hacia ella—. No se asuste.

Naomi dejó de dar pasos hacia atrás y llevó las dos manos a la correa de su bolso, agarrándose a él fuerte.

La silueta salió de entre los árboles y finalmente pudo distinguirla bien con la luz que desprendía la luna. Era un hombre bastante alto y corpulento, llevaba una cazadora ancha y su rostro lo cubría una capucha.

Naomi tragó saliva y se obligó a quedarse quieta.

—Gracias por venir —dijo aquel hombre.

Ella colocó su espalda recta y volvió a mirar a los lados con movimientos nerviosos. Lo contempló de nuevo y aceptó con su rostro de forma nerviosa, dudando en si debía salir corriendo de allí.

—No hay de qué —respondió con un hilo de voz.

El hombre dio unos pasos más hacia ella.

—Lamento este cambio de planes. —Miró de un lado a otro—. ¿Está segura de que no le ha seguido nadie?

¿Qué responder a aquello? Por un lado iba a responder afirmativamente, pero por otro... por otro no quería responder a aquello, afirmarle que estaba totalmente sola le daba miedo.

—¿Ha traído la documentación?

El hombre dio un paso más hacia ella comprobando que ella volvía a dar un paso hacia atrás. Ladeó su rostro y a Naomi le pareció intuir que sonreía.

—Claro.

El hombre se abrió la cazadora y extrajo un sobre.

Naomi lo contempló y luego se atrevió a mirarlo directamente a su rostro, un rostro oscuro que no podía ver, ya que estaba tapado por aquella capucha.

—¿Quién es usted? —se atrevió a preguntar.

—Alguien que quiere que se sepa la verdad —pronunció con voz grave.

—Me refiero a su nombre. ¿Cuál es su nombre?

El hombre se acercó a ella en un movimiento rápido que no le permitió a Naomi dar otro paso hacia atrás y le tendió el sobre.

—Mi nombre es Donovan —susurró, y acto seguido le tendió el sobre—. Asegúrese de que estas fotografías se publiquen.

Naomi cogió el sobre con la mano temblorosa. Dio otro paso hacia atrás y lo observó dudosa.

—¿Son fotos de los asesinatos?

—De los asesinos —su voz sonó grave, pero había un cierto tono de orgullo en su voz, como si hubiese conseguido su propósito—. Pero le advierto, señorita Hunt, que lo que va a encontrar en esas fotografías no va a ser de su agrado.

—¿A qué se refiere con...?

Pero la mano solicitando silencio de Donovan la paralizó. Donovan se acercó a ella.

Naomi lo observó sin comprender, había estirado su cuello hacia arriba y olisqueaba el ambiente. ¿Pero qué estaba haciendo ese hombre? ¿Se había vuelto loco?

Se giró hacia ella y la cogió del brazo. Naomi gritó.

—Me ha dicho que no le había seguido nadie —gritó Donovan. Ella negó con su rostro, paralizada por el miedo—. ¡Están aquí! —gritó hacia el bosque.

Naomi comenzó a retorcer su brazo golpeándolo con la otra mano hasta que Donovan la soltó y ella cayó al suelo golpeándose el trasero, justo cuando dos enormes perros salían del bosque. Espera, ¿perros? Aquello no eran perros. ¡Eran enormes!

¿Qué era aquello? Comenzó a arrastrarse por el suelo hacia atrás, llenándose las manos y el abrigo de tierra. Aquellos enormes perros comenzaron a correr hacia ella y justo cuando iba a llegar uno de aquellos enormes perros salió disparado, ¿qué ocurría? Naomi siguió arrastrándose por el suelo hasta que torció su rostro y entonces lo vio. ¡Iba a morir! Definitivamente iba a morir.

Nueve hombres corrían a una velocidad impresionante hacia ellos. Naomi se incorporó rápidamente y empezó a correr en dirección contraria. Giró su rostro y vio que su fuente, Donovan, corría hacia el bosque pero algo le detuvo.

—El sobre —susurró frenando, estando a punto de caer. Lo había dejado donde había caído. ¡Mierda! Dudó unos segundos y finalmente echó a correr hacia el sobre, recorriendo el camino que acababa de hacer. Podía ver cómo unos cuantos hombres de esos que habían aparecido en el descampado se introducían en el bosque siguiendo a Donovan. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿De dónde habían salido?

—¡Cogedlo! —Escuchó que gritaba alguno de ellos, pero no se detuvo a observar.

Llegó hasta el sobre derrapando, se agachó para cogerlo justo cuando escuchó un gruñido tras ella. Le dio miedo hasta moverse.

El gruñido se escuchaba demasiado cerca. Notó cómo se le helaba toda la sangre. Se movió lentamente inclinando su rostro hacia el lado y lo vio. Estaba a pocos metros de ella. Gruñendo y observándola. No era un perro, era mucho más grande. Notó todos sus músculos congelados cuando vio que daba un paso hacia ella, con aquellas enormes pezuñas. Cayó al suelo de nuevo, agarrando el sobre y arrastrándose hacia atrás cuando aquel enorme perro salió disparado hacia un lado.

—Ahhhhh —gritó.

El perro voló varios metros hacia detrás y justo ante ella apareció la figura de un hombre. Iba todo de negro y llevaba una especie de cuchillo en su mano. Ese hombre se giró un segundo hacia ella y luego volvió a mirar al enorme perro el cual estaba adoptando una posición de ataque.

Naomi seguía arrastrándose hacia detrás hasta que observó cómo aquel hombre se abalanzaba hacia el animal. Tenía un aspecto más semejante al de un lobo, más salvaje y mucho más grande.

Observó cómo aquel hombre aparecía y desaparecía de su vista varios segundos luchando contra aquel animal, pero no se detuvo a observar. Aquello era una pesadilla, su mente le estaba jugando una mala pasada.

Se incorporó y su mirada voló hacia el coche que la había traído hasta allí. Tomó aire y echó a correr hacia el vehículo, aun así no pudo evitar echar su vista hacia atrás y observar que unos cuantos hombres más luchaban contra otro de esos animales.

De golpe cayó al suelo echando el sobre unos metros por delante de ella, pero por suerte logró parar el impacto con las manos y no con su rostro.

Gimió y comenzó a ponerse en pie de nuevo. Tenía el coche a pocos metros ante ella.

Cogió el sobre y se giró de nuevo asegurándose de que nadie le seguía mientras corría hacia el coche y observó cómo el primer hombre que se había colocado ante ella clavaba su cuchillo en aquel animal. Otros hombres hacían lo mismo con el otro lobo, o perro... o lo que fuese aquello, varios metros más lejos. Pudo ver que otros hombres surgían del bosque caminando tranquilamente, sin moverse a aquella gran velocidad que había visto, pero no iba a detenerse a hablar con ellos, a preguntarles quiénes eran o qué estaban haciendo allí. Lo único que necesitaba era irse de allí lo antes posible.

Miró de nuevo hacia delante, tenía el coche a pocos metros ya, vamos... Vamos... dentro del coche estaría a salvo, pero algo se interpuso en su camino. Chocó contra algo duro y cayó al suelo. Automáticamente, la figura de uno de esos hombres vestido totalmente de negro apareció ante ella.

—Ahhhhhh —volvió a gritar arrastrándose por el suelo con el sobre en la mano.

El hombre la observó durante unos segundos y resopló, algo que llamó la atención de Naomi, pero lo que no esperaba es que se agachase hacia ella.

Ryan llevó su mano hacia la suya intentando cogerle el sobre, sin querer hacerle daño, pero lo que no esperaba es que Naomi colocara su mano delante y le apuntase con un spray directamente a los ojos.

—¡Cabrón! —gritó ella mientras apretaba con fuerza el spray y golpeaba sus piernas con los pies para que se alejase.

Ryan gritó y se llevó las manos a los ojos.

—Hija de puta —gritó al notar el escozor en sus ojos.

Naomi se levantó rápidamente sujetando el sobre contra su pecho y apuntando a aquel hombre con el spray, se giró lo suficiente para ver que el resto de hombres observaban aquella escena y algunos de ellos corrían hacia donde se encontraba.

—¿Pero qué pasa ahí? —preguntó Josh hacia Sean, el cual permanecía a su lado.

La muchacha parecía que había lanzado algo al suelo y Ryan gemía con la mano en los ojos.

—¡Cabrona! —Escucharon que gritaba Ryan otra vez.

—Haz algo, pero hazlo ya —le dijo Josh a Sean, el cual parecía incluso divertido con la escena.

Naomi tiró el spray al suelo y comenzó a correr de nuevo al ver que unos cuantos hombres se aproximaban. Echó a correr justo cuando otro le cortó el paso. ¿Pero de dónde salían esos hombres? ¡Se movían demasiado rápidos!

Volvió a gritar y le golpeó la cabeza con el bolso con todas las fuerzas que pudo a su agresor y entonces fue elevada por los aires desde atrás.

—Ahhhhh... ¡suélteme! —comenzó a gritar hacia el hombre que la había cogido desde atrás por la cintura y la elevaba—. ¡Déjeme! ¡Socorro! —gritaba mientras golpeaba con su mano los brazos que la sujetaban, daba patadas con los pies y movía el bolso compulsivamente hacia delante y atrás, pero aquel hombre no parecía inmutarse.

Sean miró hacia Adrien, el cual se llevaba la mano hacia la cabeza justo donde Naomi le había golpeado con el bolso.

—¿Estás bien? —preguntó sujetando a una Naomi realmente peligrosa.

—Sí —respondió aturdido. Luego ladeó su rostro hacia un lado—. Pero menuda fiera.

—En el coche, mira si hay alguien —pronunció mientras se alejaba de ellos. Menuda fiera estaba hecha esa muchacha. En ese momento notó cómo le golpeaba con el bolso dándole impulso al brazo y haciéndolo chocar con su espalda.

—¡Eh! —gritó Sean. Automáticamente le agarró la mano, le quitó el bolso y lo echó al suelo. La mano de Naomi quedó libre, lo cual aprovechó para seguir golpeando el brazo que la mantenía sujeta.

—Ahhhh —seguía gritando Ryan—. ¡Joder! —Se agachó en el suelo mientras se pasaba la mano por los ojos. El resto del equipo llegó hasta él.

Sean la cogió más fuerte intentando inmovilizarla mientras se alejaba del vehículo, llevándola hacia la zona de la empresa en ruinas. Mejor alejarla un poco del coche y de su compañero Ryan hasta que se mejorase.

—¡Suélteme! —lloraba desconsolada—. ¡Por favor! ¡Ayudaaaaaa! —gritaba desesperada mientras Sean luchaba por sujetar sus brazos, pues no dejaba de golpear los suyos y no quería inmovilizarla demasiado fuerte para no causarle daño. —Le daré lo que quiera... lo que quiera... —gimió.

Sean suspiró y la soltó en el suelo, automáticamente la impulsó suavemente para retenerla contra la pared. Naomi se apoyó intentando recuperar el aliento y miró directamente a ese hombre encapuchado.

Sean le indicó con el dedo.

—Quieta —pronunció con voz grave.

Pero observó que Naomi miraba detrás de él. Sean se giró lo suficiente para ver que sus compañeros se dirigían hacia allí. Volvió a mirarla, estaba totalmente aterrada, su piel se había vuelto pálida y una gota de sudor recorría su frente.

—¿Lo habéis cogido? —preguntó Josh hacia Brad y Taylor que se unían al grupo y que habían corrido hacia el bosque.

—Qué va, ha escapado —respondió Taylor.

—Joder —susurró antes de unirse a Sean y el resto del grupo.

Josh llegó hasta ellos junto al resto de sus compañeros excepto Ryan y Nathan que se habían quedado más atrás, mientras a Ryan se le pasaba el efecto del spray. Josh se colocó al lado de Sean, el cual aún mantenía su brazo estirado, colocando la mano en el estómago de ella apretándola contra la pared para que no se moviese.

—El sobre —ordenó Josh hacia Naomi tendiéndole la mano.

Ella lo colocó detrás de sí y comenzó a respirar rápidamente, como si intentase protegerlo. Sean puso los ojos en blanco. ¡Pero qué terca era!

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó con un tono de voz más enérgico.

—Por Dios, ¿alguien puede quitarle el jodido sobre ya? —preguntó Nicholas detrás de él, automáticamente se acercó a Naomi agarrándola del brazo ante la atenta mirada de todos, pero ninguno se esperaba la reacción de ella. Se pasó el sobre a la otra mano por detrás de su espalda y le asestó un rodillazo en todos sus genitales.

—La madre que la... —susurró Nicholas alejándose de ella mientras algunos de sus compañeros reía. Estaba claro que la habían infravalorado y tenían la guardia baja con ella, si no, no hubiese podido llegar a tocarles.

En ese momento Naomi comenzó a intentar librarse de la mano de Sean el cual suspiró. A este paso iba a lisiar a todos sus compañeros. Aquello le hizo gracia en parte, la muchacha sabía protegerse y lucharía por su vida con uñas y dientes si fuese necesario.

—Bueno, se acabó fierecilla. —Agarró su brazo y la hizo girarse hacia la pared apoyándola contra ella y sujetando su brazo a la espalda.

—No, no... suélteme —gritó contra la pared de piedras.

—¿Para qué? ¿Para que puedas arrearnos a todos? Ni hablar.

Josh dio un paso hacia ellos mientras echaba una mirada divertida a Sean y le cogió el sobre que estaba a su espalda. Se giró para observar que Nicholas caminaba un poco doblado aún, recuperando el aliento tras el golpe.

—No, no... ¡esos documentos los necesito! —Comenzó a retorcerse contra la pared—. Por favor... soy periodista... es parte de una investigación que estoy...

—Calla —le ordenó Sean aun sujetándola.

Y por primera vez pareció que hizo caso, aunque escuchó cómo gemía, así que decidió aflojar un poco la presión de su brazo.

Josh abrió el sobre.

—Mierda —susurró cuando sacó las fotografías que habían en el interior del sobre. Automáticamente se las pasó a Brad el cual comenzó a resoplar.

—¿Qué? —preguntó Sean.

Brad observó que Sean mantenía contra la pared a Naomi, sin poder girar ni el cuello y le mostró una de las fotografías. La observó atentamente. Salía él junto a Nathan, vestidos con el mismo traje de trabajo que llevaban. La fotografía estaba tomada algo lejos pero podía apreciarse perfectamente que era él.

—Será cabrón —susurró.

Josh volvió a acercarse a ella.

—¿Te ha dado algo más? —preguntó en tono serio. Ella se movió de nuevo intentando librarse de aquel brazo que la oprimía contra la pared—. ¿Te ha dado algo más o no?

—No —gritó de los nervios—. Por favor... no me haga daño. —Lloró.

Josh suspiró.

—Nadie va a hacerle daño. —Luego miró a Sean y sonrió diabólicamente—. Cachéala. —Le guiñó el ojo. Sean puso los ojos en blanco—. Quiero asegurarme de que no le ha dado nada más.

—No me ha dado nada más —volvió a gritar Naomi.

Josh volvió a indicarle con un movimiento de su rostro que hiciese lo que le había mandado. Suspiró y ejerció algo más de presión en su brazo mientras se acercaba a ella.

Naomi notó el calor del cuerpo de ese hombre al acercarse excesivamente. Sean colocó sus labios cerca de su oído.

—Estate quietecita —le ordenó con un tono exigente.

Automáticamente, soltó el brazo de su espalda y con su pierna obligó a abrir las suyas levemente. Notó cómo comenzaba a llorar.

—No es necesario —gimió ella—. Ya le he dicho que no me ha dado nada más.

¿Pero qué se pensaba aquella muchacha? ¿Que iba a violarla?

Sean tragó saliva e hizo caso omiso a lo que ella decía. Colocó una mano en su espalda para evitar que se moviese y llevó su mano libre hacia su pierna comenzando a cachearla.

¡Oh! Aquello podría haber sido realmente excitante en otra situación, pero no con Naomi llorando desesperadamente.

Palpó cada una de sus piernas y luego pasó sus manos por su cintura. Joder, estaba realmente bien proporcionada. Tenía los músculos duros, tonificados. Pasó sus manos por su cinturón asegurándose que no llevaba nada en su interior y luego la pasó entre sus pechos. Sabía que quizás debería haber hecho el cacheo más exhaustivo, pero verla en aquella situación no le gustaba. Le hizo elevar los brazos hacia arriba y los palpó rápidamente. Luego se los bajó y volvió a aprisionarla contra la pared.

—No lleva nada más —dijo girándose hacia atrás, aunque resopló cuando observó que todos sus compañeros observaban sonrientes la escena.

Sean negó con su rostro, incrédulo ante la actitud de sus compañeros.

—Coge el bolso —comentó Josh hacia Nathan, el cual caminaba a paso lento con Ryan al lado, aún frotándose los ojos. Por suerte se regeneraban rápidamente y el dolor no les duraba mucho tiempo.

Nathan se agachó para cogerlo mientras palmeaba la espalda de Nicholas, el cual se había apoyado contra el coche para recuperar el aliento tras la patada de Naomi.

Adrien se mantenía al lado del vehículo. Le había cogido las llaves al conductor y vigilaba que no escapasen.

—¿Qué hago con estos, jefe? —preguntó desde el vehículo, observando a un conductor algo mayor y a una persona sentada tras él temblando de miedo.

—¿Cuántos hay? —preguntó Josh mientras colocaba una mano en el hombro de Ryan—. ¿Estás bien?

—Perfecto.

—Dos —respondió Adrien.

—Que esperen ahí un segundo —pronunció girándose de nuevo hacia Sean y Naomi. Nathan le dio el bolso y este lo abrió observando lo que había dentro. Nada. Simplemente un monedero. Se colgó el pequeño bolso del hombro y abrió el monedero. Llevaba veinte dólares, algunas tarjetas de crédito y su carnet de identificación. Volvió a cerrar el monedero y lo introdujo en el bolso.

Miró hacia Sean y le señaló con un movimiento de mano que la dejase libre.

Sean la soltó de inmediato y se alejó unos pasos de ella. Lo cierto es que hasta así, sudada y con el pelo alborotado estaba preciosa.

Naomi se giró rápidamente apretándose contra la pared y observándolos a todos.

—¿Qué le ha dicho ese hombre? —preguntó Josh.

Ella miró al que le hablaba y se removió nerviosa, pasándose las manos por los hombros como si se infundiese calor.

—Habla —ordenó Taylor en un tono realmente grave.

Ella se mordió el labio.

—Solo me ha dado ese sobre —susurró temblorosa.

—¿No le ha dicho nada? —preguntó esta vez Sean.

Ella miró a ambos lados mientras luchaba por no echarse a llorar. Inspiró aire y gimió.

—¿Vais a matarme?

Todos pusieron la espalda recta al escuchar aquello.

—Nadie va a hacerle daño —se apresuró a decir Sean—. Pero necesitamos saber todo lo que ese hombre le ha dicho. Luego la dejaremos ir.

Ella lo contempló con ojos llorosos y finalmente aceptó.

—Estoy investigando unos asesinatos, había quedado con él aquí para que me diese esos documentos.

—¿Cuándo quedó con él? —volvió a preguntar Sean.

—Me... me envió una carta.

—¿Una carta? —preguntó sorprendido.

—Sí, ayer... mientras cenaba con un amigo —acabó susurrando.

Automáticamente todos miraron hacia Sean y él les devolvió la mirada. Estaba claro que por amigo se refería a él.

—¿Te la envió a casa?

—No —respondió—. Me la dio un niño, cuando fui un momento al aseo en un restaurante.

Sean recordó lo nerviosa que estaba cuando había salido del aseo, ahora lo comprendía todo. Se pasó la mano por la frente y se rascó por encima del pasamontañas.

Taylor indicó con su mano hacia Naomi.

—Ese amigo con el que estabas... —Automáticamente Sean se giró hacia él con las manos en la cintura—, ¿no le dijiste nada?

—No —respondió rápidamente, como si fuese lo más obvio—. ¿Por qué iba a decirle algo? Lo que menos quiero es implicar a más gente en esto.

—¿Así que intentabas protegerle? —preguntó Ryan sonriente. Sean gruñó. Naomi torció su gesto hacia el hombre que le preguntaba, sin comprender muy bien aquella pregunta—. ¿Te gusta? ¿Es tu novio?

Automáticamente Sean fue hasta él y le dio una colleja.

—Ahhh... tíooooo —se quejó.

—No es mi novio —contraatacó ella gritando, realmente nerviosa—. ¡Es un amigo! ¡Un amigo! —enfaticó ella esa palabra.

—Entonces... —volvió a la carga Ryan mientras se pasaba la mano por su nuca—. ¿No te atrae un poco aunque sea? ¿Ni siquiera un...?

Sean golpeó la espalda de Ryan con su mano empujándolo hacia atrás y haciendo que se callase.

—¿Pero a qué vienen esas preguntas? —gritó Naomi cada vez más nerviosa—. No entiendo por qué me tienen que preguntar sobre él. Él no tiene nada que ver con todo esto... ¿Entienden? ¡Nada!

Josh dio un paso hacia ella con la mano en señal de stop.

—Señorita Hunt, lo que ha hecho es muy grave...

—¿Qué he hecho? —preguntó a la defensiva.

—... así que cualquier pregunta que le hagamos tendrá que responder.

Sean se pasó la mano por la frente de nuevo mientras Ryan se acercaba a él y echaba una mano por su hombro. Se acercó a su rostro y le susurró:

—Tío, te protege... te protege... le gustas... —le susurró.

—Oh, cállate, por Dios —dijo separándose de Ryan y aspeando la mano como si quisiera quitarse una mosca de encima. Fue hacia Naomi y se cruzó de brazos delante de ella—. ¿Qué le ha dicho antes de darle el sobre?

Ella lo miró algo asustada.

—¿Qué?

—El sobre —medio grito por los nervios—. Antes de que le diese el sobre con las fotografías usted ha hablado con él. ¿Qué le ha dicho?

Ella negó con su rostro, como si no comprendiese lo que ocurría y luego se encogió de hombros.

—Me ha dicho que se llama Donovan —susurró.

En aquel momento todos se pusieron firmes y se miraron entre ellos. Sean se giró hacia su grupo algo nervioso.

—¿Donovan? —volvió a preguntarle.

—¡Sí! ¡Donovan! ¿Van a hacerme cada pregunta dos veces? —volvió a gritar.

Sean volvió a indicarle con el dedo que se callase mientras se giraba hacia sus compañeros, igual de impresionado que el resto. La furia comenzó a apoderarse de él. Donovan se había alzado como uno de los cabecillas de los lobos. Ahora todo comenzaba a tomar sentido. Había atacado a Evelyn y a Elisabeth, dos de las novias de sus compañeros y ahora... ahora se acercaba peligrosamente a Naomi.

Se giró de nuevo hacia ella.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó acercándose con los puños cerrados y una voz excesivamente grave. Naomi tuvo que asustarse porque se hizo un ovillo contra la pared—. ¿Dónde?

—No lo sé —gimió—. No sé nada de él.

Sean se pasó la mano por su rostro, alterado. Aquello lo había pillado de improviso a todos. ¿Donovan? ¿Él era el que le estaba suministrando la información? Pero aquello no tenía sentido... a no ser que... Realmente era la única forma de hacer que desapareciesen, si sus identidades salían al descubierto deberían marcharse. Sabía que no podía hacer nada contra ellos, luchar sería en vano, amenazarlos sería en vano pero aquello... aquello sí podía surgir efecto. Dejarlos como unos asesinos, que sus rostros se mostrasen en todas las televisiones y periódicos del mundo harían que ellos tuviesen que marcharse de Nueva York.

Sean se separó de ella y fue hacia el resto del equipo. Taylor fue el primero que preguntó:

—¿Qué hacemos?

Josh se giró hacia Adrien, el cual aún se mantenía al lado del vehículo con la puerta abierta, vigilando a aquellas dos personas. Miró directamente a Sean.

—Deja que se marche.

Sean se acercó un poco más a él.

—Recuerda que ha venido aquí en ese coche —susurró señalando el vehículo—. Y no tiene móvil para llamar.

Josh se quedó pensativo un segundo y miró hacia Naomi, luego señaló hacia Sean.

—Te encargas del primer todoterreno, llevadla a su piso. —Luego señaló hacia Brad—. Nosotros iremos en el segundo, y dile a Adrien que meta a esos dos en el todoterreno, quiero interrogarlos. —Luego señaló hacia Taylor—. ¿Te importa llevar ese coche a casa? Miraremos a ver si hay algo que nos dé alguna pista.

—Claro —respondió alejándose hacia donde estaba Adrien.

—Nos vemos en casa —susurró hacia el resto de sus compañeros, echando una mirada furtiva a Naomi.

Sean se acercó de nuevo a ella e intentó cogerla del brazo pero ella lo esquivó e intentó golpearlo de nuevo.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, tú decides —le amenazó furioso. Pero ella no se dejaba agarrar, esquivando sus manos todo el rato. Podía haberla cogido en un segundo pero no quería asustarla más de lo que estaba.

—Déjame, no me toques —gimió dando unos pasos hacia atrás y aspeando sus brazos al cielo.

Sean observó de reojo a sus compañeros marchar hacia los todoterrenos e ir echando miradas furtivas hacia ellos.

—Quieta —comentó con paciencia.

—¡No me toque! —gritó de nuevo intentando golpearlo.

Escuchó cómo aquel hombre emitía un pequeño gruñido y en una fracción de segundo se vio depositada sobre su hombro.

—¡Ahhhh! —gritó al verse alzada. Automáticamente, comenzó a golpear la espalda de Sean—. ¡No! ¡No! ¡Basta! ¡Por favor!

—Oh, ¿quiere callarse? —suplicó—. Nadie va a hacerle daño —insistió—. Ya se lo hemos dicho.

Pero ella no dejaba de golpear su espalda sin cesar.

Sean caminó entre suspiros, dejando que Naomi golpease cuanto quisiese su espalda.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Somos los que te acabamos de salvar la vida, así que en vez de seguir golpeando mi espalda deberías agradecerlo.

—¿Y mis fotos? —contraatacó rápidamente—. ¿Me las vais a dar?

—Están confiscadas —dijo mientras subía el pequeño terraplén donde habían dejado los todoterrenos.

—¿Esto es un robo! —Volvió a golpearle la espalda.

—¡Eh! —le gritó deteniéndose en medio de la cuesta—. Estate quieta de una maldita vez o tendré que usar unas cuerdas para inmovilizar esas inquietas manos tuyas.

—Argggggg —gruñó ella exasperada cuando Sean volvió a caminar—. Esas fotos son mías.

—No, ya no lo son —pronunció llegando a los todoterrenos. Se agachó y la depositó en el suelo delicadamente, pero tuvo el segundo justo para esquivar la mano de Naomi, la cual iba directa hacia su pasamontañas intentando quitárselo. Cogió la mano de ella y la atrajo hacia él intentando intimidarla, algo que consiguió porque el momento pudo observar cómo su labio inferior temblaba—. Ni se te ocurra volver a intentar eso —le susurró amenazante.

Oh, odiaba tener que hacer eso, tenerle que hacer pasar todo aquello, tener que causarle miedo... pero si de esa forma conseguía que se alejase de todo aquel mundo, bendito fuese. Lo único que deseaba era abrazarla y consolarla, decirle que no tuviese miedo, que era él y que jamás le harían daño ninguno de ellos, al contrario, la protegerían hasta el punto de dar su vida por ella, pero no podía hacerlo.

La soltó y la medio empujó contra el vehículo de forma suave. Al momento ella se llevó la mano a la muñeca, justo por donde él la había agarrado. Sean ladeó su rostro.

—¿Te he hecho daño?

Naomi lo miró de forma interrogante, como si de nuevo aquella pregunta le pillase de improviso. Dudó un poco antes de responder.

—Un poco —susurró.

—Lo siento.

Acto seguido se colocó al lado de Christopher y Ryan, los cuales se encontraban en el maletero dejando las armas, observaron a la muchacha apoyada contra el todoterreno, masajeándose la muñeca y luego miraron a Sean señalándole unas esposas.

—¿Harán falta? —preguntó Christopher con una sonrisa.

Sean suspiró y miró hacia Naomi.

—¿Te portarás bien o tendré que esposarte? —preguntó con ironía.

Naomi lo observó de reojo mientras miraba al resto de hombres moverse de un todoterreno a otro. ¿Pero qué era aquello? ¿Una organización secreta? ¿Agentes del FBI? Lo único que tenía claro es que esas personas no eran normales, una persona normal no se movía a esa velocidad, una persona normal no iba con cuchillos plateados, una persona normal no luchaba de aquella forma... pero al menos parecía que iban a cumplir su promesa y no le harían daño.

Miró en dirección al hombre que la había llevado hasta allí sobre su hombro y luego apartó la mirada de él.

—No harán falta —susurró.

Sean aceptó y se acercó a Ryan mirando en el interior de la trampa donde guardaban todas las armas.

—¿Tenemos alguna venda o algo para taponarle los ojos? El pasamontañas me está matando.

Sean acabó de anudar una venda en su rostro y suspiró. De nuevo, Naomi se había vuelto a asustar pero tras decirle que no le ocurriría nada se había dejado hacer sin protestar.

Se quitó el pasamontañas y suspiró mientras observaba a sus compañeros hacer lo mismo.

Naomi movía su rostro de un lado a otro nerviosa, incluso botó en el asiento cuando Brad se puso en el asiento del conductor y cerró la puerta con un golpe un tanto fuerte y arrancó el todoterreno.

Naomi no dejaba de temblar y de mover su rostro a todos lados, intranquila. Debía estar pasándolo muy mal. Él sabía que no ocurriría nada, al contrario, era la mujer que amaba, pero ella no... no sabía que era él, el que estaba sentado a su lado, a buen seguro que si lo supiese le daría una patada similar a la que le había dado a Adrien.

No pudo evitarlo y se acercó a ella, hacia su oído. Notó cómo volvía a temblar.

—Te llevaremos a tu piso —le susurró intentando tranquilizarla.

Ella se mantuvo quieta durante unos segundos y tragó saliva, luego aceptó con su rostro como si no le quedase otro remedio. Pudo escuchar el suspiro que emitió el hombre que estaba a su lado pero prefirió quedarse callada. ¿La iban a llevar a su piso? Entonces, ¿sabían dónde vivía? Una idea asaltó su mente.

El día anterior habían entrado a robar, le habían desmontado casi todo el piso y se llevaron las otras fotografías. Tragó saliva y miró en dirección al hombre que tenía al lado y que le acababa de susurrar al oído, sin poder ver nada.

—¿Sabéis dónde vivo?

Sean la observó un segundo.

—Sí.

—¿Fuisteis vosotros quiénes entrasteis en mi piso ayer? —se atrevió a preguntar. Sean arqueó una ceja hacia ella y automáticamente miró hacia el resto de sus compañeros, los cuales se encogían de hombros como si no supiesen qué responder a ello—. ¡Eh! —acabó gritando, lo cual asustó a todos—. ¡Que te estoy hablando!

Pudo observar cómo Brad y Ryan reían desde el asiento delantero ante aquel cambio de humor. Ryan se giró sonriente hacia Sean y le susurró:

—Menudo carácter.

Sean se encogió de hombros y observó cómo se removía incómoda entre él y Nathan que estaba al otro lado observándola con una sonrisa también.

—Sí, fuimos nosotros —le confirmó Sean sin saber qué decir a aquello y colocando sus manos hacia delante, encogiéndose de hombros.

—Y más te vale que dejes de reunirte con ese hombre, o la próxima vez no estaremos allí para ayudarte —siguió Ryan girando desde el asiento delantero.

—Es un hombre peligroso —continuó Sean.

Naomi giraba su rostro hacia el lugar de donde provenía la voz.

—¿Y vosotros no? —preguntó con sarcasmo.

—Nosotros no te mataremos —respondió Nathan—. Ese hombre sí lo haría.

Naomi tragó saliva y suspiró.

—Entonces... ¿quiénes... quiénes sois? —No hubo respuesta—. He visto cómo os movéis, sois muy rápidos... y fuertes. Más que una persona normal.

—Muy observadora —bromeó Ryan desde el asiento delantero.

—¿Sois alienígenas? —preguntó con un hilo de voz.

En ese momento todos rompieron en carcajadas.

—Qué graciosa. —Siguió riendo Ryan.

—No, no lo somos —explicó Brad mientras tomaba el desvío que les llevaría de vuelta a la autopista.

—Ni tomamos esteroides. —Sonrió Nathan a su lado.

—¿Entonces? —preguntó como si no comprendiese.

—Tú simplemente no te acerques a Donovan de nuevo —acabó diciendo Sean.

—¿Pero por qué? —preguntó de mal humor al ver que no respondían a su respuesta, más bien parecía hacerles gracia.

Sean la miró fijamente con rostro serio. Aquella chica le estaba poniendo de los nervios, si no fuese por ese rostro tan angelical y por el recuerdo del abrazo de la noche anterior, la estrangularía.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó seriamente.

Todos sus compañeros lo miraron fijamente. Naomi pareció titubear.

—Sí.

—Donovan es un asesino en serie. Ha matado a muchas personas. —Notó cómo Naomi comenzaba a temblar.

—No fue lo que me dijo —susurró con un hilo de voz—. Me dijo que esas personas que aparecen en la foto muertas habían sido asesinadas, que eran sus amigos, y quería que todo saliese a la luz. ¿Por qué iba a hacer eso si él fuese el asesino?

Sean inclinó la ceja hacia ella desquiciado.

—Tú no te acerques más a él —ordenó de nuevo.

Ella se removió al escuchar su tono de voz enfadado.

—¿Y esos perros tan grandes? —preguntó tras unos segundos.

—No eran perros —acabó diciendo Nathan a su lado.

—¿Lobos?

—Puede —respondió Sean dándole una advertencia con la mirada a Nathan para que no le diese ninguna pista más. Bastante había visto ya. Sabía que no tenía ni un pelo de tonta e investigaría sobre ellos, sobre poderes sobrenaturales...

Naomi volvió a removerse entre aquellos dos hombres. La verdad es que a cuál de ellos más alto y fuerte. Estaba asustada, pero no tanto como hubiese esperado encontrarse en una situación así. Quizás era la indignación de que aquellas personas o lo que fuesen hubiesen intervenido de aquella forma cuando estaba a punto de obtener una documentación tan importante para ella. Le había costado llegar hasta allí, y cuando lo había logrado, aparecían aquellas personas y le arrebataban su pasaporte hacia una carrera llena de éxitos. Sabía que eran peligrosos, pero también sabía que si hubiesen querido hacerle daño ya lo hubiesen hecho. Contrariamente, aparte de la brusquedad con la que al principio le habían tratado debía admitir que ninguno le había tocado ni puesto un dedo encima, excepto en el momento en que le había cacheado, pero hasta en ese instante se había sentido más o menos respetada. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Realmente estaban allí para protegerle o para quitarle aquella información tan privilegiada? Y si realmente estaban allí por aquella información, ¿por qué se la arrebataban? ¿Qué intentaban ocultarle?

Necesitaba saber quiénes eran. Tenía que averiguarlo como fuese. Se quedó callada cerca de un minuto, intentando parecer relajada y ascendió su mano hasta su nariz como si se la rascase. Luego un poco más arriba... rozando la venda, pero el hombre que había a su lado le cogió la mano con suavidad, sabía lo que pretendía.

—Ni se te ocurra —le susurró.

Ella chasqueó la lengua molesta y volvió a removerse incómoda.

—¿Por qué lleváis pasamontañas? Si decís que Donovan es un asesino e intentáis atraparlo, ¿por qué os cubrís vosotros el rostro?

—No queremos hacernos famosos —bromeó Ryan desde el asiento delantero.

Naomi suspiró. ¿Estaban bromeando con ella?

—Entonces... por lo que entiendo... —siguió hablando—, según vosotros, Donovan es un despiadado asesino, ¿mató él a aquellas personas? ¿A las que dicen que eran sus amigos?

Sean resopló como si comenzase a cansarse de aquellos exhaustivos interrogatorios y miró hacia Nathan el cual se encogía de hombros como si no supiese qué hacer

mientras una sonrisa divertida inundaba su rostro. Sean puso los ojos en blanco y se quedó callado, limitándose a mirarla fijamente.

—¡Eh! —volvió a elevar el tono de su voz—. ¿Él mató a esas personas? —En ese momento Naomi pudo escuchar el suspiro del hombre que tenía al lado y volvió su rostro hacia él—. ¿No vais a responder, no?

—No —acabó contestando Sean.

Ella volvió a moverse incómoda.

—Me gustaría haceros una entrevista... —En ese momento Brad y Ryan comenzaron a reír de nuevo. Naomi se giró bruscamente hacia el hombre de al lado—. ¿Por qué se ríen? Hablo en serio. —Luego se echó un poco hacia delante—. Soy periodista... podría... —Pero Sean le cogió del brazo echándole de nuevo hacia atrás, haciendo que apoyase su espalda en el asiento. Aquella muchacha tenía más carácter del que aparentaba en un primer momento—, no tendríais por qué dar vuestra identidad, simplemente explicarme vuestra versión de los asesinatos, a qué os dedicáis... —Luego se quedó pensativa—. ¿A qué os dedicáis? ¿Perteneceis a una organización secreta? Porque vuestra forma de moveros y luchar, la verdad es que no era la de una persona normal. —Sean miró de reojo a Nathan el cual la miraba asombrado. ¿Le habían dado cuerda?—. ¿Para quién trabajáis? ¿O lo hacéis por libre? —Naomi se quedó callada de nuevo esperando una respuesta, pero esta no llegaba—. Joder —susurró—. Jamás voy a conseguir una buena historia —se quejó.

Sean la miró fijamente y suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Vale, de acuerdo... —siguió diciendo Naomi—. No hace falta que me lo expliquéis todo, pero podría haceros preguntas y vosotros me respondéis afirmativamente o negativamente, solo eso... ¿de acuerdo? —Esperó de nuevo a recibir una respuesta. Ryan se giró hacia atrás para observarla y miró a sus dos compañeros. Le hizo gracia ver que Nathan miraba de reojo a Sean, el cual la observaba fijamente como si no diese crédito—. ¿Eso es un no? —Sean finalmente miró a Ryan y puso los ojos en blanco.

—No —acabó diciendo mientras se pasaba la mano sobre los ojos.

—¿Por qué no? —protestó.

—Porque no —volvió a decir con un tono más desquiciado.

Ella permaneció callada unos segundos.

—¿Entonces cómo pretendéis que me fie de vosotros?

—Pues no lo hagáis —comentó Sean armándose de paciencia.

—Ya, y tengo que fiarme y creerme entonces lo que decís. Que Donovan es un asesino y vosotros intentáis atraparlo... —Sean resopló y se pasó la mano por los ojos como si su paciencia se agotase—. Si no me explicáis lo que ocurre no sé si lo que decís es verdadero o falso.

—Pues piensa lo que quieras.

Ella miró en dirección al hombre que le estaba hablando.

—¿Sí?

—Sí.

—Vale, pues también podría pensar... —comenzó a decir en un tono algo más alto, como si estuviese enfurecida— que las fotos que me ha dado Donovan contienen las imágenes de los asesinos y vosotros no queréis que las vea. Primero, porque queréis saber su identidad para ir a atrapar a esa persona o segundo, porque en esas fotos salís vosotros.

Sean la miró pensativo, al igual que el resto. Desde luego había pensado bien, aquella muchacha no tenía un pelo de tonta.

—Escucha bien lo que te voy a decir —acabó diciendo Sean en una voz excesivamente grave, a modo de orden—. Si quieres mantenerte con vida, no vuelvas a ver a Donovan. Es muy peligroso.

Pero Naomi miraba en su dirección sin mover un ápice de su cuerpo.

—Ya veremos —pronunció—. Está claro que yo tengo que ganarme la vida... si no me dais vosotros una noticia tendré que arreglármelas.

—Argggggg... Eres desquiciante —susurró Sean.

Naomi volvió a girar su rostro hacia él.

—¿Qué? —preguntó Naomi. Sean colocó sus manos hacia delante, cerca de su rostro en posición de puños, como si estuviese a punto de golpear contra algo—.

Quizás Donovan podría ayudaros... —sugirió calmadamente, sin saber el estado de nervios en el que se encontraba el hombre a su derecha—. Si me ofrecéis vuestra colaboración y una entrevista podría llamar a Donovan y quedar con él de nuevo...

—No hará falta, ya nos apañamos nosotros solos —intervino Ryan sonriente al ver que Sean la daba por imposible y se giraba hacia la ventana mientras negaba con su rostro—. Pero gracias por eso.

Naomi resopló. ¿Qué? ¿No iba a poder sacarle nada de información? ¡Oh! Aquello era desquiciante. Al menos le había quedado claro que esas personas no le iban a hacer daño ninguno, al contrario, parecían soportarla bastante bien, lo cual era algo raro para ella. Era la primera vez que se topaba con ellos, o al menos eso creía, pues tenían su rostro cubierto y ahora le habían puesto una venda en los ojos. Estaba claro que querían permanecer en el anonimato. Se rascó la frente, pues la venda que le habían puesto sobre los ojos era algo gruesa y parecía de lana. Notó de nuevo cómo el hombre a su lado bajaba su mano impidiendo que se rascase.

—Quieta —susurró.

—Es que me pica —se quejó ella intentando deshacerse de su mano para poder rascarse.

Sean chasqueó la lengua, pero igualmente siguió sujetando su mano hasta que ella pareció dejar de forcejear y estarse quieta.

—Bien y... —siguió hablando, ajena a que Sean ponía los ojos de nuevo en blanco—. ¿Por qué me quitasteis las fotos de mi piso? —Sean volvió a resoplar mientras miraba a sus compañeros reírse. Aquella muchacha tenía un gran valor, y era una cotorra.

—Eh —dijo Sean en un tono más alto, fingiendo que hablaba con otro de sus compañeros—. ¿Tenéis una mordaza por ahí?

Naomi se giró hacia él con los labios apretados en señal de enfado. Pareció quedarse callada, con la espalda recta unos segundos aunque luego se encogió de hombros al ver que no le ponían ninguna mordaza.

—Es que podría ayudaros... —se acabó quejando—. ¿No os dais cuenta? Podría ser un contacto vuestro... tengo acceso a mucha documentación...

—Nosotros tenemos más —respondió Nathan.

Naomi se giró directamente hacia él.

—¿Y quién os la suministra? ¿Trabajáis entonces para una organización secreta gubernamental? ¿Hicieron experimentos con vosotros y por eso tenéis esas habilidades? ¿O acaso estáis intentando dismantelar...?

—La mordaza, por favor —inquirió Sean.

A lo que ella se giró enfurecida hacia él.

—Eso, va... ponme una mordaza —le retó.

—Eh, ese genio... —se mosqueó—. Estamos intentando ser amables contigo.

—Pues responded a mis preguntas —volvió a gemir.

Ryan se giró de nuevo con los ojos en blanco.

—¿Quieres respuestas? —preguntó algo desquiciado—. De acuerdo. —En ese momento recibió una mirada enfurecida de Sean—. ¿Qué más da? —preguntó hacia él, luego la miró hacia ella—. No va a callarse.

—Pues cállate tú —comentó Sean de malos modos.

—No pienso callarme —reaccionó rápido ella—. No, no voy a hacerlo. Y según mis cálculos si me lleváis a mi piso os queda como media hora de viaje, así que... No, no pienso callarme...

Sean se pasó una mano por los ojos como si la situación le superase.

—Está bien —pronunció Ryan—. Tú lo has querido. —Se inclinó un poco más hacia ella—. Ni tú ni nadie es consciente de la batalla que se está librando...

—¿Qué batalla? —preguntó rápidamente.

Sean volvió a fusilarlo con la mirada.

—Los hombres lobos y los vampiros van ganando terreno... —pronunció en tono siniestro— cada vez son más...

—Pero bueno, ¿tú estás loco o qué? —gritó Naomi de los nervios. Lo que le faltaba, encima le iban a tomar el pelo—. No tiene ninguna gracia.

—¿Querías respuestas no? —bromeó Ryan.

—¡Pero respuestas coherentes!

Sean resopló.

—¡Callaos los dos ya! —acabó gritando Sean. Luego señaló hacia Ryan—. Tú, vista al frente. —Señaló a su compañero—. Y tú... señorita... —dijo mirando hacia ella mientras ella miraba de un lado a otro— o te quedas callada de una vez o te prometo que pienso ponerte una mordaza.

—No es justo —protestó como si fuese una niña pequeña—. Para una vez que puedo conseguir una primicia y venís vosotros y me la estropeáis. No tengo bastante con ser una fracasada, con que Sean me diga lo mismo... —En ese momento se quedó callada. Sean le observó de reojo aguantando la respiración mientras recibía la mirada preocupadas de todos—. Oye, ¿conocéis al forense de Brooklyn?

Todos ellos se miraron, sin saber cómo responder a eso. Sean la contempló mientras notaba todos sus músculos en tensión.

—No, ¿por? —preguntó.

—Por nada —susurró pensativa—. Es simplemente que me insistió en que dejase el caso...

—¿Y tú no le hiciste caso? —preguntó Brad divertido mientras tomaba un desvío.

Naomi seguía pensativa.

—¿Y decís que no lo conocéis? —insistió—. Él me insistía mucho en que no me metiese en esto, y vosotros hacéis lo mismo —acabó dándole a su voz un tono siniestro.

—Quizás porque es realmente peligroso.

Ella se quedó callada de nuevo, recapacitando con su rostro hacia abajo, de repente lo ascendió girando su rostro hacia Sean.

—O porque todos queréis ocultarme algo —acabó diciendo con un tono un tanto gélido, lo cual hizo que Sean volviese a apretar sus manos convirtiéndolas en puños.

—Se acabó. Eh... —comentó dando un golpecito en el brazo de Ryan—, dame algo con lo que amordazarla...

Ryan se giró y lo miró con una ceja alzada.

—Vamos, tío, no...

—¿Estoy diciendo algo que no quieres oír? —preguntó picajosa mientras movía la cabeza de un lado a otro—. ¿Por eso quieres amordazarme? La verdad ofende eh... eh...

—Aaaaaa... —Luego se aproximó a ella—. Señorita Hunt —dijo adoptando un tono de voz más grave del que pretendía—, será mejor que no me tiente. Cállese de una vez.

Quizás fue la energía con la que pronunció aquellas palabras, el tono de voz, pero observó cómo se mordía el labio y echaba de nuevo la cabeza hacia abajo.

Pareció suspirar un par de veces y tragar saliva. ¿Quizás estaba siendo muy cruel con ella? Estaba de los nervios, no solo por verla acercarse a un lobo, sino por ver hasta dónde había llegado. Se estaba introduciendo en un mundo del que no era consciente, un mundo lleno de peligros donde no quería que estuviese. Pero allí estaba, haciendo caso omiso de lo que le había dicho los anteriores días como forense y ahora como presunto secuestrador, le daba exactamente igual. Desde luego llevaba la profesión grabada a fuego, aunque también debía tener en cuenta que ella no sabía realmente a lo que se enfrentaba. ¿Un asesino? No, aquello era mucho peor, no era un asesino humano, sino un lobo, podía asesinarle y además convertirte en uno de ellos. Él lo había comenzado a experimentar, hacía prácticamente un año cuando en una de sus batallas un lobo le había arañado, había notado el veneno comenzar a recorrer sus venas quemándole, por suerte, sus compañeros estaban cerca y le habían suministrado el antídoto a tiempo, pero ¿qué hubiese pasado si no hubiesen tenido el antídoto? ¿Acaso no era peor convertirse en un lobo que la propia muerte?

No pudo evitar observarla, con su cabeza agachada en una actitud esta vez tan sumisa que notó cómo el corazón se le aceleraba, los nervios que le habían hecho comportarse de una forma tan irracional hacía escasos segundos por verla a ella junto a un lobo desaparecían y sin embargo, aparecía un sentimiento mucho más fuerte, pero a la vez no tan impulsivo. Necesitaba protegerla, mantenerla a salvo.

Contempló su cabello largo cayendo sobre un pecho que respiraba algo más rápido de lo normal y sintió deseos de abrazarla, de decirle realmente lo que ocurría allí, de prevenirle de que aquel hombre no era de fiar, que podía hacerle mucho daño, pero ¿qué pasaría si se lo dijese? ¿Si descubriese que era él quien estaba sentado a su lado?

Tragó saliva y no pudo evitar pasar la mano por sus ojos y suspirar. Aquello era complicado, demasiado.

Se pasó observándola varios minutos hasta que coincidió la mirada con Nathan, el cual arqueaba una ceja hacia él. Puso los ojos en blanco y giró su rostro hacia delante para observar que Ryan lo observaba sonriente y luego le hacía morritos de nuevo, imitando que le daba un beso.

Sean suspiró y se sentó correctamente en su asiento. Desde luego sus compañeros no pensaban darle tregua, pero aquello en cierto modo no le importaba, lo que tenía realmente importancia era lo que había ocurrido. Naomi reuniéndose con lobos.

Tras un cuarto de hora Brad giró a la derecha tomando el desvío para ir dirección a Brooklyn. Naomi aún permanecía callada, aunque de vez en cuando elevaba su rostro cuando giraban hacia un lado o hacia otro.

Brad fue afinando la marcha hasta que se detuvo frente al bloque de pisos de Naomi. Todos se pusieron de nuevo los pasamontañas y Sean abrió la puerta del todoterreno cogiéndola del brazo. Naomi se llevó de nuevo la mano hacia los ojos pero le detuvo de inmediato.

—Aún no —dijo cogiéndola por la cintura y bajándola. La depositó sobre el asfalto y esperó a que guardase el equilibrio para soltarla—. Cuenta hasta sesenta y después quítate la venda —dijo mientras la observaba. Ella puso cara de disgusto—. Y no te metas en más líos —le previno mientras colocaba el bolso en su hombro, al que ella se cogió rápidamente.

Ella arrugó su frente y se cruzó de brazos.

—Uno, dos, tres, cuatro... —comenzó a contar en voz alta como si le provocase.

Sean le dio un último vistazo, incrédulo, y se subió de nuevo en el todoterreno.

—Arranca —ordenó mientras se quitaba el pasamontañas y observaba hacia atrás, a través de la luna trasera de su vehículo. Pudo ver cómo ella no esperaba a contar hasta sesenta, nada más escuchar que el todoterreno arrancaba se quitó la venda y la tiró sobre el asfalto de malos modos en dirección al todoterreno.

—¡Cabrones! —Escuchó que gritaba.

Sean arqueó una ceja mientras notaba la mirada de todos sus compañeros clavadas en él.

—No, a ver... si parece buena chica. —Comenzó a reírse Ryan—. Pero menudo carácter tiene.

—Y menuda cotorra está hecha —acabó la frase Sean sin perderla de vista, observando cómo elevaba su puño hacia el todoterreno sin dejar de insultarlos.

Naomi se desahogó a base de bien hacia ese todoterreno que giraba la esquina derrapando. Los nervios que había acumulado durante aquellas últimas horas salieron a relucir a través de su boca y de movimientos nerviosos de sus brazos. Había visto alejarse a aquel todoterreno negro, y hasta ese momento, no había sido consciente de ello, hasta verle alejado. Aquel todoterreno era el mismo que había visto en sus fotos.

Se calmó finalmente y descendió los brazos agarrando su bolso. Suspiró y miró hacia su portal. No tenía ganas de llorar, estaba indignada.

Subió al ascensor mientras rebuscaba en su bolso las llaves. Malditos fuesen aquellos hombres. Le habían chafado su gran descubrimiento, pero por otro lado, aunque ellos se hubiesen negado a darle cualquier respuesta a sus preguntas, sí había obtenido algo de información.

Abrió la puerta de su domicilio y no pudo evitar mirar de un lado a otro, asegurándose de que estaba todo en orden. De acuerdo, aquel mismo grupo que la había llevado a su piso había entrado en su vivienda para quitarle las fotos, fotos en las que aparecía el todoterreno con el que la habían traído, y antes, había podido ver dos. Y ahora, le habían quitado las fotografías que Donovan iba a entregarle. Demasiada coincidencia. Estaba claro que aquel grupo de hombres estaban metidos hasta el

fondo en esos asesinatos, pero había algo que se le escapaba.

Por un lado decían que Donovan era un asesino, sin embargo, las fotografías que él le había suministrado se veía claramente el todoterreno y un grupo de gente, bien podían ser ellos. Aunque... ¿un asesino le prevendría para que no se reuniese con otra persona? ¡No! La mataría, y ellos, dentro de lo que cabía, habían sido cordiales con ella.

Y luego estaba la forma en las que les había visto moverse, luchar... era extraño. Fue hasta el comedor, depositó el bolso sobre la mesa, cogió su móvil y se tiró sobre el sofá.

Observó que tenía unas llamadas. Sean. Sean Coleman le había llamado un par de veces aquella tarde. Notó cómo el corazón se le disparaba y en ese momento recordó cómo ayer había estado a su lado, cómo había entrado en el piso para asegurarse de que no había nadie, cómo la había abrazado cuando había bajado asustada... Tragó saliva y se sentó correctamente. Quizás debería llamarle y explicarle lo que había ocurrido pero ¿se había vuelto loca? Él le había prevenido de ello, de que era un asunto peligroso. Recordó la voz de Donovan: él sabe más de lo que aparenta. ¿Quizás se refería a todo esto?

Inspiró y se apoyó contra el sofá observando el nombre de Sean en la pantalla de su móvil. Quería investigar, pero ayer le habían quitado el ordenador, al menos había comprobado que el pendrive con las fotografías escaneadas seguía dentro de la lechuga. Nadie debía saber que estaba allí, y así debía seguir.

Tragó saliva mientras observaba el nombre de Sean y en ese momento dio rienda suelta a todos los nervios que había acumulado las últimas horas. Ahora que se relajaba los nervios fluían. Una lágrima comenzó a descender por su mejilla. Tenía que intentar calmarse, aunque así al menos se desahogaría.

¿Qué debía hacer? ¿Llamar a Sean? ¿Explicarle lo ocurrido? Quizás él pudiese despejar aquellas dudas, pero por otro lado... sabía lo que ocurriría, él no quería que investigase aquello, además, ¿qué iba a decirle? He quedado con mi fuente para que me diese una documentación y ha aparecido ahí un grupo con unas extrañas habilidades, con pasamontañas. Luego me han metido en su vehículo, que justamente coincide con el de las fotografías que mi fuente me pasó y me han traído a casa.

Arrugó su frente y suspiró. No, mejor que no dijese nada de aquello, pero por otro lado necesitaba compañía, y no sabía de nadie mejor que él para sentirse protegida.

De acuerdo, llamaría a Sean. Pero primero, debía llamar a Carla para informarle que se encontraba bien, seguro que debía estar preocupada.

Ryan se giró hacia Sean y le sonrió de forma divertida.

—Habla más que Evelyn, y ya es decir, ¿eh?

Sean suspiró y observó cómo se acercaban a la nave industrial. Estaba enfadado, enfadado porque aquella muchacha se hubiese expuesto a un peligro tan claro, pero por otro lado se encontraba tranquilo al saber que ella en ese momento se encontraba en casa. Menos mal que la habían seguido, si no, vete a saber cómo hubiese acabado aquella noche. El vello se le puso de punta y el corazón comenzó a palpitarle más fuerte. Aquella muchacha no salía de su mente y pensar que podía haberle ocurrido algo le hacía prácticamente enloquecer.

Brad aparcó el todoterreno en el garaje y apagó el motor. Esperó a observar cómo del otro todoterreno bajaban a los dos prisioneros que habían hecho con los ojos vendados y Christopher los llevaba hacia el ascensor.

—Y es guapa, Sean.

—Y te protegía... —Volvió a reír Ryan mientras salía del todoterreno.

Sean prefirió no decir nada. Ya sabía de qué iba todo esto. Primero había sido con Josh, luego con Brad, le habían seguido Ryan, Jason y Nathan, y ahora era su turno. Parecía que cada vez que una mujer se inmiscuía en la vida de uno de ellos era objeto de burla y bromas entre los compañeros.

Cerró la puerta con un ligero portazo y se cruzó de brazos mientras observaba al resto de sus compañeros descender del todoterreno. Josh lo observó un segundo y sonrió hacia él. ¡Oh, no!, sabía lo que significaba aquella sonrisa. Todos parecían estar a punto de sacar el tema y martirizarle pero se sorprendió cuando Josh se cruzó de brazos frente a ellos y señaló hacia Nathan.

—¿Crees que Samantha podría localizar a Donovan?

Nathan se encogió de hombros y aceptó con su rostro.

—Se lo preguntaré.

Recordaba que la última vez había logrado localizar unos pisos donde se encontraban escondidos los vampiros con la ayuda de Evelyn y su don de la videncia, aunque estaba claro que para los nuevos compañeros, Evelyn era simplemente la novia de Ryan. Lo habían mantenido oculto para que así la pareja pudiese permanecer unida, de lo contrario, Evelyn tendría que haberles abandonado e ir al Pentágono a recibir una formación.

—Bien, que se ponga a ello —le comentó.

Automáticamente, Nathan se giró y fue hacia el ascensor. Sean se cruzó de brazos y se apoyó contra el todoterreno de forma relajada, aunque al momento notó cómo sus músculos se contraían cuando Josh torcía su rostro hacia él, seguido por gran parte de sus compañeros.

—Tu amiguita es una temeraria —susurró.

Sean se removió algo incómodo.

—No sabe a lo que se enfrenta —intentó excusarla.

—Bueno, ahora creo que se ha hecho una idea —comentó con voz grave. Luego lo observó fijamente—. ¿Crees que representa una amenaza?

Sean puso su espalda recta y lo observó fijamente.

—¿A qué te refieres? —Arqueó una ceja hacia él.

—Es periodista. Podría escribir un artículo, ya sabes.

Sean resopló y volvió a colocarse apoyado contra el todoterreno.

—No creo que lo haga. La tomarían por una loca.

Ryan hizo un gesto con su rostro como si no estuviese muy seguro.

—No sé qué decirte, Sean. La verdad es que la muchacha parecía estar impaciente por escribir un artículo sobre nosotros.

—Sí, y tú le has dado unas buenas pistas explicándole lo de los hombres lobos y vampiros... —Le señaló con el dedo mientras elevaba un poco más la voz.

Al momento recibió una mirada de desaprobación de su jefe. Ryan tendió los brazos hacia él.

—Era en plan de broma, jefe. —Rio nervioso—. De hecho Naomi ha desechado la idea al momento. Me ha dicho que estoy loco.

Josh puso los ojos en blanco y volvió su atención de nuevo hacia Sean. Lo contempló fijamente unos segundos y finalmente suspiró.

—Adrien —llamó a su compañero—. Quiero que tengas vigilado el ordenador de su trabajo. Los enlaces a los que entra. Las web que visita. Los documentos que escribe... Todo.

—Por supuesto.

—Respecto a ti —siguió Josh esta vez señalando hacia Sean—. Haz el favor de coger y...

Un sonido inundó la habitación. Todos llevaron la mano hacia su cinturón de donde colgaba el teléfono móvil.

Sean lo cogió.

—Es el mío —dijo observando la pantalla—. Naomi —susurró—. Me está llamando —gritó.

—Cógelo —le devolvió el grito Josh.

Ryan abrió los ojos como platos.

—Quizás sepa que eres tú uno de los...

—¿Cómo va a saberlo? —le interrumpió Sean mientras la melodía seguía sonando.

—Puede que te haya reconocido la voz —contestó rápidamente.

—No lo creo —intervino Brad en la conversación de forma acelerada—. La muchacha estaba demasiado nerviosa como para ponerse a pensar en si la voz le sonaba o no.

—¡Cógelo! —le gritó Josh de los nervios—. Y pon el manos libres.

—¿El manos libres?

Josh le señaló con el dedo intentando intimidarlo, pero no consiguió nada. Ya había demasiada confianza entre ellos, así que lo único que recibió Josh fue una mirada de desaprobación de Sean, aunque igualmente al descolgar, pulsó el botón para poner el manos libres.

—¿Sí? —preguntó Sean mientras todos se colocaban a su lado para escuchar la conversación. No le gustaba nada aquello, tener que hablar con Naomi delante de todos, prefería gozar de algo de intimidad.

—Hola, Sean, ¿qué tal? —preguntó Naomi a través de la línea.

—Hola, bien, ¿y tú? —preguntó encogiéndose de hombros y mirando a sus compañeros sin saber bien qué decir.

Naomi tardó unos segundos en responder.

—Bien. —Se mantuvo callada unos segundos mientras Sean intercambiaba miradas nerviosas con el resto de sus compañeros, aguantando el dispositivo móvil en la palma de la mano—. He visto que me has llamado antes —acabó diciendo con un hilo de voz.

Sean inspiró intentando calmarse y observó que Josh le indicaba con la mano que siguiese hablando.

—Sí, te he llamado por si no estabas ocupada y querías ir a cenar. —Se encogió de hombros—. Pero no lo has cogido. ¿Te he pillado en mal momento? —preguntó mientras Josh le indicaba con el pulgar un ok.

—No, bueno... mmmmm... —Dudó un poco—. Tenía una reunión de trabajo.

—¿Y ha ido bien? —preguntó con inocencia mientras observaba cómo Ryan sonreía.

—No ha sido como esperaba. —Luego le siguió un suspiro.

Observó cómo Josh comenzaba a gesticular hacia él como si quisiera decirle algo por señas. Sean lo observó confuso y comenzó a hacer gesto, conforme que no lo comprendía.

—¿Qué dices? —le susurró. Luego miró hacia su móvil—. Un segundo, Naomi.

—De acuerdo.

Automáticamente tapó con su mano el auricular.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó de malos modos.

—Queda con ella.

Sean lo miró confuso.

—¿Ahora? Son las once.

Josh se acercó más a él.

—Por si no lo recuerdas aún tiene en su poder fotografías en un pendrive —le recordó, rozando el susurro.

—Vosotros examinasteis su piso, ahí no había nada. Puede que se lo haya inventado. —Luego puso los ojos en blanco—. Bueno, no creo que se lo haya inventado.

Es periodista —acabó diciendo de malos modos.

—Ve —ordenó—. Necesitamos saber lo que le ronda por la cabeza. —Sean se movió incómodo y resopló.

Apartó la mano del altavoz y miró fijamente a su jefe.

—Naomi, perdona, ya estoy aquí.

—¿Te he pillado en mal momento?

—No, para nada. Oye, ¿has cenado?

Pudo notar cómo Naomi parecía suspirar a través de la línea.

—La verdad es que no.

—¿Quieres ir a cenar? —preguntó rápidamente.

Ella pareció dudar.

—La verdad es que estoy cansada, no me apetece salir... —Sean puso cara de fastidio— pero si quieres podemos cenar algo aquí en el piso.

Todos comenzaron a afirmar efusivamente con su rostro.

—Así buscas el pendrive —le susurró Ryan.

Sean lo fusiló con la mirada y se llevó la mano a sus labios indicándole que guardase silencio.

—Claro, me parece perfecto. Yo también estoy agotado. ¿Te va bien si voy dentro de una hora aproximadamente?

—Perfecto, nos vemos luego.

—Hasta luego —pronunció Sean. Automáticamente pulsó el botón y elevó su mirada. Todos sus compañeros le observaban con una sonrisa.

—Oh, por favor —medio gritó molesto por aquella actitud. Se giró y fue directamente hacia el ascensor. Necesitaba darse una ducha y arreglarse, pero sobre todo necesitaba hablar con Naomi y aclarar unas cuantas cosas. Aquello no podía seguir así.

—Bien, el resto... —comentó Josh hacia sus compañeros— tenemos unos interrogatorios que hacer —dijo frotándose las manos.

Donovan tiró su abrigo con capucha sobre el asiento, haciéndolo volar varios metros por el aire. Se giró y observó a sus leales súbditos. Habían alquilado un piso en un barrio tranquilo a nombre de uno de sus mejores amigos, de esta forma conseguían pasar desapercibidos. El piso no era muy grande, pero le permitía juntarse con el resto de sus compañeros lobos.

Observó a cada uno de sus lobos, cómo sus miradas se tornaban agresivas, cómo apretaban los puños mientras permanecían rodeándolo, conteniendo la ira que habían sentido al ver que mataban a unos cuantos compañeros. Aún eran suficientes para poder ganar aquella batalla, para conseguir quedarse con aquel territorio. Desde que hacía unos meses los vampiros habían asesinado a sus compañeros en aquel edificio se habían dedicado a trazar un plan. Posteriormente, aquel grupo de cazadores habían derrotado prácticamente a los vampiros, así que ellos ya no representaban una amenaza, aunque sí lo seguían siendo los cazadores, y acabarían con ellos, costase lo que costase.

Contó a sus compañeros, en aquel momento eran once, pero por suerte podían incrementar su número rápidamente, y eso es lo que pensaba hacer.

Uno de los jóvenes lobos dio un paso hacia él, con la mandíbula apretada.

—Han matado a Damon —gritó.

Donovan elevó su mano hacia él con actitud condescendiente.

—Calma, muchacho.

—¿Que nos calmemos? —gritó otro—. Hay que atacar. ¡Hay que matar a cada uno de esos cazadores o acabarán con todos nosotros!

—Shhh... —Seguía con su actitud tranquila y reflexiva. Observó a cada uno de ellos y dio un paso adelante—. La periodista ha perdido la documentación y dudo mucho que logre publicar un artículo... los cazadores andan detrás de ella también, la tienen vigilada.

—¡Pues hay que cambiar de plan! —gritó otro de los lobos convirtiendo sus manos en puños—. ¡Este no está funcionando! Al contrario. ¡No hacemos más que tener bajas!

Donovan permaneció con la mirada fija en él.

—Hablemos con los vampiros —sugirió otro de los lobos—. Llevemos a cabo esta alianza.

Donovan comenzó a reír ante la atenta mirada de todos.

—¿Con los vampiros? —preguntó de forma irónica, luego adoptó un rostro serio—. Después de la última matanza que hicieron los cazadores deben quedar unos cuatro o cinco en este territorio.

—Pero si nos unimos de nuevo a ellos podemos...

—¡Callaos! —gritó Donovan perdiendo la paciencia totalmente—. Pedazo de inútiles —susurró—. Los vampiros están aterrados con este grupo de cazadores, de nada servirá aliarnos con ellos otra vez. No, esto hay que hacerlo de forma individual. Fue idea de los vampiros contactar con esa periodista, hacer que todo saliera a la luz para forzar a los cazadores a abandonar este territorio, ¿pero que hemos conseguido? Ni un vampiro muerto y dos lobos más asesinados. —Los miró fijamente—. No, cada uno debe mirar por sus intereses.

Aquello pareció hacer reflexionar a sus compañeros.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó uno de los más jóvenes, ansioso de venganza—. ¿Abandonamos la idea de publicar con esa periodista y pasamos directamente a la batalla?

Donovan sonrió maliciosamente.

—Mi pequeña manada —susurró como si se tratase de un padre que observa orgulloso a sus hijos—. ¿No os dais cuenta? Esa periodista es la clave de todo. La tienen vigilada, no permitirán que una inocente sufra daño alguno.

—¿Quieres que la capturemos para atraerlos y matarlos?

Donovan volvió a sonreírle.

—¿Y correr nosotros el riesgo otra vez? —preguntó de nuevo irónicamente—. No. Creo que es hora de que demos nuestra superioridad. —Miró hacia uno de sus lobos—. Contacta con los vampiros y diles que se encarguen de la periodista, por lo que he escuchado en las conversaciones telefónicas dispone de copias de las fotografías y en una de ellas sale el cadáver de un vampiro. No creo que los vampiros quieran que eso salga a la luz. Eso mantendrá distraídos a los cazadores.

Uno de los lobos, el más joven dio un paso hacia él.

—¿Distraídos para qué?

Donovan convirtió su rostro serio en una sonrisa maliciosa.

—Mientras aumentamos nuestra familia —susurró de forma aterradora hacia el resto de su pequeña manada.

Naomi se había sentado en su sofá tras darse una ducha. Se había puesto unos tejanos y una camiseta de color lila. Mientras se había dado la ducha había pensado en todo lo que había ocurrido, en lo que le dijeron aquellos seres que la habían llevado a su casa. Ellos le habían robado en la vivienda, y eso... Eso le daba qué pensar. Obviamente, lo que había en aquellas fotografías era de importancia para ellos. Debería revisarlas en cuanto dispusiese de un ordenador, pues el suyo se lo habían quitado, ahora bien... disponía de su móvil con datos para investigar por Internet. Sabía que no podía fiarse de lo que se encontraba en Internet, pero eso era lo de menos, ahora tenía otra perspectiva de la realidad, había visto cosas que jamás hubiese creído, así que lo que pudiese encontrar por la red, quizás no fuese tan descabellado.

Se había secado el cuerpo, recogido el cabello en una cola alta y se había sentado en el sofá con su móvil. Suspiró y abrió el buscador de Internet. Se quedó pensativa durante unos segundos y puso las palabras: *persona rápida y fuerte*. Al momento un montón de webs se abrieron, pero la mayoría hablaban de hacer deporte, de cómo incrementar la masa muscular.

Suspiró y se medio tumbó en el sofá. Borró esas palabras y puso: *personas con poderes extraordinarios*. Se abrieron un montón de webs hablando de personas que parecían disponer de extrañas habilidades, una niña que podía describir lo que había frente a ella con los ojos cerrados, otra que decía mover las cosas con la mente... Pero no era eso lo que buscaba. Lo que ella quería saber era quiénes eran esas personas, por qué podían moverse de aquella forma, por qué parecían tener aquella fuerza... sin embargo, parecían personas normales. Al menos eso pensaba, pues no les había visto el rostro.

Puso las palabras: *¿Qué poderes sobrenaturales existen?* Leyó atentamente y vio que una de las primeras webs parecía dar una lista con los poderes sobrenaturales que se podían adquirir, pero fue otra web la que le llamó la atención. *¿Cómo obtener poderes sobrenaturales?* Abrió la web y leyó atentamente, tenía que prestar atención a sus sueños, meditar... Oh, por Dios, ¡aquello no es lo que buscaba! Para una vez que estaba dispuesta a abrir la mente y darle un voto de confianza a lo que encontrase por Internet no encontraba nada que fuese de su interés.

Se mordió el labio y borró aquellas palabras. Pensó en aquellas personas. Era un grupo, no había contado cuántos habían pero podía asegurar que más de ocho. Puso las palabras: *Asociación secreta con poderes extraordinarios* y le dio a buscar, pero de nuevo no había ninguna web que le interesase. Suspiró y depositó el móvil sobre la mesa con un ligero golpe. Aquello era inútil. Se removió en el asiento y colocó una mano en sus ojos para que la luz del foco no le cegase.

Lo que había vivido aquella noche había sido increíble, sin embargo no estaba asustada, sino sorprendida. *¿Quién era realmente Donovan?* Lo había visto alejarse también a una velocidad increíble. Y aquellos perros o lobos... Luego recordó unas palabras que había dicho uno de los hombres que le habían llevado a su piso: "Ni tú ni nadie es consciente de la batalla que se está librando".

¿Qué batalla? —había preguntado—. Los hombres lobos y los vampiros van ganando terreno... cada vez son más...

Naomi abrió los ojos como platos. De acuerdo, aquello sonaba a película de terror pero aquellos perros, lobos... lo que fuesen aquellos enormes animales no se asemejaban a nada de lo que había visto anteriormente, la velocidad con la que se movían, la agresividad... Suspiró y miró de nuevo su móvil. Dudó un poco antes de poner las siguientes palabras *"Hombres lobo reales"*. Tragó saliva y le dio al intro. Al momento aparecieron un montón de enlaces. Leyó atentamente y entró en uno.

La web lo definía como una criatura legendaria presente en muchas culturas a lo largo del mundo. Sus características eran la ferocidad, la fuerza, la astucia y la rapidez. Tragó saliva al recordar aquellos movimientos tan rápidos, la velocidad con la que habían recorrido los metros que los separaban del bosque. Pero algo le llamó la atención, el mito más universal de todos junto al de los vampiros. Tragó saliva y recordó a aquellos hombres que habían aparecido en el descampado. Se habían movido igual que aquellos animales, con una fuerza y rapidez que ningún humano podría llegar a alcanzar nunca. Suspiró y recapacitó sobre ello. El hombre del coche le había dicho que había una batalla... que los hombres lobos y los vampiros cada vez eran más. ¿Podía ser aquello cierto? Se quedó pensativa mirando un punto fijo en la pared de enfrente, reflexionando sobre lo que había leído. ¡No! ¿Se había vuelto loca? Una risa histórica inundó su garganta.

—Vamos, Naomi —se dijo a sí misma mientras depositaba de nuevo el móvil en la mesa esta vez con más cuidado—. Pensaba que tenías más cabeza. —Se recriminó. Pero algo en su mente le decía que tampoco era tan descabellada aquella teoría.

Se pasó la mano por la frente y botó en el asiento cuando escuchó el interruptor de su puerta. Se levantó de inmediato y la contempló.

¡Sean! Por Dios, casi había olvidado que venía a cenar, y no tenía nada hecho.

—Idiota —susurró mientras daba unos pasos rápidos hacia la puerta y cogía el interfono—. ¿Sí?

—Hola Naomi, soy Sean.

—Hola. Sube —dijo apretando el botón del interfono. Colgó y al momento observó su piso. Bueno, estaba decente, aunque no perfecto. Mierda, la cena. Iba a ir hacia la cocina a coger la propaganda para que trajeran comida a domicilio cuando el timbre sonó. Suspiró y deshizo el camino. Vamos Naomi, cálmate... él no sabe nada, y mejor no explicarlo. Él no quería que quedases con Donovan, que siguieses con esa investigación... pero aquello le hizo arrugar su frente mientras abría la puerta de su domicilio.

Sean permanecía con las manos en sus bolsillos, mirándola de forma sonriente. Naomi no pudo menos que tragar saliva. Aquel hombre no tendría que haber sido forense, tendría que haber sido modelo. Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos y unos vaqueros azul oscuro, con un cinturón ancho y hebilla plateada. En su brazo reposaba una chaqueta de entretiempo color negro. Se quedó durante unos segundos petrificada ante semejante visión hasta que logró reaccionar y se desplazó a un lado para indicarle que entrase.

—Hola Sean. Pasa. —Le invitó de forma amable.

Sean entró y ella no pudo evitar fijarse en aquel escultural trasero mientras avanzaba hacia el comedor.

Se pasó la mano por el cabello. Mierda... debería haberse arreglado algo más. Sean se giró, aún con las manos en los bolsillos y se encogió de hombros mientras sonreía.

—¿Qué hay de cenar? Tengo hambre. —Luego arqueó su rostro hacia un lateral con una ligera sonrisa.

Ella tragó saliva y acabó sonriendo mientras pasaba por su lado y se dirigía a la nevera.

—Pensaba pedir algo de comida a domicilio —susurró intimidada—. ¿Te apetece unas pizzas?

—Me gusta la pizza.

¡Y a ella le gustaba ese hombre! No podía negárselo más veces.

—Bien... mmm... Voy a pedir... Una pizza para dos —dijo pasando por su lado dirigiéndose al comedor para coger el teléfono. Olía extremadamente bien, debía haberse dado una ducha.

Observó cómo Sean miraba de un lado a otro pero no dijo nada. Sin duda la experiencia de aquella tarde le debía haber afectado porque lo único que le apetecía era hundirse entre sus brazos como había hecho la otra noche.

Pidió por teléfono mientras observaba de reojo cómo Sean parecía inspeccionar el piso hasta que depositó de nuevo el teléfono en el cargador de batería.

—Me han dicho que tardan veinte minutos. —Se giró y se encontró con sus ojos directamente, la observaban de forma intrigada. Ella titubeó un poco y finalmente le sonrió—. ¿Quieres tomar algo?

—No, esperaré a la cena.

Ella aceptó.

—Siéntate.

Sean se dirigió al enorme sofá y se sentó mientras ella se colocaba en el otro extremo.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Sean mientras la observaba de arriba abajo.

Ella le sonrió algo nerviosa.

—Bien. —Se encogió de hombros.

—Tienes el rostro cansado —apuntó señalándole con el dedo.

Ella apartó directamente sus ojos de él esquivándolo y se acomodó en el sofá cogiendo el mando de la televisión.

—Es que he estado trabajando.

—¿Hoy? —preguntó fingiendo sorpresa.

—Sí —susurró mientras comenzaba a cambiar de canal buscando algo que la distrajera un poco.

—¿Estabas trabajando cuando te he llamado?

Ella mantuvo la mirada fija en la televisión, notaba que Sean no apartaba sus ojos de ella.

—Tenía que acabar unos artículos —mintió.

—Ah —pronunció, mientras hacía una mueca de fastidio que obviamente Naomi no vio, pues se mantenía concentrada en la televisión. Había esperado que al menos le confiase lo que había ocurrido, quizás así podría alertarla de los peligros que corría y volver a exigirle que se mantuviese alejada de todo aquello, aunque estaba claro que la muchacha no estaba muy por la labor de mantenerse segura—. ¿Y en qué estás trabajando ahora? —preguntó sonriente.

Aunque intentó disimular, Sean pudo observar aquel movimiento algo nervioso.

—Esta semana tengo que ir a una entrega de medallas —explicó, luego lo miró y sonrió—. He estado informándome.

—Ah, sí. Ya me lo contaste —pronunció con voz seca sin apartar la mirada de ella. Maldita muchacha, era más dura de lo que suponía. Esperaba que después de una experiencia así hubiese estado asustada, pero parecía estar más por la labor de disimular.

Sean miró de un lado a otro. Sus compañeros se habían quedado interrogando a los hombres que habían llevado el vehículo hasta el descampado, quizás pudiese facilitarles un domicilio o dónde encontrar a Donovan. Mientras, él tenía que intentar encontrar las copias de las fotografías. Nada más entrar al piso había aprovechado para dar un barrido rápido en busca de aquel famoso pendrive, pero no parecía tenerlo a la vista. Suspiró y torció un poco su rostro para observar el pequeño pasillo que le conducía a unas habitaciones. Se suponía que sus compañeros habían buscado a conciencia y no lo habían encontrado, ¿y ahora él iba a verlo a simple vista?

—¿Te importa si voy un momento al servicio?

—No, claro —respondió acelerada sin apartar la mirada de la televisión.

Sean arqueó una ceja al ver aquella conducta, pero prefirió no decir nada al respecto, se levantó y fue directamente hacia el servicio. Ya sabía dónde estaba. Entró y nada más cerrar la puerta comenzó a investigar los cajones, abrir las puertas. Apartó unos cuantos botes de champú y gel, unos cuantos cepillos... No, ahí no había nada.

Rodó sobre sí mismo visualizando todo el aseo y fue hacia la pequeña ducha. Abrió la mampara y miró en el interior de esta. Resopló mientras la cerraba. De todas formas, ¿creía que iba a esconderlo en una ducha? Lo más seguro es que si ese pendrive existía lo tuviese en el trabajo. Dio unos pasos hacia el espejo y se observó. Quizás lo mejor sería preguntárselo directamente, pero ¿qué iba a decir ella? Se pasó la mano por su cabello corto y suspiró.

Abrió la puerta nada más escuchar cómo alguien llamaba por el interfono. Caminó por el pequeño pasillo y le indicó con la mano que no se moviese del sofá.

—Ya voy yo, tranquila —dijo mientras iba hacia el interfono—. ¿Sí? —preguntó y después pulsó uno de los botones para que la puerta inferior se abriese.

Observó de reojo cómo Naomi abría unos cajones pero se llevó la mano a su bolsillo trasero y extrajo la cartera a la vez que abría la puerta. Pocos segundos después el repartidor aparecía ante él.

—No te preocupes. Tú pones el piso. Yo pago la cena —dijo entregándole un billete al repartidor—. Quédate con la vuelta —dijo mientras le cogía la caja de cartón.

—Gracias, señor.

Cerró la puerta y se giró, pero estuvo a punto de chocar contra Naomi la cual se había acercado para cogerle la pizza. Ella dio un paso rápido hacia atrás quedándose totalmente llamada y bajó la mirada. ¿Pero qué le pasaba a Naomi? Estaba... rara, demasiado rara. Aquella muchacha no solía caracterizarse por mantenerse en silencio, más bien al contrario. Y ahora estaba excesivamente llamada e incluso apartaba la mirada de él.

Sean inclinó una ceja hacia ella mientras pasaba por su lado y depositaba la caja con la comida sobre la barra de la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó girándose hacia ella.

Ella tragó saliva y se dirigió al armario para agarrar un par de platos y vasos.

—Sí. —Se encogió de hombros.

Sean se apoyó contra el mármol y se cruzó de brazos. Estaba seguro de lo que le ocurría. Se mantenía pensativa, seguramente repitiendo en su mente lo que había vivido hacía escasas horas, pero una duda asaltó su mente. ¿Sabía que era él? Sus compañeros le habían advertido. Se quedó pensativo y fue directamente a coger los vasos, platos y cubiertos que había colocado sobre la barra para depositarlos sobre la mesa del comedor. No, no creía que fuese aquello, de lo contrario lo hubiese interrogado nada más entrar por la puerta, de eso estaba seguro, pero ella se mantenía... demasiado esquiva.

Naomi cogió la botella de agua y la dejó sobre la mesa mientras daba miradas furtivas a Sean. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Era demasiado atractivo...

Se sentó en la mesa notando cómo Sean la observaba de vez en cuando, hasta que él tomó asiento a su lado y abrió la caja de la pizza. Quizás fuese el momento de intentar sacarle información, de preguntarle qué le mantenía tan pensativa. Quizás lograra que cantase.

—De acuerdo, ¿qué ocurre?

Ella ascendió su mirada hacia él un segundo mientras agarraba una de las cajas de plástico donde había una enorme ensalada china.

—Estoy algo cansada.

Pero Sean seguía fusilándola con aquella mirada.

—A mí no me engañas... te ocurre algo. —Ella puso los ojos en blanco—. Sabes que puedes contar conmigo, ¿no?

Ella suspiró y se echó un trozo de pizza, luego le pasó un trozo a él.

—¿Se sabe algo del robo de mi piso? ¿Han localizado alguna huella?

—No. No han encontrado huellas de momento. —Ella hizo una mueca de resignación, pero Sean sabía por dónde iban sus pensamientos. Él mismo había admitido en el todoterreno ante ella que habían sido ellos los que habían entrado en su domicilio.

Bien, intentaría aprovechar aquello. Masticó lentamente.

—¿Estás asustada?

Ella se encogió de hombros.

—No mucho. Cada día hay cientos de robos en Nueva York, esta semana me ha tocado a mí —dijo con indiferencia.

Él inclinó una ceja hacia ella y entrecerró los ojos.

—Me dijiste que te habían robado dinero, joyas... las fotografías... —En ese momento Naomi elevó la mirada hacia él—. ¿No?

—Sí.

Sean la observó fijamente y desvió de nuevo su mirada hacia el plato.

—Las fotografías que decías que tenías guardadas en un pendrive... —comentó sin mirarla, aunque notaba que Naomi no apartaba la mirada de él—. ¿Son las que me mostraste a mí?

—Sí.

Sean elevó su mirada mientras masticaba. Naomi lo observaba intrigada.

—¿Dónde las tienes?

Ella puso su espalda recta. Lo observó de forma interrogante y depositó el tenedor en el plato con sumo cuidado. ¿Por qué le preguntaba tanto por las fotografías? Donovan le había dicho que él sabía más de lo que aparentaba, era normal, era el forense, el que había inspeccionado los cuerpos de los fallecidos, pero aquella insistencia por las fotografías... Por otro lado, estaba el grupo de aquellos seres que había conocido aquella tarde, los cuales parecían buscar a Donovan y lo culpaban de ser un asesino en serie y le insistían en que dejase el caso. Se preguntó hasta qué punto le habían dicho la verdad de Sean, hasta qué punto, él sabía algo, y hasta qué punto no conocía a las personas con las que se había topado aquella tarde.

—¿Por qué quieres saberlo? Ya te las enseñé y me las devolviste —dijo mirándolo fijamente.

Sean la estudió durante unos segundos y cogió la jarra de agua echándose en el vaso, después llenó el vaso de ella.

—Me gustaría volver a verlas.

—¿Para?

—Es la escena de un crimen —respondió tranquilo, soltando la jarra sobre la mesa con un ligero golpe.

Naomi puso la espalda recta y aguantó la respiración. Aquello no le gustaba mucho. Tragó saliva y se levantó de la mesa dirigiéndose a la nevera, consiguiendo algo de distancia con Sean. No lo había pensado en el momento que lo había llamado pero ¿hasta qué punto podía estar Sean involucrado en aquello? De hecho, debía haber emitido un informe forense que le había dado a entender al fiscal que el caso debía archivar. Tragó saliva y abrió la nevera buscando una botella de Coca-Cola. No había pensado en aquello hasta ese momento, ¿cómo podía haber sido tan estúpida?

Se giró y observó que él la miraba fijamente. Se movió un poco más hacia el interior de la cocina y abrió el cajón cogiendo un cuchillo. Sean parecía buena persona, pero... estaba claro que no podía fiarse de nadie, y al fin y al cabo, él parecía saber más de lo que aparentaba. Había conseguido que el fiscal archivase el caso gracias al informe forense que había emitido, y ahora, no dejaba de preguntar por las fotografías, de hecho, desde un principio le había insistido con que dejase de investigar aquello. Guardó un cuchillo en el bolsillo de su pantalón disimuladamente. No sabía por qué... pero aquello no le daba buena espina.

—Me robaron el ordenador, así que no hay dónde verlas —dijo desde la cocina.

Sean se levantó y dio unos pasos hacia donde ella se encontraba, colocando las manos en su cintura. ¿Por qué era tan testaruda aquella muchacha? ¿Es que no era ya consciente del grave peligro que corría con aquellas fotografías en su posesión?

—Pero podría verlas en mi ordenador —apuntó él emitiendo una sonrisa despreocupada.

Ella inspiró notando cómo el corazón se le aceleraba un poco. Hacía poco más de una hora que aquel grupo de hombres le habían arrebatado también las nuevas fotografías. Lo miró intrigada. Se mordió el labio y haciendo acopio de todo el valor que le quedaba fue hacia la mesa y se sentó mientras depositaba la botella de Coca-Cola sobre ella.

—No las tengo aquí —mintió. Y en cuanto pudiese sería ella misma la que le echaría otra ojeada, debía haber algo ahí que se le había pasado por alto—. Igualmente —continuó intentando darle un tono más animado a su voz—, ya te dije que había abandonado el caso.

Sean ensombreció su mirada y la observó fijamente.

Aquella actitud le enfadaba. ¡Oh, sí! ¡Y mucho! Conseguiría que la matasen. Durante unos segundos barajó la idea de ponerla sobre sus rodillas y darle unos buenos cachetes, alguien tenía que poner algo de cordura en aquella cabecita loca. Bien, lo había intentado por las buenas, pero si la muchacha no colaboraba en su protección lo haría por las malas. Ya había intentado ser un caballero todo el tiempo posible, pero no pensaba consentir que aquella muchacha sufriese algún daño, y si tenía que asustarla un poco más para conseguirlo, que así fuese. Ante todo era su seguridad e intentar que no cometiese ninguna estupidez más, ya había estado demasiado cerca de la muerte un día, y con eso él ya tenía suficiente.

—¿A quién pretendes engañar? —preguntó con la mirada fija en ella.

Naomi lo miró directamente sin comprender, incluso asustada.

—¿Qué?

—¿Crees que soy idiota, Naomi? —preguntó en un susurro—. Sé que cualquier periodista no dejaría escapar alguna noticia así.

Ella puso la espalda recta y lo miró asustada.

—¿Sabes? Hay mucha gente interesada en que no me implique en este caso. Me preguntó por qué —comentó algo tirante.

—Quizás porque si continúas tendría que realizar tu autopsia en algún momento —pronunció con un tono más seco del que pretendía.

Naomi botó en su asiento y se puso directamente en pie, rodeando la mesa y poniendo la mayor distancia posible entre ellos. Sean se levantó lentamente y la observó fijamente.

—¿Me estás amenazando? —medio gritó.

Pero Sean no hizo caso de aquella pregunta y se puso lentamente en pie.

—Has seguido con el caso, ¿verdad? —preguntó. Aunque había sonado más a afirmación.

En ese momento Naomi extrajo su cuchillo y lo apuntó hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sorprendido por aquel gesto.

—Tú —susurró hacia él—. Tú sabes algo que no quieres decirme... —Él se cruzó de brazos—. ¿Qué pusiste en el informe forense para hacer que el fiscal lo archivase? —Él abrió los ojos desmesuradamente pero luego puso los ojos en blanco.

—Naomi, las fotografías. ¿Dónde está el pendrive? Y baja ese cuchillo ahora mismo.

—No pienso bajarlo. ¿Qué hay en esas fotografías para que tengas tantas ganas de verlas? ¿Qué es lo que estás ocultándome?

Sean dio un paso intentando rodear la mesa pero observó que Naomi daba otros pasos en sentido contrario, manteniendo la distancia.

—Naomi —le susurró—. Piénsalo, por el amor de Dios. —Le indicó con la mano—. Ahí murieron muchas personas, las descuartizaron. No estás ante un simple asesino... —intentó razonar con ella.

—¿Y por qué lo archivó el fiscal? —Él le aguantó la mirada fijamente, aunque hubo un momento en que ella abrió de forma desmesurada los ojos y le apuntó con el cuchillo directamente—. ¿Para quién trabajas, Sean? ¿Trabajas para ese asesino?

Sean inclinó una ceja hacia ella y luego comenzó a reír como si no diese crédito a lo que escuchaba. Suspiró y dio otro paso hacia ella.

—Naomi, ¿de verdad piensas eso?

—Ya no sé qué pensar —comentó sin apartar la mirada de él—. Esto es muy extraño.

—Entiendo que estés confusa, pero debes confiar en mí.

—Y una mierda. ¿Por qué me insistes tanto con las fotografías? ¿Por qué no estás interesado en que investigue lo que ocurrió para esclarecer los hechos?

—¡Porque me importas demasiado! —gritó finalmente atacado de los nervios. Ella lo miró impresionada por lo que acababa de decir, pero igualmente mantuvo el cuchillo en alto. Sean la miraba fijamente—. No te digo que esto es peligroso por diversión. —Suspiró—. No me lo perdonaría si te ocurriese algo.

—¿Y por qué iba a ocurrirme algo? —preguntó de los nervios. Desde luego entre la experiencia que había tenido aquella tarde y la conversación que estaba teniendo en esos momentos tenía cada vez más claro que aquello era realmente importante.

Sean se cruzó de brazos y suspiró.

—Ya te lo he dicho. No estamos hablando de un asesino convencional.

—¿Y significa que irá a por mí? —preguntó alterada—. ¿Si intento averiguar lo que ocurrió vendrá a por mí?

Sean inspiró intentando calmarse, tragó saliva y la miró fijamente.

—Es posible.

Ella bajó el cuchillo y se pasó la mano por la frente. Observó cómo Sean daba unos pasos acercándose, como si quisiese reconfortarla pero elevó de nuevo el cuchillo.

—Por Dios, Naomi, haz el favor de bajar eso. Pensaba que ya habíamos superado nuestro enfrentamiento inicial —dijo sorprendido por aquella reacción.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? —le preguntó.

Él inclinó una ceja hacia ella.

—¿Crees que si quisiese hacerte daño no estaría insistiéndote tanto en que dejases de investigar?

Vale, aquello tenía lógica, pero no podía olvidar que también quería ver las fotografías.

Bajó el cuchillo lentamente, igualmente no lo soltó, lo aguantó en su mano mientras lo estudiaba. Naomi paseó su mirada por el piso mientras se mordía el labio, pensando en qué hacer, en todos los datos que tenía. Aquello era desquiciante. Lo miró de reojo y dio un paso hacia el lateral sin perder el contacto visual con él.

—He contactado con la fuente que me pasó las fotografías —susurró finalmente. Observó cómo Sean la miraba de arriba abajo pero se sorprendió al ver que no reaccionaba gritando o amenazándola—. Esta tarde. —Sean seguía callado, escuchándola.

—¿Tienes su número de teléfono?

—Lo hizo por carta... —Tragó saliva—. Pero sí, tengo su número de teléfono. ¿Crees que puede ser ese el asesino?

¡Al fin! ¿Realmente iba a entrar en razón?

—Es posible.

—¿Y por qué iba a enviarme las fotografías si él fuese el asesino?

—Quizás quiera desviar la atención —respondió secamente.

Pero en ese momento se dio cuenta de lo que había dicho. Naomi lo miró inclinando una ceja hacia él.

—¿Desviar la atención hacia dónde? ¿Y cómo sabes que él es el asesino?

Sean resopló y se removió algo incómodo. Se pasó la mano por el cabello despeinándose y finalmente la observó con una mirada cargada de fuerza.

—Te lo estoy advirtiendo de todas las formas posibles. No sigas con esto Naomi. — Dio unos pasos hacia el sofá y cogió la chaqueta.

—¿Qué haces? —preguntó asustada.

—No voy a quedarme aquí. —La observó fijamente—. Mantente alejada de todo esto, no te lo volveré a repetir. Más no puedo hacer. —Acto seguido se dio la vuelta y fue hacia la puerta—. Ahora ya es asunto tuyo. Me he cansado de advertírtelo.

—Espera, espera —le interrumpió Naomi esta vez con un tono de voz preocupado. Dio unos pasos rápidos hacia él, aun así mantuvo la distancia lo suficiente—. No te marches —gimió.

Sean se colocó la chaqueta lentamente ignorando las últimas palabras de ella.

—Por favor —le insistió—. No quiero quedarme sola.

—¿Por?

Ella tragó saliva y finalmente se mordió el labio.

—Estoy asustada —acabó confesando, luego le miró a él, el cual mantenía la mano en el pomo como si estuviese a punto de abrir la puerta, pero no lo hacía. Se mantenía quieto, observándola—. Ha ocurrido algo.

—¿Qué?

Ella tragó saliva y dio un paso hacia atrás. Miró de un lado a otro sin saber cómo comenzar a explicar aquello.

—Naomi, dime —le insistió Sean.

¿Cómo decirle todo aquello? ¿Cómo decirle que había quedado en persona con la fuente esta tarde? ¿Cómo explicarle todo lo que había vivido sin que acabase pensando que estaba loca?

Ella negó con su rostro mientras hacía un puchero. Sean suspiró y se movió algo incómodo.

—No sé lo que te ha ocurrido, ni siquiera sé si quiero saberlo —acabó diciendo—. Pero solo tienes que saber que puedes contar conmigo para lo que sea, pero no para hablar de esto. —Le indicó con la mano—. ¿Me lo vas a explicar todo?

Ella lo miró no muy segura. Por un lado quería explicárselo, pero por otro, ¿qué iba a pensar? Aquello no era algo que fuese fácil de explicar, no era algo normal.

—No puedo —gimió.

Sean suspiró y puso los ojos en blanco. Finalmente aceptó con su rostro y la miró directamente a los ojos.

—Está bien, Naomi. Buenas noches. —Abrió la puerta directamente y salió hacia el pasillo. Naomi se quedó petrificada en el comedor, observando la puerta abierta. Fue hasta ella y se asomó. Observó cómo Sean descendía por las escaleras sin mirar hacia atrás.

Mierda, mierda. Se había equivocado, ¿o no? Estaba hecha un mar de dudas. Por un lado tenía una fuente que le suministraba fotografías de unos asesinatos, por otro lado tenía aquel grupo tan extraño y Sean que le indicaban que esa fuente, ese tal Donovan era el asesino. ¿A quién creer? ¿Debía fiarse de Sean? Él parecía estar más enterado de la cuenta. ¿Qué decía en su informe forense para que el fiscal lo archivase? ¿Por qué había hecho un informe forense de ese estilo si luego él mismo le prevenía de que se trataba de un asesino despiadado?

Tragó saliva y se observó la mano sujetando el cuchillo. ¡Había sido una idiota! Pero lo cierto es que, aunque Sean le parecía extremadamente atractivo y había sido amable una vez había superado la tirantez del inicio, no sabía si podía o debía fiarse de él.

Por otro lado, había visto realmente que en ese caso había cosas que su mente no podía comprender. Quizás él tuviese razón en todo lo que decía. Aquello era realmente peligroso.

Cerró la puerta mientras notaba cómo sus mejillas se humedecían por unas recientes lágrimas. Y ahora, por su desconfianza lo había perdido.

Tragó saliva y fue directamente hacia el sofá cogiendo su móvil. Se sentó y se mordió el labio mientras se debatía en llamarlo. Al menos, sabía que él no le haría daño, y ahora que estaba sola y era de noche, tras aquella conversación estaba algo asustada. No quería quedarse sola. Pero tampoco se veía con fuerzas para llamarle después del espectáculo que le había montado.

Abrió su programa y le envió un mensaje directamente. “Lo siento mucho. Sé que lo único que pretendes es protegerme. Te prometo que no volveré a investigar, pero vuelve”.

Notó cómo la mano le temblaba mientras llevaba su dedo al botón de enviar. Pulsó y dejó su móvil sobre la mesa. Se pasó la mano por los brazos y luego apoyó su cuello en el reposabrazos tumbándose. Ya se había dado cuenta de que aquello era peligroso, aunque por suerte no había sufrido ningún daño, pero cada vez que recordaba a aquellas bestias con sus gruñidos y sus enormes garras... quizás se tratase de experimentos del gobierno. Tragó saliva reviviendo las imágenes en su cabeza y en ese momento cayó en la cuenta: uno de aquellos hombres enmascarados había apartado a uno de aquellos animales con un golpe cuando se abalanzaba sobre ella. En cierto modo la habían salvado. Ellos y Sean le habían dicho que ese tal Donovan, su fuente, era un asesino, pero y si así era... ¿Acaso Sean compartía información con aquel grupo? ¿Se conocían? Aquellos hombres le habían dicho que no pero ¿tenía que creerlos? Y en ese momento también cayó en la cuenta de que habían entrado en su piso cuando se encontraba con Sean, ¿cómo sabían que ella estaría con él?

Debía intentar olvidarse de aquello. Tanto aviso, tanto misterio... Estaba claro que no sacaría nada de allí más que correr un peligro.

Sean era la única persona que tenía en aquel momento, que podía ofrecerle algo de protección. Le había dicho claramente que le importaba y, ¿para qué negárselo? Se estaba enamorando de él.

Casi botó en el sofá cuando escuchó el timbre de su puerta. Se quedó observándola fijamente y se acercó. Miró por la mirilla observando que era Sean quien estaba al otro lado. Se mordió el labio, se pasó la mano por su cabello y suspiró. Abrió la puerta lentamente y lo miró con timidez. Él la observaba con su rostro ladeado y los brazos cruzados, en silencio.

—Siento cómo me he comportado —susurró. Él seguía sin decir nada, parecía estar estudiándola hasta que finalmente pareció suspirar y relajó sus músculos—. Estoy algo asustada y... No comprendo nada, Sean.

—¿Me prometes que te alejarás de esto?

Ella afirmó lentamente.

—Te lo prometo.

—Está bien —acabó diciendo, luego miró hacia dentro de la vivienda y aceptó—. Vamos a cenar.

Pero antes de que cerrase la puerta Naomi le cogió la mano. Él había venido, le había dicho que estaba asustada y después de todo lo que le había dicho y hecho aquellos últimos minutos, él había vuelto.

Sean la contempló fijamente. Tenía los ojos llorosos y un ligero temblor se había apoderado de su cuerpo. No se contuvo más, acabó de cerrar la puerta y tiró de aquella mano estrechándola entre sus brazos, notando cómo el cuerpo de ella estaba tenso.

Pasó la mano por su cabello acariciándolo, notando cómo un suspiro salía de lo más profundo de Naomi.

—Tranquila. Confía en mí y no ocurrirá nada.

Naomi se separó un poco de él y lo observó. Sus ojos transmitían una fuerza y seguridad que no le daban lugar a dudas. A su lado estaría a salvo. Aceptó ligeramente con su rostro y volvió a recostarse contra él mientras notaba cómo aquellos brazos la rodeaban. En ese momento se dio cuenta, lo único que le importaba era tenerlo a su lado, y abandonaría el caso y lo que hiciese falta para que se mantuviese a su lado.

Naomi miró de un lado a otro. Aquello estaba lleno de agentes de la policía, el alcalde de Nueva York, personas con un alto cargo y amigos de aquel policía que iba a recibir la medalla honorífica. Adam Boyle había dedicado más de treinta años a mantener la seguridad en las calles de Brooklyn, a la lucha contra el crimen, y finalmente se jubilaba. No habían dudado en darle la medalla honorífica por sus años al servicio de la seguridad pública. El hombre parecía agradable, lo había visto conversar con muchas personas con una gran sonrisa en su rostro, incluso había aceptado tener una pequeña entrevista con ella. Bueno, al menos eso era algo.

Suspiró y miró la fotografía que había tomado del enorme teatro donde iban a realizar la ceremonia. La fotografía había quedado perfecta.

Cogió su móvil y vio que marcaban las ocho de la tarde, pero notó cómo la pena se iba implantando en su pecho al ver que no tenía ninguna llamada ni mensaje de Sean. Guardó de nuevo su móvil y realizó unas cuantas fotografías más.

Desde hacía cuatro días no tenía noticias de él. Aquella noche, había sido especial para ella, cierto que no había ocurrido nada, pero él había acudido a su piso cuando se lo había pedido, cuando le había dicho que estaba asustada. Habían cenado y luego habían visto un rato la televisión hasta que Sean la había despertado en el sofá y la había acompañado hasta la cama. Durante unos segundos había dudado en pedirle que se quedase, pero él le había informado que tenía que marcharse.

El domingo, tras muchas horas de pensar se había decidido a dejar la investigación. Estaba claro que su jefe quería un artículo ya, y ella realmente no había averiguado nada. Era cierto que sabía muchas más cosas que antes, pero nada que pudiese respaldar sin pruebas, sin algo a lo que aferrarse para poder garantizar que decía la verdad. ¿Qué iba a decir? ¿Que aquel asesinato se había archivado sin un detenido? ¿Que había visto cosas que su cordura no le permitía casi aceptar? ¿Que le habían advertido que su vida corría peligro con aquella investigación?

Aquello sería sensacionalista, estaba segura, pero no buscaba eso, quería hacer un buen artículo, con pruebas, entrevistas... pero el tiempo jugaba en su contra y aparte, ¿para qué engañarse? Le había prometido a Sean que abandonaría la investigación. Ya era consciente del peligro que entrañaba, lo había vivido, y no quería acabar como Sean le había sugerido, en su mesa del forense. Aquella idea le ponía la piel de gallina, así que se había decidido a hacer un artículo explicando los asesinatos que se habían realizado, la ubicación y posteriormente que el fiscal había archivado el procedimiento porque no había pruebas, justo lo que decían el resto de periodistas que habían investigado el caso.

Había estado todo el domingo y parte del lunes escribiéndolo y cuando lo acabó había llamado a Sean, quería enviarle el artículo para así demostrarle que por su parte todo había acabado ahí, pero él no le había cogido el teléfono, y en los siguientes días no había respondido a su llamada, ni siquiera un mensaje.

Se giró y observó cómo las últimas personas entraban en el teatro y cerraban las puertas. Durante aquellos días se había hecho ilusiones, pensaba que Sean la llamaría, que querría quedar con ella de nuevo, pero tras todos aquellos días había llegado a pensar que lo único que había hecho había sido estar cerca de ella para que no escribiese ese artículo, y al final lo había logrado. Después de todo, una parte de ella le decía que le importaba, la forma en la que se había comportado con ella en los momentos en que no habían hablado de trabajo. Sin poder evitarlo llevó la mano hacia su colgante, hacia aquel elefante que le había regalado. Le había echado de menos. Le gustaba estar cerca de él, pero había sido incapaz de devolver su llamada. Aquella última noche que había pasado con él había sido antipática, incluso le había amenazado... pero, ella no lo había visto así, lo había hecho para protegerse, después de lo que había vivido aquel día no sabía a qué podía enfrentarse. Durante las últimas noches no había dejado de ver aquellos ojos brillantes, aquellos colmillos gruñendo... Y hasta cierto punto se había permitido barajar con lo que aquel hombre le había dicho en el todoterreno, los hombres lobos y los vampiros estaban librando una guerra.

Suspiró y se dirigió a su asiento, el cual le había reservado por el *Royal Brooklyn* para aquella noche.

Se colocó correctamente su falda de tubo hasta la rodilla y puso su carpeta con las hojas en blanco para tomar nota de todo lo que dijese.

Al menos el artículo que había escrito sobre los asesinatos no había desagradado del todo a su jefe y lo habían mandado a editar al día siguiente. No había logrado una portada pero al menos lo habían publicado. Se había sentido orgullosa cuando lo había leído directamente de la imprenta, era una sensación sobrecogedora ver publicado algo que tú mismo habías escrito. Había recortado el artículo y lo había guardado en una carpeta donde iba almacenándolo todo.

Miró al frente en cuanto el alcalde subió a la tarima y los aplausos comenzaron. No era la primera vez que acudía a ese tipo de actos, diplomas, medallas, títulos honoríficos... y siempre era la misma historia.

Un discurso elocuente hablando de la vida que había llevado el condecorado, una vida dedicada a las personas, al bien de la ciudadanía, posteriormente el condecorado aparecía en escena y la gente se ponía en pie aplaudiéndolo y vitoreándolo. Esa persona hacía un discurso emotivo y emocionado, agradeciendo la condecoración y posteriormente un par de minutos más de aplausos hasta que le entregaban la insignia.

Por suerte, aquella vez no había durado más de media hora. Fue anotando todo lo que decían para poder elaborar un buen artículo, aunque sabía de sobra que con ese tampoco merecería una portada, pero bueno, mientras pudiese conservar su puesto de trabajo ya le valdría.

Nada más acabar se puso en pie aplaudiendo y cogió su bolso. La gente parecía hacer cola para felicitarlo, entre ellos pudo distinguir varios policías de uniforme, seguramente habrían estado a su cargo y venían a despedirse de él.

Esperó su turno hasta que Adam Boyle pareció reconocerla y le hizo un gesto para que se acercase.

—Le agradezco mucho que me dedique unos minutos —dijo ella sonriente mientras sujetaba una libreta donde tomar notas y un bolígrafo.

—No te preocupes, hay que ayudar a la juventud —respondió sonriente—. Pero tendrás que ser rápida, tengo a la familia y amigos esperando —comentó como si se tratase de un secreto.

Ella le sonrió con afecto.

—Seré rápida. ¿Qué representa para usted que la ciudad le haya brindado con una medalla honorífica?

Él sonrió de forma burlona.

—Por un lado es un privilegio para mí que me dediquen unos minutos de su tiempo a elogiar mi carrera al servicio de esta ciudad, algo que he hecho muy gustosamente —matizó—. Pero por otro lado, uff... Una medalla honorífica no es muy buen síntoma, significa que no te queda mucho de vida, o al menos eso me han dicho —bromeó—. No, es broma... —Rio—. Escribe solo lo primero. —Le guiñó el ojo.

Naomi rio por ese toque de humor.

—Usted ha estado en el departamento de homicidios la mayor parte de su carrera, ¿cree que ha mejorado la situación?

Adam puso cara de disgusto.

—Sinceramente, no. Creo que a medida que pasan los años la sociedad va empeorando, por eso es bueno que muchos jóvenes quieran convertirse en policías para combatir el crimen.

Naomi apuntó todo lo que decía.

—¿Tendría alguna anécdota que contar?

Adam se echó a reír.

—Si comenzase tendrías para llenar varios libros. Han sido muchos años.

—Supongo que han sido muchos años dedicándose a la sociedad. ¿Ha echado algo de menos? ¿Cambiaría algo?

—Cambiaría muchas cosas, pero si al menos ha servido para que alguna persona haya podido seguir viva, que alguna mujer haya podido salir de una violencia de género, o un atracador a mano armada no matase, no lo cambiaría por nada.

Naomi le sonrió y ladeó su rostro hacia el lado.

—Ha sido muy amable, de verdad. Le agradezco mucho su tiempo.

Adam puso una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Espero que escribas un buen artículo.

—Por supuesto que lo haré.

—Un placer —acabó diciendo mientras se alejaba hacia un grupo que le esperaba a unos cuantos metros. Debían ser amigos y familiares, pues todos lo recibieron con los brazos abiertos. Desde luego, si todas las personas a las que debía entrevistar fuesen tan amables como lo había sido Adam estaba segura de que podría hacer mucho

mejor su trabajo.

Dobló las hojas y las guardó en su bolso mientras observaba cómo Adam se perdía entre todas aquellas personas, pero unos ojos le llamaron la atención. Se quedó extasiada observándole. Sean. Sean la observaba fijamente entre todas aquellas personas que habían rodeado a Adam.

Naomi se quedó extasiada durante unos segundos, iba tan elegante. Se había vestido de gala para la ocasión. ¿Qué hacía él ahí? Por dios, qué situación más embarazosa.

Se mordió el labio, colocó correctamente el bolso en su hombro y se giró. Después de aquellos días no iba a ir hacia él, había esperado varios días y no había demostrado interés, lo mejor sería dejar las cosas como estaban y si realmente estaba interesado que fuese él quien diese el paso. ¿A quién engañaba? Estaba huyendo con el rabo entre las piernas... vamos, corre Naomi, se dijo a sí misma mientras se cruzaba con algunas personas y comenzaba a subir las escaleras... No quería verlo, no se veía con fuerzas para enfrentarse a él. Solo con recordar el ridículo que había hecho tenía ganas de tirarse por un barranco.

Subió unos cuantos escalones más pero tuvo que detenerse cuando la voz de Sean llegó hasta ella.

Naomi suspiró y se giró lentamente. Sean subía los escalones que les separaba hasta colocarse frente a ella. Tenía una medio sonrisa en sus labios, y parecía igual o más sorprendido que ella.

—Hola —pronunció.

—Hola —acabó diciendo Naomi. Luego paseó la mirada por el teatro algo tímida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sean se giró para observar a Adam, Franklyn, Sarah y Josh que se encontraban bastante más abajo, pero no le pasó desapercibida la sonrisa picarona de su jefe al mirarlo.

—Adam trabaja en el departamento de homicidios, y yo soy el actual forense —respondió encogiéndose de hombros.

—Ah, claro. —Aceptó y lo miró algo tímida, sin querer coincidir la mirada con él. Se mordió el labio y luego sonrió bajando un poco su rostro—. Vas muy elegante.

Él le devolvió la sonrisa.

—Es lo que la situación requiere. —Se encogió de hombros y finalmente adoptó una postura algo más seria—. Iba a llamarte. —Ella elevó un poco más la mirada, no muy segura de lo que él decía—. Pero he tenido mucho trabajo, más del que hubiese querido.

—No pasa nada —acabó diciendo.

—Leí tu artículo —pronunció como si lo acabase de recordar—. Muy bueno —La contempló fijamente y subió al siguiente escalón igualando su altura—. Gracias por no haber comentado nada sobre mí.

Ella se encogió de hombros sin saber cómo reaccionar.

—Te prometí que dejaría el caso.

—Ya —dijo clavando la mirada en ella.

Naomi observó su mirada, tenía el rostro más hermoso y masculino que había visto en la vida, podría quedarse horas observándolo y no se cansaría.

—Bueno, tengo... Tengo que irme. —Reaccionó dando un paso hacia atrás—. Mañana tengo que madrugar para escribir el artículo.

—¿Has venido en coche?

Naomi dio otro paso más comenzando a girarse para seguir subiendo los escalones.

—Sí, he... he aparcado aquí al lado.

—Te acompaño. —Subió el siguiente escalón.

—No. —Le cortó más seca de lo que había pretendido—. No hace falta, tranquilo —acabó pronunciando de forma amable—. Tienes gente esperándote. No te preocupes.

Sean la contempló y Naomi pareció detectar cómo una chispa de duda o dolor recorría su rostro.

No podía esperar que tras cuatro días sin contestar a su llamada ni escribirle un simple mensaje podían solucionarse las cosas tan fácilmente. Oh, Naomi... estás despechada se dijo a sí misma. Resopló y dio un paso más hacia atrás.

—Diviértete. —Le sonrió y se giró de nuevo.

—Naomi. —Volvió a hacer que se detuviese—. ¿Puedo llamarte mañana? Me gustaría hablar contigo.

Ella lo interrogó con la mirada pero finalmente se encogió de hombros.

—Claro.

—De acuerdo. Ve... ve con cuidado —acabó diciendo mientras le ofrecía una última sonrisa y se giraba para volver con sus compañeros.

Observó cómo Naomi salía de la sala y su silueta se perdía tras la puerta. Un amargo suspiro salió de lo más profundo de su ser. Aquellos últimos cuatro días habían sido los peores de su vida, el mantenerse alejado de ella era prácticamente inaguantable.

Bajó hasta donde se encontraba el grupo y observó hacia Josh, el cual se mantenía cogido de la mano de Sarah, su mujer. Aquellos últimos días habían sido de locos. Josh había comenzado a registrar desapariciones de personas y no habían dudado en creer que los vampiros habían vuelto a atacar, pero por más que vigilasen las calles por las noches o se moviesen por toda la ciudad con sus radares encendidos, no habían encontrado ni un solo vampiro, ni ningún lobo, ni siquiera un cadáver.

Las personas que habían interrogado habían sido muy claras. Donovan les había prometido convertirlos en lobos si hacían lo que les ordenaba. Desde luego, había gente para todo. Por suerte, ellos habían llegado a tiempo, así que nada más interrogarlos con las caras cubiertas, los habían vuelto a subir en un todoterreno y los habían dejado en un punto de la ciudad. Con lo que aquellas personas les habían dicho no habían tardado más de pocos segundos en creer que las últimas once desapariciones que se habían denunciado en aquellos cuatro días podían tener que ver con Donovan, pues todos coincidían en ser chicos jóvenes, de complexión atlética. Algunas familias habían asegurado que sus hijos no podían haberse escapado, que algo les había ocurrido, otras simplemente explicaban que se habían peleado con ellos y que desde hacía dos, tres o cuatro días no los veían. Esas eran las personas que habían denunciado, ¿pero cuántas más habrían desaparecido y no se habría notificado a la policía?

No sabía si aquello tendría que ver con lo mismo que Donovan había prometido a los que habían interrogado, pero no podían descartar la idea, sabían que Donovan estaba buscando el momento para ir tras ellos.

Respecto a Naomi, había pensado llamarla infinidad de veces pero no quería hacerlo hasta que aquello estuviese arreglado, sabía que Donovan podía estar observándolos y no quería que la vieses con ella. Suspiró y observó cómo su jefe iba hacia él con una mirada interrogante.

—¿Todo bien? —preguntó pasando una mano por sus hombros.

—Sí.

—Sabes que puedes ir con ella, ¿verdad? —le dijo con una sonrisa. Sean chasqueó la lengua—. Adrién está fuera vigilando la zona.

—Ya. Ya lo sé —dijo colocando las manos en sus bolsillos. Y no había nada en el mundo que le apeteciese más que eso, pero no podía engañarse, debía hablar con ella seriamente en un lugar tranquilo. Durante aquellos últimos días se había planteado infinidad de veces qué pasaría si ella supiese la realidad de todo. Si quería estar con ella, tener una oportunidad, tenía que explicarle la verdad, pero en parte le asustaba. ¿Y si le rechazaba? ¿Cómo reaccionaría?

Había comprobado que era una chica dulce, aunque cuando trabajaba era una verdadera fiera. Era una mujer que necesitaba su protección y a la vez era fuerte, aquello le tenía embelesado.

Volvió la mirada hacia su jefe, el cual parecía estar esperando a recibir una respuesta y enarcó una ceja hacia él.

—No necesito un casamentero. Ya quedaré con ella mañana. Hoy es el día de Adam —dijo con una sonrisa. Luego se acercó un poco más a él—. Tendría que hablar contigo.

Josh lo miró intrigado.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Sean se encogió de hombros.

—Supongo que puede esperar.

Josh aceptó y se giró hacia Adam. Sarah permanecía agarrada del brazo de su tío mientras charlaban amistosamente con Adam.

—¿De qué se trata? —Josh permanecía mirando al frente pero aun así, pudo intuir la sonrisa de su compañero y amigo.

—No puedes esperar, ¿eh? La intriga te corroe —bromeó, a lo que Josh le devolvió una sonrisa—. Bueno... —carraspeó y se aclaró la voz—, ya sabes que Naomi me interesa —dijo volviendo la vista al frente.

—Ajá.

—Y bueno, ya sabes que está hecha un lío. Entre lo de Donovan, los asesinatos, lo del otro día en el descampado... y o... —Suspiró y miró de reojo a su jefe—, he pensado que quizás sería mucho más fácil estar cerca de ella si supiese lo que ocurre realmente. —Se giró directamente hacia Josh el cual no emitía respuesta, permanecía observando a Sarah, reflexionando—. Ha dejado la investigación, ha escrito el artículo y no ha hecho ninguna referencia a mí o a lo que ocurrió. Es de fiar. —Josh volvió a suspirar—. Si no fuese por todo el lío que hay montado sabes que estaría con ella... —Le acabó señalando con el dedo.

Josh iba a responder cuando el móvil de Sean comenzó a sonar. Sean se movió incómodo y chasqueó la lengua. Ahora que había tomado una decisión y se había decidido a explicárselo a su jefe tenían que interrumpirle.

Sean observó la pantalla y resopló.

—Dime Adrien, y más vale que sea importante —comentó de mala gana.

—Lo es. Hay un lobo.

Sean puso la espalda recta y miró directamente a su jefe, el cual arqueó una ceja.

—¿Dónde?

Adrien tardó unos segundos en responder.

—Sean... está... —Resopló—. Está con Naomi.

Naomi salió del teatro conteniendo las lágrimas. De acuerdo, le había dicho que le llamaría, que quería hablar con ella, pero eran demasiadas emociones contenidas. Estaba enamorada de él, perdidamente, pero toda la situación que había alrededor de él le asustaba. ¿No podía haberse enamorado de alguien que no pareciese estar metido en asuntos turbios?

Salió a la calle y observó de un lado a otro. Había bastantes personas en la puerta del teatro. Suspiró y comenzó a caminar por la acera dirección a la calle donde había aparcado su vehículo. Sean era todo lo que podía buscar en un hombre, al menos físicamente, ¿pero psicológicamente también? Le asustaba que el otro día con su comportamiento hubiera querido apartarse de ella, no quería parecer una lunática y estaba segura de que era la impresión que le había dado.

Tragó saliva y aceleró un poco el paso girando en una calle a la izquierda, al menos por ahí atajaría camino. Ya le había demostrado que había recapacitado. ¿No era eso lo que él quería? ¿Que abandonase su investigación?

Chasqueó la lengua y cogió su bolso para comenzar a buscar las llaves. Iría a su piso y comenzaría a redactar el artículo, quería tenerlo acabado para mañana. Encontró las llaves y cerró el bolso colocándolo de nuevo sobre su hombro cuando escuchó que alguien la llamaba.

—Señorita Hunt.

Naomi se detuvo y se giró al momento. Un hombre de unos treinta y largos años caminaba hacia ella. Ella ladeó su rostro hacia el lado.

—¿Sí? —preguntó sin reconocerlo. Se fijó en su rostro. ¿Lo conocía? Aquel hombre no le sonaba de nada—. Disculpe, ¿nos conocemos?

El hombre no dijo nada hasta situarse frente a ella, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Claro, señorita Hunt, claro que nos conocemos —le susurró introduciendo sus manos en los bolsillos de su gabardina ocre.

Naomi observó su rostro, su cuerpo, sin reconocerlo aún, hasta que una alarma en su cabeza sonó. Aquella voz, una voz grave, potente. Dio un paso hacia atrás instintivamente.

—Señor Donovan —susurró. Él le sonrió más abiertamente confirmando que no se había equivocado. Tragó saliva mientras notaba cómo su corazón se aceleraba. Las palabras de aquel grupo que había aparecido en el descampado volvieron a su mente. “Es un asesino en potencia” y luego las palabras de Sean “puede que vaya a por ti”. ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó mientras daba otros pasos hacia atrás.

Donovan avanzó hacia ella sin permitir que se separase tanto como le hubiese gustado.

—Creo que usted y yo teníamos un trato —dijo enarcando una ceja hacia ella.

Ella puso su espalda recta.

—Yo... yo no tenía ningún trato con usted.

—Usted me prometió un artículo —comentó algo más enfadado, señalándole con el dedo.

—Yo... yo... —Dio unos pasos hacia atrás y estuvo a punto de caer, pero logró recuperar el equilibrio rápidamente—. Usted me dijo que me daría unas fotografías que no pude llegar a tener. —Reaccionó rápidamente. Oh, aquello no le daba buena espina, aquel hombre parecía enfadado, parecía que tenía la mandíbula en tensión—. Mi jefe quería el artículo para ya, y no podía negarme —volvió a excusarse.

El hombre comenzó a reír negando con su rostro y comenzó a avanzar hacia ella. Ella comenzó a caminar más rápido hacia atrás, introduciéndose más en aquella calle abandonada.

—Eso no me sirve, señorita Hunt. Podría haber escrito lo que ocurrió aquella noche, pero me ha defraudado...

—Puedo escribir otro artículo. Si me entregase las fotografías ahora yo podría presentarlas mañana en la... —Pero se calló de inmediato cuando Donovan le señaló con el dedo.

—Shhhhhh... —dijo con una sonrisa maliciosa—. Tranquila. —Dio unos pasos más y se colocó justo enfrente. Naomi tragó saliva. Notaba que el corazón se le iba a salir por la boca, que sus pulmones no se contraían lo suficiente como para absorber el oxígeno que necesitaban.

Le miró fijamente, temblando de miedo y en ese momento observó algo en sus ojos, algo realmente extraño, como si estuviesen tomando un tono rojizo. Iba a salir corriendo cuando Donovan la cogió fuerte del brazo y la estrelló contra la pared sin soltarla.

—Ahhhh —gritó totalmente paralizada de terror.

Donovan se acercó a ella con aquella sonrisa diabólica.

—Tenía más esperanzas en usted, pensaba que sería la que solucionase mi problema. —Naomi intentó deshacerse del brazo pero cada vez que hacía algún movimiento, Donovan se lo apretaba más—. Y ahora tengo un problema... —Naomi intentó controlar sus gemidos e hizo que el bolso descendiese de su hombro hacia su mano, cogiéndolo por la correa con fuerza. Tragó saliva mientras observaba cómo Donovan parecía tener los ojos más rojos cada vez. ¿Pero qué estaba pasando ahí? —. ¿Sabe cuál es? —preguntó fijando la mirada en ella con aquella diabólica sonrisa. Naomi apretó la correa de su bolso entre sus manos a la vez que negaba con temor, sin siquiera encontrar la fuerza suficiente para poder decir una palabra—. ¿No? —Donovan ladeó su rostro hacia ella y se acercó más—. Que yo ya no necesito ese artículo y usted sabe demasiado.

En ese momento Naomi elevó su brazo con todas sus fuerzas y estrelló el bolso en su rostro haciendo que este perdiese un poco el equilibrio. Se soltó de su brazo y salió corriendo pero no pudo dar más de dos pasos antes de que apareciese ante ella y la agarrase del cuello.

¿Pero qué? ¿Cómo había llegado hasta allí tan rápido? Notó cómo los dedos de ese hombre se cerraban en torno a su cuello. Tuvo que soltar el bolso y llevó sus dos manos hasta la mano de él, notando cómo la asfixiaba cada vez más.

—Será rápido señorita Hunt, muy rápido —susurró mientras volvía a apoyarla contra la pared del edificio, pero esta vez la elevó un poco del suelo con su mano.

Quiso gritar, pero no podía, lo único que podía hacer era intentar clavar sus uñas en aquella mano, intentar patear el estómago de aquel hombre para que la soltase, pero nada funcionaba. Notó aquella presión en su rostro, cómo esta iba aumentando a la vez que comenzaba a faltarle el oxígeno. Gimió reiteradas veces mientras golpeaba aquel brazo con sus manos y el cuerpo del hombre con sus pies, pero algo llamó la atención de Donovan que la bajó de inmediato, aun así no la soltó.

—Suéltala. —Escuchó la voz masculina de alguien allí cerca.

Naomi pudo girar su cuello lo suficiente mientras recuperaba el aliento para observar un chico de cabello rubio y ojos claros.

—Ayu... —Iba a gritar, pero Donovan apretó más su mano contra su cuello amenazándole con romperlo.

Donovan la miró un segundo con fastidio pero no la soltó, simplemente giró su rostro hacia aquel joven y sonrió hacia él.

—Mira a quien tenemos aquí —dijo como si la situación le divertiese—. ¿Has venido solo?

Al momento otra voz apareció por el otro lado de la calle.

—No.

Aquella voz... Naomi giró su rostro lo suficiente para observar a aquel nuevo intruso. Sean se encontraba a pocos metros de ellos, observando fijamente a Donovan y desviando la mirada de vez en cuando hacia ella.

—Donovan, suéltala. Esto es entre tú y nosotros —comentó con voz grave.

Pero Donovan no pareció prestar atención a aquella advertencia, contrariamente apretó más el cuello de Naomi haciéndole gemir.

—Qué bonito... —susurró Donovan a Sean—. Has venido en busca de la dama en apuros, ¿verdad? —Volvió su mirada hacia ella y le soltó un poco el cuello acercándose demasiado.

—No la toques —gritó Sean al ver que se acercaba.

Pero Donovan no se giró. Colocó su rostro frente al de ella, incluso sus narices se tocaban.

—Seguro que vas a disfrutar de esto —dijo justo cuando abría la boca y parecía tomar impulso hacia su hombro para clavar sus colmillos. Naomi gritó pero lo que no esperaba era ver lo siguiente. Donovan salió disparado hacia detrás estrellándose contra el bloque de pisos de enfrente.

Naomi cayó hacia el suelo gimiendo, recuperando el aliento, mientras observaba cómo una figura se materializaba. ¿Pero qué...? Sean estaba justo frente a ella, se había movido tan rápido... ni siquiera le había dado tiempo a verlo aparecer delante de ella, simplemente había aparecido allí.

El otro joven, el rubio de ojos claros salió disparado hacia Donovan dándole impulso con una patada y cayendo varios metros alejados de ellos.

Naomi parecía ver todo aquello a cámara lenta, simplemente ascendió su mirada hacia arriba para encontrar unos ojos marrones observándola preocupado, pero Sean giró su rostro y salió disparado hacia delante golpeando el pecho de Donovan que comenzaba a levantarse.

—Adrien mantente alejado, no tienes el antídoto —gritó al ver que su compañero estrellaba un puñetazo contra la mejilla de Donovan.

—Sí, claro —comentó sonriente—. La diversión solo para ti, ¿no? —Se burló mientras se agachaba para esquivar la mano de Donovan.

Sean desapareció apareciendo justo detrás de Donovan, agarrándolo con su brazo por el cuello. Donovan se dio impulso con las piernas y voló hacia atrás estrellándose con Sean contra la pared, pero Sean no estaba por la labor de soltarse y se impulsó con las piernas hacia delante estrellándose con él, en la pared del edificio frente a ellos.

Naomi se puso en pie apoyándose contra el muro, respirando de forma dificultosa por los nervios, sin dar crédito a lo que estaba viendo. ¿Aquello era real?

Adrien cogió un tapacubos de una rueda que había perdido algún coche y lo golpeó directamente contra el rostro de Donovan haciendo que este escupiese sangre mientras caía hacia el lado, al suelo. Pero nada más poner sus manos en el suelo volvió a tomar impulso para elevarse y dar una patada a Sean, el cual salió disparado contra la pared.

—¡Sean! —gritó Naomi llevándose la mano hacia su boca.

Sean la observó un segundo pero volvió a la carga a por Donovan que en ese momento parecía lanzar un puñetazo hacia Adrien, el cual lo esquivó al momento, pero Donovan se apartó de la trayectoria de Sean y salió disparado hacia Naomi, la cual lo vio aparecer un segundo ante ella y al momento lo vio impulsado de nuevo hacia el final de la calle, pues Sean había llegado hasta ella y ahora se mantenía justo a su lado.

El cuerpo de Donovan voló por el aire hasta que otra fuerza misteriosa lo tiró al suelo haciendo que incluso la calzada se quebrase. Adrien apareció a su lado y automáticamente dio una patada en su rostro.

—Lobo malo, lobo malo... —decía mientras le golpeaba.

Sean se giró para observarla un segundo. Ella parecía estar en un estado de shock, sin apartar la mirada de Adrien golpeando a Donovan.

—¿Te ha herido? —preguntó Sean cogiéndola del brazo para llamar su atención.

Naomi tenía los ojos extremadamente abiertos y las manos en su boca, temblando. Giró su rostro hacia él y al momento se apartó un paso hacia atrás, con rostro asustado.

Sean hizo un gesto de fastidio al ver la reacción de ella.

—Márchate. Nosotros nos encargamos —dijo seriamente.

Naomi apartó la mirada de él para observar de nuevo cómo Donovan se había puesto en pie y luchaba contra Adrien, con unos movimientos que no era capaz de distinguir, demasiado rápidos.

—Vamos, ¡márchate! —gritó Sean hacia Naomi.

Pero en ese momento Sean se giró de golpe, se agachó lo suficiente para esquivar el brazo de Donovan, pero no la patada. Adrien apareció a su lado intentando agarrarlo, pero de un manotazo Adrien se estrelló al lado de Sean. Comprobó cómo ambos se ponían de pie de forma inmediata, pero en ese momento Naomi notó cómo Donovan le rodeaba el cuello con su brazo, aproximándola a él.

—Ah, ah... —Les previno Donovan cogiendo a Naomi con fuerza. Ella comenzó a gemir—. Ni os mováis.

Adrien y Sean se quedaron paralizados a pocos metros de ellos, con el cuerpo en tensión.

—Suéltala —pronunció Sean en un tono tan amenazador que pensaba que Donovan lo haría, pero no lo hizo, estrechó más su brazo contra el cuello de ella.

—¿O qué? —le respondió con chulería.

—Donovan, no tienes escapatoria. Nosotros somos dos —dijo lentamente dando un paso hacia él—. Tú estás solo.

Donovan sonrió.

—Oh, veo que lo tienes todo pensado... —bromeó en tono amenazante, acercando el cabello de ella hacia su rostro—. Veamos qué haces, o la salvas a ella o me dejas escapar.

Naomi notó que el corazón se le disparaba cuando comprobó cómo Donovan clavaba una uña en su cuello. Al momento gritó.

—Tú decides —gruñó mientras soltaba a Naomi, la cual cayó al suelo directamente y él dio unos pasos hacia atrás. Se llevó el dedo hacia su boca y lo introdujo—. Mmmm... deliciosa.

Acto seguido sonrió mientras iba dando pasos hacia atrás, tranquilamente. Naomi gateó hacia un lado apoyándose contra la pared, gimiendo y llorando.

Sean mantuvo la vista clavada en Donovan.

—Cuidado con la fiera —bromeó señalando a Naomi. Luego sonrió hacia ellos—. Nos vemos pronto. —Acto seguido desapareció.

Sean se giró hacia Naomi y fue hasta ella rápidamente, pero ella no tenía que esperarlo porque gritó cuando llegó a su lado. Se agachó y le cogió el rostro con delicadeza.

—No, no me toques —gimió ella intentando soltarse.

—Estate quieta —gritó observando el pequeño arañazo que le había hecho Donovan—. Hijo de puta —susurró—. Adrien, hay varios antídotos en la guantera del todoterreno, tráelo. Ya —gritó. Adrien desapareció al momento.

Giró su rostro hacia Naomi, la cual seguía luchando contra él intentando deshacerse de sus manos hasta que puso los ojos como platos y al momento comenzó a gritar.

—Ahhhhhhh.

—Tranquila —le susurró estrechándola contra él. Sabía lo que ocurría, el veneno del hombre lobo comenzaba a recorrer sus venas—. ¡Adrien! —gritó hacia el final de la calle—. Vamos, ¡joder! —Sabía que no disponía de mucho tiempo.

—¡Me arde! —gritó Naomi queriendo llevar su mano hacia el cuello—. Ahhhhhh... ¿Qué me pasa? —Luchaba contra Sean para que le soltase las manos—. ¿Quién eres tú?

Sean soltó sus manos pero le cogió el rostro con delicadeza haciendo que fijase sus ojos en los suyos. Su rostro estaba adquiriendo un tono cenicienta y unas gotas de sudor frío comenzaban a recorrer su frente, fruto del dolor.

—Escúchame Naomi, escúchame —dijo con urgencia—. Tienes que tranquilizarte. Respira tranquila, intenta calmar los latidos de tu corazón.

—¿Qué era eso? ¿Qué...? —gritó de dolor—. Tu amigo... Tú... has dicho lobo.

Volvió a sacudirse cuando otra oleada de dolor atravesó su cuerpo.

—Por Dios —gritó Sean desesperado, sujetándola—. Aguanta, aguanta... —suplicó rodeándola con un brazo y medio recostándola sobre él—. Aguanta Naomi. —

Acto seguido giró su rostro de nuevo hacia la calle—. ¡Adrien! —gritó esta vez sin pudor.

Adrien se materializó a su lado con el antídoto en la mano. Pudo ver cómo Naomi temblaba al verlo aparecer, cómo su mirada se tornaba asustada hacia los dos, pero al momento otro grito y una convulsión le hicieron moverse.

—¿Qué hago? —preguntó Adrien con voz algo desesperada.

Sean la tumbó en el suelo y cogió el antídoto quitándole el tapón.

—Sujétala. Que no se mueva —dijo mientras con la otra mano le desabrochaba la camisa.

Naomi comenzó a gritar mientras luchaba por apartar las manos de Sean de su pecho.

—¡No! ¡Basta, basta! —Y volvió a convulsionar.

—¡Sujétala! —gritó hacia Adrien—. No puedo hacerlo si no se está quieta.

Adrien cogió sus dos manos colocándolas por encima de su cabeza y pasó una de sus piernas por su cintura inmovilizándola. Naomi no dejaba de gritar.

—¿Qué haces? —gritó hacia él llorando cuando vio que en su mano tenía una enorme aguja—. Sean, por favor... Ahhhhh... —Intentó deshacerse de las manos de Adrien—. Por favor...

Sean le abrió directamente la camisa haciendo que se soltasen varios botones.

Naomi volvió a gritar, pero Sean ya no sabía si era de dolor o por ver lo que él estaba a punto de hacer.

—No diré nada... por favor... —Al momento apretó los dientes cuando otra oleada de dolor la recorrió dejándola exhausta.

Sean miró un segundo a Adrien.

—No la sueltes.

—Claro.

Colocó su mano en su pecho y contó las costillas hasta que dio con el punto exacto donde debía suministrar el antídoto.

Observó cómo una lágrima caía por la mejilla cenicienta de Naomi mientras seguía gimiendo.

—Es por tu bien —susurró nervioso colocando la aguja en su pecho—. Lo siento.

—Sean... Sean... —gritó—. ¿Qué es e...? —Pero no pudo acabar la frase.

Sean clavó la aguja en su pecho mientras otro grito salía de lo más profundo de Naomi. No pudo evitar fijarse en su rostro una vez comenzó a introducir el bolo de antídoto lentamente. Naomi gimió un par de veces más hasta que puso los ojos en blanco y quedó inconsciente.

Adrien se mantenía callado, observando atentamente a Sean el cual extrajo la aguja de su pecho con un suspiro y automáticamente se sentó en el suelo sujetando la aguja en su mano, como si estuviese derrotado.

Adrien la soltó y luego lo observó a él.

—Se ha desmayado —susurró.

—Mejor así —dijo pasándose una mano por la frente. Resopló y directamente llevó la mano a su cuello tomándole el pulso—. Es estable —informó mientras se pasaba la mano por los ojos en actitud agotada—. ¡Joder! —gritó mientras daba un golpe en su rodilla fruto de los nervios—. ¡Hijo de puta! ¡Voy a matarlo! ¡Te juro que voy a...!

Adrien puso una mano en su hombro haciendo que se calmase. Observó que Naomi seguía inconsciente y miró a Sean. Jamás lo había visto tan alterado, tan desesperado.

—¿Qué hacemos? —le preguntó en un susurro.

Sean la observó un par de segundos más y se movió directamente hacia ella pasando una mano por debajo de sus rodillas y otra por debajo de su pecho, elevándola en sus brazos.

—Avisa a Josh de lo que ha ocurrido. Quiero matar a Donovan esta misma noche. —Adrien aceptó.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Suspiró y la observó. Tenía el cuello apoyado en su hombro, los ojos cerrados, una respiración acompasada. Pero todo su rostro estaba totalmente pálido.

—Voy a llevarla a su piso. Necesita descansar. Nos vemos en casa. —Dicho esto fue hacia el todoterreno.

Naomi se dio la vuelta mientras daba unos suaves golpes en su almohada. Estaba realmente cómoda, con la suavidad de la manta sobre ella. Medio abrió los ojos y observó que estaba todo apagado. Debía ser de madrugada todavía, faltarían muchas horas para levantarse. Le encantaba esa sensación. El despertarse y saber que aún le quedaban varias horas para poder disfrutar de su cama. Se giró y notó un ligero dolor en el cuello, como un pinchazo. Aquello la alertó. Espera, ¿dónde estaba? Su mente viajó un par de horas hacia atrás. Había ido al teatro a cubrir la noticia de la entrega de medalla honorífica, se había encontrado con Sean, había quedado con él en que mañana le llamaría. Luego, al salir al exterior, se había encontrado con... —Tragó saliva y se sentó de inmediato sobre la cama—... con Donovan. Sí, lo recordaba. Aquel hombre la había amenazado, había estado a punto de estrangularla pero además, había algo raro en él, sus ojos... sus movimientos... Gimió mientras se pasaba la mano por el cuello recordando la falta de oxígeno. Pero eso no había sido todo. Sean. Sean y otro chico al que había llamado Adrien habían luchado contra Donovan y luego... se llevó la mano directamente a su pecho. ¿Sean le había puesto una inyección?

Se pasó la mano por la frente notando cómo unas gotas de sudor bajaban por ella, notó aquella extraña debilidad. ¿Había sido un sueño? ¿Había sido real?

Se giró gimiendo, buscando a ciegas el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. Nada más localizarlo lo pulsó y tuvo que cerrar los ojos hasta que sus pupilas se hubieron adaptado a aquella reciente claridad.

Se pasó la mano por los ojos frotándolos y llevó su mano hasta el despertador para darle la vuelta y observar la hora. No era ni la una de la madrugada. ¿La una de la madrugada? Estaba totalmente desubicada. ¿Se había quedado dormida todo un día?

Se giró y en ese momento botó de la cama colocándose de pie al lado de ella, con un movimiento compulsivo, y se quedó fijamente mirando a Sean, el cual permanecía sentado sobre una silla observándola con una ceja alzada.

—¿Pero qué demonios...? —gritó ella corriendo al otro lado de la habitación—. ¡Joder! —volvió a gritar.

Sean se levantó lentamente.

—Tranquila, puedo explicártelo...

—¿Tranquila? —gritó. Luego se pasó la mano por su rostro agobiada. No había sido una pesadilla, aquello había sido real. Sean se había movido a una velocidad impresionante, igual que aquel grupo de personas que... Lo fusiló con la mirada—. Maldito seas... ¿Quién narices eres tú?

—Será mejor que te tumbes en la cama, no tienes buen aspecto —dijo dando un paso hacia ella.

—No, no, ni te acerques... —Le previno con la mano—. ¡Que no te acerques! —acabó gritando al ver que no le hacía caso.

Sean suspiró y se detuvo, pues ella parecía estar a punto de saltar sobre la cama para salir corriendo por la puerta del otro lado de la habitación.

Naomi lo miraba realmente asustada, incluso pudo detectar cómo su cuerpo temblaba.

—Naomi, no voy a hacerte daño —le susurró con voz tranquila.

—¿Ah, no? ¿Y qué has hecho antes? —Le apuntó con el dedo—. Me has inyectado algo. ¿Qué era?

—Un antídoto.

Ella dio un paso hacia atrás pensando a gran velocidad.

—¿Un antídoto? ¿Para qué?

Sean suspiró y se cruzó de brazos observándola fijamente.

—Siéntate. Hablemos tranquilamente.

—No pienso sentarme Sean, dime lo que me has inyectado.

Sean chasqueó la lengua y luego se quedó reflexivo durante unos segundos.

—Es un antídoto contra un virus. Donovan te lo transmitió cuando te arañó la piel del cuello. —Ella se llevó la mano a la zona afectada, notando el pequeño arañazo, al momento gimió.

—Aún me quema un poco.

—Es normal. El efecto puede durar veinticuatro horas.

Ella se movió incómoda, sin apartar la mirada de él ni perderle de vista.

—¿Qué virus?

Sean colocó las manos en sus bolsillos y se apoyó contra la pared mientras la observaba fijamente.

—El del hombre lobo.

Ella lo miró fijamente y luego arqueó una ceja hacia él.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Ya me has escuchado.

Al momento comenzó a reír como si no le creyese y comenzó a negar con su rostro de forma incrédula.

—¿El virus del hombre lobo? —preguntó bromeando.

—Bueno, lo que yo te he inyectado ha sido el antídoto. Si no te lo hubiese puesto seguramente ahora estarías aullando a la luna llena.

Ella se quedó seria de golpe, pensativa. ¿Sean estaba hablando en serio? Eso parecía, además, los había visto moverse de una forma muy extraña, es más, algo en los ojos de Donovan le había llamado la atención, era como si se estuviesen volviendo rojos. Un escalofrío recorrió su columna mientras paseaba la mirada nerviosa por su habitación, dando unos pasos hacia atrás.

—Ya... mmmm... —comentó aún en estado de shock—. Eso... ¿eso es lo que sois vosotros? —preguntó con un hilo de voz.

—Donovan lo es.

—¿Donovan es un hombre lobo?

—Sí.

Ella volvió a sonreír incrédula, aunque podía detectar un matiz de nerviosismo en su tono de voz.

—Un hombre lobo —afirmó ella repitiendo lo que había dicho Sean.

—Sí.

Naomi respiró profundamente y se mordió el labio. Miró a Sean y dio unos pasos más hacia atrás.

—¿Y tú? —preguntó.

Esta vez fue él quien arqueó la ceja. Se distanció de la pared y dio unos pasos más hacia ella.

—Yo no soy un hombre lobo —acabó medio sonriente—. Yo lucho contra ellos.

Naomi lo miró fijamente. La verdad es que todo aquello le parecía una pesadilla, sin poder evitarlo se pisó el pie con el otro pie. ¡Au! Dolía... no, no estaba dormida, ¿pero entonces? ¿Lo que decía Sean era cierto? ¿Donovan eran un hombre lobo? Lo había visto moverse a él y sabía que aquello no era normal, pero si Donovan era un hombre lobo y él...

—Eh, no te acerques... no... no... —Interrumpió sus pensamientos al ver que él daba unos pasos acercándose.

Sean suspiró yladeó su rostro hacia un lado con infinita paciencia.

Naomi volvió a sus pensamientos al verlo detenerse. De acuerdo, podía aceptar que Donovan no era normal, lo había visto moverse a una velocidad impresionante, luchar con una ferocidad digna de un animal... pero ¿un hombre lobo? Luego acudió a su mente aquellos enormes perros o lobos que habían intentado atacarla el día que había quedado con él. Volvió a elevar la mirada hacia Sean, pues de nuevo había dado otro paso hacia delante. Ella le señaló con el dedo de forma amenazadora y él se detuvo al momento. Necesitaba pensar, ordenar sus ideas...

La noche que se había reunido con Donovan aquel grupo de hombres con el rostro tapado la habían acompañado a su piso, uno de ellos había dicho eso justamente, nadie era consciente de la batalla que se estaba librando entre hombres lobos y vampiros... Aquello le hizo abrir los ojos desmesuradamente y ascendió la mirada hacia

Sean, el cual al recibir aquella mirada ladeó más su rostro y enarcó una ceja hacia ella. Lo había leído por Internet: hombres lobos y vampiros eran enemigos.

—¿Qué ronda por esa cabecita tuya? —preguntó Sean dando un paso más hacia ella.

Naomi se subió de un salto sobre la cama, echó sus manos hacia delante sin perder el contacto visual con él y cruzó sus dedos formando una cruz en dirección a Sean. Él extendió los brazos hacia ella.

—¿Pero qué estás haciendo? —preguntó asombrado.

—Aléjate de mí —gritó mostrándole la cruz que formaba con sus dedos, caminando por encima de la cama hacia el otro lado—. Ni se te ocurra acercarte, tengo ajo en la nevera.

Sean la miró asombrado.

—¿Crees que soy un vampiro?

—Te movías como Donovan, pero dices que no eres un hombre lobo.

—Pero tampoco soy un vampiro. —Extendió los brazos hacia ella—. No tengo colmillos —dijo mostrándole la boca a lo que Naomi dio un salto hacia detrás alejándose de él.

Sean suspiró colocándose las manos en la cintura.

—Siéntate, te lo explicaré todo.

—No, me parece que no... —dijo nerviosa—. No voy a sentarme a tu lado.

Sean puso los ojos en blanco y realizó un movimiento con la mano como si apartase una mosca.

La contempló fijamente.

—¿Al menos podrías dejar de hacer tonterías y bajar de la cama? Aún te abrirás la cabeza y ya he tenido suficiente emoción por hoy.

Naomi dejó de formar la cruz con sus dedos y los convirtió en puños, de todas formas ya veía que la figura de la cruz no le afectaba nada.

—¿Que tú has tenido suficiente emoción? —preguntó sofocada—. Justamente tú, ¿no?

Sean chasqueó la lengua pero luego aceptó como si ella tuviese razón. La contempló y suspiró.

—Soy un cazador, Naomi —reconoció—. Ni lobo, ni vampiro.

Ella lo miró extrañada.

—¿Pero tú no eres forense? —preguntó casi en un grito, sin comprender.

—Sí, bueno. Estudié medicina en la facultad. Me sirvió para infiltrarme y poder controlar el número de muertes que había a manos de un lobo o vampiro y encubrirlo para que no saliese a la luz. —Acabó encogiéndose de hombros como si fuese la respuesta más lógica.

Naomi lo miraba asombrada, e incluso la vio parpadear un par de veces como si estuviese procesando aquella información.

—Así que tú... Tú eres... —dijo como si aún tuviese que comprender aquello.

—Un cazador —concluyó él. Luego dio un paso hacia ella—. Trabajo para una división secreta del Pentágono, se llama DAE, división de agentes externos. —Tragó saliva y continuó hablando—. Me dedico a luchar contra todo lo paranormal, en concreto estoy en el grupo de tierra, es decir, la lucha cuerpo a cuerpo contra lobos y vampiros.

—Vampiros... —susurró ella.

Sean ignoró aquello último y siguió hablando:

—Llegamos hace un año y medio a la ciudad de Brooklyn dado que habían muchos asesinatos. —Ella lo miró fijamente—. En seguida detectamos el foco de vampiros y conseguimos casi destruirlos, pero cuando pensábamos que estábamos a punto de exterminarlos, hicieron una alianza con los lobos para luchar contra nosotros. —Naomi estaba totalmente quieta, de pie sobre la cama y sin pestañear. Se acercó un paso más colocándose al lado de ella y se cruzó de brazos. Ella lo escuchaba atentamente—. Hace unos meses dimos con una facción de lobos en una urbanización a las afueras de Brooklyn... —Ella abrió más los ojos entendiendo a lo que se refería.

—El asesinato que estaba investigando —susurró. Luego dio un paso hacia atrás—. ¿Tú los mataste?

—Somos diez. —Suspiró y agachó su rostro hacia abajo unos segundos, como si buscase las palabras adecuadas—. Nosotros no, los vampiros. Igualmente si no hubiesen sido ellos lo hubiésemos hecho nosotros. Es necesario Naomi, son asesinos en potencia. Ya has visto lo que ha estado a punto de hacerte Donovan. Te hubiese matado o transformado.

Naomi se pasó la mano repetidas veces por su rostro. Luego se movió de nuevo sobre la cama acariciándose los brazos.

—Por eso querías que dejase la investigación —comentó lentamente—. Porque tú estabas detrás de todo esto.

—Naomi, escúchame —dijo con infinita paciencia—. Tuvimos que acabar con muchos lobos y vampiros. Son máquinas de asesinar. Matan por placer. Lo único que quería era que te alejases de todo esto, es un mundo peligroso, muy peligroso. —Enfatizó—. No quería que llamasen la atención de lobos y vampiros. —Colocó las manos en su cintura y la observó fijamente—. En un principio no sabíamos que se trataba de Donovan quien te enviaba las fotos. Donovan es el cabecilla de los lobos de esta ciudad, llevamos tiempo tras él. Lo único que sabíamos es que estabas recibiendo unas fotografías en las que salíamos nosotros, mi división. —Pudo observar cómo el labio inferior de Naomi temblaba, parecía que todo aquello le sobrepasaba—. Por eso te seguimos aquella noche... —Ella volvió a fusilarlo con la mirada—. Cuando vimos que tu fuente era un lobo decidimos intervenir, te hubiesen matado si no llegamos a estar cerca.

Ella se removió de nuevo.

—¿Tú estabas allí?

—Sí.

Ella inspiró aire y se mordió el labio.

—¿Y quién eras? —preguntó de mala gana—. ¿Al que le rocié de spray? ¿Al que le di una patada? ¿Al que le arree con el bolso?

—Ninguno de esos. —Luego arqueó una ceja hacia ella y medio sonrió—. Fui el que te cacheó y te subió al hombro.

Ella apretó sus manos convirtiéndolas en puños y fue hacia él realmente enfadada.

—Maldito hijo de... —Pero al momento se calló cuando Sean se movió hasta ella de una forma impresionante subiéndose a la cama, agarrándola de la cintura y bajándola de ella—. Ahhhhh... —gritó separándose de él y deshaciéndose de sus brazos. Le golpeó en el pecho y salió corriendo de la habitación, pero para cuando consiguió encender la luz, Sean se encontraba de brazos cruzados sentado en el sofá de su comedor con una gran sonrisa. Ella dio un bote hacia detrás llevándose la mano al corazón mientras gritaba de nuevo.

—Oye, ¿puedes dejar de gritar? Vas a alertar a los vecinos —le pidió mientras se levantaba, pero ella seguía gritando—. Por favor.

—Quizás quiero que se enteren —contestó mientras veía cómo él ponía los ojos en blanco. Sean intentó agarrarle la mano pero ella lo esquivó—. Ni se te ocurra volver a tocarme —dijo apartándose de él—. Y... y... no vuelvas a hacer eso.

—¿El qué?

—Eso de moverte tan rápido... O de cogerme así...

—Al final ibas a conseguir partirme la crisma con tanto corretear por encima de la cama, me estabas poniendo de los nervios.

—¿Y qué más te da a ti?

Sean arqueó una ceja y esta vez adoptó un gesto serio que hizo que Naomi se estremeciese y comenzase a dar pasos hacia atrás.

—Pues resulta que sí me da. Me da muchísimo —dijo mientras Naomi chocaba contra la pared. Sean se acercó a ella y colocó un brazo a cada lado suyo impidiendo así que escapase o siguiese corriendo por el piso huyendo de él. Suspiró y la miró directamente a los ojos, muy próximo a ella. Aún estaba algo pálida y pudo notar cómo todo su cuerpo temblaba ante su proximidad—. No tienes por qué temerme —le susurró.

Ella lo observó con ojos llorosos.

—Yo... mmm... no lo tengo muy claro. —Sean ladeó su rostro clavando su mirada en la suya. Era tan hermosa, y había estado tan cerca de perderla.

—No deberías dudar de eso —susurró contra sus labios.

Ella pareció darse cuenta de que la mirada de Sean descendía hasta sus labios porque se puso algo más tensa y sus ojos reflejaron el temor que sentía.

Notó cómo algo dentro de él se encogía al recorrer aquel hermoso rostro. No lo soportó más y bajó sus labios hasta los suyos, notó cómo Naomi daba un pequeño bote del susto, pues no parecía esperarse aquello, pero en cuanto notó la dulzura de su beso pareció relajarse.

Sean bajó sus labios hasta los suyos con una suavidad infinita. Dios, había querido besarla aquellas últimas noches como no había deseado a nadie. Naomi tenía los labios fríos, producto de los nervios y del antídoto que le había suministrado, pero poco a poco hizo que fuesen entrando en calor. Paseó sus labios sobre los suyos de forma delicada, sin querer asustarla, hasta que notó que ella no se resistía y que incluso comenzaba a colaborar. Aquella muchacha era más exquisita de lo que había imaginado. Bajó sus manos por la pared, con las que la mantenía presa y las colocó de forma suave sobre la cintura de ella. Tendría que haberla besado mucho antes.

Movió sus manos con caricias sobre su cintura hasta que notó que ella parecía un poco desubicada, sin saber qué hacer, pues parecía indecisa de dónde colocar sus manos.

Sean se separó un segundo de sus labios, observándola fijamente mientras las cogía y las colocaba en su cuello rodeándolo. Luego le sonrió de forma seductora al notar que ella unía sus manos por su nuca.

—Así mucho mejor —dijo antes de volver a besarla.

Volvió a bajar sus manos hasta su cintura y la abrazó mientras acariciaba con su lengua sus labios.

Naomi no pudo evitar que se le escapase un gemido cuando notó aquel gesto de su lengua. Sean besaba de una forma realmente excitante. Ahora podía asegurar que aquel hombre no le haría ningún daño, al contrario, aquel beso prometía cosas realmente placenteras, pero algo se cruzó por su mente y se separó levemente de él.

Sean la contempló fijamente, con la mirada encendida en deseo.

—¿Qué ocurre?

Ella lo miró aún algo cohibida.

—Ahora no me transformaré en una cazadora, ¿verdad?

Sean sonrió ante aquel comentario y acarició su nariz con la suya.

—No, esto no funciona así. —La besó rápidamente y acarició su cabello—. Nosotros nacemos con estas cualidades. La fuerza, la velocidad y la regeneración.

Ella lo miró confusa.

—¿La... —No pudo continuar porque Sean la besó de nuevo— ... regeneración?

—Ya te lo contaré en otro momento —acabó diciendo rápidamente mientras la agarraba de la cintura y la atraía hacia él.

—Me parece bien —contestó contra sus labios antes de pasar de nuevo sus manos por su cuello rodeándolo.

Notó cómo Sean volvía a bajar sus manos por la cintura, acariciándola cada vez con más intensidad.

Ay, Naomi, para, para —se dijo a sí misma—. Detente antes de que sea demasiado tarde. Al momento notó cómo Sean acercaba sus caderas a las suyas e incrementaba el beso apretando más sus labios y entreabriéndolos para introducir su lengua. ¿Parar? aquello era realmente imposible. Gimió cuando notó la lengua de Sean introducirse de forma sutil entre sus labios y rozar la suya. Se apretó más fuerte contra él e introdujo sus dedos entre su cabello agarrándose.

Sean gimió y al momento la sujetó colocando sus manos en su espalda. La giró para dar los pasos pertinentes hasta la mesa, sin dejar de besarla ni un segundo, chocando de forma precipitada contra ella.

Si le hubiesen dicho que iba a acabar así aquella noche no se lo habría creído.

Naomi apoyó de inmediato las manos sobre la mesa para no caer hacia detrás por el impulso. Sean parecía estar acelerado, pero ella le seguía de cerca.

Se besaron con pasión, notando cómo su pulso se incrementaba, cómo la respiración se aceleraba.

Naomi, a la que consiguió guardar el equilibrio, volvió a rodearlo con los brazos mientras notaba cómo las manos de Sean adquirían un matiz más nervioso, moviéndose por su cintura y cadera con suavidad pero cierta urgencia.

Sean abandonó sus labios y acto seguido fue hacia su cuello. Ella gimió al notar sus labios bajando y dejando a la vez un camino de besos a su paso, pero aquello le puso en tensión.

—No —gimió apartando un poco el cuello.

Sean movió su rostro hacia ella colocando sus labios a escasos centímetros de los suyos.

—No, ¿qué? —le susurró.

—El cuello, no —pronunció con algo de dificultad mientras tragaba saliva.

—¿Por qué? —susurró antes de besarla apasionadamente. Volvió a hundir su lengua mientras la apretaba contra él hasta dejarla prácticamente agotada—. Dime.

Oh. ¿Tenía que hacerle aquellas preguntas ahora? Madre mía, únicamente la había besado y ya ni podía pensar con claridad.

—Tú... tú... seguro que... ¿no muerdes? —consiguió decir al final.

Sean se separó de nuevo de ella e inclinó una ceja.

—Ya te he dicho que no soy un vampiro.

Ella emitió un sonido dando a entender que no estaba muy segura. Volvió a besarla directamente.

—¿Pero tú puedes mor...?

—No voy a morderte... —La interrumpió con un beso—. Al menos no de esa forma. —Otro beso más.

—Ya, vale... pero... seguro que no hay peligro de que me...

Sean suspiró y la miró de nuevo fijamente.

—A ver... ¿quieres que te bese o no? —preguntó algo desesperado.

Esta vez fue ella quien arrugó su frente en actitud interrogante.

—Sí... No... —Parecía estar confundida. Se relajó un momento, suspiró y finalmente lo observó fijamente—. Me da un poco de miedo.

Aquello pareció relajar los músculos de Sean que estaban en tensión, como si comprendiese aquel temor.

—No tienes por qué temer, ya te lo he dicho —respondió con dulzura.

—Ya, pero es que... —El suspiro de Sean la interrumpió un segundo. Vale, estaba claro que tanta interrupción le estaba cortando el rollo a él y aquello le estaba desesperando un poco— es que me cuesta un poco asimilar todo esto.

Sean se alejó esta vez unos centímetros para observarla, ladeó un poco su rostro hacia el lado clavando su mirada en la de ella.

—De acuerdo —acabó diciendo resignado—. ¿Prefieres hablar?

Naomi se quedó pensativa hasta que finalmente colocó sus manos de nuevo sobre su cuello y negó con su rostro.

—No.

—Menos mal —dijo Sean acercándose de nuevo para besarla con urgencia y pasión. Si en aquel momento Naomi hubiese respondido que sí, hubiese tenido que irse directamente a darse una ducha fría. Ahora que la había probado, que había saboreado su dulzura no podía resistirse más. La deseaba, la deseaba más que nada.

La atrajo hacia él notando cómo su cuerpo aún temblaba. La rodeó con un brazo por la cintura y la subió a la mesa con urgencia mientras no paraba de besarla.

Ahora que la tenía entre sus brazos se daba cuenta de lo importante que era para él, de lo que representaba. Una oleada de protección le atravesó el corazón mientras notaba cómo Naomi se agarraba a él.

Si le hubiese ocurrido algo, si no hubiese llegado a tiempo no sabría qué habría hecho. Era impresionante cómo aquella muchacha había llegado a formar una parte tan importante de su vida en pocos días.

Bajó la mano suavemente por su muslo hasta que llegó al dobladillo de la falda negra que llevaba. Introdujo la mano suavemente por debajo comenzando a ascender. Escuchó el gemido de ella y al momento abandonó sus labios para desplazarse por su cuello de nuevo y besarla mientras le hacía doblar la rodilla para tener un mejor acceso a todo su muslo.

Sean parecía totalmente seguro de lo que hacía, mientras ella dudaba a cada segundo. Por un lado lo que había visto le asustaba, por otro debía confesar que estaba profundamente enamorada de aquel hombre, y aunque estaba atemorizada, los besos y las caricias que estaba recibiendo le daban a entender todo lo contrario. Si en realidad era cierto todo lo que le había explicado, y así parecía, aquel hombre le había salvado la vida. Comenzó a bajar la mano por su pecho, sobre su camisa cuando notó que él se movía algo confuso.

Se incorporó levemente observándola, como si no comprendiese algo y se llevó la mano directamente al bolsillo.

Al momento Naomi escuchó la vibración de un móvil. Sean resopló mientras sacaba el móvil de su bolsillo, aún echado sobre ella y observó la pantalla.

Chasqueó la lengua.

—Joder, qué oportuno —susurró antes de llevarse el teléfono al oído—. ¿Qué? —preguntó de mala gana.

Naomi lo miró sin comprender.

—¿Qué te pasa? —preguntó Josh al otro lado de la línea—. ¿Te pilló en mal momento? —su voz sonaba algo preocupada.

—¿Qué quieres? —su voz sonaba excesivamente ronca.

Josh tardó unos segundos en responder, le había pillado de improviso aquel tono de voz. Sean solía ser uno de los más calmados del grupo.

—La chica, ¿cómo está? —preguntó directamente.

Sean la miró y luego sonrió algo burlón.

—La chica... está bien.

Ella le miró con burla.

—Adrien me ha explicado lo que ha ocurrido. ¿Dónde estás?

—Estoy en su piso. —Mantenia la mirada fija en Naomi.

—¿Ha hecho efecto el antídoto?

—Creo que sí. No se convertirá en un lobo. —Aunque luego le hizo un gesto burlón a ella dándole a entender que al menos no en ese sentido, aunque quizás sí en otro figurado. Naomi le respondió con una mirada divertida.

—De acuerdo. Escucha —dijo mientras adoptaba un tono de voz más serio esta vez—. Evelyn y Samantha han rastreado a Donovan igual que la otra vez. —En ese momento notó que Naomi se incorporaba en la mesa como si quisiese levantarse pero colocó rápidamente la mano en su estómago y negó con su rostro.

—Quieta —susurró—. No te muevas. Será un segundo —le indicó en un susurro sin apartar la mano de su estómago. Luego comenzó a pasearla por su cintura y a descender por su muslo otra vez—. ¿Han averiguado algo? —preguntó de nuevo volviendo la mirada a Naomi y hablando en un tono más alto hacia el teléfono.

—Evelyn ha tenido una visión.

Aquello alertó a Sean, el cual dejó su mano quieta sobre la rodilla de ella.

—¿Sobre qué?

—Ha visto el puente de Brooklyn. Dice que cree que es esta noche y...

—¿Y qué?

—Gente ahogada.

Sean se incorporó finalmente.

—¿Y qué tiene que ver eso con los lobos?

Josh suspiró.

—Dice que Donovan estaba allí.

Sean paseó la mirada nerviosa por el piso de Naomi y finalmente volvió a mirarla a ella.

—¿Qué vais a hacer?

—Vamos a montar guardia allí. Todos.

—Entiendo —respondió de mala gana. Naomi lo miraba confundida.

—¿Vienes o prefieres quedarte con ella?

Sean la miró fijamente.

—Quiero matar a ese hijo de puta con mis propias manos —pronunció con la vista clavada en los ojos de Naomi.

Ella se estremeció al escuchar aquello.

—Está bien. Nos vemos allí entonces.

—Hasta ahora.

Sean colgó y guardó de nuevo el móvil en su bolsillo mientras su rostro volvía a tensarse. Habían encontrado a Donovan. Sabía que si Evelyn había visto aquello, ocurriría. Ya se les había escapado suficiente tiempo, necesitaba coger a Donovan y acabar con él, sobre todo después de lo que había intentado hacerle a Naomi, además, nadie le aseguraba que no volviese a intentarlo.

La contempló fijamente hasta que su rostro se fue volviendo dulce otra vez mientras la observaba.

—¿Tienes que marcharte?

—Sí —suspiró, pero no se separó—. Saben dónde puede estar Donovan. Hay que ir a por él. —Luego la miró preocupado—. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella aceptó pero no dijo nada.

Sean se inclinó sobre ella y la besó de forma apasionada, saboreando sus labios de una forma incluso agresiva. No había nada que pudiese separarle de ella en ese momento excepto Donovan. La ira por lo que le había hecho a Naomi y el profundo amor que sentía por ella se entremezclaban en su interior.

Se separó y esta vez la ayudó a sentarse correctamente sobre la mesa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó pasándole las manos por su rostro, apartándole el cabello.

Ella afirmó.

—Un poco débil.

Él le sonrió mientras le acariciaba la mejilla.

—Eso es normal. Mañana te encontrarás mejor. —Le besó la frente con ternura y volvió a sujetar su rostro entre sus manos obligándole a que le mirase—. Necesito un favor...

—¿Qué?

Sean se quedó un momento pensativo.

—Las fotografías que te mandaron y que guardaste en un pendrive —dijo seriamente—, necesito que me las des.

Ella lo interrogó con la mirada, separándose un poco de él.

—¿Por qué? —preguntó algo tirante.

Sean apartó las manos de su rostro y las colocó en su cintura mientras se movía incómodo.

—En esas fotos salimos nosotros, Naomi. No me gustaría que acabasen en malas manos. —Ella se mordió el labio y lo miró algo enfadada, iba a decir algo pero Sean le interrumpió colocando su mano ante ella—. Naomi, el pendrive —ordenó.

Ella se mantuvo unos segundos retándolo con la mirada hasta que finalmente lo apartó con la mano para bajar de la mesa de mala gana.

Caminó enfadada hacia la nevera y la abrió removiendo entre los cajones. Cuando se giró Sean estaba justo detrás de ella. Ni siquiera lo había escuchado así que de nuevo dio un paso hacia atrás asustada por la aparición repentina, pero Sean la sujetó rápidamente por el brazo para que guardase el equilibrio y colocó la otra mano tendida sobre ella.

Cerró la nevera y depositó el pendrive en la mano de él.

—¿Es el único que tienes? —preguntó con una sonrisa desconfiada.

—Sí —respondió molesta—. Ahí tienes lo que quieres —dijo dando un paso hacia el lado para separarse de él, pero Sean aún le mantenía sujeta por el brazo y no dejó que se alejase.

—No te equivoques. Lo que yo quiero lo tengo justo delante —susurró mirándola fijamente. Guardó el pendrive en su bolsillo y se acercó a ella de nuevo, que parecía que aquellas últimas palabras la habían calmado un poco. La soltó del brazo y pasó su mano por su mejilla con una caricia—. Acuéstate y descansa. Tienes que recuperar fuerzas —susurró aproximándose a sus labios—. Volveré en cuanto acabemos.

—¿Y cuándo será eso?

—Antes del amanecer. —Dicho esto la besó con una dulzura que jamás hubiera pensado que la pudiesen besar. No pudo evitar pasar una mano por su cabello corto acariciándolo mientras notaba cómo la rodeaba entre sus brazos abrazándola y apretándola contra él—. Si te encuentras mal, llámame. —Le dio otro beso esta vez más corto y se separó un poco de ella, pero en ese momento observó una chispa de duda en sus ojos. Iba a calmarla cuando ella colocó una mano esta vez en su mejilla y se acercó unos pasos hacia él.

—Ve con cuidado —dijo en tono preocupado.

Y aquello desmoronó todos los esquemas de Sean. Notó cómo el corazón se le disparaba, incluso cómo a sus pulmones le costaban ensancharse para acoger el oxígeno que necesitaban. Jamás nadie se había preocupado por él así, jamás nadie le había dicho aquello.

Se acercó, la besó en la frente y le acarició el cabello.

—Claro, tranquila. —Le sonrió intentando calmarla—. No tardaré.

Naomi se quedó paralizada varios minutos en medio del comedor, tras la marcha de Sean. Aún no era consciente de todo lo que le había explicado. ¿Sean era un cazador? Desde luego aquella fuerza, aquella velocidad... Se llevó la mano al colgante que le había regalado hacía más de una semana, aquel elefante con trompa hacia arriba y lo cogió en la palma de su mano apretándolo. Jamás hubiese imaginado algo así. Sentía vértigo, aunque no tenía claro si era por todo lo que le había explicado o por los sentimientos que sentía en su interior. La forma en la que le había besado, cómo la había acariciado... Le había salvado la vida, en más de un sentido, ya no solo en aquel descampado. Tras compartir aquellos besos y caricias se sentía de nuevo viva. Jamás había sentido algo así y jamás creía que pudiese sentir algo igual por otra persona.

Tragó saliva y se mordió el labio observando la mesa. Él volvería, y cuando lo hiciese... Un rubor cubrió sus mejillas. Oh, había estado tan cerca de acabar haciendo el amor con él, aquellas palabras prometían un sinfín de sensaciones, un sinfín de placeres que solo él podía garantizarle.

Sonrió y se dirigió hacia la ventana de su piso para observar a través de los cristales. Era plena noche y las farolas estaban encendidas, aunque nadie paseaba por las calles, había una profunda calma.

No pudo evitar revivir toda aquella conversación en su mente. Donovan era un hombre lobo, y ella había estado a punto de convertirse en eso. Tragó saliva y llevó la mano a su pecho, donde Sean había clavado el antídoto, pero aquello le hizo ladear su rostro hacia el lado en actitud pensativa. Si ellos eran los mismos cazadores que habían ido al descampado, ellos eran los que habían entrado en su piso. Se giró de golpe notando cómo el corazón se le aceleraba ¡Hijo de...! Le había robado, bueno... no Sean, ya que se encontraba distraída, pero aquel grupo del que hablaba, ¡le había robado! El ordenador, el colgante y los pendientes de su abuela, la cámara fotográfica, doscientos dólares... ¡Cuando lo viese se iba a enterar! Volvió a recordar toda aquella conversación y notó cómo sus mejillas se iban enrojeciendo. Recordaba claramente cómo aquel grupo le había preguntado por él, por si era su pareja... Y luego volvió a recordar cómo la había cacheado, cómo la había llevado en su hombro hasta el todoterreno. Desde luego tenía muchas cosas que aclarar con él, y pensaba hacerlo en cuanto llegase. “Ladrón, mentiroso” —pensó, pero una sonrisa volvió a inundar su rostro mientras caminaba hacia la nevera. Necesitaba un buen vaso de agua para hidratar su boca y luego, una buena sesión de sueño. Se encontraba agotada, sin fuerzas. Fue hasta la nevera y cogió la jarra sirviéndose un buen vaso de agua. La bebió lentamente y rellenó la jarra volviendo a introducirla en la nevera.

Iba a ir a su habitación cuando escuchó unos pasos rápidos por el pasillo, como si alguien corriese. Se detuvo en medio del comedor escuchando y notó que el corazón comenzaba a dispararse cuando escuchó cómo esos pasos se detenían frente a su puerta. Un suspiro y luego una media sonrisa inundó su rostro cuando llamaron al timbre. ¡Qué rápido! ¿Ya había vuelto?

Sonrió sin poder evitarlo y se dirigió hacia la puerta casi dando saltos de alegría, desde luego Sean estaba más desesperado que ella, pensó de forma burlona, pero no llegó a la puerta cuando comenzaron a golpearla de una forma brutal haciendo que toda la puerta vibrase.

Dio un salto hacia atrás asustada, llevándose la mano al pecho mientras escuchaba aquellos golpes atroces en la puerta, notando cómo su respiración se incrementaba y los latidos del corazón aumentaban su velocidad.

Miró asustada la puerta, parecía que iba a ceder ante aquellos golpes hasta que de repente paró. Notaba que el corazón se le iba a salir por la boca, incluso sus ojos se humedecieron por el miedo. Tragó saliva y titubeó.

—¿Sean? —preguntó asustada.

Nadie respondió. Intentó calmarse y miró hacia la cocina donde estaban los cuchillos y utensilios. Dio unos pasos hacia ella y cogió el cuchillo que había sobre el mármol justo en el momento en que los golpes volvieron a repetirse, esta vez amenazando con derribar la puerta. Gritó desesperada mientras daba unos pasos hacia atrás muerta de miedo.

—¡Basta! —gritó hacia la puerta sujetando el cuchillo con fuerza—. ¡Llamaré a la policía!

Los golpes no cesaban, incluso la puerta comenzó a crujir, como si las bisagras estuvieran cediendo a los golpes. Volvió a gritar y recorrió rápidamente el comedor buscando su teléfono móvil. Tenía que llamar a Sean, estaba claro que ese no era él. Corrió hacia la mesita donde había depositado el móvil pero justo cuando lo tuvo en su mano la puerta cedió. No tuvo ni tiempo para observar, simplemente notó un fuerte golpe y salió disparada hacia la ventana chocando contra el cristal, cayendo al suelo. Se golpeó el costado y se cortó en la mano con el cuchillo.

Gimió intentando recuperar el aliento, sin dar crédito ni comprender lo que había ocurrido hasta que un fuerte gruñido se escuchó muy cerca, demasiado cerca, acompañado de unos pasos que se acercaban hacia ella.

Tan aterrada estaba que no se atrevió a elevar la mirada. Estaba totalmente paralizada, su cuerpo no respondía, solo escuchaba aquel gruñido y aquellos pasos hasta que unos zapatos se colocaron justo frente a ella. No estaba solo aquella persona, pues escuchó un fuerte golpe al otro lado del comedor, como si comenzasen a arrojar cosas por el suelo y otra persona golpeó un poco su pierna con el pie.

Ni siquiera podía respirar, el golpe que acababa de recibir acompañado del terror que sentía no le permitían prácticamente respirar. Todo su cuerpo temblaba y notó cómo una lágrima comenzaba a bajar por su mejilla.

La persona que tenía frente a ella se agachó y notó cómo unos dedos extremadamente fríos y largos acariciaban su cabello, como si la intentasen consolar. Tragó saliva y apoyó la frente en el suelo durante un segundo mientras gemía, totalmente derrotada y sin fuerzas para moverse. Pero de golpe, aquellos dedos que parecían acariciar su cabello lo agarraron con fuerza haciendo que ascendiera su rostro hacia arriba.

Naomi no pudo evitar gritar cuando observó aquel rostro. Era el rostro más pálido que había visto nunca. Sus ojos eran totalmente negros. Una prominente nariz, casi aguilena surgía del medio de su rostro, con unas fosas nasales extremadamente dilatadas. No había rastro de vello ni en la zona de la barba ni en todo el cuero cabelludo, pero lo que más llamó su atención fueron aquellos labios extremadamente finos y blancos, aquellos colmillos asomando entre ellos, realmente afilados. Contuvo la respiración.

¡Vampiros!

Volvió a gemir mientras comenzaba a golpear la mano que le sujetaba con brutalidad por el cabello, pero su piel era tan dura que aunque intentase clavarle las uñas no podía.

El vampiro la miró sin compasión y la elevó sujetándola por el cabello mientras Naomi gritaba de dolor. Acto seguido la arrojó contra el sofá haciendo que cayera sobre él.

Nada más caer Naomi se incorporó de inmediato, intentado salir corriendo pero otro vampiro se materializó ante ella cortándole el paso.

Se movió sobre el sofá, arrinconándose en un lado y se hizo un ovillo mientras las lágrimas bañaban su rostro. Aquello debía ser una pesadilla. Gimió abrazándose a sí misma, observando cómo un tercer vampiro parecía estar rebuscando entre los muebles, aun así, notaba cómo los otros dos no dejaban de mirarla, observándola sin pestañear.

—No lo encuentro —gruñó el vampiro mientras abría los muebles y comenzaba a arrojar unos cuantos platos sobre el suelo rompiéndolos.

El primer vampiro, el que parecía estar al mando de los otros se acercó a Naomi, haciendo que ella comenzase a temblar y encogerse más.

—Las fotografías que Donovan te envió —gruñó con la voz más grave que había escuchado nunca—. ¿Dónde están?

Ella observó de un lado a otro, intentando aunque fuese ordenar sus pensamientos para poder hablar. El otro vampiro se encontraba con los brazos cruzados y actitud seria, con una mirada que daba a entender que estaba deseando arrojarla sobre ella. Naomi titubeó un poco, ni siquiera podía hablar por el miedo que tenía, pero aquello pareció desesperar al primer vampiro que se acercó de una forma demasiado rápida para el ojo de Naomi cogiéndola por el cuello y tumbándola en el sofá. Naomi comenzó a gemir mientras pateaba e intentaba deshacerse de aquella mano fría que la asfixiaba.

—Dime dónde está y será rápido —comentó aquel vampiro acercándose extremadamente a ella.

Ella volvió a gemir mientras las lágrimas caían por sus mejillas y apretaba la mano que rodeaba su cuello, intentando deshacerse de ella. Era imposible, era como si aquella mano pesase una tonelada, no conseguía desplazarla de su cuello.

—Dímelo —ordenó el vampiro colocando su boca cerca de su nariz, casi rozándola con su colmillo.

Ella volvió a gemir mientras apretaba sus párpados y finalmente aceptó con su rostro para que la soltase. Nada más soltarla se pasó la mano por el cuello y tosió

compulsivamente incorporándose en el sofá. Se pasó la mano por el cuello llorando, intentando recuperar el aliento, pero ni siquiera tuvo tiempo.

—Habla —gritó el vampiro de nuevo.

Ella se mordió el labio y habló sin mirarlo.

—No... no lo tengo yo —susurró entre gemidos.

El vampiro ladeó su rostro hacia ella y se agachó a su lado muy lentamente. La observó durante unos segundos y se cruzó de brazos.

—¿Y quién lo tiene? —preguntó en un tono de voz más tranquilo.

Ella lo miró de reojo y volvió a gemir. Se apartó un poco de él, como si así pudiese estar a salvo, aunque realmente sabía que aquello no lo lograría, el único que podía protegerla era Sean, y él no estaba allí.

—¿Quién? —volvió a gritar.

Naomi brincó en el sofá mientras volvía a pegarse a la esquina de este intentando ser invisible.

—Sean —acabó susurrando.

El vampiro que estaba agachado a su lado se giró para observar al que se mantenía de pie. Este dio un paso hacia el primer vampiro.

—Sean Coleman. Uno de los cazadores —le informó.

El vampiro giró su rostro hacia ella y la examinó de arriba abajo. Se mantenía con las piernas encogidas, contra la esquina del sofá, tenía un pequeño corte en la mano desde donde provenía aquel olor a sangre que lo estaba enloqueciendo y la cara estaba toda mojada por lágrimas.

—Vaya, vaya... —dijo el vampiro levantándose—, conque un cazador, ¿eh? —dijo llevando su mano hasta la de ella. Ella la apartó de inmediato, pero el vampiro se la cogió acercándose a ella. Ella volvió a gemir, pero comenzó a gritar cuando se llevó su mano ensangrentada hacia su boca y pasó la lengua por el corte absorbiendo su sangre.

Al momento el vampiro puso los ojos en blanco y un gemido de placer inundó la estancia haciendo que los otros dos vampiros se acercasen con ganas de probarla.

El vampiro soltó su mano y al momento recorrió todo el comedor con la mirada. Ella escondió su mano rápidamente entre la otra mientras respiraba dificultosamente.

El vampiro se levantó y cogió el móvil que había caído al suelo, comenzando a tocar botones.

—Apuesto a que si le decimos que tienes compañía no tarda más de diez minutos en aparecer con las fotografías. —Sonrió maliciosamente hacia la muchacha—. Algo tan bonito como tú estoy seguro que ha llamado su atención y hará lo que sea por ponerte a salvo. —Siguió observando el móvil de ella, pulsando botones hasta que encontró lo que buscaba—. Sí, aquí está —susurró con placer en la voz.

Pulsó otros cuantos botones y depositó el móvil en el sofá, al lado de ella. Al momento escuchó los tonos de llamada y supo que había activado el manos libres. No tardó más de dos tonos en contestar.

—Dime, Naomi. —Se podía escuchar el sonido del motor del todoterreno de fondo.

Ella gimió más fuerte cuando lo escuchó y comenzó a llorar de forma desconsolada.

—No soy Naomi —pronunció el vampiro con una sonrisa hacia la muchacha.

Sean tardó unos segundos en responder.

—Asqueroso chupasangre. —Escuchó que decía Sean con verdadero asco en su voz—. ¿Dónde está Naomi? —Exigió con un grito, y al momento escuchó cómo parecía que rechinaban las ruedas del coche.

El vampiro dio un pequeño golpe en la rodilla de Naomi haciendo que ella gimiese y al momento le señaló con el rostro hacia el móvil para que hablase.

—Sean —gimió ella.

—Naomi —susurró con dolor en su voz—. Voy hacia allí.

—Ah, ah... —interrumpió el vampiro—. No tan rápido. —Rio, como si aquello le divertiese.

—Como la toques te juro que...

—¿Tienes las fotografías? —preguntó el vampiro interrumpiéndolo.

Sean contestó al momento.

—Tengo un pendrive donde están digitalizadas. Son las únicas copias que existen. ¿Dónde quieres que te las entregue?

El vampiro sonrió hacia ella como si hubiese ganado.

—Chico listo —susurró hacia el teléfono. Luego miró hacia ella—. Quedamos en la calle de atrás del piso de esta chica tan apetecible...

—Si la tocas date por muerto.

El vampiro volvió a coger la mano de ella haciendo que gritase.

—Oh —susurró llevando de nuevo la mano hacia su boca y haciendo que ella comenzase a gritar—. Tiene un sabor tan fresco, tan joven.

—Hijo de puta. —Escuchó cómo el motor aceleraba.

—Diez minutos Sean, o despídete de ella. —Acto seguido soltó la mano de ella, cogió el móvil y colgó.

Naomi volvió a esconder la mano esta vez entre sus piernas y comenzó a llorar de forma desesperada, casi atragantándose con sus lágrimas.

El vampiro se levantó y la observó con una extraña sonrisa.

—Sabía que él haría lo que fuese por protegerte, incluso entregarme las fotografías donde sale él y su equipo. —Se giró hacia sus vampiros que estaban esperando órdenes. Luego la observó a ella, la cual mantenía agachada la cabeza sin parar de temblar—. Bueno, niña, al menos te has ganado que tu muerte sea rápida. —Sonrió hacia los vampiros, pero ella elevó directamente su rostro cenicienta hacia él, como si no comprendiese aquello.

—No... tú... tú has dicho que...

El vampiro se movió hacia ella directamente, agarrándola de la pierna y tirando de ella para tumbarla en el sofá. Ella gritó al momento intentando levantarse.

—¿Crees que sería tan estúpido como para mantenerte con vida después de todo lo que has visto? —preguntó amenazante mientras cogía su mano de nuevo.

Naomi se quedó paralizada por el terror. Iban a matarla, acabarían con su vida en ese momento y había tantas cosas que no había hecho. Su mente voló hacia sus padres, a los que hacía más de tres días que no llamaba y a los que no volvería a ver, hacia su amiga Carla, hacia su compañero de trabajo, Wayne, y finalmente hacia Sean. No volvería a verlo, no podría despedirse de él ni agradecerle lo que había hecho por ella... no podría besarlo ni acariciarlo más. Gimió y lloró desconsolada mientras intentaba luchar por retirar la mano que el vampiro la tenía sujeta. En ese momento la agarró extremadamente fuerte y la colocó por encima de su cabeza paralizándola.

Naomi gritó de dolor y terror. El vampiro se giró hacia sus compañeros.

—Alimentaos. Tenemos un duro combate por delante. —Los vampiros aparecieron a su lado al momento agachándose. Naomi comenzó a luchar contra aquella mano que la mantenía clavada en el sofá—. Tranquila, ya te he dicho que será rápido. —Automáticamente clavó sus colmillos en su carne haciendo que Naomi gritase de dolor.

—¡Ahhhhhhhhhhhh!

Notó cómo aquellos colmillos se clavaban en su carne como si fuesen clavos. El dolor fue tan penetrante que le cortó la respiración. Al momento, notó cómo comenzaba a succionar como si se tratase de una ventosa.

Observó que los otros vampiros se colocaban a su lado, uno frente a su pecho y otro al lado de la rodilla.

Volvió a gritar intentando deshacerse de ellos, de aquellos labios que parecían haberse adherido a su piel. Gimió contorsionándose, notando cómo comenzaba a estar mareada. Sabía que no tenía escapatoria, Sean no llegaría a tiempo. Notó cómo una lágrima resbalaba por su mejilla al darse cuenta de todo lo que iba a perderse en la vida, de todo lo que no había hecho, de todas sus ilusiones que no había podido cumplir.

Al menos que sea lo más rápido posible —acabó gimiendo mientras lloraba paralizada al observar que los otros dos vampiros ya se acercaban a ella con sus afilados colmillos, pero en ese momento notó cómo el primer vampiro se soltaba de su brazos y comenzaba a toser, parecía estar ahogándose. Se llevó la mano hacia su cuello y se tiró hacia el suelo observándola a ella con gesto asustado.

Los otros vampiros se giraron hacia el primero, el cual se arrastraba por el suelo con la mano luchando por respirar.

Naomi aprovechó para moverse y arrinconarse de nuevo en el sofá, aunque al momento notó cómo la cabeza le daba vueltas. No sabía qué ocurría allí, pero debía aprovechar. Intentó ponerse en pie pero cayó sobre el sofá, ni siquiera tenía fuerzas para aguantarse en pie.

—Es... Es un lobo —gritó el vampiro mientras escupía sobre el suelo hacia sus otros compañeros.

Naomi lo miró extrañada. ¿Un lobo? Aguantó la respiración. Sean le había dicho que le había puesto el antídoto. Miró hacia el vampiro, el cual parecía estar recuperándose lentamente. Debía ser eso. El antídoto le había contaminado la sangre para ellos y pensaría que se trataba de un lobo.

Los otros vampiros se separaron de ella al momento, como si no comprendiesen la situación mientras el líder se ponía en pie.

—Maldita seas —gritó hacia ella cuando pareció estar recuperado.

Naomi permanecía tumbada sobre el sofá, notando cómo un fino hilo de sangre se desplazaba por su muñeca.

—¿Qué hacemos? —preguntó el otro vampiro.

El líder la observó durante unos segundos.

—Cogedla. No podremos alimentarnos de ella, pero no pasará de esta noche.

Gimió de nuevo cuando la cogieron de los brazos poniéndola en pie, pero ni siquiera tenía fuerzas para sujetarse ni defenderse. El vampiro se agachó y la colocó sobre su hombro mientras Naomi intentaba golpearle sin lograr nada, sin siquiera mucha fuerza.

El vampiro que se la había colocado en el hombro observó cómo su jefe se dirigía hacia la puerta.

—Podemos meternos en un lío, ¿y la alianza con los lobos?

El vampiro se giró para observarle de forma seria, aún escupiéndole de vez en cuando.

—No tienen por qué saber que hemos sido nosotros. Métela en la cloaca, en menos de diez minutos abrirán las compuertas y se inundará todo. Problema solucionado.

Ella intentó golpear la espalda de aquel vampiro en cuanto salió por la puerta de su piso. Miró hacia el otro lado, en su piso solo había dos vecinos por planta, pero quizás si lograba gritar podrían ayudarla. Pareció que el vampiro intuyó lo que iba a hacer porque al momento estrechó más su mano contra la cintura por donde la sujetaba contra su hombro.

—Quizás no podamos alimentarnos de ti, pero apuesto a que algunos vecinos tuyos son muy sabrosos.

Naomi apretó sus labios y gimió de nuevo, conteniendo el grito. No podía hacerlo, sabía que no se andarían con tonterías y si lograba alertar a alguno de sus vecinos no durarían más que pocos segundos.

Al llegar a la puerta del portal los vampiros se pusieron una capucha ocultando su rostro y el vampiro que la mantenía sujeta la colocó en el suelo apretándola contra él.

—Camina con normalidad, sin llamar la atención o mataremos a cualquier persona con la que nos crucemos. —La amenazó.

Naomi estuvo a punto de caer nada más colocar sus pies en el suelo, pero el vampiro la sujetó contra él. Haciendo un esfuerzo descomunal para no caer desmayada comenzó a caminar con un paso poco uniforme al lado de ellos por la calle, con una muerte ya había suficiente. De nada serviría intentar escapar o llamar la atención para que la ayudasen, lo único que conseguiría sería que muriese más personas, pero por suerte, no había nadie por la calle.

Cuando giraron la esquina, el vampiro que parecía ser el jefe la cogió y se movieron a una velocidad impresionante. En una fracción de segundo aparecieron calles más abajo. En ese momento comprendió por qué Sean era un cazador, se había movido a una velocidad igual o más rápida que ellos.

Comenzó a gritar cuando vio que uno de los vampiros levantaba la tapa redonda del suelo que daba acceso a las cloacas y un agujero negro aparecía en el asfalto.

El vampiro jefe agarró su brazo con fuerza.

—Cállate o te romperé el cuello aquí mismo. —Le amenazó mientras la acercaba hacia el agujero.

—No, por favor... por favor. —Lloró.

El vampiro la sujetó por la cintura y se arrojó con ella por el agujero, cayendo en el agua. Le llegaba hasta la rodilla.

Naomi comenzó a gritar intentando deshacerse de la mano de él pero no logró nada, el vampiro comenzó a tirar de ella caminando por las cloacas. Estaba bastante oscuro, solo entraba la luz por unas pequeñas rendijas que intuía que debía ser las cloacas que habían en los bordillos. El túnel era de una forma circular, bastante alto.

Dieron unos cuantos pasos y el vampiro se detuvo extrayendo una cuerda que automáticamente pasó por sus manos. Ella comenzó a temblar de nuevo.

—Por favor... no se lo diré a nadie... no lo diré... —Volvió a llorar cuando acabó de anudar sus manos—. Te lo prometo... no... no es necesario... jamás diré nada sobre... —El vampiro sin previo aviso golpeó su mejilla con la palma de la mano haciendo que se golpease contra la pared de piedra y cayó al suelo.

No dijo nada más, simplemente se agachó a su lado y anudó la cuerda en uno de los salientes que había cada pocos metros. Automáticamente, se puso en pie mientras la contemplaba.

Ella permanecía cubierta de aquella agua mugrienta hasta la cintura.

—En un par de minutos habrá acabado todo —dijo con una sonrisa. Ella gritó pero el vampiro ya ni siquiera se inmutó—. Un placer, señorita Hunt.

Acto seguido desapareció quedándose sola. Al momento, la trampilla que daba con la calle y que se encontraba a pocos metros de ella, se cerró.

Naomi se puso en pie de inmediato, notando cómo las piernas casi no aguantaban su peso, pero en aquel momento aquello no importaba. Comenzó a remover con fuerza sus muñecas, notando cómo la piel le quemaba por el roce con la cuerda áspera. Gimió intentando deshacerse de ellas pero el vampiro la había atado a conciencia.

En aquel momento escuchó cómo un coche se detenía cerca.

Tragó saliva y se alzó lo máximo posible intentando observar por las rendijas que se abrían un metro por encima de ella y que daban con la acera de la calle. No pudo ver nada. Intentó, desesperada, deshacerse de la cuerda pero aquello era imposible. Necesitaba salir de allí ya, o acabaría muerta. Intentó ponerse de nuevo en pie, pero las cuerdas que la mantenían sujeta por las muñecas no la dejaban elevarse y moverse lo suficiente como para llegar hasta las rendijas. Se movió desesperada.

—¡Ayuda! —gritó.

Se quedó en silencio unos segundos esperando escuchar algo pero no oyó nada. Estaba sola. Nadie podría salvarla. Gritó de nuevo por la impotencia, moviendo sus manos, quemándose las muñecas, notando cómo su piel se agrietaba hasta que escuchó un fuerte golpe al final de aquel túnel.

Se quedó paralizada mientras miraba hacia el final, hacia aquella oscuridad de donde había provenido aquel sonido. Tragó saliva mientras una fina brisa llegaba hasta ella haciendo que sus cabellos ondeasen hacia atrás. Comprendió lo que iba a ocurrir. Si al menos pudiese quitarse las cuerdas le daría tiempo a cogerse a los primeros escalones que ascendían hasta la calle y aguantar allí, así podría intentar subir de nuevo.

—No, no... —gimió volviendo a intentar deshacerse de las cuerdas—. ¡Socorro! —gritó mientras apoyaba un pie en la pared haciendo fuerza e intentando tirar de aquel saliente, pero estaba bien clavado a la pared.

Al momento, el agua que le llegaba hasta las rodillas comenzó a agitarse.

—No, por favor... por favor... —susurró mientras hacía fuerzas de nuevo.

Torció su gesto hacia el lado al escuchar otro golpe más fuerte y entonces lo vio venir. Una gran ola recorría el túnel inundándolo todo y limpiando aquellas tuberías con una gran fuerza.

—¡No! —gritó haciendo el último esfuerzo por deshacerse de las cuerdas.

La fuerza del agua la golpeó haciendo que se desplazara hacia un lateral, notando en ese momento cómo las cuerdas se tensaban en sus muñecas rasgándose y sus músculos entraban en tensión.

Pataleó hacia arriba y logró sacar la cabeza del agua.

—¡Ahhhhh! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó con todas sus fuerzas mientras intentaba mantener la cabeza a flote, pero cada vez subía más el nivel del agua. Lloró muerta de miedo.

Estiró lo máximo que pudo su cuello mientras notaba cómo los músculos de sus hombros se tensaban al máximo por la fuerza del agua.

—¡Dios! —gritó cuando el agua amenazaba con llegarle hasta la barbilla—. ¡Dios mío! —gimió llorando. Aquel era su fin. No quería acabar así, no de aquella forma.

Sola, abandonada en una cloaca. Aún tenía mucha vida por delante.

Tomó una fuerte bocanada de aire y finalmente el agua cubrió su nariz. Luchó por intentar soltarse de nuevo de las cuerdas mientras agotaba el poco aire que tenía en los pulmones, notaba cómo su corazón iba acelerado. Miró hacia los lados pero no veía nada, solo oscuridad, y el agua helada congelándola hasta los huesos.

Notó cómo sus pulmones comenzaban a reclamar oxígeno. Por dios, aquello era peor de lo que esperaba, la necesidad de aire... lo necesitaba. Notó cómo sus pulmones iban a explotar, cómo sus oídos comenzaban a pitarle, hasta que la oscuridad se apoderó de ella finalmente.

Sean hizo derrapar el todoterreno nada más ver a los tres vampiros que esperaban en aquella calle oscura. Cogió la pistola, las dagas que llevaba en la guantera y las colocó en su cinturón, bajo su chaqueta. Miró de un lado a otro, no había rastro de Naomi, sin embargo el radar indicaba que se encontraba allí. Qué agradecido estaba de aquel pequeño colgante, seguramente la tendrían escondida.

Miró con furia a los tres vampiros que se acercaban al vehículo con paso lento, como si estudiaran la situación. Sean bajó directamente del todoterreno cerrándose la chaqueta para que no viesen sus armas, sujetando con fuerza el pendrive en su mano.

Dio unos pasos hacia ellos y se quedó quieto observándoles.

—¿Dónde está Naomi? —preguntó con voz grave, mirando de uno en uno.

Uno de los vampiros dio unos pasos más hacia él, aun así, se mantenía a una distancia prudencial.

—Primero el pendrive —ordenó el vampiro con una sonrisa.

Sean puso su espalda recta y se lo mostró, pero ladeó su rostro e inclinó su ceja.

—No. Primero ella —dijo con voz seca.

El vampiro rio y observó a sus dos compañeros, los cuales se encontraban situados detrás de él.

—No estás en condiciones de negociar.

—Yo creo que sí. O me entregáis a Naomi u os mato ahora mismo.

El vampiro extendió los brazos a los lados y miró hacia ellos.

—¿La ves por algún lado? —preguntó dando un paso más hacia él, enseñando sus colmillos—. Si no nos lo entregas no te diremos dónde está, y calculo que... mmmm... le quedan uno o dos minutos de vida. —Acabó sonriendo maliciosamente.

Sean apretó sus manos convirtiéndolas en puños.

—Hijo de puta. —Se movió rápidamente hacia él cogiéndolo del cuello y estrellándolo contra la pared—. ¿Qué le has hecho? —gritó colocando su rostro frente a él.

Pero el vampiro, lejos de lo que esperaba elevó su mano hacia los otros vampiros para que actuaran. Volvió la mirada hacia Sean, el cual tenía la mandíbula en tensión y sujetaba su cuello con fuerza. Le enseñó de nuevo los colmillos en actitud agresiva.

—Si me matas no sabrás dónde está —le susurró con prepotencia.

Sean le soltó un poco el cuello pero en ese momento entró en tensión cuando escuchó la voz de Naomi, una voz muy débil, como si estuviese en la lejanía.

—Ayuda —gritó Naomi.

Sean miró de un lado a otro intentando encontrarla, pero ella no estaba allí. ¿De dónde venía esa voz?

Miró hacia los lados cuando notó cómo el vampiro colocaba el pie en su estómago y lo impulsaba hacia el edificio de enfrente, estrellándose contra la pared de ladrillos. Al momento, uno de los vampiros se desplazó hasta él cogiéndolo del cuello y ascendiéndolo, pero el vampiro no estaba tratando con un común humano.

Sean movió su pierna enroscándola en su cuello y se impulsó con el pie en el edificio haciendo que el vampiro perdiese el equilibrio y cayese al suelo. Nada más caer al suelo llevó su mano al cinturón sacando su pistola, colocándola en su pecho, apretó el gatillo y el vampiro emitió un fuerte grito agudo comenzando a desintegrarse.

Se levantó con la respiración acelerada, con la mirada fija en los otros dos vampiros que emitían gritos hacia él.

—¿Crees que vas a salvarla? Puede que nos mates pero ella morirá. No te servirá de nada.

Sean se movió rápidamente hacia uno de ellos agarrándolo por el cuello y arrojándolo al suelo con un fuerte impulso, pero el vampiro rodó sobre el asfalto antes de que pudiese apuntarlo con el arma y se puso en pie. Al momento, se lanzó contra él con todas sus fuerzas cayendo sobre Sean en el asfalto. Sean elevó su pierna colocando su pie en el estómago y le hizo impulsarse hacia arriba, automáticamente lo cogió por el cuello y le hizo rodar por encima de él y lo estampó contra el asfalto. Se dio impulso y giró para colocarse encima de él mientras extraía una daga, pero justo cuando iba a clavarla, las garras del vampiro atraparon su mano haciendo fuerza para que no se lo clavase.

Sean utilizó todas sus fuerzas posibles, incluso cargando su peso sobre la daga, pero a duras penas podía ir acercándola unos milímetros hacia el corazón de aquel maldito vampiro. En ese momento notó cómo un golpe le hacía salir disparado rodando por el asfalto. El otro vampiro había llegado hasta el primero y le había dado una patada en el costado alejándolo de su compañero.

Se puso en pie directamente, apuntándolo con la daga. Pero contrariamente a lo que esperaba el vampiro no volvió a atacarle, dejó caer los brazos hacia los lados y lo miró fijamente.

—Somos dos contra ti. No tienes nada que hacer.

—Dile eso al asqueroso compañero tuyo al que acabo de matar —pronunció con voz grave.

El vampiro dio unos pasos hacia él y le enseñó los colmillos con actitud agresiva. Se abalanzó sobre él pero Sean lo esquivó apareciendo en su espalda, alzó su mano para clavar la daga pero de nuevo otro impulso lo hizo estrellarse contra el edificio. El segundo vampiro apareció al lado del primero. Sean sacó otra daga sujetando una en cada mano.

—A tu amiga se le está acabando el tiempo —le recordó el primer vampiro mientras se movía hacia él. Sean se apartó de su trayectoria y se agachó para esquivar las uñas del segundo vampiro. Desapareció y apareció tras la espalda del segundo, dio un salto y lo impulsó con un golpe contra el bloque de edificios. Automáticamente, tiró su daga con tanta fuerza sobre él que atravesó la mano del vampiro incrustándose en la pared. Sacó la pistola y comenzó a disparar al primer vampiro que comenzaba a acercarse con unos movimientos realmente rápidos. Esquivó el primer y segundo puñetazo a gran velocidad y se agachó cortando con la daga en la pierna del vampiro el cual gritó de dolor. Sacó su pistola y la colocó en su pecho comenzando a apretar el gatillo, pero el vampiro lo miró a los ojos.

—Jamás la encontrarás, y si lo haces, ya estará muerta.

Sean gritó hacia él y apretó el gatillo haciendo que la bala de plata penetrase su dura carne y atravesase su corazón. El vampiro comenzó a desintegrarse hasta que las cenizas se desplazaron por aquella oscura calle.

El último vampiro que quedaba permanecía contra la pared, con la mano atravesada por la daga, intentando quitarla. Sean se movió hacia él y automáticamente colocó la pistola en su pecho.

—¿Dónde está? —preguntó de forma amenazante sujetándolo por el cuello.

Pero el vampiro le miró medio sonriente y le enseñó de nuevo los colmillos.

—Ella está muerta —susurró hacia él.

Sean tragó saliva y un profundo grito de dolor salió de lo más profundo de su ser mientras apretaba el gatillo. Aún pudo escuchar la risa irritante del vampiro mientras se convertía en cenizas. Tardó unos segundos en recuperar el aliento, notando cómo su corazón iba a una velocidad que jamás había conocido, cómo un miedo tan fuerte se había apoderado de todo su cuerpo, incluso nublando su mente.

Se movió rápidamente hacia el todoterreno y miró el GPS. El punto que marcaba a Naomi indicaba que estaba a pocos metros de él. Miró en aquella dirección pero no había nadie. ¿Dónde estaba? Buscó su colgante sobre el asfalto y entonces su mirada coincidió con una cloaca.

—Naomi —susurró con terror moviéndose hacia la tapa de la cloaca. En aquel momento recordó la visión que le había explicado Josh que Evelyn había tenido. “Había visto gente ahogada”.

La retiró y se agachó para observar en su interior.

—¡Naomi! —gritó hacia el agujero oscuro. No se lo pensó dos veces y bajó las escaleras de aquel pequeño túnel circular, bajó todos los metros que pudo hasta que una corriente de agua excesivamente fuerte le impidió el paso.

Se sujetó de una mano y agachó su rostro para mirar de forma acelerada, con los nervios a flor de piel. Había poca claridad, demasiada poca para poder observar bien.

—¡Naomi! —gritó desesperado. No obtuvo respuesta, pero al momento lo vio, un brazo asomaba entre aquella corriente de agua—. No, no, no —gritó lanzándose sin perder un segundo hacia aquella corriente.

La corriente lo impulsó un metro hacia delante golpeándole contra la piedra de la pared, pero se agarró a un saliente y extrajo su cabeza para tomar aire.

—Joder —gritó mientras estiraba el cuello lo máximo posible. Tan solo había unos pocos centímetros entre el techo de la tubería y el agua. Tomó una buena bocanada de aire y se hundió sujetándose a los salientes.

El cuerpo de Naomi flotaba sin vida, impulsado por la corriente de agua hacia delante, pero una cuerda la mantenía sujeta por las muñecas. Se sujetó al saliente donde ella estaba agarrada y extrajo su daga. Cortó la cuerda y se agarró al saliente con fuerza para que la corriente no se lo llevase, cogiendo con su brazo el cuerpo inconsciente de ella.

Apoyó los pies en el saliente y se impulsó hacia delante, hacia el siguiente saliente.

Consiguió extraer su rostro para respirar mientras luchaba por sacarla a flote, la corriente de agua era realmente fuerte. Se hundió de nuevo sujetándose a otro saliente y se impulsó con los pies hacia las escaleras. Nada más agarrar el escalón emitió un gruñido para impulsar a Naomi hacia la superficie. Estaba extremadamente pálida y parecía que no respiraba.

Se la colocó en su hombro de inmediato y con un fuerte impulso subió el primer escalón. Colocó una mano en la espalda de ella y esta vez haciendo toda la fuerza posible se impulsó hacia arriba subiendo aquel estrecho túnel a gran velocidad.

Ni siquiera colocó la tapa de la cloaca cuando salió al exterior. Cogió a Naomi con delicadeza y la depositó sobre el asfalto.

—No, no... por favor —gimió. Colocó la mano en su cuello buscando su pulso. No lo encontró—. Naomi —gritó desesperado.

Colocó las manos sobre su pecho y comenzó a golpearlo intentando que su corazón comenzase a bombear sangre de nuevo.

—Vamos... vamos... No puedes dejarme —decía desesperado mientras seguía bombeando su pecho tal y como lo habían enseñado en la carrera de medicina—. Vamos. Reacciona —gritó de nuevo.

Apartó las manos de su pecho y se inclinó hacia sus labios mientras tapaba su nariz e impulsaba oxígeno hacia sus pulmones. Pero Naomi no se movía.

Volvió a colocar sus manos en el pecho y comenzó de nuevo el masaje cardiopulmonar sin que ella reaccionase.

—No... por favor... Naomi no... —gritó mientras no dejaba de masajearla—. Vamos, vamos... reacciona... —suplicaba sin detenerse.

Su grito inundó toda la calle. No podía perderla. No podía permitirselo.

Volvió a insuflar aire en sus pulmones mientras notaba cómo una lágrima resbalaba por su mejilla mezclándose con el agua en la que estaba empapado. Ella había sido la única mujer que le había hecho sentir algo. La única que podía despertar algo bueno en él.

Masajeó con fuerza su pecho mientras los gritos de dolor y su nombre no paraba de ser gritado hasta que en un determinado momento notó cómo el cuerpo de ella se convulsionaba.

Sean paró en seco cuando vio que ella comenzaba a toser. La cogió con fuerza y la colocó de lado para que comenzase a extraer todo el agua de sus pulmones.

Naomi se convulsionaba mientras iba devolviendo todo el agua. Incluso intentaba respirar y volvía a atragantarse con el agua que iba expulsando.

Sean la sujetó con fuerza comprimiendo su estómago, ayudándola con pequeños golpes a que expulsase todo el agua que había tragado.

—Vamos, Naomi —le susurró mientras ella seguía convulsionando.

Escuchó cómo le costaba respirar, el sufrimiento que debía haber pasado en ese momento, cómo todo su cuerpo se arqueaba luchando por expulsar el líquido y a la vez por respirar. Devolvió un poco más de agua y esta vez se desplomó contra los brazos de Sean el cual la sujetaba entre ellos.

Sean pasó su mano por el rostro mientras la observaba. Tenía los ojos cerrados y apretados con algo de fuerza. Llevó su mano hasta el cuello y buscó su pulso. Era constante.

No pudo evitarlo y se abrazó a ella mientras un gemido de dolor y pánico atravesaban todo su cuerpo. La mantuvo abrazada contra él hasta que ella comenzó a toser y aflojó un poco su abrazo.

La colocó frente a él y observó su rostro.

—Déjame verte —susurró mientras le miraba las pupilas observando que no estuviesen dilatadas. Ella mantenía su mirada perdida, observándolo, pero era como si no fuese consciente de lo que ocurría—. Naomi, ¿me entiendes? ¿Me comprendes?

Ella comenzó a llorar mientras aceptaba con su rostro y se colocaba en su regazo.

Sean la acarició notando cómo temblaba y pasó su mano por el cabello empapado.

—Tranquila, ya está. —Intentó que se calmase, pues tenía la respiración muy acelerada. Pasó la mano por su mejilla y besó su frente instintivamente—. Vamos —le susurró mientras la cogía en brazos.

Fue hasta el todoterreno y la sentó en el asiento del copiloto, pero ella temblaba extremadamente, estaba totalmente empapada y había sufrido una parada cardiorespiratoria.

Fue directamente hacia el maletero y abrió la trampa. Sus constantes eran correctas, parecía que no tenía líquido en los pulmones, pero estaba totalmente helada, y al menos que quisiera que sufriese una hipotermia tenía que hacerla entrar en calor.

Cogió una manta térmica y fue hacia ella. Naomi se mantenía con los ojos entreabiertos, totalmente agotada. Le puso la manta hipotérmica sobre ella y fue directamente hacia su asiento. Necesitaba hacerla entrar en calor, ya. Encendió el motor y la calefacción al máximo mientras la tapaba totalmente y ella seguía temblando.

Recorrió las dos manzanas que la separaban del piso a toda velocidad marcha atrás y dejó el todoterreno mal aparcado en un vado.

Se acercó a ella y la observó, tenía los ojos cerrados. Pasó una mano por su frente notando cómo estaba totalmente helada. Maldición. La cogió en brazos mientras ella se quejaba.

—Shhhh... tranquila... tranquila... —susurró mientras cerraba la puerta del todoterreno con un golpe de su pie y se dirigía al piso de ella.

Sean entró al piso de ella a toda prisa, la mantenía cubierta con la manta térmica, pero aun así no dejaba de temblar, como si estuviese a punto de entrar en un shock. La puerta cedió con un pequeño empujón y la cerró con un movimiento de su pie. Nada más entrar se quedó un segundo parado. Su piso estaba totalmente destrozado, incluso habían unas gotas de sangre sobre el suelo. Notó cómo Naomi temblaba entre sus brazos y fue directamente hacia el aseo.

La depositó en el suelo con cuidado y comenzó a llenar la bañera con agua caliente. Sabía lo que debía hacer para que entrase en calor. Le quitó la manta mientras ella lo miraba asustada.

—Tienes que entrar en calor —le explicó mientras le quitaba los zapatos.

Ella tragó saliva pero no dijo nada, estaba totalmente encogida temblando de frío.

Sean comenzó a quitarle la camisa. Ella gimió en forma de protesta pero él no se detuvo.

—No seas tonta —susurró mientras arrojaba la camisa a un lado y le retiraba la falda también empapada. Estuvo tentado de quitarle la ropa interior pero Naomi le miraba aún asustada así que decidió dejársela puesta, de todas formas bastante mal lo había pasado ya.

Tocó el agua caliente de la bañera, aceptó y la cogió en brazos de nuevo. La introdujo en la bañera mientras ella gemía y la introducía en el interior.

Sean se apoyó contra la bañera y colocó una mano en la frente de ella palpando su temperatura. Estaba helada, pero confiaba en que la temperatura de aquella bañera la ayudase a templarse. Sin poder evitarlo se incorporó un poco más sobre ella y volvió a observar sus párpados, palpó su garganta y tomó su pulso.

—Estoy... estoy bien... solo... frío... mucho frío... —sollozó.

Sean la contempló durante unos segundos y aceptó, pasándose la mano por la frente, agobiado. Le había costado reanimarla, pero lo había conseguido, y ahora respiraba correctamente y tenía el pulso normalizado. Quizás si hubiese llegado un minuto más tarde no hubiese podido salvarla, tragó saliva y la contempló fijamente. Estaba aún muy pálida, pero confiaba en que aquella bañera de agua caliente la ayudase a entrar en calor y recuperara las fuerzas.

—Te pondrás bien —le susurró pasando una mano por su mejilla.

Si hubiese llegado a perderla no sabía lo que hubiese hecho. Había estado tan cerca, tanto. Se estremeció durante unos segundos mientras acariciaba aquella mejilla y finalmente apagó el grifo cuando la bañera estuvo casi llena.

Se quedó ahí al lado contemplándola.

—¿Te duele el pecho?

—No.

—¿Te cuesta respirar? —Ella volvió a negar con un ligero movimiento de rostro—. ¿Te duele algo?

—Estoy... bien. —Luego se mordió el labio—. Solo asustada —gimió hacia él mientras acariciaba la mano que paseaba su mejilla acariciándola—. Pensé que... — Tragó saliva—. Que... no llegarías a tiempo.

Él suspiró y se acercó más a ella para besarle la frente.

—No tendría que haberte dejado sola.

Colocó su frente sobre la suya mientras cerraba los ojos e intentaba calmar sus emociones. La quería. La quería muchísimo, y había estado a punto de perderla para siempre.

Besó sus labios con ternura y se separó de nuevo de ella.

—¿Tienes algo de ropa para mí?

—Faldas, medias... —contestó ella.

—Ja, ja... —Se puso medio en pie observándola y luego miró hacia el comedor—. ¿Tienes secadora?

—Sí.

—De acuerdo. No te muevas, quédate ahí dentro. —Le señaló con el dedo.

Se movió rápidamente hacia el lavadero y se quitó los pantalones y la camisa. Joder, estaban empapados y olían fatal, eso no se solucionaba simplemente secándola. Observó la lavadora e introdujo la ropa en ella colocando un programa corto de media hora.

Fue hacia el aseo y se colocó rápidamente una toalla cubriéndose de cintura hacia abajo.

Naomi lo observó. Tenía el mejor cuerpo que había visto en su vida. No tenía prácticamente bello en todo su torso y sus músculos se marcaban perfectamente. Se arrodilló de nuevo ante ella apoyándose en la bañera.

—He puesto la lavadora, olía fatal.

Ella le medio sonrió.

—Agua de cloaca —dijo.

Sean volvió a pasear la mirada por todo su cuerpo.

—¿Estás algo mejor?

—Sí, no tengo tanto frío ya.

Aquello pareció agradar a Sean el cual le sonrió tiernamente.

—De acuerdo. —Cogió un bote de jabón y la esponja y echó un buen chorro sobre ella. Al momento la incorporó con el brazo y comenzó a lavarle la espalda.

Aquella sensación le gustó. Lo hacía con tanta delicadeza. Tragó saliva y observó su mirada. La miraba con adoración.

Se dejó hacer mientras Sean iba lavando todo su cuerpo lentamente, con mucha delicadeza, hasta que dejó la esponja flotando sobre el agua y se echó un buen chorro de jabón en las manos. Automáticamente comenzó a masajearle el cuero cabelludo.

—No tienes por qué hacerlo —comentó Naomi con los ojos cerrados. Sean movió sus manos formando círculos sobre su cabello. La situación era realmente relajante.

—Quiero hacerlo.

Se relajó mientras Sean lavaba su cabello hasta que cogió la alcahofa activando de nuevo el agua caliente y se la pasó por encima de la cabeza quitándole la espuma.

Notó cómo todo su cuerpo se relajaba. Aquella sensación era justamente lo que necesitaba.

Sean observó que aunque seguía extremadamente pálida algo de color comenzaba a aparecer en sus mejillas.

Quitó el tapón a la bañera y dejó que se fuera vaciando mientras acababa de aclararle el cabello. Una vez no tuvo espuma se puso en pie para coger un albornoz, dejándolo sobre el mármol.

Se inclinó sobre Naomi la cual se agarró automáticamente a su cuello y la sacó de la bañera sentándola sobre el retrete. Sean le ayudó a ponerse el albornoz poco a poco y luego volvió a cogerla en brazos y la llevó hacia el comedor sentándola sobre el sofá.

Escuchó el pitido de la lavadora. Se movió rápidamente hacia el lavadero y extrajo la ropa de la lavadora introduciéndola directamente en la secadora.

Cuando volvió al comedor, Naomi permanecía con los ojos cerrados, apoyando su rostro contra un cojín, reclinada sobre el sofá.

Se movió rápidamente hacia ella arrodillándose al lado.

—¿Estás bien? —preguntó pasándole una mano por la mejilla.

Ella abrió los ojos y medio sonrió.

—Sí, solo estoy cansada.

Sean aceptó y suspiró mientras acariciaba su mejilla apartando unos mechones de su cabello mojado que se habían pegado a su rostro.

—De acuerdo, descansa. Voy a darte una ducha. No tardo nada.

Se inclinó y la besó en los labios mientras ella volvía a cerrar los ojos.

Se movió hacia el aseo y arrojó la toalla sobre el mármol. Se metió en la bañera y se dio una ducha rápida quitándose el olor a cloaca, la verdad es queapestaba. Se frotó todo el cuerpo, intentando darse la máxima prisa posible, no quería dejar mucho tiempo sola a Naomi, pero no pudo evitar intentar calmar los nervios que aún seguían en su interior. Dejó que el agua caliente fuese relajando sus músculos, atento en todo momento a cualquier sonido que pudiese provenir del comedor.

Se aclaró el pelo y salió de la bañera colocándose la toalla de nuevo enrollada en la cintura. Se secó el resto del cuerpo con otra toalla más pequeña y se la pasó por el cabello.

Colocó la toalla sobre la bañera y fue directamente al comedor, donde Naomi permanecía aún medio tumbada sobre el sofá. Se movió hacia ella agachándose a su lado y la observó.

Parecía que estaba dormida. Al menos tenía la respiración uniforme, tranquila. Debía estar agotada, necesitaba descansar. Observó su rostro relajado, sus ojos cerrados con aquellas largas pestañas. Pasó su mano por la mejilla a modo de caricia. Era preciosa, con carácter, pero había llegado a formar parte de su vida de una forma increíble, le importaba demasiado. Acarició su cabello húmedo y en ese momento ella abrió los ojos lentamente.

Contempló cómo Sean la inspeccionaba y luego le sonrió dulcemente.

—Perdona, te he despertado —le susurró muy próximo a ella.

Ella negó y se incorporó lentamente hasta sentarse sobre el sofá, colocando una mano en su cuello, como si hubiese estado en mala posición y le molestase.

Sean se sentó a su lado y le apartó suavemente los cabellos que se habían enganchado a su rostro por la humedad. Naomi tenía algo mejor de aspecto.

Pasó su mano por su mejilla y no pudo evitar detenerse en su cuello, intentando buscar su pulso. Estaba nervioso y quería asegurarse de que continuase bien.

Ella le sonrió al ver lo que hacía y cogió la mano entre las suyas.

—Estoy bien, no te preocupes.

Él trago saliva y la contempló.

—Claro que me preocupo. —Ladeó su rostro hacia ella observando cómo se pasaba la mano por el pecho—. ¿Te duele mucho?

—Un poco.

—Es normal. Seguramente mañana tendrás un gran morado. Al menos no te he roto ninguna costilla. —Acabó suspirando—. Si te llega a ocurrir algo no sé que...

Ella se quedó varios segundos callada, observándole fijamente.

—Gracias por venir a buscarme. Por salvarme... otra vez.

Sean la contemplaba fijamente, su mirada era realmente apasionada. Le agarró su mano pero cuando la observó notó cómo sus músculos se ponían en tensión de nuevo.

—¿Te mordieron? —preguntó con dolor en la voz.

Ella retiró su mano de inmediato, intentando esconderla pero él se la cogió de nuevo observándosela.

—Sí.

Sean resopló mientras pasaba sus dedos sobre la herida, inspiró aire un tanto fuerte y finalmente la observó. Lo que había tenido que pasar en aquellas últimas horas habría sido horrible, ya no solo por el ataque del lobo, sino también de un vampiro, por ahogarse hasta prácticamente morir, pero allí estaba, dándole las gracias y sonriéndole tiernamente.

Sean abandonó su mano y se acercó más a ella mientras le pasaba la mano por la mejilla. La quería más que a nada, y ahora que se había dado cuenta no dejaría que se la quitasen jamás. Acarició su cabello con los ojos clavados en los suyos.

Naomi ascendió sus manos hasta la suya, colocada sobre su mejilla y se sujetó a ella mientras lo miraba fijamente, con cierto temblor en sus labios, como si así se sintiese protegida.

Sean se inclinó sobre ella y la besó de inmediato, dando rienda suelta a toda la pasión que sentía dentro, a la angustia que había vivido aquellas últimas horas. Sujetó su rostro contra el suyo besando sus labios carnosos con pasión, con una necesidad que habían ido aumentando a cada minuto.

Ella se sujetó a su cuello rodeándolo con unas manos algo temblorosas, introduciendo sus dedos entre su cabello oscuro, aún mojado. La sensación era prácticamente mágica. Sentía una fuerte conexión con él, ya no solo porque le debía la vida, sino porque se sentía protegida, querida, deseada.

Le devolvió el beso con la misma pasión que él se lo daba. Los labios de Sean estaban calientes en comparación con los suyos.

Notó cómo la mano de él descendía hasta el cordón con el que había anudado su albornoz y tiró de él con suavidad entreabriéndolo.

Naomi se separó unos centímetros de sus labios. Sean tenía una mirada cargada de fuerza, de pasión. Se acercó a ella de nuevo atrapando sus labios y la reclinó sobre el sofá colocándose sobre ella y apartando el albornoz. Cuando su pecho rozó el de ella pudo notar que aún estaba excesivamente frío.

Apartó sus labios de los suyos y comenzó a bajar por su cuello suavemente mientras notaba las manos de ella sobre su nuca, acariciando su cabello. La sensación del cuerpo de Naomi junto al suyo era lo mejor que había experimentado hasta el momento.

Cogió su mano con la suya y la colocó por encima de la cabeza de ella mientras volvía a sus labios. Y pensar que si llega a tardar unos minutos más no la hubiera tenido a su lado... aquello le hacía hervir la sangre con tal fuerza que tuvo que controlar sus instintos.

Besó su cuello mientras notaba cómo ella iba relajando cada músculo de su cuerpo. Era tan perfecta, tan hermosa. Notó cómo contorsionaba su cuerpo bajo el suyo cuando él comenzó a bajar su mano por su costado.

Aprisionó sus labios mientras colocaba su mano en su cadera, acariciándola. Con la otra mano, que aún mantenía sujeta la de Naomi comenzó a desplazarla lentamente con una caricia por su brazo hasta llegar a su pecho. El sujetador estaba húmedo de la bañera.

La incorporó levemente y con un rápido movimiento lo desabrochó. Naomi se sujetaba a sus hombros mientras él le quitaba el sujetador lentamente y sus bocas se mantenían unidas por un beso.

Arrojó el sujetador al suelo y colocó la palma de su mano sobre el pecho de ella. Pudo escuchar cómo Naomi gemía ante aquel contacto. Si le hubiesen dicho hacía una semana que el hombre al que iba a visitar por el caso que investigaba iba a estar tendido sobre ella no lo hubiese creído.

Paseó su mano, aún temblorosa sobre el poco vello de su pecho a modo de caricia, aquel hombre era perfecto.

Sean bajó sus labios por su cuello de nuevo hasta que llegó a su pecho y lo hundió en su boca. Notó cómo ella arqueaba su espalda y apretaba sus manos en sus hombros.

Sí, aún estaba fría, pero pensaba hacerla entrar en calor. Aquel pensamiento le hizo sonreír maliciosamente mientras paseaba su lengua sobre su pezón. Escuchó los gemidos de placer de ella mientras entrelazaba sus dedos en su cabello y lo apretaba, como si aquella sensación le superase.

Sean giró su rostro y fue hacia el otro pecho mientras bajaba sus manos hasta su ropa interior. Se incorporó separándose del otro pecho y le quitó rápidamente la última prenda que le quedaba. Se quitó la toalla y se colocó sobre ella. Necesitaba sentir cada poro de su piel.

Naomi se sujetó fuerte a él, necesitada de ese contacto. Sean era tan grande, pero a la vez tan delicado, no se lo hubiese imaginado así nunca, sino más bien como algo arrebatador, pero era totalmente todo lo contrario, parecía meditar cada movimiento, cada beso.

Volvió a unirse con él en un beso, abrazándose fuerte a su espalda mientras él pasaba una mano debajo de su cuello y con la otra le sujetaba una pierna flexionándola para colocarla sobre su cadera y que le rodease. Aquella posición era realmente excitante.

Sus labios se movían de forma lenta sobre los suyos mientras con su mano iba acariciando toda su pierna, pero en un determinado momento interrumpió el beso y la observó a los ojos. Ella los mantenía entreabiertos. Miró sus labios de un color carmín por la pasión de sus besos. Ahora tenía mejor color de cara, incluso las mejillas un poco rosadas.

Se incorporó un poco más sobre ella y volvió a unirse en su beso con Naomi, esta vez con más urgencia. Naomi perdió el sentido prácticamente, era como si la reclamase, como si todo lo que había vivido aquellas últimas semanas le hubiese conducido hasta ahí, hasta ese momento, hasta él.

Notó el mismo momento en que él se incorporaba entre sus caderas y comenzaba a introducirse lentamente, con excesivo cuidado. Aquella sensación le pilló desprevenida, sabía lo que iba a ocurrir, pero no esperaba que fuese tan placentero. Arqueó la espalda mientras acababa de entrar en ella y finalmente se quedó quieto, a pocos centímetros de sus labios, con la respiración algo acelerada y mirándola fijamente. Naomi le correspondió a la mirada y sin poder evitarlo pasó su mano por su mejilla, notando cómo a pesar de que no debía hacer más de un día que se había afeitado comenzaba a notar su mejilla rasposa.

Finalmente, volvió a bajar hasta ella y la besó con pasión mientras comenzaba a moverse a una velocidad muy lenta.

Comenzó a escuchar los gemidos de ella en su oído, a notar cómo se apretaba fuerte contra él por aquella maravillosa sensación que le estaba dando.

Se incorporó levemente y atrapó su oreja entre sus dientes haciendo que los dedos de Naomi se clavasen con más fuerza en su espalda. Por Dios, se estaba entregando por completo, acompañándolo en cada movimiento, en cada lento balanceo.

Sujetó su oreja entre sus dientes un segundo y comenzó a descender hacia abajo pasando su lengua por todo su cuello hasta su clavícula. Notó cómo la respiración de ella se aceleraba y sus palpitaciones se incrementaban.

—¿Estás bien?

Ella abrió los ojos como si acabase de despertar y lo miró fijamente.

—Mmmmm...

—¿Entiendo que sí? —preguntó sonriente, mientras bajaba a sus labios otra vez.

Ella aceptó mientras lo recibía encantada en su boca y se unía a él en un beso más agresivo que el anterior, aun así, la delicadeza de Sean la estaba dejando impresionada. Parecía ser consciente de por todo lo que había pasado y sus movimientos eran realmente delicados. Aquel beso tuvo que causar el mismo efecto en Sean que en ella, porque comenzó a incrementar su ritmo levemente, sujetando la pierna de ella al lado de su cadera y notando cómo los dedos de Naomi se entrelazaban con su cabello tirando de él.

Sean se había tumbado en el sofá, con Naomi entre sus brazos, cuando notó cómo ella se removía y besaba su hombro. Aquello atrajo su mirada y se incorporó colocándose de lado para observarla mejor. Aunque había poca luz, podía intuir que tenía mejor color de cara. Pasó una mano por la mejilla y se acercó un segundo para besarla en los labios.

—¿Te encuentras bien?

Ella sonrió.

—Muy bien.

La aprisionó entre sus brazos y suspiró. El sentirla desnuda, junto a su cuerpo, le hacía tener ganas de hacerle el amor de nuevo, pero entendía que en cierto modo necesitaba descansar. Ya lo haría en otro momento, en muchos otros momentos... aquello le hizo pensar. No veía su historia con Naomi como de una noche o una semana, veía que podía entablar una relación sólida y sería con ella, igual que sus compañeros pero ¿era eso lo que quería? Pasó de nuevo su mano por la mejilla y le pellizcó suavemente la nariz. Sí, era exactamente lo que quería, tenerla siempre a su lado, para él solo.

Suspiró y se acercó más a ella rodeándola del todo con los brazos, colocando su rostro justo frente al suyo.

—Naomi —susurró. Ella mantenía los ojos abiertos, observándolo con la misma adoración que él hacía con ella—. Lo que hay entre nosotros no quiero que... —Le interrumpió el sonido del móvil.

Se incorporó de inmediato sentándose en el sofá. ¿Dónde lo había dejado? Se giró hacia Naomi la cual miraba a su alrededor.

—Espera un segundo —dijo colocando la mano en su cadera, se levantó y se movió de aquella forma tan rápida hacia la mesa del comedor cogiéndolo—. Mierda —susurró.

Naomi se incorporó directamente en el sofá.

—¿Qué pasa?

Sean la observó un segundo.

—Mi jefe —respondió con fastidio. Automáticamente se llevó el teléfono al oído—. Dime.

Josh tardó unos segundos en responder.

—No, dime tú. Habíamos quedado en el puente. ¿Dónde estás?

Sean se giró hacia Naomi colocando una mano en la frente. Con todo lo que había ocurrido se le había olvidado totalmente.

—Aún no he salido hacia allí. He tenido unos problemillas.

—¿A qué problemillas te refieres? —preguntó Ryan. De acuerdo, tenían el manos libres puesto—. ¿Se ha transformado finalmente en loba?

Sean le dio la espalda a Naomi y encendió la luz del comedor haciendo que sus pupilas reaccionasen al momento.

—No precisamente. He tenido la compañía de tres chupasangres.

—Joder. —Escuchó la voz de Jason—. ¿Estáis bien?

—Yo sí, pero Naomi aún está algo débil.

—¿La han mordido? —Identificó la voz de su jefe.

—Si solo hubiese sido eso...

—¿A qué te refieres?

—Ya os contaré. —Se pasó la mano por el cabello despeinándose y contempló de nuevo a Naomi—. ¿Dónde estáis?

—Estamos en el puente y... adivina. Se está poniendo la cosa divertida.

Sean se giró directamente y fue hacia el lavadero donde estaba la secadora aún funcionando. La detuvo y abrió la tapa. La ropa aún seguía un poco húmeda, pero al menos iría vestido y con la calefacción del todoterreno seguro que acababa de secarse.

—¿Qué ocurre?

—Estamos cruzando el puente desde Manhattan. El radar indica muchos lobos.

—Joder. —Dejó el teléfono sobre la secadora y cogió los pantalones—. ¿Y de dónde salen? Voy para allá.

—Eh, si la muchacha se encuentra mal no hace falta que... —Pero Sean apagó el móvil sin dejar que Josh acabase la frase. Oh, no, ni hablar, no pensaba perderse aquello. Quería matar a Donovan con sus propias manos, y lo haría. Se lo debía a Naomi.

Cogió la camisa y se la pasó por los brazos, en ese momento elevó su mirada. Naomi estaba bajo el marco de la puerta, se había puesto el albornoz y lo miraba algo asustada.

—¿Vas a marcharte? —preguntó acariciándose los brazos.

Sean se guardó el móvil en el pantalón y fue abrochándose los botones de su camisa mientras caminaba hacia ella.

—Vamos a marcharnos —matizó colocándose frente a ella—. Vístete rápido. No pienso dejarte sola otra vez.

Sean aceleró por las calles de Brooklyn. Marcaban casi las tres de la madrugada, pero para ser esa hora se cruzaron con bastantes vehículos en dirección contraria.

Miró hacia el lado, al asiento del copiloto, donde se había sentado Naomi. Se había puesto unos tejanos, una camiseta blanca de manga larga y una chaqueta tejana encima. Lo mejor hubiese sido que se quedase descansando, necesitaba dormir, pero él tenía una misión que cumplir y no se atrevía a dejarla sola de nuevo. Por lo que había dicho Josh había una multitud de lobos, sabía que Donovan era el cabecilla de ellos y tras ver lo que le había hecho a Naomi no se atrevía a dejarla sola de nuevo. Donovan sabía cuál era su punto débil, ella, y sabía que no dudaría en volver a atacarla para hacerle daño. No, ni hablar. La mantendría vigilada hasta que todo esto acabase, lo más cerca posible, asegurándose de que lo que le había ocurrido no volviera a pasar.

Le pareció ver cómo Naomi temblaba un poco y puso más fuerte la calefacción.

—¿Tienes frío?

—Me ha dado un escalofrío —susurró ella.

Sean giró la esquina a la derecha y siguió la calle abajo, dirección al puente de Brooklyn. Apretó unos botones del salpicadero y encendió el GPS, que al momento iluminó la parte delantera del todoterreno.

—Qué moderno. —Rio Naomi mientras lo observaba impresionada.

Sean le medio sonrió y lo señaló.

—No es un GPS normal.

—Me había dado cuenta —dijo ella mientras ladeaba su rostro en un gesto cómico.

—Nos indica la presencia de vampiros y hombres lobos. Funciona según la temperatura. Los vampiros tienen una temperatura muy baja y los hombres lobos muy alta, así que cualquier persona que se salga de un margen de la normalidad aparece en el radar.

—Qué cosa —pronunció impresionada. Luego lo miró de forma fija, pensativa—. Cuando el vampiro me mordió... —Tragó saliva al ver que Sean la observaba un segundo con la mirada enfurecida... creo... creo que mi sangre le sentó mal —dijo como si no lo comprendiese—. Dijo que yo era un lobo.

Sean la observó y enarcó una ceja hacia ella.

—Eso no es posible. Tienes el antídoto puesto —intentó calmarla.

—Ya, pero... comenzó a escupir mi sangre, parecía que le daba asco... —Luego alzó una mano hacia él—. Me alegro, si no llega a ocurrir me hubiese desangrado. —

Sean la miraba de nuevo con gesto de pocos amigos—. Pero, ¿seguro que ha funcionado el antídoto?

Sean la miró un segundo pensativo y al momento se incorporó en el asiento, levantándose un poco de este y abrió la guantera que había justo frente a Naomi. Pulsó

hacia abajo en el interior de la guantera y apareció un compartimiento secreto donde habían varias armas y cargadores.

Naomi puso su espalda recta mientras él cogía un arma.

—¡Tienes un arma! —gritó asustada.

—No —dijo con una sonrisa—. Tengo muchas —bromeó, mientras ella seguía con la mirada asustada. Le mostró una bala volviendo su mirada hacia la carretera—.

Cógela —ordenó.

—¿Para qué? —preguntó asustada.

—Vamos Naomi, cógela de una maldita vez —pronunció con menos paciencia. Ella llevó su mano lentamente hacia aquella bala—. Que no muerde, va.

Naomi la cogió entre sus dedos. Era una bala enorme, y parecía que estaba congelada.

—Está muy fría.

Sean la observó de arriba abajo y sonrió mientras elevaba una ceja hacia ella.

—¿Solo eso? —Ella aceptó como si no supiese a qué más se podía referir. Sean suspiró y se la quitó de forma delicada de la mano mientras volvía a introducirla en el cargador, y este en la pistola—. Supongo que cuando te mordió el vampiro aún no se había eliminado todo el virus del hombre lobo de tu sangre, el antídoto no habría hecho del todo su efecto. Aparte, ¿llevas el colgante que te regalé? Es de plata. Puedes estar tranquila, no te vas a convertir en una lobita.

—¿Cómo lo sabes? El vampiro parecía muy seguro.

—Naomi, el antídoto está haciendo su efecto, no te preocupes. Si fueses a convertirte en lobo no hubieses podido coger esa bala y te hubieses arrancado el colgante. —Ella lo miró confusa—. Están forradas de plata —explicó—. Los lobos no pueden tocarla. Tienen una especie de alergia y les produce erupciones. —Ella se apartó de él acercándose hacia la puerta. Esta vez fue Sean quien la miró asombrado—. ¿Qué ocurre? —Ella se encogió de hombros como si no comprendiese aquella pregunta, pero lo cierto es que lo miraba asustada y se había distanciado de él lo máximo posible—. Eh —pronunció con una leve sonrisa al ver su actitud.

Ella negó con su rostro y luego suspiró.

—Tienes armas y balas que producen erupciones.

Él se encogió de hombros.

—Soy un cazador. —Ella se pasó la mano por la frente algo agobiada—. ¿Cómo pensabas que iba a matar a vampiros y lobos?

Aceptó intentando asimilar aquello. De acuerdo, sabía que era un cazador, lo había visto moverse de aquella forma tan rápida y luchar, pero no lo veía empuñando pistolas.

—Los vampiros que me cogieron y me llevaron a la cloaca...

—Están muertos.

Ella lo miró asombrada y luego se mordió el labio mientras comenzaba a aceptar.

—Pues sí que eres peligroso. —Luego lo miró con un gesto de broma—. Recuérdame que no me meta nunca contigo.

Sean comenzó a reír por aquella ocurrencia y llevó directamente su mano hacia la de ella agarrándosela en actitud cariñosa.

—Tú no tienes peligro conmigo —bromeó.

—Está claro que *no* de la misma forma que con un vampiro o un hombre lobo.

Él alzó una ceja hacia ella y aceptó con su rostro pensativo, aunque una sonrisa inundó su rostro.

—Bueno, no puedo desangrarte... ni devorarte... o bueno... devorarte sí... —Luego inclinó su rostro hacia ella en actitud cómica—. A besitos.

—¿A besitos? —Naomi comenzó a reír y se pasó incluso una mano por los ojos—. A besitos —repitió ella—. Qué hombre más duro y peligroso —pronunció divertida.

Sean chasqueó la lengua mientras apretaba más su mano en la de ella en actitud de complicidad.

—No les digas nunca a mis compañeros lo que acabo de decirte. —Rio.

Ella fue aflojando su risa hasta que suspiró, sin poder evitarlo llevó su mirada hasta sus manos unidas y luego lo contempló a él. Conducía a gran velocidad con la mirada fija en la carretera. Naomi pasó varios segundos observando su perfil.

—¿Cómo llegaste a convertirte en lo que eres?

—¿En cazador? —preguntó sin apartar la mirada.

—Sí.

—Nací así. Mucha gente nace con dones. —Luego la observó unos segundos—. El Pentágono me captó, como a muchos. Cuando tenía trece años se presentaron en mi casa y hablaron con mis padres.

—¿Y te dejaron marcharte?

Él se encogió de hombros.

—No fue de su agrado, pero era lo que más convenía.

—Tuvo que ser duro para ellos, aún eras muy pequeño.

Él aceptó con su rostro.

—Sí, pero bueno, es lo que tenían que hacer. Yo tenía que aprender a controlar esa velocidad y fuerza, y allí podían enseñarme.

—Me hablaste también de que podías regenerarte.

Él afirmó con su rostro mientras giraba otra vez tomando el desvío hacia el puente de Brooklyn.

—Sí, sano antes que el resto.

—Ah, vaya. Qué curioso.

Él se encogió de hombros, como si no le diese importancia a eso.

—Mi padre era médico —continuó explicando—. Cuando vio de todo lo que era posible me hizo diversas pruebas, análisis de sangre...

—¿De ahí te viene la vocación?

Él se giró para sonreírle.

—Supongo que sí. La vocación y las ganas de comprender lo que me ocurre realmente, el porqué no soy normal —acabó diciendo en un susurro, pero aquella revelación hizo que Naomi lo mirase con dulzura.

—Tú eres normal, solo que dispones de unas cualidades fantásticas. —Le agarró la mano de nuevo en actitud cariñosa—. Y gracias a ellas estoy viva —acabó diciendo.

Sean notó cómo algo dentro de él se rompía, cómo una calma se apoderaba de él, al escuchar aquellas palabras. Hubiese detenido el vehículo en ese mismo momento y la hubiese besado apasionadamente, pero no disponía de tiempo.

—Por cierto —comentó ella con voz animada de nuevo—. Creo que me debes algo.

Él la miró esta vez con gesto avergonzado.

—Te daremos todo lo que te cogimos del piso en cuanto lleguemos a casa.

—Lo recuerdo todo, ¡eh! —siguió bromeando—. Las joyas de mi abuela, la cámara de fotos, el ordenador y doscientos dólares.

Él comenzó a reír.

—No te voy a robar. —Ella inclinó una ceja hacia él—. Al menos no realmente —remarcó—. Pensábamos dártelo todo en unas semanas diciendo que la policía lo había encontrado.

Ella resopló.

—Podrías haber sido más cuidadosos.

—Eh, eh, a mí no me metas. Yo no quería que fuese así, pero mis compañeros insistieron en que tenía que parecer un robo...

—Ya, ¿y qué va a pasar con la denuncia ahora?

Sean la miró de reojo y medio sonrió.

—Josh, el policía que te la cogió es un cazador también. No tramitamos realmente la denuncia, se hizo de cara al seguro para que te cubriese los desperfectos pero no se ha abierto expediente.

Naomi lo miraba asombrada.

—Vaya tela tenéis.

Sean chasqueó la lengua.

—Lo siento de veras.

Ella acabó encogiéndose de brazos.

—De todas formas ahora está peor el piso.

Sean miró hacia el fondo de la carretera.

—Luego te ayudaremos a arreglarlo.

A lo lejos, al final de la calle comenzó a observar el puente de Brooklyn, totalmente iluminado, y contrariamente a lo que esperaba, parecía que había bastante tráfico. Sean entrecerró los ojos observando, lo cual le llamó la atención a Naomi que observó en su misma dirección.

—Muchos coches para esta hora, ¿no?

Sean aceptó con su rostro.

—Sí. Demasiados —susurró pensativo.

—¿Y eso es normal?

—No creo —dijo uniéndose a la cola que se formaba al inicio del puente. Iban muy lentos, demasiado lentos, como si algo estuviese obstruyendo las vías.

Naomi miró hacia los lados. Iban por el carril más cerca de la derecha. El puente disponía de varios carriles en cada dirección, pero ninguno pasaba de diez por hora.

—Qué extraño —susurró Naomi elevando un poco la mirada, intentando ver algo por encima de la furgoneta que tenían delante—. Quizás ha habido un accidente.

Sean detuvo el vehículo y miró hacia atrás. Tenían varios coches por detrás, aquello no le daba buena espina. Cogió su móvil mientras observaba cómo Naomi miraba de un lado a otro nerviosa y buscó en la agenda el teléfono de su jefe. Iba a llamar justo cuando una persona pasó corriendo en dirección contraria, seguidas de un par más. Estaban gritando.

Sean se movió incómodo y abrió la puerta del todoterreno de inmediato.

—No te muevas —ordenó sin mirarla mientras salía al exterior. Al momento una corriente de aire hizo que su chaqueta se entreabriese y sus cabellos cortos se movieran hacia atrás. Varias personas más parecían estar abandonando sus vehículos y correr en su dirección, como si huyesen de algo. ¿Qué estaba pasando?

Los gritos de las personas se hacían más fuertes a medida que corrían en su dirección. Una mujer pasó corriendo por su lado. La sujetó del brazo de forma inmediata.

—¿Qué ocurre? —preguntó nervioso.

La mujer intentó soltarse de su brazo pero no lo consiguió, se giró hacia Sean con cara enfadada y asustada.

—Hay... hay algo... algo que...

Al momento un rugido llegó hasta ellos. La mujer gritó más fuerte y finalmente Sean la soltó permitiendo que siguiera corriendo. Sean miró hacia el final del puente. Sabía lo que estaba ocurriendo.

—Mierda —susurró moviéndose hacia el maletero.

Naomi se incorporó en su asiento y miró hacia detrás, a través del maletero abierto.

—¿Sean? —preguntó con voz asustada.

—Tranquila —dijo rápidamente mientras abría la trampa y cogía unas cuantas dagas, pistolas y cargadores. Cerró la puerta del maletero y fue hacia la del conductor mientras observaba los coches detenidos en el puente y la gente huyendo—. No salgas del coche. —Automáticamente encendió una luz interior, realmente potente—. Con esta luz no se acercarán. —La contempló unos segundos y entró medio cuerpo en el coche, pasó su mano por su cuello agarrándole de la nuca y la atrajo hacia él, besándola.

—Ten cuidado —le susurró a escasos centímetros de sus labios.

Sean la besó de nuevo y salió del coche cerrando la puerta con un portazo.

—Echa los seguros y no apagues la luz —gritó desde fuera del coche, alzando un poco más la voz mientras colocaba un cargador en la pistola.

Naomi aceptó. Sean la contempló un segundo más y de repente desapareció.

Naomi miró de un lado a otro, desde luego la velocidad a la que podía moverse era impresionante. Observó cómo algunas personas corrían despavoridas entre los coches cuando otro rugido llegó a lo lejos.

Sean comenzó a correr a una velocidad prácticamente invisible para el ojo humano, sorteando los vehículos parados y todas las personas que habían salido de sus coches huyendo de lo que había varios metros más adelante. Cientos de personas corrían despavoridas, gritando sin cesar, chocando entre ellas, dirigiéndose al otro extremo del puente.

Se detuvo en un determinado momento, se encontraba prácticamente a mitad, en ese momento se chocó con un hombre que lo miró asustado y siguió corriendo.

Miró de un lado a otro observando el caos que se estaba formando. Se giró hacia detrás, ya ni siquiera se veía su todoterreno. Volvió a mirar hacia delante sujetando la pistola en la mano y con la otra cogió el móvil. Necesitaba saber dónde estaba su equipo. Le comentaron que habían varios lobos y por el revuelo que se estaba formando podría asegurar que estos habían entrado en acción.

Se llevó el móvil a su oído escuchando el primer tono, mirando de un lado a otro, observando la gente correr despavorida, saltando incluso por encima del capó de muchos coches que habían frenado de golpe y habían quedado cruzados en medio de la calzada, pero algo le alertó, un sexto sentido le hizo girarse y agacharse justo cuando una moto era arrojada en dirección a él.

Se tiró al suelo de inmediato mientras la moto pasaba a escasos centímetros de su cuerpo. Giró su rostro para observar cómo impactaba contra el capó de un coche abollándolo y caía al suelo, casi llevándose a una persona delante, aunque por suerte pudo esquivarlo a tiempo.

—¿Pero qué...? —No le dio tiempo a acabar la frase, al momento un gruñido muy cercano y extremadamente fuerte le hizo girar su rostro hacia delante—. La madre que... —Tuvo que moverse rápidamente, pues otra moto iba en su dirección atravesando el cielo a gran velocidad y fuerza.

Dos personas pasaron por su lado chillando de terror. Se giró para ver cómo corrían esquivando los coches, pero al girarse lo observó.

Un lobo saltó sobre lo alto de un coche haciendo que este se abollara al no soportar su peso. El lobo extendió los brazos a los lados, elevó su rostro y aulló con fuerza hacia el cielo haciendo que muchas de las personas que habían pasado al lado de Sean corriendo, se girasen hacia detrás, muertas de miedo.

Observó cómo una mujer caía al suelo de rodillas, se giró para observar aquel ser sobre el coche aullando hacia el cielo y sus facciones se contraían de terror, acto seguido se levantó y siguió corriendo nerviosa, sin dejar de echar la vista atrás.

—¡Joder! —gritó Sean incrédulo. ¿Se habían descubierto?

Sean no se hizo esperar. Sacó su pistola, apuntó y disparó directamente al pecho del lobo, pero justo este se giró clavándose la bala en el hombro. Al momento el lobo aulló con un grito ensordecedor. Se llevó la mano a su hombro mientras gruñía y bajó la mirada hacia Sean, el cual ya sacaba de su cinturón una daga.

—¿Qué hace? —gritó un hombre pasando a su lado, con las facciones contraídas por el miedo—. ¡Corra! ¡Corra!

Sean observó de reojo cómo ese hombre saltaba por encima de los coches cruzados, alejándose de allí.

Otro grito muy cercano le alertó, demasiado cercano. Dos coches por delante de él, una mujer gritaba sin cesar agarrada al volante de su vehículo, con la mirada fija en el lobo, paralizada de miedo. Sean observó cómo el lobo la miraba fijamente y al momento rugió hacia ella. La mujer se llevó las manos a la boca mientras otro grito salía de lo más profundo de su ser.

Sean captó el mismo segundo en el que el lobo hacía palanca con sus patas para saltar sobre el capó de la mujer. El lobo cayó sobre el motor haciendo que el coche se empinase hacia delante y al momento cayese. Se inclinó sobre la luna delantera del vehículo y abrió su boca hacia la mujer enseñando todos sus dientes, extendiendo sus zarpas al máximo, pero no pudo hacer más. Sean fue hasta él y con todo el impulso que pudo de una patada lo arrojó lejos del coche, aunque no lo suficiente para estar tranquilo. El lobo cayó varios coches más atrás, justo en ese momento observó cómo varios lobos más corrían por encima de los coches en dirección al que acababa de arrojar.

—¡No! ¡No! —gritó girándose hacia el coche donde la mujer seguía gritando histérica. Fue hasta su puerta la abrió y la cogió del brazo— ¡Corra! —le gritó—. Vamos, ¡largo de aquí! ¡Márchese!

La mujer miró en dirección al lobo y en ese momento pareció despertar del estado de shock. Se giró y comenzó a correr directamente. Sean la observó unos segundos y luego se giró hacia los lobos empuñando una daga en una mano y en la otra, la pistola.

Mierda, mierda. Tres lobos más corrían en su dirección, sobrevolando prácticamente los vehículos. ¿Pero cuántos habían? Apretó los labios y se fijó en que el lobo al que había impulsado ya se estaba poniendo en pie, pues parecía que se había quedado algo aturdido por el golpe.

Sean dio un salto y se subió a uno de los coches, observando hacia delante.

—No, ¡mierda! —gritó. Parecía que varios metros al fondo había un cordón policial. En ese momento, la figura del primer lobo corriendo hacia él, le alertó. Venían dos de frente, sorteando los vehículos por encima de su techo, extendiendo las patas al máximo. Al que acababa de golpear se encontraba ya recuperado y listo para luchar, y por su izquierda venía otro, el cual parecía darse impulso incluso en los cables del puente, saltando por encima de sus cabezas.

Sean miró a todos los lados nervioso, intentado adivinar cuál de ellos le alcanzaría primero para trazar una estrategia cuando uno de los lobos que venía frente a él perdió el equilibrio y cayó al suelo. Al momento escuchó varios disparos.

Brad y Christopher aparecieron entre los lobos. Brad se había lanzado sobre uno de ellos y Christopher corría sobre los vehículos disparando a otro.

—Al fin —susurró. Acto seguido elevó su brazo y disparó al que se aproximaba por su izquierda mientras corría en dirección contraria, hacia la derecha, donde se encontraba el primer lobo al que había conseguido alcanzar con una bala.

Alcanzó al lobo que iba por su izquierda con varias balas mientras llegaba hasta el primero y esquivaba sus garras. Se agachó lo suficiente para que no cortase su cuello y acto seguido desapareció de su visión apareciendo detrás y clavando una daga en su espalda, pero parecía que no había atravesado su corazón ya que el lobo aulló y acto seguido intentó girarse para volver a atacarle, pero en ese momento una bala atravesó su corazón.

El lobo cayó al suelo mientras poco a poco iba transformándose en una persona, descubriendo que Josh se había colocado justo delante de él y apuntaba con un arma.

—¿Todo bien? —preguntó Josh mientras bajaba la pistola y de un salto se subía a otro vehículo. Acto seguido disparó varias veces. Sean se subió al siguiente vehículo para observar que varios lobos más iban hacia ellos.

—Sí —contestó elevando sus brazos y apuntando con el arma.

—Sean, no llevas la ropa de trabajo —le recriminó.

—No he tenido tiempo. —Parecía que Josh iba a reprocharle pero Sean le cortó—. Tengo el antídoto puesto a diferencia de mucho de vosotros, soy más eficaz.

Josh ladeó su rostro hacia él y aceptó dando por bueno su comentario. Al momento, Sean disparó varias veces y se movió rápidamente esquivando a dos lobos más, los cuales siguieron corriendo hacia delante. ¿Cuántos había?

—¿Qué coño está pasando? —gritó hacia su jefe.

—Creo que está claro, ¿no? —preguntó mientras disparaba a otro de los lobos que pretendía saltar sobre ellos—. Me parece que a nuestro amigo Donovan se le ha agotado la paciencia.

Sean elevó su arma y comenzó a disparar a todos los que se acercaban.

Adrien y Taylor aparecieron a su lado observando los lobos que acababan de pasar dirección a Manhattan.

Sean se giró hacia atrás para observar aquellos lobos. Tenían que evitar que llegasen a Manhattan, es más, tenían que pararlos antes de que pudiesen alcanzar a alguna persona más o aquello no acabaría nunca.

—Nosotros nos encargamos —comentó Adrien hacia Josh, observando los dos lobos en dirección a Manhattan.

—Adrien —gritó Sean mientras se movía rápidamente disparando a los lobos que se aproximaban cruzando el puente—. Naomi está unos coches más adelante.

Adrien aceptó y al momento desapareció.

—¿Pero de dónde salen? —gritó Sean hacia Josh mientras se movía rápidamente hacia los lobos, se agachó y realizó un corte en la pata de uno interrumpiendo así su carrera—. ¡No creía que hubiese tantos!

—Supongo que Donovan ha creado su propia manada. —Le devolvió el grito mientras disparaba más.

Sean se giró y colocó su arma en el pecho del lobo apretando el gatillo. Justo había disparado cuando notó otro gran impulso que le hizo salir disparado hacia delante.

Chocó contra la luna del coche, haciendo que esta se hundiese hacia dentro. Se incorporó y pudo ver en el reflejo cómo un lobo saltaba hacia él.

Se incorporó de inmediato y saltó del capó del vehículo justo cuando el lobo aterrizaba en el mismo punto donde él se encontraba hacía menos de un segundo. Sean aprovechó que el lobo se encontraba en esa posición para disparar a su rodilla. El lobo cayó sobre el capó pero se incorporó de inmediato dispuesto para saltar, pero en ese momento Ryan apareció detrás clavando una daga en su pecho desde su espalda.

Ryan desclavó la daga y la hizo rodar en su mano con una sonrisa, como si se tratase de un pistolero que acababa de desenfundar su arma.

—Llevo cinco. —Sonrió—. ¿Y tú?

Sean dio un paso al lateral de inmediato y disparó al lado de Ryan, el cual inclinó una ceja hacia él y miró hacia el lateral donde un lobo acababa de caer al lado suyo.

—Creo que cuatro. —Sonrió—. Y acabo de llegar —se burló.

Ryan lo miró con cara de condescendencia, justo cuando se desplazó hacia un lateral para intentar asestar una puñalada a un lobo pero se le escapó pasando a gran velocidad.

—Mierda —susurró.

—Van dirección a Manhattan —explicó Nathan apareciendo a su lado.

Al momento todos elevaron la mirada hacia el cielo. Un helicóptero comenzaba a sobrevolar la zona con un foco apuntando hacia el puente.

—¿Qué hace ese helicóptero? —preguntó Ryan.

—Creo que son periodistas —dijo Brad, al momento el foco los iluminó—. ¡Eh! ¡No! —pronunció, escondiéndose del foco entre los coches—. ¡Lo que nos faltaba!

—gritó—. Mierda de periodistas.

—Eh —le previno Sean agachándose a su lado—. No te pases un pelo.

Brad inclinó una ceja hacia él mientras cambiaba el cargador de su pistola.

—Ya, entiendo —respondió con una sonrisa—. Así que... finalmente es tu novia, ¿verdad?

Sean resopló y se puso de rodillas observando el helicóptero.

—¿No podemos hablar de este tema en otro momento?

—Es para relajarnos un poco —dijo Ryan apareciendo de repente ahí.

—¿Hablar de qué? —preguntó Josh agachándose a su lado, tras uno de los vehículos.

Sean puso los ojos en blanco.

—Sean se ha decidido finalmente —le explicó Brad mientras se ponía de rodillas, apuntaba y disparaba hacia un lobo que venía hacia ellos.

—Eh, felicidades —dijo Nathan, al momento dio un golpecito en la espalda de Sean el cual volvió a poner los ojos en blanco.

—A ver... —exclamó Sean mientras disparaba su arma dándoles la espalda—. ¿Vamos a acabar con estos lobos o preferís marujear?

Al momento, el coche contra el que estaban apoyados se sacudió. Todos elevaron la mirada hacia arriba coincidiendo con un lobo que había saltado encima, pero tuvieron que entrecerrar los ojos, pues el helicóptero se había colocado por detrás del lobo y lo enfocaba con una potente luz.

Todos se movieron rápidamente apartándose del lobo, al momento comenzaron a disparar contra la bestia, el cual se sacudió cuando las balas lo atravesaron.

—Perfecto, ya sabéis mañana lo que va a salir por la tele, ¿no? —preguntó Josh de malas formas, pero al momento todos se quedaron impresionados, cuando un lobo atravesó el cielo con sus garras y brazos extendidos hacia el cielo y se cogió a la pata del helicóptero haciendo que este perdiese el control y comenzase a girar—. O quizás no —pronunció impresionado.

El helicóptero comenzó a sobrevolar los coches, desestabilizado, amenazando con caer en cualquier momento.

—Joder —gritó Nathan apartándose de la trayectoria del helicóptero mientras rodaba por el asfalto. Se dio impulso y dio un salto sujetándose a la barra baja del helicóptero, elevó la pierna y golpeó al lobo con todas sus fuerzas mientras el helicóptero intentaba controlarse y coger de nuevo altura. El lobo pareció perder el equilibrio y se soltó del helicóptero cayendo sobre un coche, pero ni siquiera tuvo tiempo de incorporarse cuando Sean se colocó sobre él y clavó su daga en su pecho. Automáticamente, elevó la mirada hacia el foco de luz del helicóptero que en ese momento lo enfocaba a él. Tuvo que ponerse la mano en forma de visera y entrecerrar los ojos, pues aquel foco deslumbrada demasiado.

Nathan se dio impulso y subió al helicóptero. Al momento, los dos reporteros comenzaron a gritar.

—Eh, tranquilos —gritó Nathan hacia ellos. Había dos hombres, uno de ellos con una cámara de filmar y otro con un micrófono, y luego el piloto que parecía estar recuperando el control del helicóptero. Nathan miró hacia el hombre de la cámara, el cual parecía estar filmándolo asombrado—. ¿Es en directo? —preguntó hacia él. Luego se giró hacia el que parecía ser el presentador, que se encontraba en el suelo agachado, sujetándose al asiento—. ¿Es en directo o no? —gritó hacia él.

El hombre negó con su rostro.

—No.

—Perfecto. —Nathan cogió la cámara directamente mientras el hombre que la sujetaba protestaba y se arrimó a la puerta.

—Eh, ¡no puede hacer eso! —gritó el periodista de mal humor.

—Y tanto que puedo —le devolvió el grito Nathan—. Marchaos de aquí o la próxima vez dejaré que el helicóptero se estrelle.

El periodista y el cámara lo miraron enfurecidos, así que giró el rostro hacia el piloto, el cual iba desviando la mirada de vez en cuando hacia atrás, asustado por el intruso.

—Apártese del puente o dispararé contra el helicóptero. Usted mismo.

El piloto volvió a torcer su rostro hacia atrás y aceptó de forma acelerada. Nathan ni siquiera esperó a que el periodista o el cámara volvieran a quejarse. Saltó del helicóptero con la cámara cayendo sobre el asfalto varios metros por debajo.

Tuvo que agacharse pues Sean había tirado una daga en su dirección.

—Eh, ¡cuidado! —le gritó Nathan, pero se giró para observar que un lobo se había quedado tendido en el suelo a poco más de un metro de él. Se giró hacia Sean y le sonrió de forma amistosa—. Gracias —dijo, mientras de un golpe contra el asfalto destruía la cámara de grabación.

Sean se giró justo cuando escuchó más disparos, pero aquellos disparos no salían del arma de ninguno de ellos. Se subió en lo alto de otro vehículo y observó que varios agentes de la policía comenzaban a disparar a aquellos lobos. Al menos treinta agentes, vestidos de uniforme, al inicio del puente por la zona de Brooklyn, corrían entre los coches disparando a unos lobos que parecían que nunca iban a acabar de aparecer. Al momento un lobo saltó sobre uno de los policías y este comenzó a gritar desesperado. Christopher apareció al lado de aquel lobo y lo apartó del policía mientras disparaba hacia él. Nicholas apareció al lado del policía y clavó el antídoto mientras gritaba desesperado.

—Mierda —gritó Josh. Como no lo frenasen rápido aquello podía convertirse en una epidemia—. ¡Hay que acabar con ellos ya!

Sean se quedó petrificado unos segundos observando la escena. Los lobos que saltaban de un coche a otro, e incluso por los cables del puente elevado.

Si no lo paraban ya dudaba que pudiesen, aún habían civiles en el puente, y podía asegurar que los lobos intentarían convertir a todo aquel que se encontrase a su paso.

Otros golpes les hicieron girarse por completo. Los coches volaban de un lado al otro en el otro extremo del puente, cerca de Manhattan.

Sean dio unos pasos hacia delante mirando asustado.

—Naomi —susurró.

Naomi miró de un lado a otro. La gente pasaba corriendo en su dirección, huyendo de algo que no conseguía ver, pues delante de ella había varias furgonetas que le tapaban la visión. Sabía que estaba ocurriendo algo grave, pues la gente pasaba despavorida a ambos lados del coche huyendo de algo que les aterrorizaba.

Notó cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo. Miró hacia atrás y tuvo que entrecerrar los ojos, pues la luz que había conectado Sean en el interior del todoterreno era excesivamente fuerte, tenía una potencia que no había visto en ninguna otra luz, era excesivamente clara, incluso más que los halógenos.

Se sentó de nuevo en el asiento y se cruzó de brazos nerviosa, notaba su corazón acelerado, al igual que su respiración.

Elevó su mirada hacia el cielo cuando un helicóptero sobrevoló el todoterreno dirección hacia Manhattan, alejándose del puente. Se acercó a la ventana y tragó saliva. El helicóptero tenía el logotipo de un canal de televisión. Estuvo a punto de salir del vehículo para observar, pues estaba realmente intrigada, pero decidió hacer caso a Sean y quedarse en el interior.

Siguió con la mirada al helicóptero hasta que lo perdió de vista. Aquello era horrible, ya no solo por la incertidumbre de no saber lo que ocurría, sino porque Sean se había marchado. Sabía que era rápido y fuerte, pero a cada segundo que pasaba sin noticias de él su nerviosismo iba creciendo.

Conectó la radio, quizás estuviesen diciendo algo de lo que ocurría sobre el puente de Brooklyn. Una música clásica se apoderó de todo el todoterreno. Bajó el volumen bastante y comenzó a apretar los botones para cambiar de cadena. La mayoría eran programas de noche, donde la gente llamaba para explicar sus problemas y pedían consejo.

Escuchó la voz de un hombre mayor explicar cómo se sentía extremadamente solo después de que su mujer hubiese muerto hacía ya tres años y su único hijo se hubiese marchado a México a impartir clases como profesor de matemáticas.

Era una lástima. Se dejó contagiarse por aquella pena durante unos segundos.

Tragó saliva y cambió de emisora antes de acabar llorando a moco tendido. Fue pasando emisora a emisora. En ninguna retransmitían lo que ocurría, ni siquiera hacían referencia a que algo estaba ocurriendo. Seguramente todo habría comenzado hacía poco y aún no se habían hecho eco los medios de comunicación de la noticia, pero igualmente, juraría que aquel helicóptero era de una cadena de televisión.

Tragó saliva, suspiró y apagó la radio, automáticamente se acarició los hombros. Hacía más de diez minutos que Sean se había marchado. ¿Estaría luchando? Aquella idea le hizo poner los vellos de punta. Sabía que era extremadamente fuerte y rápido, que según él podía regenerarse, que había derrotado a tres vampiros él solo, pero aquello no impedía que se preocupase por Sean. Sin poder evitarlo recordó cómo habían hecho el amor en el asiento de su comedor. Había sido la experiencia más gratificante que había vivido, y dudaba que algo pudiese igualarlo.

Se incorporó de nuevo en su asiento, arrodillándose mirando a ambos lados cuando escuchó de nuevo más gritos. ¿De dónde venían? Miró por cada una de las ventanillas del coche hasta que observó cómo una muchacha corría echando la vista atrás y gritando.

Naomi se incorporó en su asiento y se echó hacia el del conductor agarrándose al volante, intentando ver lo que ocurría. Dichosa furgoneta que le quitaba toda visión. Resopló desesperada por la situación. Si al menos pudiese ver algo, sabría a lo que atenerse, pero así...

—Oh, esto es desesperante —susurró colocándose de nuevo en su asiento.

Echó su cuello hacia detrás y suspiró mientras cerraba los ojos unos segundos, intentó dejar su mente en blanco para calmarse, pero un rugido le hizo abrir los ojos como platos e incorporarse en el asiento.

Colocó las manos en el salpicadero asustada mirando a todos lados. ¿Qué había sido eso? No sabía para qué se lo preguntaba, en el fondo de su mente lo sabía.

Notó cómo su corazón se aceleraba más, cómo parecía que comenzaba a faltar oxígeno en el interior del vehículo, pero casi no le dio tiempo a reaccionar cuando observó a través de la luna delantera cómo un vehículo volaba hacia el todoterreno.

El golpe fue extremadamente fuerte haciendo que el todoterreno se moviera de un lado a otro y ella llegase a darse contra el techo. El vehículo se comprimió por el peso del coche que le habían lanzado, volviéndose más oscuro el interior.

Gritó y se agachó colocándose en la parte baja del asiento, bajo el salpicadero, mientras observaba cómo el techo se iba hundiendo. Algo tuvo que saltar sobre el todoterreno porque el techo se hundió más aún.

Gritó desesperada cuando el vehículo se balanceó, como si alguien estuviese saltando encima o moviéndose. Al momento, un fuerte gruñido casi le hizo petar los tímpanos.

Notó cómo una gota de sudor frío bajaba por su frente. Necesitaba salir de allí como fuese. El espacio que había quedado en el todoterreno era muy pequeño tras el fuerte impacto con el coche que habían lanzado hacia él y si el techo se hundía más acabaría atrapada.

Gimió mientras intentaba incorporarse y pasar la mano por encima del asiento para llegar a la puerta. Todo su cuerpo temblaba. Colocó su mano temblorosa sobre la maneta para tirar de ella pero otro fuerte golpe le hizo volver a esconder el brazo y gemir. Intentó acallar el grito y se colocó una mano sobre la boca cuando vio que una bestia enorme saltaba del coche al asfalto. Era extremadamente peluda y debía medir casi dos metros. Se quedó totalmente paralizada, sin mover un solo músculo de su cuerpo mientras observaba aquella bestia. Sabía de lo que se trataba. Un lobo.

El lobo echó sus brazos hacia atrás y aulló al cielo con su máxima potencia. Naomi se hizo más pequeña, pasándose los brazos por encima de la cabeza y encogiéndose al máximo, notando cómo su cuerpo amenazaba con desquebrajarse por el temblor.

Observó de nuevo por la ventana y vio cómo el lobo se giraba y daba unos pasos adelante saltando sobre otro coche. Tenía que salir de allí antes de que la encontrara o acabaría muerta. Allí dentro no tenía oportunidad de huir.

Llevó de nuevo la mano hacia la maneta, muy despacio y sin perder de vista al lobo. Cuando la palpó tiró de ella pero la puerta no se movió. Giró su rostro mientras un gemido de sufrimiento brotaba de su garganta y volvía a tirar de ella con más fuerza.

—No —susurró en un gemido.

La puerta estaba atascada. Era imposible abrirla con el techo tan hundido. Estuvo a punto de echarse a llorar cuando un rápido movimiento la alertó. Giró su rostro para observar cómo una fuerza sobrehumana impulsaba al lobo varios metros, alejándolo del todoterreno. Un hombre castaño apareció en el lugar donde había estado el lobo. Agarró una daga en su mano y volvió a desaparecer.

Naomi se incorporó en el asiento como pudo, pues el pánico que sentía no le permitía casi moverse.

Miró a través de la luna trasera del vehículo, contorsionando su cuerpo para observar cómo aquel chico comenzaba a luchar contra el lobo.

Debía de ser algún compañero de Sean. ¿Dónde estaba Sean?

—¿Sean? —Lloriquéo muerta de miedo.

—No. Adrien —dijeron a su lado.

Naomi gritó al escuchar aquello. No esperaba que nadie hubiese allí. Al momento Adrien asomó la cabeza por un pequeño hueco que había quedado entre el techo y lo que había sido la ventana.

Se llevó la mano al corazón y suspiró. Entre medias de aquel hueco reconoció el rostro de Adrien. Lo recordaba, el muchacho rubio de ojos claros que había luchado junto a Sean hacía unas horas para salvarla del ataque de Donovan.

—Naomi, ¿estás bien? —preguntó con voz preocupada.

Ella se incorporó de inmediato acercándose a la pequeña apertura mientras una lágrima brotaba de sus ojos.

—La puerta —gimió—. No puedo abrirla.

—Tranquila. Apártate lo máximo que puedas.

Naomi se metió de nuevo en el hueco bajo el salpicadero y escuchó un fuerte golpe. Al momento, la puerta cedió y Adrien la agarró en sus manos dejándola en un lateral la puerta.

—Vamos —le dijo ofreciéndole su mano con algo de urgencia mientras miraba hacia Taylor, el cual seguía luchando contra el lobo.

Naomi le cogió la mano y Adrien le ayudó a salir del vehículo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar preocupado, observándola de arriba abajo. Ella no dijo nada al principio, se limitó a aceptar con su rostro y luego miró hacia el chico que luchaba contra el lobo y que había estado subido sobre el todoterreno.

—No es Sean —dijo hacia Adrien, el cual aún la miraba asegurándose de que no hubiese sufrido ningún daño.

—Es Taylor. Compañero. Sean está más abajo, luchando contra... —No pudo acabar la frase.

Naomi sintió un ligero mareo cuando Adrien la agarró y la movió hacia el otro extremo del puente. La soltó levemente colocándose ante ella, ocultándola de la visión de un lobo que había saltado justo donde se encontraban hacía unos segundos. Sacó una daga de su cinturón y con la otra agarró su pistola, apuntando hacia el lobo. Comenzó a disparar una ráfaga de balas mientras el lobo iba saltando de vehículo en vehículo en su dirección.

Naomi se pegó a la espalda de Adrien todo lo que pudo. Ni siquiera se atrevió a mirar, solo escuchaba ruidos y un ligero silbido de las balas al salir a gran velocidad del cargador de la pistola.

—¡Pero muéreteeeee! —gritó Adrien asombrado.

Al momento se movió rápidamente hacia el lobo, recorriendo los metros que le separaban de este, impidiendo que llegase hasta donde se encontraba con Naomi.

Naomi abrió los ojos y dio unos pasos hacia atrás, sintiéndose totalmente vulnerable. Avanzó hasta la barandilla del puente y se agachó entre la barandilla y unos coches mientras observaba asomando la cabeza por encima del capó del vehículo rojo tras el que se había escondido.

Vio cómo Adrien aparecía y desaparecía de su campo de visión, igual que había hecho Sean. Saltó sobre un capó y rodó por encima de este esquivando las garras del lobo que gruñía mientras lo perseguía.

Giró su rostro para observar a aquel compañero al que Adrien había llamado Taylor, se movían todos exactamente iguales. Apuntó con el arma y disparó hacia el lobo que se encontraba a escasos metros de él pero este esquivó las balas con movimientos igual de rápidos.

Volvió la mirada de nuevo hacia Adrien, que se encontraba más cerca, y lo vio elevarse en el aire apuntando con una daga, recorrió varios metros en el cielo hasta que cayó sobre el lobo y clavó su daga en el centro del pecho.

Naomi se llevó una mano a su boca en actitud sorprendida mientras se iba poniendo en pie, fue entonces cuando vio aquella transformación, cómo aquel lobo iba convirtiéndose poco a poco en una figura humana. Tardó varios segundos en acabar desnudo sobre el asfalto.

Se quedó en estado de shock mirando aquel cuerpo, aquel hombre que no debía llegar a cuarenta años, con el cabello algo canoso y un gran agujero en su pecho.

—Dios mío —susurró con sus manos en la boca. Todo aquello era cierto, realmente los hombres lobos existían. Movió su rostro negando como si en aquel momento fuese consciente de todo lo que había tenido que asimilar en las últimas horas. El descubrimiento de Sean como cazador, la existencia de vampiros, la existencia de hombres lobos... todo aquello sobrepasaba sus expectativas, su imaginación.

—¡Cuidado! —Escuchó que gritaba Adrien en su dirección.

Naomi se giró interrumpiendo sus pensamientos para observar cómo un lobo se lanzaba sobre ella, pero de nuevo aquella sensación de mareo se apoderó de ella cuando se vio arrastrada a aquella velocidad tras unos coches. Adrien había vuelto a moverse hasta ella y la había apartado de aquel lobo, pero este parecía seguirles de cerca y una vez la soltó solo tuvo tiempo de levantar su mano para coger el brazo del lobo, el cual estaba a punto de clavar sus garras en el pecho de él.

Adrien colocó las dos manos en su brazo empujándolo hacia delante, impidiendo que aquella garra llegase a tocarle.

—Naomi, aléjate —gritó a su espalda.

Ella se separó unos pasos de él, con la vista clavada en Adrien, pero lo que no esperaba era ver cómo el lobo gruñía hacia él y al momento elevaba sus patas traseras hacia delante impulsándolo con fuerza contra un coche que se abolló ante la sacudida de Adrien.

—¡No! —gritó Naomi realmente asustada.

En ese momento el lobo giró su rostro hacia ella. La mirada de ella voló del cuerpo de Adrien, el cual se estaba incorporando y se miraba la pierna. Gritó de nuevo cuando observó la enorme herida que Adrien tenía, pero lejos de quejarse en un principio miró hacia el lobo con gesto de dolor y sacó su pistola apuntándolo.

—Hijo de puta —gritó disparando hacia él, luego apretó los dientes y medio gritó.

Sabía lo que a Adrien le ocurría, ella había experimentado justamente lo mismo, aquel dolor infernal, como si te pusieran brasas allá donde el lobo había cortado.

Naomi se llevó la mano hacia los labios, iba a correr hacia él cuando el lobo apareció delante de ella, a poco menos de un metro. Se detuvo en seco, teniendo que guardar el equilibrio para no caer y comenzó a dar pasos hacia atrás.

El lobo inclinó su gesto hacia un lado y le pareció ver incluso una pequeña sonrisa.

—Señorita Hunt —pronunció una voz excesivamente grave—. Veo que se ha recuperado.

Naomi emitió un grito al reconocer aquella voz, al captar el significado de aquellas palabras. Se colocó en un rápido movimiento tras un coche, intentando mantener la distancia con Donovan y echando miradas furtivas hacia Adrien, el cual tenía el rostro totalmente pálido, y aunque parecía que estaba perdiendo mucha sangre aún tenía fuerzas para intentar incorporarse y levantarse.

Donovan dio un salto colocándose encima del techo de un coche, abollándolo también y haciendo que Naomi se apartase rápidamente.

—Creo que recibió la visita de unos amigos míos hace pocas horas.

Ella lo miró con dureza.

—Tus amigos vampiros están muertos —pronunció con odio.

Pero lejos de lo que imaginaba aquella revelación no pareció importarle a Donovan, que se encogió de hombros y comenzó a acercarse a ella.

—Por mí mejor. Empezaban a... —No pudo continuar, de su garganta salió un grito desgarrador, arqueando su espalda hacia atrás.

La figura de Sean se materializó, derrapando en el asfalto, intentando frenar la velocidad, prácticamente de rodillas con una daga en la mano ensangrentada. Cuando se detuvo, tomó impulso hacia él saltando por encima de varios coches. Intentó clavar su daga pero Donovan lo esquivó, aunque Sean fue rápido y de una patada lo impulsó hacia el siguiente coche.

—Maldito hijo de puta —gritó Sean apretando su mandíbula, cogiendo con fuerza la daga—. Pienso matarte con mis propias manos —rugió hacia él.

Se giró un segundo para observar a Naomi y asegurarse de que estaba bien, y luego su mirada voló hacia Adrien, el cual intentaba ponerse en pie entre gritos de dolor.

—En la guantera del todoterreno hay antídotos. —Le señaló Sean.

Naomi lo comprendió y no tardó un segundo en salir corriendo hacia el todoterreno antes de ver cómo Sean volvía a lanzarse contra Donovan. Se hubiese quedado observando, pero sabía que si no ayudaba al compañero de Sean se convertiría en un lobo. Se obligó a ir corriendo hacia el coche. Al menos, la puerta estaba arrancada y no le costaría acceder al interior. Llegó hasta el todoterreno con la respiración acelerada y elevó un momento la mirada para observar a Sean, el cual había comenzado a pelear contra Donovan de nuevo.

Tragó saliva y gimió varias veces mientras se agachaba para acceder al interior del todoterreno entre todos los hierros en que se había convertido.

Se colocó frente a la guantera y la abrió. A simple vista era una guantera normal y corriente, pero había visto cómo Sean accedía a un compartimento secreto donde tenía las armas. Comenzó a tocar toda la guantera, sin saber cómo hacer que ese compartimento apareciese hasta que notó una pequeña grieta. Apretó hacia abajo y un pequeño cajón se elevó.

Tal y como Sean le había dicho había dos antídotos. Los cogió y salió del todoterreno intentando no golpearse en la cabeza. Observó que Sean aún se mantenía luchando de forma encarnizada contra Donovan. Se guardó un antídoto en el bolsillo de su tejano y corrió hacia Adrien con otro en la mano, el cual se había sentado en el asfalto apoyando su espalda contra un coche.

Tenía el rostro cenicienta, incluso algunas gotas de sudor frío resbalando sobre su frente, aun así, el tono de su voz no sonó a sufrimiento, sino más bien a estar realmente enfadado.

—Menuda mierda —susurró hacia Naomi mientras se agachaba a su lado.

—Te pondrás bien, tranquilo —comentó dándole uno de los antídotos.

Adrien lo cogió y luego inclinó hacia ella una ceja.

—Supongo que no sabes pinchar, ¿no? —Ella se mordió el labio y negó—. Ni sabes cómo inyectarlo, ¿verdad? —preguntó esta vez con la mirada más desalentada.

Estaba claro que tener que clavarse una aguja en el corazón él mismo no le hacía ninguna gracia. Resopló y finalmente aceptó lentamente mientras cogía una daga que tenía en el cinturón llevándosela hacia su pecho.

—¿Qué haces? —preguntó Naomi asustada.

Adrien se agarró el uniforme negro que llevaba e hizo un pequeño agujero en él, depositó la daga en el suelo y comenzó a tocarse las costillas para saber dónde debía clavar la aguja.

—Espera. —Escuchó una voz masculina detrás. Al momento el chico al que Adrien había llamado Taylor se colocó a su lado—. Lo haré yo.

Desde luego, ninguno de aquellos hombres tenía desperdicio. Eran prácticamente todos iguales: altos y musculosos.

Taylor se arrodilló y observó un segundo a Naomi de arriba abajo. Luego miró a Adrien y le tendió la mano para que le diese el antídoto.

Adrien lo miró de malos modos pero finalmente se lo pasó.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Naomi desesperada.

Taylor la observó un segundo mientras comenzaba a contar las costillas de Adrien palpando con su mano.

—En el maletero del todoterreno, bajo el suelo tenemos una pequeña despensa de armas. En un lateral hay un maletín de urgencias. Tráelo, por favor. Hay que vendar esta pierna.

—Necesito que lo haga Sean. —Se quejó Adrien—. Tú no tienes idea de vendajes y necesito uno bien fuerte para volver a luchar.

—No sé yo si podrás volver a luchar ahora —comentó Taylor.

—¿Quién dice que no? Quiero patear unos cuantos traseros peludos más.

Naomi lo miró asombrada. ¿De verdad estaba pensando en volver a luchar con aquel enorme corte en la pierna?

Observó cómo Taylor colocaba aquella enorme aguja en el pecho de Adrien y se levantó de inmediato.

—Ahora lo traigo.

Se giró antes de que la clavase y corrió hacia el todoterreno, que por suerte estaba a pocos metros de ellos. Abrió el maletero, pero no pudo evitar observar que Sean se encontraba varios metros por delante de ellos, manteniendo una encarnizada pelea con Donovan. Al momento unos cuantos chicos más aparecieron al lado de Naomi.

Ella los observó, todos vestían con una especie de uniforme negro. Reconoció que uno de ellos era el policía que le había cogido la denuncia.

—Es Donovan —le explicó directamente.

Josh la observó y aceptó. Se giró un segundo, nervioso, para observar cómo Taylor estaba atendiendo a Adrien, el cual parecía estar perdiendo bastante sangre.

—¿Todo bien? —gritó hacia ellos.

—Está controlado —dijo Taylor sin mirarle.

Josh observó un segundo a Naomi mientras dos de los muchachos desaparecían de su lado. Naomi observó cómo al momento aparecían al lado de Sean luchando contra Donovan, en ese momento sintió algo de alivio, pero no pudo evitar volver la mirada hacia Josh, pues parecía que la observaba preocupado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió automáticamente.

Josh aceptó y se giró hacia un muchacho castaño que había a su lado, el cual también la observaba, aunque con una ligera sonrisa.

—Hay muchos lobos. Si no los frenamos atravesarán el puente y entrarán en Manhattan. Sé que esto no te va a gustar, Nathan —comentó girándose hacia él—, pero necesitamos a Sam o esto se puede convertir en un circo.

Nathan y Josh se miraron unos segundos, pues Nathan parecía tener todos los músculos de su rostro en tensión mientras observaba de reojo la lucha encarnizada que se estaba manteniendo a pocos metros de él, pero tras unos segundos se relajó y aceptó.

Josh desapareció al momento. Naomi se quedó observando el perfil de aquel joven al que Josh había llamado Nathan. Nathan la miró y suspiró, acto seguido se llevó la mano al cinturón y extrajo su teléfono móvil. La miró a ella y la interrogó con la mirada.

—¿Necesitas algo, Naomi?

¿Pero como sabían todos su nombre?

Ella pareció aturdida mientras observaba cómo Nathan se llevaba el móvil a su oído.

—Taylor me ha dicho que coja el maletín de urgencias para ayudar a Adrien.

Nathan desvió su mirada hacia el lado para observar a Adrien tendido sobre el asfalto y aceptó colocándose a su lado. Apartó la alfombrilla del maletero y abrió otra trampa, esta vez dejando al descubierto una gran despensa. Nathan hundió su brazo en aquella abertura, buscando a ciegas y finalmente extrajo un maletín.

—Sam, sí, hola —dijo de repente—. Esto no me gusta nada, pero Josh quiere que vengas. —Dejó el maletín sobre el asfalto y cerró la trampa—. A mí no me hace ninguna gracia —pronunció con tono grave. Colocó la alfombrilla de nuevo correctamente, tapando aquella despensa—. Sí, en el puente de Brooklyn, ¿cuánto tardas? —

Nathan se giró para observar a Naomi—. De acuerdo, hasta ahora. —Automáticamente colgó y le pasó el maletín de urgencias a Naomi.

—¿Quién es Sam? —preguntó cogiéndolo—. ¿Otro compañero?

Esta vez Nathan ofreció una sonrisa tierna a la muchacha, lo cual pilló de improviso a Naomi.

—Es mi novia —admitió.

—¿También lucha?

Nathan ladeó su rostro hacia ella con una sonrisa y se mordió el labio en un gesto divertido.

—No, ella tiene otro estilo —acabó diciendo mientras miraba hacia donde se estaba llevando una lucha encarnizada contra Donovan—. Llévale esto a Adrien. Lo necesita —le dijo antes de desaparecer y aparecer junto al grupo que rodeaba al lobo.

Pero unos gritos provenientes de detrás le hicieron girarse. Pudo distinguir cómo otras siluetas de lo que serían compañeros de Sean permanecían luchando también contra otros lobos que intentaban cruzar el puente. Debían haber cientos. Por Dios, ¿pero en qué se había metido?

Sean inclinó su espalda hacia atrás esquivando las garras y nada más ponerse recto se movió a su espalda y consiguió hacer un corte, pero Donovan se giró mientras gruñía de dolor e intentaba alcanzar a Sean con alguna de sus zarpas.

Donovan tomó impulso y saltó a otro vehículo huyendo del ataque del cazador, pues los numerosos cortes que le había realizado con la daga de plata estaban comenzando a causar mella en él. Era como si sus fuerzas se fuesen escapando por aquellos cortes.

Sean saltó al vehículo, colocándose sobre el capó, mientras Donovan se mantenía en la parte más alta de este.

—¿Crees que vas a poder escapar? —preguntó Sean apretando la daga en su mano, acto seguido se llevó la mano al cinturón y extrajo otra, sujetando cada una en su mano, con los brazos extendidos hacia abajo.

—¿Y tú crees que servirá de algo matarme? —gritó con una sonrisa en sus labios—. Mira a tu alrededor, Sean. Somos muchísimos, y cuando alcancemos Manhattan seremos muchos más. No podréis hacer nada pero... podríamos llegar a un acuerdo.

Sean no se hizo esperar y se movió rápidamente hacia él, pasó la daga cerca de su cuello pero Donovan consiguió agacharse lo suficiente para esquivarla, pero Sean le atacó con la otra daga llevándola directamente a su corazón mientras se mantenía curvado hacia atrás para esquivar la daga que quería cortarle el cuello.

Donovan se movió lo suficiente para esquivar la daga, pero agarró el brazo de Sean, tomó impulso dando media vuelta y lo lanzó contra una furgoneta con tanta presión que esta se desplazó hacia un lateral y acabó con toda la pared abollada.

Sean reaccionó al momento, en cuanto tocó el asfalto se incorporó y se lanzó sobre él, desapareciendo unos segundos y apareciendo justo enfrente, con la pierna estirada hacia delante e impulsándolo hacia uno de los pilares del puente.

Donovan chocó, pero Sean no dejó que escapase. Fue hasta él y esquivó de nuevo sus garras, pero contrariamente a lo que Donovan esperaba, guardó una de sus dagas en su cinturón y extrajo la pistola en un rápido movimiento.

Donovan agarró rápidamente la mano de Sean la cual sujetaba la pistola, impidiendo que pudiese apuntarle a su pecho. Pero de nuevo Sean le sorprendió, dejó caer la pistola de la mano que Donovan sujetaba con ambos brazos y la agarró en el aire con la mano izquierda.

Donovan tuvo un solo segundo para apartarse de la trayectoria de la bala, que esta vez sí iba directa al corazón, se desplazó hacia un lateral e intentó golpear a Sean pero este lo esquivó también.

Desde luego, jamás se había topado con un lobo así, un lobo con tanta fuerza y velocidad. Normalmente no tardaban mucho en acabar con ellos, pero Donovan era diferente. Por esa misma razón era el líder.

—Me parece que no vamos a llegar a ningún trato —rugió Donovan.

—Me parece que no —contestó Sean.

Sean apuntó de nuevo y volvió a disparar mientras Donovan comenzaba a saltar sobre los coches, estirando sus patas al máximo e intentando alejarse de allí, pero se detuvo en seco cuando Sean se movió de una forma asombrosamente rápida haciéndolo caer sobre el techo de un coche. Se colocó encima del lobo impidiendo que pudiese alejarse y de nuevo volvió a apuntar a su pecho con la pistola, pero antes de que la bala saliese disparada, Donovan consiguió darle un manotazo en la mano, clavando ligeramente las uñas en ella, haciendo que la pistola cayese sobre el asfalto.

Sean ni siquiera se quejó por el zarpazo, sino que llevó su mano al cinturón y agarró la daga impulsándola hacia abajo.

Donovan sujetó su mano con la suya, impidiendo que la daga pudiese llegar a su pecho. Volvió a clavar sus uñas en la muñeca de Sean, pero lejos de apartar su mano Sean llevó la otra sobre el pomo de la daga haciendo fuerza hacia abajo para poder llegar a hundirla en su carne.

Donovan gruñó, apretando su mandíbula, enseñando sus largos colmillos hacia Sean y haciendo toda la fuerza posible para que la daga no llegase a tocarle.

Sean rugió pero Donovan se movió ligeramente colocando su pierna en su estómago e impulsándolo, haciéndolo volar por el cielo hasta caer al asfalto. Rodó un par de veces pero se puso en pie de inmediato.

Donovan hizo lo mismo colocándose en pie y poniendo sus puños hacia abajo, apretándolos.

—¿Vamos a estar así mucho rato? —preguntó en actitud agresiva.

—No mucho —contestó Sean. Acto seguido se lanzó de nuevo sobre él impulsándolo y cayendo los dos al asfalto, recorriendo varios metros sobre este, mientras Sean iba dando puñetazos en su rostro con todas las fuerzas posibles.

Se llenó las manos de sangre, pero no le importaba. Tenía el antídoto puesto hacia varios meses y sabía que no corría peligro.

Donovan lo cogió de su camisa por el cuello y elevó su pata de nuevo en su estómago impulsándolo al lateral, haciendo que esta vez fuese Sean quien chocase contra uno de los pilares del puente. Justo cuando chocó contra este, Donovan se lanzó contra él con el puño en alto pero Sean logró esquivarlo agachándose y haciendo que la garra de Donovan hiciese un agujero en el puente.

Sean sacó su daga y la elevó para clavarla, pero de nuevo Donovan volvió a esquivarla mientras movía sus brazos de un lado a otro, luchando sin cesar en un combate a vida o muerte.

Intentaron darse puñetazos el uno al otro, Sean intentó clavarle la daga de nuevo en unos movimientos excesivamente rápidos, mientras esquivaban coches y saltaban sobre ellos hasta que Sean recibió otro puñetazo alejándolo varios metros, pero ni siquiera llegó a caer, sino que mantuvo el equilibrio, pero justo cuando iba a impulsarse de nuevo hacia delante, sus compañeros Ryan y Jason aparecieron a su lado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jason.

—No me iría mal. ¿Y el resto? —preguntó en posición de ataque.

—Están intentando frenar la entrada de los lobos en Manhattan —explicó Ryan mientras extraía sus dos dagas del cinturón y miraba a Donovan con agresividad.

Los tres miraron con furia hacia Donovan.

—A muerte —susurró Sean mientras tomaba impulso de nuevo junto a sus dos compañeros para acabar con él.

Donovan se había quedado paralizado durante unos segundos, observando la aparición de aquellos dos cazadores más. La cosa empezaba a ponerse peligrosa. Ya le estaba costando horrores mantenerse con vida con un solo cazador.

Se giró y prefirió no hacer frente, lo mejor sería recuperarse de aquellas heridas para poder luchar en condiciones óptimas. Pero nada más girarse, Josh apareció también justo ante él, arrojándolo de un golpe al suelo.

El golpe fue fuerte pero no lo suficiente para dejarlo aturdido. Comenzó a levantarse cuando Ryan, Jason y Sean llegaron hasta él, rodeándolo.

—No tienes escapatoria, Donovan —comentó Josh separándose un poco, pues no quería rozarse con aquella sangre.

Contrariamente, Jason y Sean se mantuvieron muy próximos, ellos no tenían que temer por convertirse en un lobo.

Miraron cómo se arrodillaba en el suelo mientras de su boca salía un hilo de sangre. Aguantándose sobre sus dos patas delanteras, alzó la vista hacia arriba, observando a los cazadores que lo miraban fijamente, con gestos serios y miró hacia Josh.

—¿Tienes miedo? —preguntó al ver que había dado unos pasos hacia atrás.

En ese momento se incorporó y saltó hacia él; Josh se agachó impulsándolo lejos de él, haciendo que volviese a caer sobre el asfalto.

—Mierda —susurró Josh al ver el pequeño rasguño que se había hecho.

En ese momento llegó Nathan hasta Donovan asestandole una patada e impulsándolo hacia una de las columnas.

Los rugidos de los lobos que venían hacia ellos los alertaron. En ese momento fueron conscientes de lo que Donovan había hecho. Era imposible hacer un recuento de todos los nuevos lobos que había creado. Pero todos corrían en su dirección a gran velocidad. Aquello iba a ser imposible de parar.

Nathan fue directamente hacia Donovan intentando clavarle la daga, pero este se agachó de nuevo esquivándola, aunque no pudo esquivar la patada que le dio Jason en el muslo, impulsándolo hacia uno de los coches, estampándose contra él.

Donovan rugió y comenzó a levantarse mientras Jason y Nathan se tiraban hacia él, pero se movió rápido hacia un lado, esquivándolos, justo en ese momento apareció ahí Sean que lo lanzó de nuevo contra uno de los coches. Esta vez Nathan, Sean y Jason se arrojaron sobre él, antes siquiera de que pudiese levantarse,

reteniéndolo contra el suelo y peleando contra él para inmovilizarlo.

Ryan iba a correr hacia ellos cuando vio que Josh gemía. Se quedó observándolo y corrió hacia su jefe.

—Necesitas un antídoto.

Josh aceptó tranquilamente pero hizo otro gesto de dolor pocos segundos después. Ryan lo cogió y lo llevó junto a Adrien y Taylor. Taylor estaba haciendo un torniquete en la pierna de Adrien, pero este parecía estar más necesitado de volver a luchar y aplastar el culo de aquellos lobos, tal y como no dejaba de pronunciar.

Josh se sentó en el suelo mientras se observaba la mano, aquella diminuta herida que le había hecho al rozar su zarpa contra su mano.

—Necesito un antídoto —pronunció con una calma realmente impresionante.

Naomi se arrodilló a su lado y le tendió el antídoto sobre la mano.

—Creo que es el último —susurró.

Pero Josh negó con su rostro para tranquilizarla.

—Tenemos más, no te preocupes.

—¿Pero qué cojones estás haciendo Taylor? ¿Crees que este vendaje va a aguantar? Aprieta —ordenó Adrien de malas formas—. Joder, ¡necesito a Sean!

—Eh, hago lo que puedo —se excusó Taylor.

Ryan quitó el antídoto a Josh de la mano y se colocó frente a él.

—Trae —comentó rápidamente.

—Oh, no... no... no... —comenzó a decir Josh mientras negaba con su rostro al verle agarrar el antídoto como si fuese una daga—. Ni hablar, prefiero esperar.

—Cállate —le susurró antes de clavar la aguja en el pecho de su jefe.

Josh gimió durante unos segundos.

—Hijo de...

—Yo también te quiero —bromeó Ryan.

Naomi se levantó para observar. Sean, Nathan y Jason mantenían una lucha encarnizada contra Donovan sujetándolo, pero se giró cuando escuchó unos gritos provenientes del otro lado. Otros chicos más, compañeros de aquella división luchaban contra otros lobos, saltando sobre coches, esquivando sus garras y clavando dagas en sus pechos. Naomi dio unos pasos hacia atrás, conmocionada. Lo que veía ante ella solo podía ser una pesadilla. Cientos de lobos cruzaban el puente arrasándolo todo, y aunque los compañeros de Sean intentaban detenerlos, tal era el número de lobos que aquello iba a ser imposible de parar. Iba a ser una masacre.

—Hay que sacar a todos los civiles del puente —dijo Josh pasándose la mano por el pecho, con gesto de dolor.

Pero otros gritos le distrajeran volviendo la mirada hacia el grupo que sujetaba a Donovan. Jason y Nathan lo mantenían sujeto cada uno por un brazo, conteniéndole, y Sean apuntaba al pecho de Donovan con un arma.

Los cabellos de Naomi volaron hacia atrás cuando comprendió lo que Sean iba a hacer. Había visto que era necesario, que realmente era muy peligroso, pero le costaba verlo.

Apartó la mirada justo cuando escuchó un disparo y un grito de dolor.

—Hasta nunca —pronunció Sean apartando la pistola del pecho del lobo.

Donovan abrió los ojos desmesuradamente y cayó hacia atrás. Al momento, comenzó a transformarse en aquel profesor de universidad, con algunas canas entre su cabello oscuro, sus ojos cerrados... La verdad es que una vez convertido en humano no tenía nada de peligroso, incluso sus rasgos parecerían tiernos.

Sean elevó la mirada hacia Naomi, lo miraba fijamente. Dejó caer su brazo hacia el lado y suspiró.

Miró hacia sus compañeros, hacia Jason y Nathan los cuales miraban el cuerpo sin vida de Donovan y luego sus miradas se encontraron. Donovan había muerto, los vampiros habían desaparecido prácticamente pero la amenaza aún persistía, una amenaza aún peor que lo que habían vivido hasta ese momento, pues una gran cantidad de lobos seguían luchando contra sus compañeros mientras intentaban cruzar al otro extremo. Aquello era realmente peligroso, por cada humano que un lobo tocara, tendrían otro lobo más.

Observó cómo Christopher, Nicholas y Brad hacían frente a duras penas contra la gran cantidad de lobos, pero le sorprendió ver que algunos agentes de la policía corrían entre ellos, aunque estos parecían estar más bien corriendo por miedo que intentando acabar con los lobos.

Sean inspiró y se giró hacia Naomi. Se perdió durante unos segundos en la calma que le transmitía aquel dulce rostro. Aún seguía pálido pero sin duda, era la mujer más hermosa que había visto nunca, y su mirada era de aprobación.

En una fracción de segundo apareció ante ella, guardó su daga en su cinturón y la abrazó. Sean besó su frente y suspiró.

Se distanció un poco de ella y pasó su mano por su mejilla. Al menos ella estaba a salvo, era lo único que le importaba.

Descendió sus labios hasta los suyos y los besó tiernamente.

—Eh —comentó Nathan apareciendo ahí al lado. Luego miró algo extrañado a Sean, el cual se había separado unos centímetros de los labios de Naomi pero aun así seguía mirándola fijamente, incluso con una leve sonrisa en sus labios—. Sam ya está aquí, y... —Desvió la mirada hacia el resto del equipo, los cuales se habían quedado también algo consternados por aquella muestra de cariño de Sean—. Ryan —le llamó. Ryan desvió la mirada hacia Nathan aún con la mandíbula desencajada por el gesto de Sean con Naomi—. Sam no ha venido sola. —Luego elevó una ceja hacia él.

Ryan tenía el rostro más o menos relajado hasta ese preciso momento, en que todos pudieron detectar cómo los músculos de su mandíbula comenzaban a entrar en tensión, incluso les pareció escuchar el rechinar de los dientes y percibir un ligero *tic* nervioso en su ojo.

Automáticamente, miró hacia Adrien y Taylor que parecían no comprender. Obviamente conocían a Evelyn, pero no sabían los poderes que tenía, habían llegado al acuerdo de mantener aquello en secreto para que ella no tuviese que marcharse al Pentágono durante un par de años. ¿Pero en qué estaba pensando Evelyn?

—Evelyn, cuando te pille. ¡Uy, cuando te pille! —pronunció ante la atenta mirada de todos.

Josh se puso en pie, colocando la mano en su pecho donde Ryan le había clavado el antídoto sin mucho cariño, más bien de forma acelerada y poco cuidadosa. Se removió nervioso mirando a Nathan y Ryan y luego miró hacia Adrien y Taylor. Adrien habían conseguido ponerse en pie, aunque no apoyaba mucho su pierna.

—¿Vas a poder luchar?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó enarcando un poco su ceja.

Apartó la mirada de ellos y organizó mentalmente lo que debían hacer.

—De acuerdo, haremos lo siguiente. Nathan... —Le señaló—. ¿Samantha se encuentra aquí ya?

—Sí —dijo mirando de reojo a Ryan el cual respiraba demasiado acelerado—. Está en el lado de Manhattan. —Señaló a su espalda.

—Bien —dijo dando una palmada—. Adrien, Ryan, Nathan, Sean y yo, iremos junto a Samantha y...

—Boba, boba... —Escuchó que susurraba Ryan nervioso, en sus propios pensamientos.

Josh decidió omitir su nombre y chasqueó la lengua.

—Si en el trayecto hasta allí veis algún civil lo sacáis del puente. —Se giró hacia Sean—. Lleva a Naomi junto a Samantha y...

—Será testaruda —seguía susurrando Ryan.

Josh suspiró.

—Nosotros esperaremos en ese lado junto a Samantha. El resto —dijo, señalando a Jason y Taylor—, id junto a Brad, Nicholas y Christopher. —Los cuales se encontraban luchando—. Encargaos de que no haya ningún policía herido ni civil y atraed a los lobos hacia el otro lado del puente. Hay que alejarlos de los policías. Los estaremos esperando allí, ¿de acuerdo?

Todos aceptaron y al momento Jason y Taylor desaparecieron del grupo uniéndose a la lucha contra los lobos que atravesaban el puente, no solo esquivando las garras de los lobos, sino también de las balas que la policía parecía disparar sin trayectoria ninguna, a lo loco.

—Vamos —dijo Josh al resto del equipo. Al momento desapareció.

Naomi miró a Sean sin saber qué hacer, pero Sean le agarró de la cintura levemente y le sonrió.

—Vamos a dar un pequeño paseo —le susurró mientras ella se cogía a su cuello.

Notó un fuerte viento removiendo sus cabellos y para cuando abrió los ojos se encontraba al otro lado del puente.

Ella lo miró asombrada.

—Caray, es impresionante —comentó con una sonrisa. Él ladeó su rostro imitando también su sonrisa sin soltarla aún.

—Tú sí que eres impresionante —le susurró mientras rozaba su nariz con la suya a modo de caricia.

—Eh, vosotros dos —interrumpió Josh algo acelerado—. Dejad los arrumacos para luego —bromeó—. ¿Algún civil más? —preguntó hacia Taylor que acababa de soltar a una mujer que había llevado en brazos hasta allí y que salía corriendo.

—De nada, ¿eh? —bromeó Taylor mientras la veía correr—. Estaba dentro de un coche, totalmente pasmada —explicó hacia Josh—. No he visto a nadie más en el puente. —Al momento pasaron varios policías corriendo entre ellos, huyendo hacia los coches, con los brazos en alto—. Je, je... Ya... ahora sí, limpio.

Pero Josh comenzó a protestar cuando observó que varias de las personas que habían salido ilesas del puente permanecían observando al inicio, y cada vez parecía que se juntaba más gente para ver el espectáculo.

—Mierda —susurró—. ¡Vosotros! —Señaló hacia toda la gente que permanecía escondida tras los coches, observando. Dio unos pasos hacia ellos, enfurecido—.

¡Largaos de aquí! ¿Es que queréis morir? —Luego giró su rostro hacia Taylor—. ¡Ayúdame!

Taylor se situó al lado de Josh y se dirigió hacia todos los fisgones con cierta agresividad, extrayendo su arma y apuntándola hacia el cielo.

—¡Largo! —gritó, disparando un par de veces.

Varias personas salieron corriendo. Al menos si Taylor seguía disparando al cielo como un loco la gente se iría marchando.

—¡Largo de aquí! —gritaba sin dejar de disparar hacia el cielo—. ¡Insensatos!

Sean apartó las manos de la cintura de Naomi y la cogió de la mano para correr a una velocidad humana al inicio del puente. Al momento desviaron la mirada cuando escucharon unas palabras pronunciadas en un tono un poco más alto.

Ryan caminaba de brazos cruzados hacia Evelyn, la cual lo esperaba con una gran sonrisa al lado de Samantha.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Samantha se distanció rápidamente para ir hacia Nathan. Sean se detuvo en seco a observar aquella escena tan graciosa, la verdad es que ahora comprendía a Ryan, de ninguna forma hubiese arrastrado a Naomi hasta allí si hubiese tenido otra alternativa.

—Puedo ayudar —comentó ella cruzándose de brazos, levantando el mentón.

Ryan volvió a tensar los músculos de su mandíbula y automáticamente la cogió del brazo separándola de donde estaba Josh con Adrien y se acercó un poco más hacia Sean.

—No tienes nada que hacer aquí. ¿Quieres que te descubran?

Evelyn se soltó del brazo de malos modos y colocó las manos en su cintura.

—Tú no tienes que darme órdenes. —Le señaló con el dedo—. Samantha puede ayudar y yo también, así que no hay vuelta atrás. Me da igual lo que digan el resto, quiero sentirme útil.

Ryan ladeó su rostro hacia un lado aunque su mirada seguía siendo alterada.

—Pero si ya eres útil.

—Sí, pero para calentarte la cama —rechinó de dientes en un tono más elevado, atrayendo la mirada de algunos del grupo—. Creo que ya va siendo hora de que pueda hacer algo más. Tuve esta visión, ¿de acuerdo? Es mi visión.

Ryan volvió a tener aquel *tic* nervioso en el ojo mientras la miraba fijamente.

Naomi arrugó su frente y miró de reojo a Sean.

—Deduzco que es su novia, ¿no?

—Sí, Evelyn —comentó cogiéndola de la mano, comenzando a acercarse a Nathan y Sam.

—Ha dicho que... ¿que tiene visiones?

Sean miró de reojo a Adrien, el cual se mantenía un poco alejado hablando con Josh.

—Sí, Evelyn tiene un don. Tiene visiones y telequinesia. —Luego chasqueó la lengua—. Pero intentamos guardarlo en secreto o tendrá que marcharse al Pentágono. Se detuvo delante de Nathan y Samantha—. Naomi, ella es Samantha.

Naomi la observó y sonrió, pero contrariamente a lo que esperaba Samantha se acercó y le dio un abrazo y dos besos.

—Encantada de conocerte Naomi, ya tenía ganas de verte —dijo divertida.

Sean carraspeó y se pasó la mano por encima de una barba invisible mientras sonreía algo nervioso hacia Naomi.

—Samantha es un potenciador —le explicó a Naomi. Ella lo miró sin comprender—. Puede incrementar nuestros poderes y tiene un escudo protector. —Luego miró hacia Samantha la cual permanecía muy sonriente—. Me sentiría más tranquilo si mientras estoy en el puente, Naomi puede estar...

—Claro —dijo Samantha cogiendo de la mano a Naomi de forma cariñosa—. Se quedará conmigo, tranquilo.

Sean aceptó agradecido y miró a Nathan, el cual lo observó con una sonrisa. Pero al momento desviaron la mirada hacia Ryan que se acercaba a ellos arrastrando a Evelyn del brazo.

—Lo tuyo no es normal...

—Suéltame —decía mientras daba golpecitos en la mano de Ryan.

Llegaron hasta ellos y la soltó, pero aun así, Ryan seguía mirándola de forma asesina. Desvió la mirada hacia sus dos compañeros, los cuales los miraban impresionados.

—¿A que tampoco es para tanto? —preguntó Evelyn extendiendo los brazos hacia ellos.

Pero tanto Nathan como Sean hicieron gestos de no querer saber nada ni querer involucrarse en la pelea.

Pero Ryan volvió a girarse hacia ella cruzándose de brazos.

—Deja de mirarme de esa forma —le recriminó Evelyn—. Solo intento ayudar, ¿tanto te cuesta metértelo en esa cabeza tuya?

Ryan iba hablar cuando Nathan se adelantó intentando poner algo de paz.

—Naomi se quedará con Samantha. Que se quede Evelyn al lado.

Evelyn sonrió directamente a Nathan y luego torció su rostro hacia Naomi, la cual se mantenía totalmente callada.

—Hola —dijo sonriente, incluso pareció dar unos pequeños saltitos mientras avanzaba hacia ella, lo cual hizo que Ryan pusiese los ojos en blanco—. Yo soy Evelyn.

—Le dio un pequeño abrazo y luego se giró hacia Ryan, el cual la miraba fijamente con rostro de pocos amigos—. Y este tan gruñón es mi novio, Ryan.

Ryan inspiró aire un tanto más fuerte y volvió a poner los ojos en blanco. Samantha miró hacia Ryan.

—Oye, no sé si esto te calmará un poco. Pero no creo que ninguno de ellos diga nada sobre Evelyn —comentó en un susurro.

—Eso ya lo sé —respondió Ryan en un tono más moderado—. Pero ya es involucrar a más gente en algo que es mío y de Evelyn. Se pueden ocasionar problemas a ellos.

—Oh, vamos Ryan —intervino Sean finalmente—. ¿Ves que nosotros tengamos algún problema? —Luego miró hacia Evelyn—. Yo creo que tu ayuda nos irá muy bien, pero siempre y cuando os quedéis las tres apartadas del peligro.

Ryan miró con odio a Sean y luego finalmente suspiró y fue calmando sus gestos como si comenzase a hacerse a la idea.

—Además —continuó Samantha—, como se acerque algún lobo lo dejaré frito —acabó divertida.

—Y a mí, si Samantha me potencia puedo llegar a cargarme el puente si hace falta —pronunció también con una sonrisa.

Naomi miró de un lado a otro y se encogió de hombros.

—Bueno, yo me limitaré a aplaudir.

—Claro —dijo Evelyn con su peculiar timbre de voz de felicidad—. Tú nos animas.

Ryan se pasó la mano por su rostro mientras observaba cómo las tres chicas parecían hacer buenas migas.

Josh se acercó a ellos rápidamente, aunque aún seguía con la mirada encolerizada hacia atrás, dando gritos a todos los fisgones, luego desvió la mirada a Samantha y Evelyn.

—Ya se acercan. —Todos torcieron el gesto hacia el final del puente—. Chicas, necesitaría que os colocaseis en un lugar alto. —Miró hacia arriba—. Subidlas a las vigas. Nosotros los acollarraremos a todos. —Miró a Samantha—. Ya sabes lo que tienes que hacer —pronunció con una sonrisa y le guiñó el ojo con complicidad.

Automáticamente movieron cada uno de ellos a sus novias sobre la ancha viga que había suspendida varios metros por encima.

Sean soltó a Naomi y le besó la frente. Miró hacia Samantha y Evelyn seriamente.

—Cuidádmela —pronunció con una mano en la cintura.

—Eso está hecho —dijo Evelyn cogiéndola de la mano—. Puedes estar tranquilo.

Sean le sonrió.

—Ya lo sé —susurró con gran complicidad hacia ella.

Echó una última mirada a Naomi, la cual parecía estar asustada y acarició su mejilla.

—Ahora volvemos a por vosotras.

Se dio media vuelta y saltó aquella considerable altura junto a Nathan y Ryan flexionando una de sus rodillas al caer sobre el asfalto. Naomi miró hacia abajo, sorprendida aún por aquellos movimientos y se arrodilló en la viga. Al momento, Samantha se puso a su lado y Evelyn al otro.

—Así que, ¿eres su novia? —preguntó Samantha en un tono tierno.

Naomi se mordió el labio y se encogió de hombros.

—No sé, supongo —acabó susurrando.

Al momento Evelyn dio unas palmitas.

—Qué emoción —dijo divertida—. Ya era hora de que Sean encontrase a alguien. —Naomi le correspondió con una sonrisa—. Es muy buena persona. Muy cariñoso.

Ella notó cómo sus mejillas se teñían con un poco de carmín.

—Sí, ya lo sé —respondió.

—Eh, eh —comentó Samantha mirando al frente. Ante ellas se veía el enorme puente, repleto de coches cruzados que habían frenado de improviso y a lo lejos los lobos iban saltando sobre ellos en su dirección. Se suponía que estaban siguiendo a sus compañeros de división, aunque estaba claro que se movían a tanta velocidad que casi no podían percibirlos, solo unas pequeñas siluetas cuando hacían un giro esquivando a algún coche—. Ya se acercan.

—Hay muchos —dijo Naomi llevándose una mano hacia la boca, pues por lo que podía divisar—. Son demasiados para ellos.

Samantha se encogió de hombros y le sonrió.

—No te preocupes. Como me enfaden mucho, los dejo fritos al momento.

—Hoy de cenar, lobo a la barbacoa. —Rio Evelyn mientras hacía un gesto gracioso.

Naomi tragó saliva y contempló el largo puente.

—¿De verdad puedes hacer eso? —preguntó sin desviar la mirada hacia Samantha.

—Oh, y tanto que puede —volvió a intervenir Evelyn—. Ya verás qué divertido.

Sean miró hacia lo alto, observando a Naomi arrodillada entre Evelyn y Samantha. Allí estaría protegida, sabía que con Samantha y con Evelyn no le ocurriría nada. Aquellas muchachas aunque no disponían de una fuerza y velocidad sobrehumana podían derrotar a cualquiera que se interpusiera en su camino, al menos Samantha con aquel poder, y Evelyn obviamente si era potenciada por Samantha, conseguiría un efecto similar.

Volvió la mirada al frente, hacia el final del puente por donde comenzaban a escuchar los rugidos de los hombres lobos. Automáticamente, sacó una daga con cada mano preparado para la lucha.

Habían acabado con Donovan, al menos sabía que el peligro más letal había muerto con él, pero aquello no significaría nada si no conseguían acabar con todos los lobos que había creado. Maldito bastardo. Había creado su propio ejército para intentar acabar con ellos. Al no haber conseguido los resultados deseados a través de Naomi haciendo que toda la historia saliese a la luz y ellos se viesan obligados a abandonar la ciudad para no ser perseguidos, había optado por crearse su propia manada, sembrar el caos e intentar acabar con ellos, pero la jugada le había salido mal. Al menos de momento, si no conseguían acabar con todos los lobos siempre habría el riesgo de que la enfermedad se propagase.

Apretó más fuerte las dagas y observó a sus compañeros. Todos tenían la misma mirada fija, hacia el final del puente, conscientes de la lucha que se les venía encima y la importancia que tenía.

—Cuando veamos aparecer al primer lobo nos lanzamos —explicó Josh—. Hay civiles cerca, no quiero correr más riesgos.

Sean dio un paso al frente en cuanto intuyó la primera silueta de un lobo saltando de un coche a otro. No solo podían escucharse los rugidos agresivos de estas bestias, sino también la chapa de los coches hundiéndose ante los golpes de los saltos de los lobos sobre ellos.

—¡Samantha! —gritó Josh.

Naomi giró su rostro para observarla, expectante por lo que la muchacha parecía que podía hacer. Al momento, Samantha cerró los ojos e inspiró tranquilamente.

Todo el grupo notó aquella energía fluyendo por su cuerpo, como si se hubiesen tomado cien cafés. Aquella energía era impresionante, era como un calor que iba apoderándose desde las plantas de los pies hasta el último cabello de su cabeza.

—Eh, ¿y yo? —le susurró Evelyn.

Samantha abrió los ojos y la miró de reojo.

—Voy.

Evelyn tuvo que notar aquel efecto porque al momento sonrió e inspiró con fuerza.

Josh dio unos pasos colocándose al lado de Sean mientras mantenía la mirada clavada en los lobos que extendían sus patas al máximo para reducir distancia con los compañeros de división que los atraían hacia ellos.

—Rodeadlos y que no escape ninguno con vida —pronunció en un tono más alto mientras también cogía una daga con cada mano, imitando el gesto de Sean.

Naomi colocó sus manos en la viga para no perder el equilibrio y observar mejor. Sean estaba situado unos metros por delante, con una mano extendida a cada lado empuñando las dagas.

Notó cómo se le aceleraba el corazón cuando los lobos fueron totalmente visibles y todo el equipo desaparecía ante la atenta mirada de las tres chicas.

Naomi se puso recta, con la mano en el corazón, notando cómo este comenzaba a latir de forma desenfrenada. Movió rápidamente su rostro de un lado a otro buscando a Sean. Lo identificaría rápidamente, pues era el único que no llevaba aquel uniforme negro.

Notó la mano reconfortante de Evelyn a su espalda.

—No sufras, estará bien —le dijo con una sonrisa de complicidad.

Naomi tragó saliva y aceptó, aunque sus nervios no desaparecieron ni un ápice.

Cuando los vieron aparecer se encontraban a la altura de los lobos, aún bastante alejados de donde estaban ellas, protegiendo de esa forma la entrada a Manhattan, pero podía verlos perfectamente.

Sean se materializó entre dos lobos, moviéndose a una velocidad que prácticamente a Naomi le era incapaz de seguir. Solo lo veía materializarse un segundo, hacer un movimiento clave y desaparecer para aparecer varios metros alejado de donde se encontraba la primera vez y volver a asestar otro golpe o clavar su daga en una de aquellas bestias.

Sean se movió rápidamente hacia un lateral clavando la daga en uno de los lobos, el cual comenzó a convertirse en humano mientras caía, se giró y observó cómo uno de los lobos intentaba huir deshaciendo el camino que había hecho, saltando entre los coches y alejándose. Sacó su pistola y comenzó a disparar hacia el lobo, pero sus movimientos eran muy rápidos y las balas no llegaban a rozarlo. Apretó de nuevo el gatillo cuando se dio cuenta de que el cargador estaba vacío. Llevó la mano a su cinturón directamente, no tenía más cargadores.

—Mierda —susurró mientras sacaba el cargador de la pistola con la mirada fija en aquel lobo que cada vez se alejaba más—. ¡Cargador! —gritó.

Ryan se encontraba a poco más de cinco metros de él, luchando contra un lobo. Dio media vuelta esquivando las garras de este y le echó un cargador volando por el aire. Sean extendió su mano para agarrarlo, lo colocó de nuevo en la pistola y apuntó directamente hacia el lobo alzando los brazos delante de él. Disparó una sola bala, pero el lobo se detuvo al momento, perdiendo el equilibrio sobre el coche. Casi lo vio a cámara lenta, el lobo se tambaleó de un lado a otro y cayó por el puente hacia el río.

—¡Joder! —gritó Sean—. Mierda, mierda —susurró.

Esquivó unos cuantos zarpazos más sin mucho esfuerzo y fue hasta el punto exacto donde el lobo había perdido el equilibrio y por donde había caído. Miró de un lado a otro buscando en la oscuridad su silueta, observando atento si algún cuerpo flotaba arrastrado por la corriente. No había nada.

Creía que había dado justo en el centro del lobo, en su pecho, pero no podía asegurarlo.

—¡No! —volvió a gritar. Solo esperaba haber atravesado su corazón.

Se giró justo cuando uno de los lobos se precipitaba sobre él, se agachó rodando por el suelo, esquivando todas sus garras hasta que se incorporó de un salto, desapareció ante la mirada del lobo y apareció a su espalda clavando la daga.

Segundos después, el cuerpo de aquel lobo comenzó a transformarse en una persona. La depositó con cuidado sobre el asfalto y miró al frente, donde aún infinidad de lobos luchaban contra sus compañeros.

Sean se movió rápidamente hasta colocarse al lado de sus compañeros formando aquella línea, prohibiendo en la medida de lo posible que alguno lograra escapar o cruzarlos, aunque estaba claro que eran demasiados, aunque estuviesen potenciados por Samantha.

Observó cómo uno de aquellos lobos elevaba un vehículo en sus brazos y se agachaba para dar impulso al vehículo hacia ellos.

Taylor y Brad estaban justo en su trayectoria luchando contra otros lobos. Sean calculó la distancia, iba a moverse rápidamente hacia allí para apartarlos del coche que sobrevolaba el cielo hacia ellos cuando el vehículo se quedó suspendido en el aire durante unos segundos, automáticamente salió disparado hacia atrás llevándose tres lobos por delante.

Sean se giró y elevó su mirada hacia aquella viga para ver cómo Evelyn mantenía su mano extendida hacia allí.

Desapareció y apareció junto a aquellos tres lobos para rematarlos con su arma. Miró de un lado a otro, observando cómo algunos lobos corrían entre los coches o saltaban de un vehículo a otro buscando una salida. Estaba claro que se daban cuenta de la emboscada y ahora luchaban de forma desesperada por escapar de allí con vida. Muchos de los lobos saltaban por encima de los compañeros intentando sobrepasarlos y arrojarlos al río o bien intentar alcanzar la isla de Manhattan, pero por lo que veía ninguno lo conseguía, todos eran interceptados con alguna bala o daga.

Pero estuvo a punto de gritar cuando observó que algunos de los lobos intentaban subir a la viga donde estaban las tres muchachas. Obviamente, se habían dado cuenta del poder de Evelyn y podrían intuir el de Samantha.

—Oh, no, ni hablar —pronunció mientras se movía entre todos los lobos—. ¡Ryan! —gritó al ver que era el compañero más cercano. Ryan disparó un par de veces más y giró su rostro hacia Sean, el cual le indicó con un movimiento de su rostro que se girase.

Tres lobos intentaban trepar a aquella viga dando enormes saltos. Sean apuntó con su arma directamente hacia uno de ellos mientras Ryan hacía lo mismo, pero de nuevo no hizo falta que disparasen, esta vez observaron cómo Samantha se apartaba de las chicas un poco, cerraba los ojos y al momento un escudo protector la rodeaba. Segundos después disparó toda aquella energía hacia los tres lobos, los cuales cayeron al suelo.

—Menuda descarga eléctrica —susurró Sean hacia Ryan.

Ryan sonrió y fue hacia el primer lobo clavando su daga en el centro del pecho. Sean fue hacia el segundo mientras Ryan remataba el tercero. Los cuerpos de los lobos habían estado convulsionando hasta que las dagas habían atravesado sus corazones.

Sean miró de reojo a Ryan, el cual había ascendido su mirada hacia la viga.

—La verdad, Ryan —pronunció en tono de broma—. No sé ni por qué te preocupas.

Él se giró sonriente.

—Eso mismo me preguntaba yo ahora. —Pero al momento salió disparado hacia un lado y chocó contra un coche con extremada fuerza, cayendo tras el golpe al suelo. En el lugar donde se encontraba pocos segundos antes apareció un lobo. Al momento Sean apuntó con su pistola y disparó atravesando su corazón a la primera.

Ryan se levantó masajéandose el trasero, luego estiró su espalda con gesto de pocos amigos curvándola hacia atrás y elevó su mirada hacia la viga observando a Evelyn.

—¡Auuuu! —se quejó de malos modos—. Joder Eve, contra los lobos, no contra mí.

—Que no me llames Eve —gruñó moviendo su mano de nuevo. Al momento Ryan se desplazó levemente hacia detrás—. Sabes que lo odio. —Luego se cruzó de brazos—. Agradécemelo y punto. —Extendió los brazos hacia él.

Él ladeó su rostro hacia un lado, aún con la mano en su trasero y sonrió sarcásticamente.

—Gracias cariño, necesitaré un buen masaje de culo luego. —Acabó con una sonrisa.

Evelyn puso los ojos en blanco y se giró hacia el otro lado observando al resto de compañeros por si alguno más necesitaba ayuda.

Ryan y Sean volvieron a donde se encontraba la lucha encarnizada, aún bastante alejados de ellas que se encontraban en la primera viga del puente. Nicholas se materializó entre ellos dos con la mirada fija hacia la figura de Evelyn, luego torció su rostro hacia Ryan.

—Tu novia tiene una cualidad bastante particular, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

Ryan puso los ojos en blanco.

—Sí —admitió mientras se encogía de hombros. De todas formas ya lo había visto prácticamente toda la división.

—Mola —pronunció Nicholas con gesto gracioso.

—Eso lo dices porque a ti no te machaca.

Nicholas rio y luego la observó algo pensativo.

—No tenía ni idea.

Ryan se acercó a él con gesto pensativo.

—Y espero que así siga siendo. —Le medio sonrió en actitud de complicidad.

Nicholas lo miró fijamente y aceptó.

—Claro. Cuenta con ello.

Ryan le sonrió con gesto algo tímido mientras cambiaba el cargador de su pistola.

—Gracias.

Josh llegó hasta ellos y observó hacia detrás. La verdad es que aunque estaban haciendo un buen trabajo, evitando que cualquier lobo llegase al otro extremo del puente eran demasiados y no estaba seguro de poder aguantar mucho más tiempo. Debían haber cientos, y no paraban de aparecer más sobrevolando los coches.

—Necesito a Sam —susurró hacia Nathan, el cual se encontraba a su lado—. Si no, no lo conseguiremos. —Nathan aceptó. Automáticamente Josh se giró hacia la viga y miró hacia ellas—. ¡Sam! ¿Crees que podrías...?

—¡Claro! —le gritó comprendiendo lo que quería decir—. Pero que salgan todos de ahí. —Señaló al resto de compañeros que luchaban contra los lobos que quedaban.

Josh resopló, llevó la mano a su cuello y habló a través del auricular.

—Salid todos. Samantha va a hacer perritos calientes.

Brad apareció al momento al lado de ellos llevándose la mano al estómago y pasándola sobre él con movimientos circulares.

—Ñam, ñam... —bromeó.

Josh se giró hacia la viga observando a Naomi y Evelyn.

—Ryan, Sean —llamó de nuevo por el auricular, pues cada uno mantenía su propia lucha intentando contenerlos a todos—. Bajad a Evelyn y Naomi de la viga, vamos. Mejor que no estén muy cerca en ese momento.

Sean se materializó al momento bajo las chicas y extendió sus brazos hacia los lados.

—Ven —gritó hacia Naomi, la cual se mantenía aún arrodillada.

—¿Qué?

—Que saltes. —Le indicó con la mano.

Ella lo miró con ojos como platos.

—¡No! —gritó ella—. ¿Estás loco?

—Vamos, que yo te cojo.

—No, ni hablar.

Al momento observó cómo Evelyn saltaba sin problema ninguno y Ryan la recogía antes de que tocase el suelo.

—Gracias —pronunció con una sonrisa hacia él mientras le pasaba los brazos por el cuello.

—De gracias nada. Me debes un masaje.

Naomi volvió su mirada hacia Sean.

—¡Va! —gritó con algo menos de paciencia.

Naomi no dijo nada, simplemente negó con su rostro y miró a Samantha la cual le sonreía.

—Será mejor que saltes. Estaría más tranquila.

—Es que está muy alto. —Se quejó nerviosa.

Al momento, notó cómo alguien la cogía por la espalda.

—Nada, a la señorita le gusta que la recojan en la puerta de casa —bromeó Sean mientras la agarraba en brazos.

Naomi casi brincó cuando la cogió. Era demasiado rápido, no se había dado ni cuenta de que había llegado hasta ella.

Ella le sonrió mientras se sujetaba a su cuello, agradecida de no tener que dar el salto. Sean miró a Samantha sonriente.

—Ahora nos vemos —pronunció antes de saltar al asfalto de nuevo.

Nathan llegó hasta el final del puente y resopló al ver que aún una multitud de personas se apelotonaba al inicio. Desvió su mirada hacia arriba, cruzado de brazos con la vista clavada en Samantha, la cual permanecía en pie respirando de forma pausada, como si comenzase a concentrarse.

—No nos frías a nosotros —le gritó Nathan antes de girarse hacia los compañeros que aún permanecían luchando contra los lobos—. Será mejor que nos pongamos por detrás de ella.

Sean dejó suavemente a Naomi sobre el asfalto y acto seguido la cogió de la mano siguiendo a sus compañeros hasta situarse por detrás de donde se encontraba Samantha elevada sobre la viga.

Josh apareció a su lado; iba a hablarles cuando de nuevo entró en tensión al ver a todas aquellas personas escondidas tras los coches.

—¡Largaos! ¿Es que no veis que es peligroso?

—Jefe, no... —dijo Nathan.

—No, ¿qué? —preguntó Josh de los nervios.

—No te van a hacer caso —pronunció con calma.

Josh resopló y decidió ignorarlos. Se giró nervioso hacia detrás, observando aún a sus compañeros que intentaban acercarse hasta donde estaban ellos, esquivando a todos los lobos.

—Sam, ¿preparada? —Todos pudieron escuchar un sí por respuesta mientras extendía los brazos hacia los lados. Josh llevó la mano a su cuello apretando de nuevo el micrófono interno del uniforme a su garganta—. Salid ya de ahí. —Se digirió a los últimos compañeros que quedaban luchando, manteniendo a los lobos entretenidos y acercándolos a ellos.

—Operación perrito caliente en marcha, repito, la operación perrito caliente ha comenzado —bromeó Brad también por el micrófono. Al momento recibió la mirada divertida de Josh—. Hay que hablar en clave, jefe —le explicó Brad con una sonrisa—. Queda mucho más profesional delante de los civiles. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia detrás.

—Sí, mucho más —se burló Nathan mientras se cruzaba de brazos, con el cuello inclinado hacia arriba, observando a Samantha.

Al momento, Samantha comenzó a crear su escudo protector, aunque este mucho más visible, de un azul eléctrico mucho más intenso que el anterior. Aquello llamó la atención de Nathan que la miró asombrado.

—Alejaos —susurró Nathan dando pasos hacia detrás, observando a Samantha, pues aquel escudo parecía que iba a ser mucho más potente de lo que esperaban—. Mmmm... —continuó al ver que el escudo que creaba Samantha cada vez aumentaba de más intensidad y crecía de tamaño—. Joder... —susurró—. ¡Escondeos! —gritó incluso asustado, mientras se alejaba y todos le seguían hacia detrás de las columnas del puente y los coches.

Josh se giró mientras se colocaba detrás de un coche.

—¡Corred! —gritó hacia los compañeros que aún faltaban—. ¡Vamosss! ¡Corred! —En ese momento el puente comenzó a vibrar—. ¿Pero qué...?

Los gritos de los civiles desde atrás se hicieron patentes. Todos se giraron para observar que varias personas, bastantes metros por detrás de ellos observaban impresionados la bola azul de energía que había creado Samantha a su alrededor. Pero los gritos se volvieron más terroríficos cuando vieron a un centenar de lobos acercarse a gran velocidad hacia ellos, sorteando los coches que restaban para alcanzar el final del puente y entrar a Manhattan.

—Mierda —gritó Josh levantándose desde detrás del coche nervioso, observando cómo Nicholas y Christopher aún se mantenían entre los lobos que iban en cabeza para llegar al inicio del puente—. ¡Corred! ¡Vamos, corred!

Nicholas rodó debajo de la viga donde estaba Samantha y se dirigió adonde Josh, agachándose a su lado con urgencia, consciente de lo que iba a ocurrir en ese momento.

—¡Christopher! ¡Corre! ¡Corre! —gritaron todos—. Vamos. ¡Correeeee!

Samantha mantenía su escudo en torno a ella.

Christopher se agachó para evitar que un lobo le desgarrase del cuello y rodó hasta debajo de la viga de Samantha. Justo en ese momento Samantha extendió sus brazos hacia delante y una pared azul apareció ante ella, creada por numerosos rayos de electricidad, convirtiendo casi la noche en día.

Christopher se materializó tras el coche donde estaba Nicholas y Josh, agachándose al momento, incluso cubriéndose la cabeza.

El puente comenzó a vibrar con más intensidad. Los coches temblaban sobre el asfalto, cada vez con más potencia.

Todos observaron cómo los lobos comenzaban a alejarse a grandes zancadas, dirigiéndose al filo del puente para saltar hacia el río, siendo conscientes de la emboscada que les habían preparado y de lo que iba a ocurrir a continuación.

—¡Agachaos! —gritó Josh.

Sean abrazó a Naomi.

—¿Pero qué está pasando? —gritó ella desesperada, notando el enorme temblor con el que se sacudía el puente.

Algunos de los cables del puente salieron disparados como látigos partiendo los coches e incluso fracturando el asfalto, convirtiéndose en armas mortales, llevándose por delante a varios lobos.

—¡Ahora! —gritó Josh.

Los lobos no tuvieron tiempo a dar más de tres pasos antes de que una explosión de luz sacudiese todo el puente y una pared de electricidad comenzase a atravesarlo a gran velocidad.

La explosión de luz los cegó a todos. Sean cubrió la cabeza de Naomi con el brazo. El puente vibró con más fuerza, haciendo incluso que los coches saltasen y ellos cayesen sobre el suelo sin poder mantener el equilibrio ni siquiera de rodillas, como si se tratase de un terremoto de gran intensidad.

—¿Pero que...? —gritó Sean echándose encima del cuerpo de Naomi, protegiéndola.

Todos permanecían en el suelo, mientras la luz más potente que habían visto en sus vidas los cegaba y una corriente de aire hacía que incluso los coches comenzasen a echarse hacia atrás.

Josh, Nicholas y Christopher se obligaron a apartarse del coche tras el que estaban escondidos, pues este los empujaba amenazando con aplastarlos, hasta que en un determinado momento el coche salió disparado hacia atrás volando por el aire, debiendo rodar los tres en el suelo para esquivarlo.

Josh se giró hacia atrás, hacia donde esos civiles aún se mantenían escondidos. Al menos el coche no se llevó a ninguno por delante, aunque sí se estampó contra los vehículos que lo protegían.

La corriente de aire era tan fuerte que ni siquiera podían mantenerse en su sitio, sino que eran desplazados hacia atrás.

Sean cogió con fuerza a Naomi, mientras rodaba por el suelo que no dejaba de sacudirse.

Cuando la luz comenzó a remitir echaron la mirada al frente, aún tumbados sobre el asfalto, observando cómo algunos lobos, a los primeros que había atravesado aquella pared de electricidad habían desaparecido convertidos en cenizas, los últimos que alcanzaban a ver simplemente convulsionaban por la fuerte descarga eléctrica.

Pero eso no fue todo. Los coches más cercanos que se encontraban sobre el puente estaban prácticamente carbonizados, negros.

Samantha mantuvo su mano extendida hacia el horizonte, haciendo que aquella pared de electricidad avanzase hasta llegar a Brooklyn. Cuando le pareció que no había más peligro, descendió la mano suavemente haciendo que la pared azulada se difuminase y con ello el temblor por el que se veía sacudido el puente.

Todos comenzaron a levantarse poco a poco. Impresionados e incrédulos por el poder que había demostrado Samantha.

—Como para llevarle la contraria —susurró Nathan bastante conmocionado por lo que había hecho su novia—. Veis. Mucho más efectivo que nosotros —continuó con orgullo en su voz mientras se levantaba del suelo, varios metros desplazado de donde se había escondido la primera vez. Pero al momento entrecerró los ojos cuando observó que Samantha parecía perder el equilibrio y caer hacia detrás. Se movió rápidamente y la cogió al vuelo de forma suave.

Ella abrió los ojos lentamente, su rostro estaba algo pálido por el esfuerzo, pero aún así sonrió.

—Lo he vuelto a hacer —le susurró mientras la colocaba en el asfalto, pero no llegó a soltarla sujetándola por la cintura, pues parecía que sus piernas no le respondían muy bien.

—¿Que lo has vuelto a hacer? ¿Tú te has dado cuenta de lo que has hecho ahora? —preguntó riendo, realmente impresionado.

Jason se colocó al lado de ellos.

—Desde luego, no sé para qué nos paga el Pentágono. Contigo ya tendrían suficiente. —Automáticamente colocó una mano en el hombro de ella en actitud de complicidad.

Todos miraron hacia aquel puente, los vehículos seguían en medio de este, obstaculizando el paso, totalmente ennegrecidos, como si lo hubiese devastado un incendio, pero no podía verse ningún lobo ni persona por allí.

Sean ayudó a Naomi a ponerse en pie, observando totalmente paralizados la escena que tenía por delante, igual que sus compañeros. Parecía una imagen apocalíptica. Alzaron sus miradas al cielo, la noche era estrellada. En ese momento fueron conscientes del silencio que había. No se escuchaba prácticamente nada, solo el viento y el

murmullo del río al pasar por debajo de ellos. Aquello fue realmente relajante después de aquella encarnizada lucha, hasta que los gritos interrumpieron aquel idílico momento.

—¿Pero qué hacéis? —gritó un civil desde atrás, apareciendo detrás de un coche con los brazos en alto—. ¡Ahhhhhhhhh! ¡Por Dios! ¿Estáis locos o qué?

Al momento un gran número de personas salieron corriendo despavoridas de detrás de los vehículos, gritando enloquecidas por lo que habían presenciado.

—Qué gracias las personitas —bromeó Brad—. Se asustan más de nosotros que de los lobos. ¡Ja!

Josh suspiró mientras observaba toda la gente que salía corriendo de detrás de los coches y que se habían mantenido ocultas hasta ese momento.

Resopló y se pasó la mano por el cabello despeinándose mientras se giraba hacia el puente casi calcinado.

—Bien, inspeccionad la zona en busca de algún superviviente. Si hay algún lobo que permanezca vivo, rematadlo —dijo comenzando a caminar hacia los vehículos. Se acercó al primero, el cual desprendía humo y arqueó una ceja—. Me parece que no hay ninguno vivo —susurró para sí mismo—. Brad —gritó dándole la espalda—. Llama al Pentágono y explica lo que ha ocurrido. Necesitamos que limpien esto y hagan un buen barrido por Internet y medios de comunicación. Bastantes personas han visto ya lo que ha ocurrido como para tener que lidiar con los medios de comunicación. —Luego se quedó totalmente paralizado con la mirada fija en un determinado punto—. ¡Eh!, ¿Ese es nuestro todoterreno?

Naomi se sentó en la parte trasera del deportivo plateado junto a Sean. Adrien se había sentado en el asiento del copiloto, donde podía extender la pierna mejor y Jason conducía.

—En cuanto lleguemos a casa te echo un vistazo —dijo Sean colocando una mano en el hombro de Adrien.

—Taylor me ha hecho una chapuza de torniquete. Reconozco que tiene buena intención pero... —Luego señaló hacia su pierna e hizo un gesto bromista.

Sean apoyó la espalda en el asiento y pasó su brazo por encima de los hombros de Naomi apretándola contra él.

Se sentía realmente feliz, y no solo porque aquella noche había conseguido acabar con Donovan y la amenaza de los lobos, sino porque además, Naomi permanecía a su lado. No había salido corriendo ni huido cuando había sido consciente de quién era, sino que sujetaba su mano con ternura y su mirada era realmente cariñosa.

La observó a los ojos y no pudo evitar besar su frente de forma delicada.

—Eh, esperaros a llegar a casa —se quejó Jason con una sonrisa mientras giraba una esquina.

Sean no pronunció nada pero le dedicó una suave sonrisa a través del retrovisor que Jason pudo ver.

Al menos se habían asegurado de que no había quedado ni un lobo vivo, a excepción de aquel que había caído por el río, pero los helicópteros del Pentágono estaban recorriendo el afluente con sus radares especiales en busca de aquel cuerpo; si seguía vivo, lo encontrarían.

El equipo de limpieza del Pentágono había llegado poco después de media hora desde que Brad llamase para informar de lo sucedido. Habían acordonado todo el puente y habían sacado los cuerpos de allí. Los cadáveres pasarían directamente a un crematorio donde se incinerarían.

Por lo demás, habían sacado el todoterreno de ellos de la zona, gracias a una grúa evitando que pudiese observarse aquella novedosa tecnología. Por lo que sabía, en aquel momento se estaba rastreando todas las redes sociales, Internet y medios de comunicación en busca de fotografías, comentarios... Cualquier palabra que pudiese delatar lo que había ocurrido aquella noche allí.

Sabía que ya se habían interceptado algunas fotografías realizadas a través de móviles y unos cuantos comentarios en redes sociales, pero al menos, de esta forma se mantenía controlado y conseguían que continuase siendo secreto. La humanidad aún no estaba preparada para descubrir y aceptar ciertas cosas, historias que a día de hoy eran consideradas meras leyendas.

Naomi observó a través de la luna trasera cómo lo seguía otro todoterreno y un par de deportivos más. Los rayos del sol comenzaban a hacerse presente y en el horizonte el cielo comenzaba a tomar tonalidades rosadas y anaranjadas.

—¿Sabes lo que me apetece? —preguntó Sean hacia Naomi, la cual giró su rostro hacia él con una sonrisa.

—¿Hay que pensar mal? —bromeó Adrien.

Sean chasqueó la lengua por aquella insinuación.

—Un buen desayuno.

—Un buen tazón de café, con tostadas, cruasanes... —continuó Jason.

—Chocolate, bizcocho... Sí, nos lo merecemos —continuó Adrien emocionado.

Jason activó el manos libres al momento.

—Llamar —dijo—. Josh, jefito —dijo.

Sean puso los ojos en blanco ante aquel comentario. El manos libres del todoterreno contestó con su peculiar voz robótica.

—Llamando a Josh jefito.

Al momento los tonos de llamada inundaron el deportivo.

—Dime, Jason —contestó Josh.

—Tú eres el jefe —dijo directamente—. Ve a comprar el desayuno que nos hemos ganado.

Una semana después.

Nicholas volvió a cambiar el canal de la televisión sin encontrar nada de su agrado.

—Déjalo en un canal de una dichosa vez —insistió Jason mientras intentaba quitarle el mando.

Tras la comida que habían hecho se habían sentado todos en el enorme sofá, butacas y mesa del comedor.

—Es que no dan nada.

Jason se pasó la mano por la frente y miró hacia Elisabeth la cual se encontraba apoyando el rostro en su hombro, con los ojos cerrados y la respiración tranquila.

Naomi se encontraba sentada en un lateral, al lado de Sean, con los pies encima de él y medio jugueteando para que no se lo atrapase y le hiciese cosquillas.

Aquella última semana había sido una de las mejores de su vida. Había conocido a toda la división y la habían recibido con los brazos abiertos. Las chicas eran encantadoras con ella y ya habían salido varias veces juntas de compras y a tomar algo. Los chicos se mostraban encantadores con ella y parecían realmente felices de tenerla allí.

Apartó el pie rápidamente de él pero se lo agarró al vuelo.

—No, Sean —imploró—. Por favor. —Comenzó a reír al ver que llevaba su otra mano hacia la planta del pie en posición de garra para efectuar su ritual de cosquillas.

—Porque Elisabeth está dormida y tú te vuelves loca cuando te hago cosquillas, si no, no te librabas —le susurró.

Ella quitó rápidamente el pie de su mano pero lo apoyó de nuevo sobre su pierna.

El sonido de la música de un teléfono móvil hizo que Elisabeth elevase su rostro despertándose, pero Jason colocó su mano en el cuello, y la apoyó de nuevo hacia él, haciendo que Elisabeth cerrase los ojos de nuevo.

Josh se levantó rápidamente del asiento y se alejó de ellos por el pasillo para hablar con tranquilidad sin despertar a nadie, pues Sarah estaba a punto de caer también rendida.

La verdad es que la vida con Sean era extremadamente fácil. Aunque no había dormido todas las noches allí, sí lo había hecho todas las noches con Sean. Él había pasado algunas noches en su piso, pues ella tenía que ir a trabajar por las mañanas y le pillaba mucho más cerca del trabajo que aquella nave industrial que habían habitado como vivienda.

Otras noches, y en concreto aquel fin de semana, lo había pasado en compañía de todos. La verdad es que ya sin la amenaza de vampiros y lobos se podía disfrutar mucho mejor de la vida. Sabían que el riesgo persistía, que seguramente aún quedaría algún vampiro u hombre lobo, pero realmente parecía que los habían exterminado, aunque jamás podrían bajar la guardia y en un par de días comenzarían a realizar algunas patrullas por la noche para asegurarse.

Sean llevó su mano hasta la mano de Naomi y la cogió de forma cariñosa. Ella le devolvió la mirada y sonrió al ver cómo Sean la transformaba en una mirada cargada de deseo y lujuria. Oh, había llegado a encariñarse con aquella mirada insinuante de Sean, y parecía que todo su cuerpo ardía cuando detectaba aquella forma de mirarla.

Naomi le sonrió y arqueó una ceja hacia él. Sean comenzó a afirmar con su rostro y señalar con ligeros movimientos de su cabeza hacia la habitación mientras una sonrisa enmarcaba sus labios.

Naomi comenzó a reír.

—Vale, ya lo hemos captado todos —comentó Ryan que se encontraba detrás de ellos levantándose de la silla—. Me quedó con tu sitio —dijo colocándose frente a Sean el cual lo estudiaba con la mirada—. ¿Qué? La silla está dura cuando llevas un rato y llevo más de una hora. Aparte, tú te vas, ¿no? —Esta vez la mirada insinuante corrió por parte de Ryan.

—Serás capullo —le susurró.

Sean suspiró y miró hacia Naomi, la cual había adquirido un tono carmín en sus mejillas. Puso los ojos en blanco y rio mientras se levantaba.

—Sí, voy a echarme un rato. —Luego tendió la mano hacia Naomi para ayudarla a levantarse—. De todas formas no dan nada en la tele —añadió en forma de excusa.

—Nada, nada. —Rio Ryan mientras se arrojaba sobre el sofá golpeando sin querer el hombro de Jason, el cual gruñó—. Que te vaya bien la... siesta. —Y acto seguido le guiñó el ojo.

Sean suspiró y cogió la mano de Naomi pasando entre el sofá y la pequeña mesa que tenían colocada frente a ellos, saltando por encima de las piernas de algunos compañeros suyos que permanecían dormidos.

Justo iba a llegar a la puerta de su habitación cuando Josh salió de la suya y los observó.

—Eh, esperad. Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —preguntó Sean de mal humor.

Josh no contestó y fue directamente hacia el comedor. Sean suspiró y miró hacia Naomi la cual se encogió de hombros.

—Bueno, así tendrás más ganas luego —bromeó.

—Ya tengo ganas ahora —dijo cogiéndola de la mano y conduciéndola de nuevo al comedor.

Josh fue hacia el sofá y los observó a todos. La mayoría permanecían dormidos con alguna postura un tanto contorsionista.

—Despertad, tenemos que hablar —pronunció en un tono un tanto bajo para no asustarlos. Algunos abrieron los ojos y lo miraron algo desubicados, otros como Taylor o Christopher permanecían tumbados a lo largo del sofá con los brazos por encima de la cabeza y la boca abierta—. ¡Eh! —medio gritó esta vez haciendo que se despertasen de un brinco y se incorporasen de inmediato en el sofá. Josh sonrió. —Mucho mejor ahora.

—Claro que sí, jefe —pronunció Jason de mal humor al ver que Elisabeth se despertaba de golpe—. La próxima vez, ¿por qué no coges una pistola y pegas unos cuantos tiros al aire?

—Lo siento, pero es importante —dijo cogiendo el mando de la televisión que Nicholas tenía al lado suyo y apagándola.

Sarah se incorporó en el sofá, al lado de Lucy y Brad y se pasó la mano por los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se tapaba la boca con una mano para bostezar.

Josh inspiró y los miró a todos.

—Tenemos buenas y malas noticias —comenzó cruzándose de brazos—. Acabo de hablar con el Pentágono. Las buenas noticias es que parece que llevamos veinticuatro horas sin que surja ninguna nueva noticia o chisme sobre el ataque de los lobos en el puente de Brooklyn. Parece que lo de que se estrelló un helicóptero en el puente causando una gran explosión ha funcionado y la gente lo ha creído, o al menos parece conforme con la versión que han dado por las noticias. —Luego chasqueó la lengua—. La mala es que en Canadá no ha funcionado tanto.

Todos se incorporaron de inmediato en sus asientos.

—¿Canadá? —preguntó Taylor—. Yo soy de allí. ¿Qué ocurre?

Josh se giró hacia él y resopló.

—Ha habido unas cuantas desapariciones extrañas y... bueno... —Se removió algo incómodo—. Por lo visto se han hecho varias grabaciones peculiares.

—¿A qué te refieres?

—Me están pasando el vídeo por Internet. No tardará en cargarse, pero por lo visto esta última semana se han registrado varios vídeos de aficionados donde aparecen lobos.

Taylor abrió los ojos, pero fue Jason quién habló esta vez.

—Los lobos habían desaparecido de Canadá —remarcó.

—Por eso digo que es una mala noticia —le contestó Josh.

Sean se soltó de la mano de Naomi y dio unos pasos hacia ellos.

—¿Y? —preguntó aún sin comprender—. No están en nuestra jurisdicción. Sé que suena un poco egoísta pero ¿por qué nos los dicen a nosotros? —Josh suspiró y

se mordió el labio nervioso, lo cual llamó la atención de todos, no era normal ver a Josh así, normalmente era todo calma y serenidad—. ¿Nos envían a Canadá?

—No a todos —respondió rápidamente.

Nicholas se incorporó en el asiento colocando su espalda recta.

—Nos envían a mi equipo, ¿no es cierto?

Josh lo miró.

—Me temo que sí.

Nicholas resopló y miró a su equipo. Adrien, Taylor y Christopher lo observaban esperando alguna respuesta por su parte.

—Pues qué coñazo —comentó molesto—. Estábamos a gusto aquí —se quejó.

Josh afirmó pensativo.

—Lo sé. Nosotros también.

—¿Cuándo hay que marcharse?

—Me han dicho que en una semana como mucho —le explicó—. Os están preparando las instalaciones.

Adrien se incorporó en el sofá.

—Así que nos cambian de jurisdicción —pronunció pensativo—. ¿Pero a Canadá? Joder. Allí hace un frío que pela en invierno. ¿Por qué nos envían allí? Eso está fuera de Estados Unidos.

Josh afirmó con el rostro algo dolido. Lo cierto es que todos se llevaban muy bien y se sentían muy a gusto juntos.

—Lo siento chicos, les he comentado que llevasen a otra división, que aquí aún persistía la amenaza —bromeó sabiendo que aquello era falso—, pero insisten en que os quieren a vosotros. No he podido hacer nada para que os quedaseis. Las órdenes vienen de arriba.

Nicholas se levantó cruzándose brazos y le sonrió amistosamente.

—Tranquilo. Es el trabajo. —Se encogió de hombros—. Pero vendréis a hacernos alguna visita, ¿no?

—Hombre, si nos invitas habrá que ir —pronunció Ryan con una sonrisa. Luego se puso serio—. Me parece mentira, pero os voy a echar de menos —comentó seriamente.

Naomi se agarró de la mano de Sean y le miró fijamente.

—¿Se tienen que marchar?

Sean se giró hacia ella.

—Eso parece.

—Qué pena —susurró mirando hacia aquellos muchachos—. Son muy simpáticos.

Sean le sonrió.

—Bueno, mantenemos el contacto con otras divisiones. —Luego la agarró por la cintura—. Y siempre podemos irnos de viaje a Canadá.

Aquello iluminó el rostro de Naomi. ¿Un viaje con Sean? Aquello podía ser realmente excitante.

Acto seguido la sujetó más fuerte de la cintura y comenzó a dar pasos silenciosos hacia atrás sigilosamente.

—¿Qué haces?

—Shhhhh... —le dijo con la mirada cargada de deseo—. Poco a poco y sin levantar sospechas.

Naomi sonrió una vez pasó la puerta del comedor y Sean la giró para fundirse en un apasionado beso antes de entrar a su habitación.

Ahora todos podían estar tranquilos durante un buen tiempo. Sabían que la amenaza siempre existiría, deberían estar siempre alerta. La guerra entre las especies se había iniciado desde que el mundo era mundo, y no acabaría jamás. Siempre surgirían nuevos problemas, nuevas aventuras, pero por ahora, dispondrían de un buen tiempo de calma y relax para disfrutar de sus vidas hasta que el próximo peligro apareciese.

Nueva York estaba a salvo de vampiros, de lobos, limpia de amenazas por el momento, pero sus noches escondían secretos que solo unos pocos estaban capacitados para comprender y combatir.

Solo era cuestión de tiempo que una nueva amenaza surgiese, pero ellos siempre estarían preparados para combatirla y ponernos a todos a salvo.

AGRADECIMIENTOS

Después de seis libros, ahora ya puedo decir que la serie de *Ciudad de Reyes* está acabada. Esta serie me ha aportado tanto... Ya no solo el ver mi sueño hecho realidad, el pasar unos ratos fantásticos yendo de caza con la división, riéndome con sus diálogos, esquivando dagas y balas de plata, enamorándome de todos ellos, sino que además me ha permitido conocer a personas fantásticas a las que ya considero más que lectoras, amigas.

En primer lugar, mi mayor gratitud para la editorial, por la forma en la que me ha tratado y por darme la oportunidad de finalizar mi serie. Como siempre, es un placer publicar con vosotros. Y, en especial, quiero agradecer a mi editora, porque siempre me ha atendido con una sonrisa y me ha facilitado el proceso de publicar lo máximo posible. Muchísimas gracias por ayudarme a conseguir mi sueño.

En segundo lugar, e igual de importante, a mis lectores, y aunque la lista sería muy larga sí que quiero nombrar a algunas personas en concreto que me han ayudado durante toda la serie y que no había tenido la oportunidad de mencionar antes:

A Vanessa Lucas Morante, gracias por estar siempre ahí, por esas charlas, por escucharme siempre y por apoyarme en mi ilusión. Espero poder volver a coincidir en persona contigo pronto y disfrutar de nuestras charlas, pero en persona.

A Eve Romu, Sandra Martínez, Arancha Eseverri, Beatriz Isabel, Fina Limorti, Isa Bel, Maria Rivera Ruiz, Laura Salas Millan, Patricia Entchen, Shay Marie Dark-Black, Sonia Crespo, Eliana Pérez Hernández, Nerea Alvarez, Cristin Ferro, Ainhoa Escrig... Muchísimas gracias por esos ratos de conversación por las redes sociales, por provocar en mí más de una sonrisa con vuestros comentarios y por ayudarme a mantener viva la ilusión de seguir escribiendo. Me lo paso genial charlando con vosotras y espero que así siga durante mucho tiempo.

Sé que me dejo a gente, pero también quiero decir que esta división no ha dicho su última palabra. Sí en Nueva York, pero vuestro apoyo me ha hecho plantearme seguir adelante, así que puede que en un futuro continúe con la serie, pero esta vez ambientada en Canadá, con la nueva división que aparece en los últimos libros, sin perder el contacto con el equipo de Nueva York. Y entonces, podré seguir agradeciendo a todos aquellos que me dais vuestro apoyo de forma constante, animándome y compartiendo esta ilusión conmigo.

Muchísimas gracias por haberme acompañado en este camino sin soltarme de la mano.

Un fuerte abrazo.

Mariah.

Table of Contents

1
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
AGRADECIMIENTOS